


Premio Azorín de Novela 2019



JOAQUÍN CAMPS

LA SILUETA DEL OLVIDO

EL DOLOR SIEMPRE DEJA HUELLA

 Planeta

Índice

Portada

Premio Azorín de Novela 2019

Portadilla

Dedicatoria

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

Segunda parte

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Tercera parte

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Esta novela obtuvo el Premio Azorín de Novela 2019,
concedido por el siguiente jurado:
Reyes Calderón, Juan Eslava Galán,
Belén López Celada, Jaime Mas Ferrer,
Rafael Poveda, Nativel Preciado,
César Augusto Asencio, que actuó como presidente
del jurado, y Amparo Koninckx Frasquet,
que actuó como secretaria sin voto.

La Diputación Provincial de Alicante y Editorial Planeta
convocan y organizan el Premio Azorín de Novela.
Editorial Planeta edita y comercializa la obra ganadora.

Joaquín Camps
La silueta del olvido

Premio Azorín de Novela 2019



Dedicado a una princesa que no podía cantar.

Espero de todo corazón que algún día

seas capaz de escapar del pozo de Murakami.

Tú te mereces vivir en la luz. No en el silencio.

Primera parte

Dos de la madrugada. Se acerca a la ventana del torreón y aparta la cortina, con precaución. Allí abajo, en la calle, el único ser vivo que ve es un paraguas. Seguramente esperando a que llegue su taxi. Y de repente el paraguas se ilumina por dentro, en plan calabaza de Halloween. Desde las alturas, tarda un poco en entender que no se trata de un ser mágico, sino de un fumador encendiéndose un cigarrillo bajo la lluvia.

Lárgate...

Llega el taxi. Y el paraguas y su propietario se largan. Pero sus ojos permanecen observando la ciudad mojada. Le relaja ver llover, en eso al menos no es un ser especial.

El arco está cargado: la flecha debe partir.

Baja la escalera y entra en la habitación. Sobre el colchón, la anciana parece dormir, excepto por lo incómodo de su posición: cuerpo en aspa, manos y tobillos amarrados con cinta americana a cada una de las esquinas del armazón de la cama.

No quitarse los guantes, bajo ningún concepto.

Se acerca a la vieja y observa su rostro. Enciende la linterna para analizar cada una de las arrugas. Surcos que le recuerdan las líneas fósiles de sedimentación de un acantilado: en ellos cree poder leer su prehistoria. Su biografía.

Encender la linterna solo si es estrictamente necesario, no debo olvidarlo.

De nuevo oscuridad. Y con ella llega la conciencia: esta mujer que tiene enfrente no le ha hecho nada. Ha sido la elegida tan solo porque vive sola, y porque vive en ese lugar. Tan especial, tan único.

Capucha bien calada...

Porque esa casita no debería existir, pero existe. Y la anciana habita ese no-lugar. Es la única de su estilo que queda en el lado derecho de la avenida Blasco Ibáñez. El resto de los «chalés de los periodistas», llamados así porque fueron promovidos en los años veinte por la Asociación de la Prensa

Valenciana, están al otro lado de la gran avenida. Todos excepto esta casita, que ahora, fuera del rebaño, respira a duras penas rodeada de enormes edificios. Aislada en medio de la muchedumbre.

Aunque me moleste, capucha bien calada: con un solo cabello podrían identificar mi ADN.

Tras saltar la valla no ha sido difícil entrar en la vivienda, a su propietaria por lo visto no le preocupa demasiado la seguridad. Como suponía, la ha pillado durmiendo: al aplicarle el cloroformo ni tan siquiera ha abierto los ojos.

Lo primero que ha hecho es recorrer el minúsculo palacio para comprobar que la casita por dentro es como la casita por fuera. Es como son todas las casitas de los periodistas: parece sacada de un cuento. Irreal por culpa de su hiperrealidad. Tan perfecta, tan inexplicable, como una maqueta a tamaño real. Al modo de las esculturas de Duane Hanson que tanto le gustan.

Conectar alarma reloj.

Sigue esperando el valor. Pero el valor no llega. Y la vida avanza, mientras sigue esperando el valor... para que algo cambie. El valor que lleve a su ser al alumbramiento. En su doble acepción: nacimiento y luz.

Hora límite para salir de aquí, cinco de la madrugada.

La finalidad de este experimento es, en realidad, una antifinalidad al modo sartriano: se esfuerza por destruirse. Sabe que, cortando amarras con el pasado, se garantiza un futuro vacío, porque el porvenir solo se carga de significado cuando concuerda sintácticamente con el pretérito. Pero en sus circunstancias, «futuro vacío» le suena a paraíso. Por eso va a hacer lo que ha ido a hacer a esa casita de cuento. Y lo va a hacer ya.

Primero toma unas cuantas fotografías de lo que considera su obra. Luego, con una energía autoimpuesta, se monta a horcajadas sobre el cuerpo dormido de la anciana y le sube el camisón. Vuelve a encender la linterna, que ahora proyecta contra la pared sombras chinescas que huelen a sexo. A sexo triste.

Dios mío...

Rebusca en la mochila y saca el instrumento. Hace rodar la manija para comprobar que funciona: como la seda. Y lo encara.

Joder...

Respira hondo. Ahora solo tiene que empujar.

Tienes que hacerlo, tienes que hacerlo.

Cierra los ojos para hibridarse con la onda de fondo del universo. Vieja y

nueva, infinita y minúscula, en todos los sitios y en ninguno.

He de dar el paso..., he de hacerlo.

Y observando el instrumento, entiende que no será capaz. Porque entiende que el odio es invisible. Al odio no lo ves. Pero puedes ver las consecuencias del odio. Que están ahí, entre sus manos, en el pedazo de metal que sostiene: esa pobre mujer no le ha hecho nada.

¿Eres imbécil? ¡¿Qué demonios pretendes hacer?!

Las condiciones de laboratorio de este experimento son nefastas.

Vete. ¡Tienes que irte ya!

Baja de la cama, recoge todas sus cosas y libera los tobillos y muñecas de la anciana. Intenta dejar el cuarto de modo idéntico a como lo encontró. Con un poco de suerte, al despertarse su víctima creerá que el dolor de cabeza que tiene es por culpa de una pesadilla, no del cloroformo.

Desciende a la planta baja por la escalera y sale al jardincillo. Sigue diluviando. Levanta el rostro y deja que las gotas golpeen sus globos oculares. Y al fondo, el negro que todo lo abarca. El negro que todo lo puede. Es curioso el ser humano, piensa mientras se deja mojar: no somos capaces de entender la inmensidad del universo, pero sí somos capaces de sentirla.

Justo lo mismo que con el amor... y con el odio. Lárgate de aquí si no quieres cometer una locura.

Salta el murete y con la mochila a la espalda se pone a caminar. Capucha fuera, la cabeza gacha. Empapándose, sin protección, con las manos en los bolsillos. Como un hermano hebreo en la desolación de la diáspora.

Para Claudia hay dos tipos de secuestros. Aquellos en los que la víctima se lo merece, y los otros.

—¿La puerta o alguna ventana ha sido forzada?

—No, todo está en orden. Ni siquiera hay rastro de ganzúas.

Por fortuna, los primeros son los que más abundan. Suele tratarse de gentuza que debe dinero a gentuza de su misma calaña pero con más redaños.

—Todo parece indicar que al intruso o se le franqueó la puerta o tenía llaves.

Cuando Claudia aborda esos casos, siente algo parecido a lo que siente cuando entra en el Burger King a cenar con hambre: ansiedad infantil.

—No adelantemos acontecimientos.

—Por supuesto, jefa.

Cuando sale de esos casos, tan fáciles de resolver, también siente algo parecido a lo que siente al salir del Burger King: el arrepentimiento de haber hecho algo que tan solo te produce un placer vulgar. Y además, es perjudicial para tu salud.

—Y no me llames jefa, te lo tengo dicho.

—Eso está hecho, jefa.

¿Por qué tiene a veces la sensación de que sus conversaciones con Ramón están plagadas de topicazos de mala novela negra? Tendrá que corregir eso...

—Salgamos fuera y dejemos trabajar a los de la Científica. —Abandonan aquel cuarto inmenso donde cabrían sus dos pisos juntos—. ¿Cómo está la madre? ¿Se puede hablar con ella?

—Sí, nada de histerismos. Está muy afectada, pero conserva la calma. Le he dicho que cuando acabara de inspeccionar la habitación bajaría usted a hablar con ella.

Luego están los otros casos de secuestro. Los casos en los que la víctima no se merece lo que le pasa.

—El teléfono móvil de la chica, ¿lo habéis localizado?

Esos casos, sin excepción, a Claudia le destrozan la vida. Bueno, se la destrozan un poquito más.

—Ni rastro.

—Al menos una buena noticia.

—Ya he puesto a los muchachos de Redes a trabajar en el asunto.

Y el que tiene ahora entre manos tiene toda la pinta de ser un caso de este segundo tipo. Por eso Claudia se pregunta qué demonios hace allí, en ese lugar. Enfadada consigo misma: si en esos dos o tres momentos que determinan una existencia (aunque parezca increíble, no son muchos más) hubiese tomado un camino diferente, quizás ahora no estaría en ese lugar, sino en otro muy distinto.

—¿Quién estaba de guardia en Redes?

—Gaspar.

—¿Cuándo nos dará resultados?

—Me ha dicho que en cuatro horas.

—Que sean dos.

—A mandar, que para eso estamos. Le meteré prisa, aunque no creo que haga falta, Gaspar es un buen chico y sabe que los secuestros o se resuelven en los dos primeros días o ya no se resuelven. —Como Ramón es un cobarde, disfruta mucho con esas sentencias falsas pero solemnes: el miedo puede ser una manera de ser—. Pero no confío en que nos dé buenas noticias, el que se ha llevado a esta chica tiene pinta de saber lo que se hace. Me juego mis mejores agujas a que ese cabrón le ha sacado la batería al móvil de la muchacha antes de salir por la puerta de esta casa.

Así es Nube Negra, el mejor rastreador de la tribu.

—Hablas en singular y en masculino, ¿por qué piensas que ha sido un solo hombre?

—Instinto.

Claudia lo observa sin decir nada. No es una mujer de muchas palabras, su punto fuerte es el gesto.

—Sí, jefa, instinto, no me mire así. Ya sabe que yo me huelo las cosas...

Ella es Robert Mitchum hecho mujer protagonizando una película de François Ozon: tempos largos, eternos, aburridos; una desgana lacónica, una mirada saltona pero adormecida, burlona. Un aire de abandono calmoso, siempre cáustico.

—Déjate de brujerías, jefe indio. ¿Qué te hace pensar que ese tipo trabaja

en solitario y sabe lo que se hace?

—Mientras la esperaba he hecho mis deberes.

—Vaya, yo creía que mientras me esperabas te habías entretenido tricotándole a la secuestrada una mortaja.

A Ramón le encanta cuando su jefa le mete leña. Siente un gustirrinín extraño..., un *je ne sais quoi*.

—Pues no, yo no tricoto mortajas. Ahora estoy con unas manoplillas para el bebé de la portera...

—Al grano.

Él se abre la gabardina y saca del bolsillo interior una fotografía. La camisa está tan ajada y mugrosa que sería posible determinar la edad de Ramón contando los anillos de sus sobacos: el cerco de sudor, al igual que el algodón, no engaña.

—Esta es Lara Valls.

La inspectora observa el rostro. Óvalo bizantino. La piel parece tan fina, y las pupilas son tan oscuras, que da la impresión de que cuando Lara cierra los ojos sigue viendo el mundo.

—Esta niña es una belleza, con esa cara este caso huele a fetichismo sexual que apesta. Esos desgraciados siempre trabajan solos. No hace falta que le diga que todo eso son malas noticias, estas cosas rara vez acaban bien.

Claudia suspira: no, no hacía falta que me lo dijeras, pero me lo has dicho. Hablar con este hombre es siempre apocalíptico. Sientes que estás hablando con Isaac Asimov tras cometer el error de pedirle predicciones sobre el futuro de la humanidad.

—Si a eso le unimos que la gran mayoría de los secuestros son realizados por hombres, mi deducción es bastante lógica.

—No te quites méritos, que cuando vas de modesto te pones demasiado guapo.

Mmmmm..., ese *je ne sais quoi*...

—Gracias, jefa. Y que no es un tonto parece bastante obvio. Los de la Científica me han dicho que nos olvidemos de huellas, en la habitación solo han encontrado las de cuatro personas, que, a falta de cotejar, están seguros de que pertenecen a los miembros de la unidad familiar, añadiendo a una buena mujer que lleva toda la vida limpiándoles la casa. Conclusión: ese cabrón es un cabrón precavido.

Admira tanto a esta mujer que siente la permanente necesidad de

impresionarla. Justo lo que a Claudia menos le impresiona.

—Y que es un cabrón precavido lo he confirmado tras darme un paseo por la zona y hablar con los vecinos: nadie vio nada. La única cámara de vigilancia que podría ayudarnos a saber quién entró en la casa esta mañana es la del chalé de enfrente, y resulta que cuando he preguntado a la dueña si tiene contratado el servicio de grabaciones, me dice que la empresa de seguridad la acaba de llamar porque van a enviarle un técnico. Resulta que en mitad de la noche la cámara se ha *estropeado*, vaya casualidad.

Le gustaría manejar el sarcasmo con la misma habilidad que su superiora, pero a él no le funciona. Él es de esas personas achicadas que estropean una larga explicación rematándola con un «Y bueno, eso sería un poco todo».

—Por eso, aunque localicemos el móvil de la víctima, creo que no conseguiremos nada por esa vía. Un cabrón tan precavido me extrañaría mucho que cometiese ese error... Hoy en día, con tantas series de televisión y tanto internet, este trabajo da asco. No sé a usted, jefa, pero a mí, como profesional de la investigación, ¡me resulta frustrante! Si el tonto del pueblo ha visto *Homeland* por la tele, ya sabe que si eres un chico malo y apagas el móvil pero le dejas dentro la batería, al poco tiempo un dron te lanza un pepino que te revienta la cabeza. Y nuestro hombre, le aseguro que no es el tonto del pueblo. Tengo la intuición de que no ha dejado cabos sueltos, y no lo ha hecho porque es un tipo que sabe lo que se hace, y sabe lo que se hace porque no es la primera vez que lo hace. Y bueno, eso sería un poco todo.

Claudia, tan poco habladora, agradece que Ramón tenga una naturaleza dialéctica. Aunque no tiene muy claro qué demonios implica esa definición.

—Ya veo...

Cierra los ojos para así observar mejor a su subordinado.

—¿Y qué ve?

Ve el cerebro de Ramón, que es como su cuerpo: delgado, nervioso, compulsivo. Atolondrado e instintivo. Suele equivocarse siempre, pero en la dirección correcta. Por eso Claudia lo quiere en su equipo, no lo cambiaría por ningún otro.

—Entonces, estamos ante un secuestro sexual, realizado por un hombre, que trabaja solo y sabe lo que se hace porque ya ha secuestrado antes.

—Sí, sin duda.

—O sea, un perverso.

—Lo ha *clavado*.

—Son datos interesantes.

—Mucho, lo sé.

Pasan unos segundos. Él se impacienta, y ve la luz.

—Jefa, conozco esa mirada.

—No sé de qué me hablas.

—Deje de estar en desacuerdo conmigo y de fingir que está de acuerdo.

—Me parece bien. —Casi sonrío—. Estoy de acuerdo.

Ahí está. Robert Mitchum. Ella solo tiene dos maneras de ser policía: llevando las riendas o bajándose del caballo. Ramón lo ve y se derrite.

—Señores, ya puedo decirles alguna cosa. Sé que hay prisa.

La puerta de la habitación se ha abierto y ahora en el descansillo son tres: Claudia, Ramón y un tipo vestido como si fuese a recolectar miel.

—Sin duda, hubo pelea. —Se quita guantes y peúcos—. Por lo visto, la sorprendió por detrás mientras ella estaba de cara al ordenador. Forcejearon, y debió de noquearla con un golpe contundente, que es el que originó la pequeña mancha de sangre sobre la alfombra. Estoy casi seguro de que el análisis dirá que esa sangre es de la muchacha.

—¿Algún resto de semen o fluidos vaginales?

—Nada. La lámpara azul dio negativo, y os aseguro que la hemos pasado a conciencia. Esto parece el cuarto de una novicia: si la violó, no fue en esta habitación.

Claudia mira a Ramón, que al percibir el reproche necesita preguntar cualquier cosa.

—¿Restos epiteliales?

—A montones, pero hasta que no los analicemos no podré decirles nada. Quizás alguno se originó en la pelea o quizás son todos de la chica, a esas edades... Mi hija también tiene dieciocho años y se pasa el día frente al espejo quitándose poros y decapándose. Son años de mucha tontería.

A Claudia le impresiona la capacidad que tienen sus compañeros con familia para distanciarse del dramatismo de la situación. Se distancian tanto que involucran a sus familias.

—¿Habéis acabado con el ordenador?

—Sí, solo tenía huellas de una persona, supongo que de la chica. Se lo pasamos a los de Informática. —Carraspea, es obvio que se guarda lo mejor para el final, pero aún no es el momento—. Hemos registrado la habitación de arriba abajo, y no hay nada anormal.

—¿Algún diario? ¿Fotos de amigos o novios?

—Nada. Pero no es extraño, los jóvenes de hoy guardan todas esas cosas en el móvil. Si a mi hija le preguntas por su caja de zapatos con recuerdos..., se parte la caja. —Vaya, qué divertido juego de palabras me ha salido; estos de la Científica son la monda—. Como digo, eso no es extraño..., lo extraño es esto.

Ahora sí es el momento. El recolector de miel levanta la mano sosteniendo una pequeña bolsa de toma de evidencias. Cuatro ojos la acechan.

—¿Tres píldoras?

—¿Azules?

—Sí, estaban escondidas dentro de unos calcetines en el fondo de un cajón.

—¿Qué son?

—Pues si no me equivoco, y a la espera de los análisis, parecen Viagra.

Ahora los cuatro ojos se ceban sobre el recolector.

—No me miréis así. Yo no tomo esta basura todavía, pero he visto muchas como estas en el laboratorio.

—¿Qué hacen tres pastillas de Viagra en la habitación de una adolescente?

—Claudia, no me jodas; esa pregunta no la tengo que contestar yo, la tienes que contestar tú. Hasta donde sé, los jóvenes no están combinando la Viagra con ningún otro tipo de droga para potenciar efectos. Y te aseguro que, si la muchacha tenía noviete, no creo que necesitara esto: a esas edades te levantas todas las mañanas con el caballete de la bici puesto.

Si era una broma, a nadie le apetece reír. Ante un recibimiento tan frío por parte de su público, decide hacer mutis por el foro.

—Bueno, me vuelvo para dentro. En un par de horas habremos acabado, cualquier novedad os aviso.

Los pensamientos se enjambran alrededor de las dos mentes, como si fuesen abejas alrededor del panal. El recolector de miel sin duda las ha excitado.

—¿Tal vez fue el secuestrador quien las escondió? ¿Quería que las encontrásemos? Ya se lo dije, jefa, ese tipo es un perverso, un fetichista. No me extrañaría que se tratase de un...

—Cierra la boca. Ya te lo he dicho antes, no adelantemos acontecimientos.

—Piénselo: Lara está con sus amigas en un bar; un viejo le hace una proposición, y todas se burlan de él y lo humillan..., pero el que ríe el último ríe mejor. La secuestra para violarla y hacerle las mil perrerías, y como

venganza poética, nos deja el señuelo de las tres Viagras sabiendo que las encontraremos...

—¿Quieres cerrar la puta boca?

Nube Negra agacha la mirada. Reconoce que se ha pasado.

—Vamos al salón. Quiero hablar con la madre.

—Perfecto. Pero, jefa... —duda—. La pobre está muy preocupada..., tenga tacto. Por favor.

Ella no responde. Inicia el descenso por la escalera como lo inicia siempre: muy concentrada. Intentando no pensar en la sensación de que la cabeza del fémur va a brotarle por la cadera.

—Adelántate. Ahora voy yo.

—¿Adónde va?

—Necesito que me dé un poco el aire. Salgo al jardín.

—Pero...

—He dicho que salgo al jardín. Allí los de la Científica ya han estado y no encontraron nada. Pero yo he visto unas azaleas que en el ojal de tu gabardina van a quedar de ensueño.

Ramón eleva los ojos hacia el cielo, pareciéndose más que nunca a un santo de estampa. Es su manera de evidenciar la paciencia sáurica que ha desarrollado tras tantas horas de trabajo con su superiora.

—Como quiera. —Se dirige al salón sin dejar de hablar—. Pero no tarde, que la conozco.

Ella cruza una cocina desmesurada y sale al jardín. Observa la luz y suspira.

Joder, qué bueno...

Han pasado ya dos años desde que llegó de Madrid y no termina de acostumbrarse: la primavera parece que nunca acaba de irse del todo. Claudia está convencida de que cada ciudad tiene una estación del año que le es consustancial, pertinente, y sin duda la de Valencia es la primavera. Fuera de sus fechas, todo es una búsqueda de sus fechas. En verano por exceso, en invierno por defecto. En otoño por confusión.

—¡Jefa, estoy en el salón con la madre! ¡No tarde!

Se vuelve. Ramón ya se ha zambullido de nuevo en la cocina. Cómo me conoce ese desgraciado... A veces siente que su subordinado es su yo bueno.

Ya voy...

Observa la casa. Siempre pasa lo mismo. Aquella era una familia feliz, y

ahora todo cambiará. Porque la vida no tolera un vacío: si la felicidad se esfuma, la desgracia rápidamente ocupa su lugar. A veces, camuflada tras la aparente atonalidad del transcurrir de los días.

Asco de trabajo...

Lo intenta, pero no es capaz de dejarse en paz. Esos diálogos consigo misma son un campo de batalla donde no se hacen prisioneros, donde no hay trincheras ni misericordia. Donde se lucha a pecho descubierto. Ella es como una chica anoréxica insatisfecha con su cuerpo, obsesionada con mirarse al espejo: se siente obesa por dentro.

—¡Inspectora!

—¡Ya voy!

En cuanto él vuelve a desaparecer, Claudia hace lo que ha ido a hacer al jardín. Con disimulo se mete la pastilla en la boca y traga. Al entrar en el salón lo primero que ve son los ojos de Ramón. ¿Cargados de reproche? Dios mío, este hombre está tan delgado que si una amante le tirase las bragas a la cara lo derribaría.

—Buenas tardes.

Un accidente bastante improbable, por otra parte.

—Al subinspector Ramón Linares creo que ya lo conoce. —Le tiende la mano a la señora de la casa—. Yo soy Claudia Carreras, inspectora de Policía. Me han encargado su caso, y debemos ponernos a trabajar de inmediato.

Sí, ya lo sé, muñeca de porcelana, si no estuvieses pasando por lo que estás pasando, seguro que te reirías con tus amigas de una policía que baja la escalera como yo la he bajado y se apellida Carreras. Pero no, reír no es lo que más te apetece ahora, ¿verdad?

—Yo soy..., yo soy Cristina Manuela, la madre de Lara.

Los tres se desploman sobre el sofá de plumas, mientras Claudia aletea por dentro: alguien que se llama Cristina Manuela y se presenta como Cristina Manuela porque le gusta que la llamen Cristina Manuela, y te obliga a pronunciar cada vez esa mierda de nombre interminable, alguien así, solo puede ser una gilipollas.

—Encantada de conocerla... —Ramón le suplica con la mirada, pero ella lo ignora—. ¿Prefiere que la llame Cristina o Manuela?

—Pues... —No es momento de enarbolar estandartes, claudica con facilidad—. Lo que..., lo que prefiera.

Es una mujer de apariencia sofisticada, de las que creen que *Sexo en Nueva York* no es una serie de televisión. Es un estilo de vida.

—Si no le importa, tomaré notas. Dígame, Manuela. —Ese nombre siempre le ha sonado a chacha portuguesa, sin duda es la mejor opción—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija?

—Esta mañana..., al salir para ir a la peluquería.

—¿Lara se ha quedado sola?

—Sí, sola..., los miércoles Toñi no viene a limpiar.

—¿La alarma estaba desconectada?

—Siempre lo está cuando hay alguien de la familia en casa..., este es un lugar muy tranquilo.

—¿Qué hora era?

—Pues serían... —Ahora que duda, se evidencia que es una mujer muy hermosa, pero sin alma; como un pueblecito de los Alpes italianos que, por un trágico encantamiento, estuviese habitado enteramente por suizos—. Eran las diez. Sí, seguro, las diez de la mañana.

—Según tengo entendido, usted regresa de la peluquería... —ojea la libreta de notas— dos horas más tarde, y se encuentra con que su hija ha desaparecido y el cuarto está revuelto.

—Eso es.

Sí, muy hermosa, sin duda. Y muy bien vestida. Y con el pelo impecable, claro. De hecho, no parece una madre preocupada. Más bien parece una sacerdotisa preocupada.

—¿Lara conduce?

Tal vez por eso el salón tiene un aire basilical.

—No. Ni sabe conducir ni tiene aún coche. Acaba de cumplir dieciocho, supongo que pronto se querrá sacar el carné.

—¿Supone? ¿No han hablado de eso?

—La verdad es que no...

Claudia anota.

—¿Y tiene novio?

—Novio..., no, que yo sepa, no.

—¿Algún amigo... especial?

—No lo sé. Lara es muy retraída, jamás me contaría una cosa así.

—A usted tal vez no, pero seguro que con sus mejores amigas habla de todo eso. Necesitaríamos sus nombres y teléfonos.

—Amigas...

Sin previo aviso, rompe a llorar. Claudia permanece impasible, pero a Ramón esa reacción natural de una madre le sorprende tanto que por un momento no sabe qué hacer con su propia gestualidad. Y es que no se lo esperaba, porque la elegancia exagerada de esta mujer la vuelve inhumana. Imaginársela defecando se hace difícil, incluso para Ramón, que es capaz de imaginar cualquier cosa. De hecho, mientras saca una bola de clínex del bolsillo de su gabardina, se imagina a Cristina Manuela desnuda, llevando tan solo una boina ladeada, braguitas y calcetines. Todo tricotado a punto trigo en lana Shetland. Tonos malva.

—No, gracias. —Rechaza la bola que le ofrece Ramón, con aspecto de usada—. Tengo pañuelo.

Batista blanca. Calada.

—Discúlpenme...

—No pida disculpas. —Claudia, sin ganas, fuerza un tono caritativo: al fin y al cabo, a esta pobre mujer le acaban de secuestrar a la hija—. Sé cómo se siente, pero debe ser fuerte.

—¿Tiene usted hijos, inspectora? —Alza los ojos, enrojecidos pero orgullosos.

—No.

—Pues entonces no sabe cómo me siento.

Vaya, aún no es la hora de comer y ya va a tener que pedir perdón por tener más de cuarenta y no haber parido.

—Los hijos son como una amnesia..., cuando su vida va arrancando, la primera parte de la tuya va desapareciendo. —La sacerdotisa se ensimisma—. Y te da la impresión de que siempre estuvieron ahí, de que nada antes de ellos existió. Si pierdo a Lara...

De nuevo se desmorona sobre su pañuelo, sollozando. Nadie allí la va a consolar, porque Ramón sigue imaginando cosas raras, no puede evitarlo. Y a Claudia el mazazo la ha dejado fuera de juego al recordarle que la única manera de saber cómo te han querido tus padres es teniendo hijos.

Odio este trabajo...

La inspectora, a estas alturas, ya sabe que nunca los tendrá, y es una pena, porque le hubiese gustado dilucidar el tipo de amor que le dieron sus progenitores. Sospecha que fue un amor avaro, aunque «amor avaro» siempre le ha sonado a oxímoron.

—Me decía que las amigas de Lara...

—Lara no tiene amigas. —Se rehace; digna, fría.

—¿No tiene amigas? ¿Ninguna?

—No. Al menos, a mí nunca me ha hablado de ninguna.

—Manuela, ¿Lara le ha hablado a usted de alguna cosa alguna vez?

Ha sonado a: «¿Por qué en lugar de pasarte el día en la esteticién, no te dedicas a preocuparte de tu única hija?».

—¿Qué quiere decir con eso?

Ha sonado a: «Tú, plebeya, ¿cómo osas juzgarme?».

—Lo que quiero decir es que me da la impresión de que no tiene una comunicación muy fluida con su hija.

—Oiga, yo soy una buena madre, lo que pasa es que...

No está acostumbrada a no ser halagada, y la tensión de las últimas horas ha sido dura. Claudica. De nuevo.

—Señora, deje de llorar, por favor. Respire hondo, eso ayuda. —A Ramón le afectan mucho las miserias del mundo; le afectan tanto las miserias del mundo que él mismo también se vuelve a veces un ser miserable.

—Sí, Manuela, respire hondo. ¿Quiere un vaso de agua?

—No, estoy bien.

A Claudia se le está agotando la paciencia, pero intenta ser comprensiva. «Muscular la empatía», que le dijo el psicoterapeuta durante la baja. Pues ale, a muscular, que el loquero parecía un tipo sensato.

¿Cómo será ser tan guapa? Te levantas por la mañana y ya están ahí. Esas miradas. Deseosas. Siempre ahí, poniéndotelo todo fácil. Si desde que naciste has vivido eso, no debe de ser difícil volverte una sacerdotisa que tan solo se dedica a cuidar de su templo. Incluso no debe de ser difícil olvidarte un poco de tus hijos, porque tú y tu belleza sois el centro del mundo. Y ahora que con la edad llega el decaimiento, y esas miradas empiezan a desaparecer o se vuelven lastimosas, tal vez sea normal que surja el pánico: ¿cómo observaré el mundo cuando él deje de observarme a mí?

—Lara no es una chica fácil, le cuesta mucho relacionarse, siempre le ha costado. Es muy inteligente..., pero vive encerrada dentro de sí misma. —Rinde el rostro y susurra—: Siempre he tenido la sensación de que alguna fuerza oscura tira de ella...

—¿Una fuerza oscura? —Ramón se yergue.

—Sí..., algo triste que emana de su interior, alejándola de todo el mundo...,

sobre todo de mí. De nosotros, quiero decir. De su padre y de mí.

—¿Va a algún psicólogo?

—¿Psicólogo? No, ¿para qué? Lara no está loca, tan solo... es especial.

La inspectora suspira: demasiada belleza, demasiadas miradas... ¿Vale la pena ser tan guapa?

—Entiendo.

Sí, Claudia, no te engañes. Vale la pena.

—Pero con dieciocho años, y sin amigas... ¿No sale de fiesta? ¿No se relaciona con nadie? —Ramón pregunta, pero si le echase un vistazo a su propia juventud, no le haría falta.

—No, la verdad es que no..., mi hija lleva una vida bastante solitaria.

—¿Y en qué ocupa su tiempo? —Ramón, mira por el retrovisor, haz el favor...

—En la universidad, estudiando. Y con sus libros.

—¿A qué se refiere con «sus libros»?

La sacerdotisa se pone en pie, resignada a mostrar su templo.

—Inspectora, quizás es más sencillo si lo ve usted misma.

Se acerca a una de las paredes del salón, panelada en madera de granadillo. Presiona y una de las molduras se abre, evidenciando que era una puerta perfectamente disimulada.

—Esta es la biblioteca. La biblioteca de Lara.

—¿La biblioteca... de Lara? —Ramón pregunta mientras asoma la cabeza por el vano; la inspectora ya ha entrado.

—Sí, creo que es la manera más acertada de expresarlo. A mi marido y a mí no nos gusta leer —lo dice con la naturalidad con la que diría que no le gusta el brócoli: demasiada belleza, demasiadas miradas...—. Esta sala no tiene ventanas porque en principio era la bodega de la casa. Pero cuando a Lara los libros empezaron a no caberle en la habitación, tuvimos que habilitarle un espacio adecuado para..., para su *hobby*.

Claudia ahora ya no los escucha. Ellos hablan, desde el vano de la puerta, pero ella ahora solo escucha a Borges: «Siempre imaginé que el paraíso sería algún tipo de biblioteca...».

La salita tiene unos veinte metros cuadrados. Madera y papel. Tan solo madera y papel: suelo de parqué, techo artesonado, todo en ébano muy oscuro; las cuatro paredes forradas por estanterías llenas de libros. Completamente llenas. No se observa ni un hueco, ni una melladura puede verse en esas fauces

apiladas. Y en el centro exacto de la biblioteca, un butacón de piel y una lámpara lectora. Con tulipa Tiffany verde inglés.

—Todos estos libros... ¿son de su hija?

—Sí, inspectora. Mi hija es una gran lectora.

—Pero con dieciocho años... es muy poco habitual que una joven...

Es una biblioteca triste. Borgiana. En esas estanterías repletas de libros parece concentrarse una vida en suspenso.

—Inspectora, ya se lo dije, Lara no es una adolescente como las otras. —¿Pena?, ¿decepción?, ¿inquietud?—. Sus libros lo son todo para ella, se pasa aquí dentro la mayor parte del tiempo que está en casa.

—Ya veo... —Obnubilada en el centro de la bombonera, Claudia no deja de girar y observar los regimientos de volúmenes en formación, perfectamente cuadrados y listos para revista—. Sin duda, Lara no es una chica corriente...

Se acerca a una de las estanterías y ojea los lomos, al azar. Fredric Jameson, Joyce, Han, Pinker... Sociología, novela, filosofía, ensayo. Las obras se suceden sin un orden aparente. Y la inspectora no sabe si sentir admiración o miedo: algunos de esos libros ella no se atrevió a leerlos hasta que cumplió los treinta.

—Nada corriente; sin duda Lara no es nada corriente... —Deja de murmurar entre dientes y se dirige a la puerta con vigor: ahora no es momento de pensar en Borges, esto es una investigación criminal—. ¿Por qué no le decoraron la biblioteca de un modo algo más alegre? Esto parece un ataúd...

Lo ha dicho sin pensar, y en cuanto ha pronunciado la última palabra se arrepiente: puta pastilla.

—Fue Lara la que..., la que lo eligió todo. —Incluso a una sacerdotisa le cuesta digerir la palabra «ataúd» en estas circunstancias—. El decorador le propuso otro estilo, pero ella sabía lo que quería.

—Parece que su hija tiene las ideas claras. —¿Pena?, ¿decepción?, ¿inquietud?—. Volvamos al salón si le parece. Hablaremos más cómodos.

De nuevo en el sofá, Claudia siente que se hunde entre las plumas. La sensación le parece muy poco profesional. Y le trae a la mente otro sofá, del pasado. Y otra sensación, también de deliciosa falta de profesionalidad.



Él la mira. Con una de esas miradas que es capaz de hacer que ocurran cosas.

—¿Te apetece cenar?

Miradas que precipitan los acontecimientos.

—¿Te refieres a cenar... contigo?

—Sí, conmigo.

Miradas que construyen nuevos mundos. Que de la nada crean opciones.

—Tomás, soy tu compañera, y estás casado..., respétame.

Se lo dice muy seria. Pero con la esperanza de que él entienda que no desea ser respetada en absoluto.



—¿Dónde está su marido? Me gustaría hablar con él.

—Está en un congreso en Tokio. Lo he llamado y ya viene de camino, tomé el primer avión. Llegará mañana por la mañana.

—Es médico, tengo entendido.

—Sí, inspectora, es médico.

—¿Usted no trabaja?

—No, me ocupo de mi hogar y mi familia.

—Entiendo.

Ramón, ante la cara de retortijón que ha puesto la inspectora, sabe que tiene que interrumpir. Pero antes se quita las gafas, para darse aires.

—Cristina Manuela —y como ocurre con tantos miopes que llevan años usándolas, sin ellas su rostro se vuelve invisible: paradójicamente, somos el resto los que perdemos visión—, ¿ha recibido la familia, cualquiera de sus miembros, algún tipo de amenaza en los últimos meses?

—¿Amenazas? —Parece confundida—. No, qué va...

—¿Usted, su esposo o Lara han discutido gravemente con alguien? ¿Se han granjeado algún enemigo?

—Que yo sepa no..., mañana pueden preguntárselo a Antonio, pero creo que no, me lo hubiese contado.

—¿Le deben dinero a alguien?

La inspectora deja hacer a su subordinado mientras con la mirada recorre el salón. La chimenea es tan descomunal, tan robusta, tan eterna, que parece que siempre estuvo allí. Da la impresión de que la casa se construyó en rededor suyo, en su honor. Como se construyen las capillitas tras una aparición mariana.

—¿Problemas de dinero?

Se corrige: la chimenea daría esa impresión si no acabase de visitar la biblioteca. Esa es la verdadera capillita negra de la casa.

—Sí, alguna discusión con alguien por temas económicos.

—No, qué va...

—¿Está usted segura?

—Antonio lleva esas cosas..., pero creo que no hay problemas en ese sentido. Me lo hubiese dicho.

Sobre la repisa de la chimenea, una foto familiar, la única que ve Claudia. Dos hembras bellas y su dueño, el macho alfa. Tiene aspecto el doctor Valls de alumno de la Ivy League: un bloque sólido, bien vestido; por dentro y por fuera. «El mundo es eso que está fuera de este retrato esperando a que yo lo dirija.» Él y la chimenea hacen buena pareja.

—¿Tienen deudas?

—No, las cosas nos van bien...

A la familia las cosas le *iban* bien. Hasta esta mañana. Claudia observa a Lara en el retrato y entiende la congoja de su madre: en efecto, de esa niña emana una oscuridad deslumbrante.

—Le dijo al subinspector Linares que Lara estudia primero de carrera, ¿dónde?

—Estudia un grado en Ingeniería y Empresariales, en EDEM.

—¿EDEM? No la conozco.

—Es una universidad privada.

No puede evitarlo, es superior a ella: «privada» lo ha pronunciado como se pronuncia «del bueno» si eres un idiota comprando jamón en el supermercado de El Corte Inglés.

—Yo sí la conozco, jefa. Está en el puerto, pertenece al grupo Mercadona.

—Perfecto. Pues ahora usted descanse, Manuela, nos toca trabajar a nosotros. Tómese una pastilla e intente relajarse. El agente uniformado que hay en la puerta no se va a mover de ahí, ni de día ni de noche, hasta que esto se resuelva.

—Pero..., pero... ¿cuánto tardarán en encontrarla? ¿Qué quiere esa gente que se ha llevado a mi hija?

De un momento a otro volverá a derrumbarse, por lo que Claudia quiere finiquitar una conversación de la que ya no confía en sacar nada más en claro.

—Antes o después se pondrán en contacto con ustedes, esté tranquila,

siempre lo hacen. —Ramón la mira: qué mal mientes, jefa—. Están ya de camino dos técnicos que se quedarán aquí hasta que eso pase, para intentar localizar la llamada, tanto si la hacen al fijo como al móvil. Lo único que tiene que hacer es permanecer en la casa, junto al teléfono.

Ramón se compadece de la pobre mujer: sabe por experiencia que la tensa espera hasta conocer las exigencias de los secuestradores es el peor momento para la familia. No hay nada que destroce más los nervios que la inmovilidad frenética.

—¿Y si... y si no llaman?

Ahora toca mentir. Y como su jefa no sabe, él se adelanta:

—Eso no pasará. Tenga en cuenta que si no llaman, no consiguen el dinero, y ellos entonces no sacan nada de todo esto.

Por suerte, Cristina Manuela, como buena mujer florero, no intenta plantearse alternativas: la duda no es estéticamente decorativa, y la decoración es lo más importante para una mujer florero.

—Hasta que lleguen los técnicos, el subinspector se quedará con usted. —Claudia se levanta—. Yo me voy, tengo mucho que hacer.

Las despedidas son rápidas. Ramón acompaña a su superiora. Ya en la escalera del jardín, se coloca como más le gusta: un escalón por debajo de la jefa. Siempre.

—Ahora te coges cuatro uniformados y peinas toda la zona.

—¿Raya en medio o al lado?

—Qué chispa tienes... Ya sabes lo que buscamos: vecinos, repartidores, barrenderos..., cualquiera que haya visto algo. Y cualquiera que tenga antecedentes sospechosos.

Él, tras la broma, guarda silencio, evidenciando su necesidad de reverenciar.

—Campolivar es zona de ricos, seguro que hay cámaras en los accesos a la urbanización. Revísalas también, por narices se la han tenido que llevar en un vehículo. Y llamas a jefatura para que vayan averiguando cosas de la familia.

—¿Qué cosas?

—Trapos sucios.

—¿Trapos sucios?

—Esta gente tiene mucho dinero. Y el dinero siempre trae problemas. Teniendo en cuenta que la princesa con la que acabamos de hablar es un pedazo de ingenua, debemos estar preparados.

—¿Ingenua?

—¡Ramón, por favor! Esa mujer es tan tonta que si su marido le pide probar algo nuevo en la cama a ella lo único que se le ocurre es darle la vuelta al colchón.

Él, que está un escalón por debajo de su superiora en todos los sentidos, percibe cómo se le echan encima tres masas enormes: el cerebro y los dos pechos de Claudia.

—No la sigo, jefa. A mí Cristina Manuela me ha parecido una buena persona, no creo que nos haya mentido...

—No tendrías que seguirme, tendrías que ir por delante. —Finge paciencia; en el fondo, lo que más le gusta es dar lecciones—. No es que la Manuela mienta, es que quizás cree saber la verdad. Y esos son los mejores mentirosos.

Mientras la escucha, no puede evitar tomarle medidas mentales. 120 copa D. A ella seguro que le encantaría en punto elástico francés, lana de Cornualles.

—Mañana vamos a conocer al doctor, y por la pinta que tiene el personaje, me temo que no es de los que se lo cuentan todo a su mujercita. Quiero estar preparada cuando hable con él, por eso tú vas a averiguarme si esta gente tiene trapos sucios.

Asiente, deleitado ante la lección.

—Y usted mientras, ¿qué va a hacer, jefa? ¿Manicura y *spa*?

Lo escanea de arriba abajo. ¿Me está mirando las tetas? Quiere odiarlo, pero no puede. Bueno, quizás un poquito: ante el problema del turismo masivo en el centro de la ciudad, Ramón sería un personaje fantástico para espantarlo.

—Casi aciertas. Voy a pasar por casa a pasear a *Lucas*.

Claudia ya ve el póster de su subordinado en las paradas de autobús: «*I am here waiting for you*».

—Estupendo, yo partiéndome el lomo y usted dando una vuelta con su perrito...

—Donde hay patrón no manda marinero.

—Y ojos que no ven, cuernos que te pongo.

—No te sulfures, Ramoncín, que cada vez te pareces más al Rey del Pollo Frito, siempre quejándote. Tú te encargas de sus padres, y yo me encargo de averiguarle la vida a la triste Lara. Cuando acabe con *Lucas*, iré a esa universidad privada...

—EDEM.

Ella se limita a asentir. Respira hondo: la pastilla hace su efecto. Tal vez por eso se queda contemplando la ciudad. Tras ella, al fondo, el mar. Siempre el mar. La inspectora es mesetaria, no acaba de acostumbrarse a esa raya plateada que se le aparece vaya donde vaya. Como una espada en *Juego de Tronos*.

—La niña debe de ser rarita de cojones, ¿no cree, jefa?

A pesar de la pastilla, la horizontalidad del horizonte marino le agobia. La encuentra sobreactuada, un mal intérprete que reclama constantemente ser el centro de atención. Y lo consigue, porque la parroquia no sabe de teatro.

—Sí, rarita de cojones..., pero con esa madre no me extraña, parece que la única prioridad en su vida es mostrarle al mundo lo guapa y elegante que es. Y mucha lagrimita, pero esos ojos son dos témpanos...

—Jefa, no creo que sea mala gente, ya se lo he dicho. Lo que pasa es que hay quien vive todo *pafuera*, y hay quien vive todo *padentro*. Como en el flamenco.

—Si tú lo dices...

I am here waiting for you. Full of love and peace.

—Yo lo digo, que de eso sé un rato. —Se refiere al flamenco, por supuesto—. ¿Por qué no le preguntó por las Viagras?

—Una madre que no es capaz de decirnos ni el nombre de una sola amiga de su hija, ¿crees que tiene una respuesta para eso? —Robert Mitchum va a salir de escena, debe rematar con una frase digna de él—: Y si la tuviese, ¿crees que nos la daría?

Mientras pronuncia las últimas palabras, se ha sentido horizonte marino: sobreactuado. Y es que cuando Claudia aborda un caso, nunca tiene muy claro si va más en busca del ego o en busca de la verdad.

—El taxi ya está aquí. Nos vemos en jefatura.



Debe reconocerlo: que una inspectora de Policía sea incapaz de conducir, y deba desplazarse en taxi cuando no hay ningún compañero que pueda llevarla, no es demasiado operativo. Ni le sale barato. Pero después de lo que le pasó a Tomás no ha podido empuñar un volante. Ni regresar a Madrid. Baja por depresión y después traslado. Han pasado ya tres años, y está a muchos kilómetros de distancia. Pero da igual, todo sigue ahí. Como si hubiese

sucedido ayer y ella aún viviese en la capital. Y es que el tiempo y el espacio se deforman por culpa de la velocidad de la luz, pero también por culpa de la nostalgia.

—Muy buenos días, artista, ¿adónde la llevo?

Discurso poderoso. Sintonizada la COPE. Cuando la «artista» baja del taxi, siente que es un poco más de derechas. Si el trayecto se hubiese alargado hasta jefatura, quizás incluso estaría planteándose votar. Votar a quien fuera, pero que repartiese hostias.

—*Vesssina*, ¿cómo le fue la mañana?

Ya está aquí Rodolfo Langostino, siempre al acecho. ¿Qué pasa? ¿Hoy aún no llevas los diez intentos de seducción diarios y tienes miedo de perder la nacionalidad argentina?

—Bien, mucho lío...

Habla mientras sigue buscando la llave, ni siquiera se ha girado. Al nuevo vecino, en el otro extremo del rellano, no parece importarle.

—¿Metiste entre rejas a muchos *chorros* hoy?

Va a hacer como que entiende. Esta vez no caerá en la trampa, no piensa darle ninguna excusa para el diálogo. Claudia lo ha observado desde su ventana, cuando él va al bar de la esquina o baja a fumarse un cigarrillo a la calle. Parece un taxista buscando carrera. A ella le molestan esos cincuentones que tienen la ingenua creencia de que a esa edad puedes fraguar las amistades que se fraguan a los veinte: a esa edad los de tu quinta ya tienen la vida hecha, y los de la quinta de tus hijos, si los tienes, solo se acercan a ti por admiración, provecho o lástima. Y cualquiera de esas razones le parecen igual de patéticas para la amistad.

—Sí sí, a muchos, todos encerrados... —Se le caen las llaves al suelo.

—Andate con cuidado, *vesssina*.

Consigue abrir la puerta. Él está esperando el ascensor, con su eterna sonrisa quebrada y ese asqueroso pucherito de mate que lleva a todas partes. Mira que es guapo el gaucho...

—Bajo a echarme un *pucho*..., un cigarrillo, ¿te apetece?

—No, me estoy quitando.

Claudia lo observa. Es tan tópico: da la impresión de que solo está enamorado de la sensación de que se enamoren de él. Una vez lograda, seguro que escapa. Seguro que huye como buen depredador sentimental.

—Deberías darte un poco de fiesta, siempre tan seria...

Ya empieza a estar harta de que un tipo tan atractivo, para el que sexualmente ella es una ameba, la utilice como *sparring*.

—Los argentinos habláis tanto porque en realidad odiáis beber mate, ¿verdad?

El milagro se produce: lo ha dejado sin palabras.

—Nos vemos, vecino.

Se mete en casa y, al cerrar la puerta, contempla la figura petrificada de Rodolfo Langostino. Ultracongelado.

Qué gilipollas... y qué guapo.

—*¡Lucas!*

Claudia, teniendo en cuenta que tu vida sexual es más aburrida que la de Epi y Blas, ¿no deberías replantearte lo de espantar a hombres atractivos que intentan charlar contigo?

—*¡Lucas!*

El suyo debe de ser el único perro en el mundo que no sale a recibir a su dueña.

—¿Quién es el perrito más bonito de España? —Actualmente este es el único ser vivo sobre el planeta con el que se atreve a mostrarse cariñosa—. ¡¿Quién es?! ¡¿Quién es?!

El perro la mira con ojos descreídos, tumbado sobre el sofá. Ni siquiera mueve el rabo. Al igual que su dueña es la Robert Mitchum de las mujeres policía, *Lucas* es el Robert Mitchum de los perros: «¿Quién es el perro más bonito de España? Pues no tengo ni puta idea de quién es esa maricon, pero si tanto te atormenta el tema voy y lo pregunto».

Suena el teléfono.

—Dime, Ramón.

—Tenemos que darnos prisa.

—¿Qué sucede?

—Me han enviado los vídeos de las cámaras de tráfico que hay en los accesos a la urbanización. Nos interesan tres rotondas, por narices hay que pasar por alguna de ellas para llegar al chalé de los Valls.

—¿Y?

—Con el portátil estoy revisando las imágenes y chequeando matrículas.

—¿Ha habido suerte?

—Mucha. A las once y cuarto de esta mañana ha salido de la urbanización una furgoneta Ford Transit. En la cabina se distingue a un hombre al volante, la

trasera no tiene ventanillas. El dueño del vehículo es Francisco López.

—¿Y quién es ese figura?

—Veintisiete años, vecino de Paterna, con dos antecedentes por intento de violación. Cuatro años de condena y medio de prisión efectiva. Salió por buena conducta hace diez meses.

—Angelito.

—Trabaja de reponedor en el Supercor que hay cerca del chalé de los Valls. Me acerqué a la tienda y el encargado me ha dicho que, en efecto, Francisco trabaja allí..., pero que hoy es su día libre.

—Esto promete.

—Pues espere, que aún hay más: le he enseñado la foto de Lara al encargado y al instante la ha reconocido. Va por allí a comprar de vez en cuando. Y en un par de ocasiones la ha visto hablar con nuestro hombre. El encargado le llamó la atención a su empleado, porque notó que intentaba ligar con la muchacha, y las normas de la empresa prohíben ese tipo de cosas.

—Hay que moverse deprisa. Alerta a los hombres de Harrelson, nos reunimos con ellos en jefatura dentro de media hora. —Ahora *Lucas* sí mueve el rabo: y yo qué, ¿me lo tengo que hacer encima o piensas sondarme?—. Buen trabajo, Ramón.

Cuelga sin esperar a oír la respuesta y baja a la calle. Comerá en el taxi, de camino. Al menos, que sea bueno.

—Lléveme a Casani, en Jorge Juan.

Entra en su horno preferido mientras el taxi aguarda encima de la acera frente al mercado de Colón. Su intención es comprarse tan solo una empanadilla, debe cuidarse, últimamente ha cogido algún kilito. Pero los ve. Allí. Al fondo del mostrador, casi hablándole: minicruasanes rellenos de chocolate.

—Ponme media docena.

Menos mal que existe el chocolate. Y menos mal que existe el Prozac. Sí, lo sabe, ambas cosas en dosis masivas matan. Pero no reír y no follar, en dosis masivas, también.

Casa en Benimaclet. Planta baja, pero hay que salvar dos escalones. Sin rampa para minusválidos, tan solo un tablón de madera atornillado.

—Hola, soy Héctor. De *El País*.

Que en la primera frase que pronuncia haya una verdad y una mentira demuestra su perfecta adaptación al nuevo periodismo.

—Hola, yo soy Concha. La madre de Matías.

En la época de la posverdad no importa si la historia es real, solo importa si haces clic sobre ella. Los hechos están superados.

—Encantado, ¿puedo pasar?

—¡Sí sí, por supuesto! Perdona, qué maleducada..., es que estoy un poco nerviosa.

—No tiene por qué estarlo. Ya verá qué sencillo es todo.

—Una no está acostumbrada a estas cosas... —Se ha endomingado, como cuando en el pueblo se arregla para la misa; incluso ha ido a la peluquería, a costa de no comer carne esta semana—. ¿Puedo ofrecerle algo? He hecho café, y hay cervecitas en la nevera.

De la calle se entra directamente a la cocina, que hace también las veces de salita. Casa vieja reformada en los setenta con bajo presupuesto. Nada ha cambiado desde entonces: muebles escasos y tristes, desconchados en las paredes. Moho. Si Héctor fuese un ladrón, buscaría los ahorros en un bote de Nescafé.

—No, gracias, no me apetece tomar nada... —La humedad es tan física que si Héctor fuese un furtivo, le daría la vuelta a la mesa de la cocina para cosechar racimos de mejillones—. Acabo de almorzar, y hay que vigilar el peso.

Sonríe. Él sabe lo que tiene que hacer ahora: ganársela.

—Concha... —Mirada abisal—. Siento mucho lo de su hijo.

Al intentar expresar un sentimiento que no tiene, solo le sale una mueca. Una mueca de ladrón, de furtivo.

—Gracias, pero no se preocupe, ya han pasado dos años. Estoy acostumbrada a esta vida.

Su tono de voz transmite, dentro de su patetismo, un ligerísimo afán. Como si su invitado estuviese allí por ella. Como si su dolor fuese la razón de la visita.

—Es usted muy valiente, Concha. —Esos detalles tan sutiles a otro se le escaparían, a Héctor no—. Muy valiente.

Él capta la miseria humana al instante, y es capaz de exprimírle todo su potencial dramático cuando redacta. Sabe lo que se hace. Conoce su oficio, que es muy parecido a la vida: a veces lo que cuenta es cómo cuentas las cosas. No las cosas. Sobre todo, al narrar lo terrible.

—¿Y cuándo saldrá el reportaje? Quiero estar atenta para que no se me pase ir al kiosco.

—No se publicará en papel.

—¿Cómo?

—El reportaje es para la edición digital. Si esta noche me da tiempo a acabar de redactarlo, mañana ya lo podrá leer.

Decepción.

—¿Saldrá por..., por ordenador?

A las personas de esa generación la tinta sobre papel aún las impresiona. Es el poder de la letra escrita, el poder de lo físico: ¿cómo se va a equivocar un libro? ¿Cómo te va a mentir un periódico? Para ellas, la letra impresa aún tiene aura. Es creíble por defecto, inocente hasta que se demuestre lo contrario. Como los curas de antes.

—Sí, vía internet.

—Vaya..., no me dijo eso por teléfono. Creía que aparecería en papel...

Claro que no se lo dijo. Ni le dijo que en realidad no es periodista de *El País*, sino un *freelance* que ha conseguido vender el reportaje por una miseria después de estar dos meses dando la barrila.

—... hasta fui a pedir presupuesto para enmarcar la noticia...

Y tampoco le dijo que las fotos las hará él mismo para así ahorrarse un fotógrafo profesional. Y no le dijo nada de eso por una razón: la quería convencer. El nuevo periodismo.

—Concha, le aseguro que va a encantarle el reportaje. Aparecerá en una sección especial dedicada a dramas personales generados por la crisis. —

Para neutralizar el pequeño fiasco, hace el caldo gordo—. Los recortes en la ley de dependencia es algo que interesa y preocupa a mucha gente.

—Bueno, si es así... —Parece que se recompone—. Supongo que quiere conocer a Matías...

—A eso hemos venido, ¿no? —Sonríe, con cierta coquetería.

—Sí, claro... Sígame, su cuarto está al fondo de la casa.

Pasillo interminable.

—Mi marido se murió el año pasado, y la pensión de viudedad es una miseria. Y la de invalidez que cobra Matías es otra miseria. Por eso tuvimos que venirnos a vivir a esta barraca...

Habla mientras avanza. Ya empieza a tener chepa.

—Y yo estoy haciéndome mayor, y no tengo fuerzas para levantarlo de la cama, bañarlo..., pero claro, contratar a una mujer que me ayude es carísimo..., y luego está lo de su diabetes, que también es un dineral...

Necesita desahogarse.

—Ya sabe, los amigos de Matías al principio venían, pero luego se hace pesado, es una carga..., en estas situaciones solo queda la madre, por aquí ya no viene nadie desde hace meses...

Héctor la observa: a todas luces es una mujer que ha tenido que mirar mucho la peseta. Toda la vida. Siempre ha viajado en autobús, con fruta y bocadillo en el bolso para no hacer gasto.

—Pero no me quejo, mi hijo es lo mejor que me ha pasado en la vida...

El tono no deja claro si su hijo es lo mejor que le ha pasado en la vida, o como le ha pasado, es lo mejor que hay en su vida.

—Matías tuvo que dejar su trabajo, que lo era todo para él..., su trabajo y los libros, leía muchísimo; ahora verá su cuarto, no cabe un libro más... Le encantaba ser profesor, enseñar biología a los chavales..., y todo por un error médico, una desgracia..., la indemnización fue una miseria, claro, esto es España, las leyes son una porquería. En Estados Unidos yo ahora sería rica...

Héctor nunca ha visto el amor en estado puro, sin contrapartidas, destilado. Le gustaría vivir ese momento, pero hoy no será el día: Concha es generosa, pero a él le parece que habla demasiado de dinero.

—Pero al menos tengo salud, y que dure...

La casa tiene aspecto de hotel de playa barato en temporada de invierno. El joven de la silla de ruedas también.

—Hola, Matías. —Va a alargar la mano pero se contiene a tiempo—. Soy

Héctor, el periodista. Supongo que tu madre te ha hablado de mí.

—Estamos sin blanca. La compañía de la luz nos amenaza con cortárnosla si no pagamos de inmediato todo lo que debemos. ¡¿Qué voy a hacer yo sin luz y con este panorama?!

Señala al fardo que tiene al lado, indiferente al hecho de que uno de los pocos órganos que conserva intacto su hijo es el auditivo. Matías se limita a parpadear, no es capaz de hacer otra cosa, y Héctor no puede sino pensar que las compañías eléctricas, además de inhumanas, son un desastre organizativo: ¿acaso no saben que a este pobre diablo la luz se la cortaron ya hace tiempo?

—Ponga todo eso en el reportaje, póngalo bien clarito.

Héctor ya no la escucha. Se ha sentado frente a la silla de ruedas y observa el rostro que lo observa. Le recuerda a un Mr. Potato montado por un niño con problemas de orientación espacial: cejas, ojos, nariz y boca se apelotonan en la parte baja de la cara, dejándola prácticamente sin barbilla. A cambio, luce una frente con aspecto de mausoleo granítico. La boca torcida rezuma babilla.

—Con lo guapo que era mi hijo..., mire, mire la foto. Es del día en el que se graduó en la universidad, el mes que viene hará diez años.

La madre habla como si no estuviera en presencia de un ser vivo. Como si su hijo no pudiera oírla: ella ha normalizado la desgracia. Matías, no se sabe. Y a nadie parece importarles demasiado. Le tiende un retrato.

—Es verdad, era un chico guapo.

Era muy guapo, y ahora... A Héctor, sin saber por qué, el fardo le recuerda a esos viejos desdentados llenos de miseria que aprenden a comer con las encías. Y roen con ellas las aceitunas hasta devolverte un hueso.

—Sí, mi Matías era muy guapo. —Como si hablase de un muerto; como si la belleza pretérita incrementase el dramatismo de lo sucedido: si hubiese sido feo, pues no sería tan grave..., hasta en eso tuvimos mala suerte.

—¿Siente dolor?

—No, el médico dice que no siente físicamente nada. En el quirófano sufrió un daño cerebral difuso, y entró en estado vegetativo irreversible.

Héctor escucha con melancolía. El sufrimiento le asusta, sobre todo el suyo. El de los demás le produce nostalgia.

—La mayoría de los pacientes como él pierden la capacidad de contactar con el entorno, pero Matías tenía unas ganas de vivir enormes... El neurólogo nos dijo que gracias a eso conserva el conocimiento y la razón. Pero

físicamente..., físicamente lo único que puede hacer por sí mismo es parpadear y mover ligeramente el dedo índice de la mano derecha.

—Vaya, no es gran cosa...

—Que me lo digan a mí.

Para un reportaje sobre accidentes de tráfico, Héctor leyó hace tiempo que las investigaciones científicas en psicología de la resiliencia han demostrado que, tras dos años, un gran inválido alcanza niveles de felicidad comparables a los que tenía antes del incidente que le produjo la invalidez: sencillamente, baja expectativas y pone en funcionamiento la increíble capacidad del ser humano para adaptarse a su contexto. Eso es lo que leyó, y por lo general hace caso a la ciencia, pero esos ojos que ahora lo miran cuentan otra historia...

«Mi resentimiento es el resentimiento de lo infinito. No conozco su origen, no sé su destino, pero está ahí, ocupándolo todo..., como una tenue pero inacabable onda gravitacional.»



En la terraza de una tasca de Malasaña. No es el sitio con el que una chica fantasea cuando piensa en una primera cita. Pero es un sitio discreto, y eso para Tomás es importante.

—Hace mucho calor...

Claudia se abanica con la mano porque necesita hacer algo, romper el silencio, resquebrajar la estática. Pero él no responde. Se limita a encenderse un cigarrillo, sin dejar de mirarla.

—Fumas como un chulo.

Lo ha dicho en plan borde. Como si así fuese a convencerse de que no está nerviosa. De que no está ofreciéndose a un hombre casado. De que su dignidad de mujer permanece intacta.

—Lo sé. Y también sé que te gusta.

—¿Ah, sí? ¿Y qué más sabes?

—Sé que ahora lo negarás, como hacéis todas.

Ese «todas» le ha dolido en el alma. Pero es incapaz de responder nada. Porque él sonríe, y alza el rostro hacia la luna y echa una bocanada de humo. Y ese gesto basta para desencadenar la locura mental: Claudia se imagina que, tras la cena, él la empuja dentro de un callejón y le agarra la cintura, y ella se resiste, pero su masculinidad y sus antebrazos nudosos lo pueden todo, y

follan, y luego hacen el amor, y se casan en una playa donde envejecerán juntos, rodeados de nietos y bailarinas balinesas. Cualquier feminista (incluida ella misma) la habría abofeteado por semejantes ensoñaciones. Cualquier amiga la habría comprendido. No como Tomás, que la mira sin entender nada, porque como casi todos los hombres ignora su poder: la capacidad que tiene para, con un pequeño gesto del que él ni tan siquiera es consciente, desatar una estampida de búfalos en la mente de una mujer.



—¿Me oyes?

A Matías nadie puede consolarle de su propia compañía.

—Claro que le oye, pero no espere que le conteste.

Y menos su madre: ambos se infunden desolación mutua.

—Entiendo..., creo que lo mejor será que empecemos por las fotos. — Intenta rehacerse; se pone en pie y coge su cámara—. Luego la entrevistaré.

—Estupendo, enseguida me preparo.

Concha se levanta para dirigirse a una de las estanterías que cubren la habitación. Los libros forran todas las paredes. Coge un bolso con el emblema de Vuitton y se sienta junto a su hijo.

—Ya estoy lista. Bueno, ya estamos listos, quiero decir.

Héctor se vuelve a sentar para presenciar el patético intento de las clases humildes por parecer sofisticadas: llevar por casa un bolso de Louis Vuitton recién comprado a un negro en plena calle es quizás lo más triste que ha visto a lo largo del día. Y eso que está sentado frente a un joven en estado vegetativo irreversible.

—En la foto es mejor que tan solo aparezca Matías.

Está tentado de añadir: «Señora, su dignidad se mantendría mil veces mejor resguardada si mostrase su cutrez natural».

—¿Solo..., solo Matías?

—Sí, solo Matías.

Héctor es bastante injusto en la defensa de la justicia.

—De acuerdo, si es mejor así...

La mujer se aparta completamente apesadumbrada. Sin soltar su bolso. Él toma docenas de fotografías, desde diferentes ángulos. Su modelo se limita a

parpadear. Es una situación extraña que recuerda a la fotografía arquitectónica, sin serlo. Suena el teléfono, lejano, en la cocina.

—Ahora vuelvo.

Al quedarse solo en la habitación, Héctor siente una especie de contradicción interna: ¿está realmente solo? Un cerebro que funciona, pero que ni se puede comunicar contigo ni permite que te comuniques con él, ¿es realmente compañía? Sin poder evitarlo, le viene a la mente su matrimonio.

—Bueno, aquí estamos. Tú y yo. Al fin solos.

Se sienta frente a Matías, de nuevo en su campo visual. Con la extraña sensación de estar en un acuario.

—Es pesadita tu madre, ¿eh?

Sin respuesta. Ni siquiera un parpadeo.

—No eres tú muy hablador...

Intenta desprenderse de la mirada del fardo, pero no puede. Se le está metiendo dentro. Y de repente siente que habita el reflejo de un reflejo: en esos ojos ve su propia mediocridad, tal como él cree que la ven los demás.

—¿Cómo puedes vivir así?

No tiene muy claro si la pregunta se la ha hecho a Matías o se la ha hecho a sí mismo.

—¿Cómo lo logras?

Porque Héctor, en el fondo, sabe cómo es. Y se da miedo. Se siente incapaz de trabarse emocionalmente con los otros; de manera genuina, no fingida, nunca le ha pasado. Ni siquiera con su exmujer. Y a sus cincuenta años no cree ya que le pase... Los demás se vinculan a él, pero a él ellos le dan igual. Cuando termina una conversación, se olvida del interlocutor al instante, hayan hablado de lo que hayan hablado. De quien no se olvida jamás es de la gente que le lleva la contraria, de quien es más gracioso que él, de quien razona mejor, de quien resulta más interesante. Siente por ellos mucho rencor, no puede evitarlo.

—Hola, caracola...

No trata mal a nadie, pero tampoco trata a nadie especialmente bien.

—Veo las luces encendidas, pero ¿hay alguien en casa?

¿Por qué entonces se siente tan cercano al hombre que tiene enfrente, que es poco menos que un vegetal? Quizás es porque se parece a él más de lo que está dispuesto a reconocer. Una vida sin propósito, ese es el mayor propósito

de sus vidas. Eso los une. A veces preferirían estar muertos. En realidad, a veces preferirían estar un poco más muertos.

—¿Puedes oírme?

De nuevo, no hay respuesta.

—Si puedes oírme, y entiendes lo que te digo, parpadea.

Esos ojos que lo miran parecen saber que él es frío. Parecen saber que tiene un ego desproporcionado. Parecen saber que es inmune al remordimiento. Parecen saber que las profesiones con mayor proporción de personalidades psicopáticas son dos: político y periodista.

—¿Por qué no parpadeas? Es por tu bien.

Para disimular su naturaleza, cuando está en público, Héctor interpreta, actúa, hablando siempre desde un humanismo exagerado. Finge querer, querer mucho al mundo. Y lo finge tan bien, y lleva haciéndolo tanto tiempo, que ha acabado por creerse su papel. Él es el más demócrata, el más ecológico, el más feminista, el más anticapitalista. Él pretende lo imposible: odiar a la gente y amar a la humanidad.

—Te lo voy a repetir, porque a lo mejor eres duro de oído: si me oyes y entiendes lo que te digo, parpadea.

Pero este ser inerte que tiene enfrente parece conocer su secreto. Y se produce el milagro de la comunicación: muy lentamente, ha cerrado los ojos y los ha vuelto a abrir.

—Hola, Matías, espero que estés bien por ahí dentro.

Alarga el brazo y acaricia la mejilla del fardo. ¿O se está acariciando a él mismo? ¿Es compasión lo que experimenta o victimismo? Héctor está tan encantado de conocerse, está tan orgulloso de su intensidad vital, que ya no creía ser capaz de sentir nada nuevo. Estaba convencido, hasta antes de entrar en esa habitación, de que había consumido el repertorio: ahora tan solo puedo aspirar a las relecturas..., tan sofisticadas, tan escasas de emoción. Los ojos de Matías lo han sacado de su engaño.

Ramón conduce. Claudia, a su lado, no pierde de vista la Ford Transit que circula trescientos metros por delante. A veces se hace complicado, porque entre ambos vehículos, interrumpiendo la línea de visión, hay un X6 y un Porsche Cayenne. Los dos con cristales tintados y llantas de aleación doble-medida perfil bajo. Con pinta de ir ocupados por mafiosos rusos en busca de puticlub.

—La chica va en la trasera de la furgona, me juego el cuello, jefa. Deberíamos intervenir.

—Esperaremos a que nos digan algo los civiles de Liria. Es cuestión de minutos.

—Pues no entiendo por qué. La santa madre de ese hijo de puta —con la barbilla señala a la Ford Transit— ha confirmado que su niño comió a las dos y media con ella en Paterna, cosa que hemos comprobado, y le dijo que venía de la casa de campo familiar que tienen en Liria. Las cámaras de la autovía confirman que, en efecto, estuvo en Liria. Si salió de Campolivar a las once y cuarto, y a las dos y media estaba en Paterna con su madre, Lara Valls o está en la casa de campo, o está en la trasera de la furgona o está muerta en una cuneta cerca de la autovía. No tiene sentido esperar. Ni tampoco seguir a ese maldito violeta creyendo que está llevándonos a su guarida. ¡Es imposible que esta mañana le haya dado tiempo a llegar hasta aquí!

Circulan por la playa de El Saler, con las ventanillas bajadas y el pelo revuelto. El sol ya cae, pero la bóveda de pinos que cubre la carretera aún es capaz de cebrearla.

—Ya te lo he dicho, no insistas: no vamos a mover un dedo hasta que los civiles nos digan algo.

—¡Pero ¿por qué?!

Ramón a veces no es capaz de ver que un policía sin oficio es como un artista sin oficio. Un búho ciego.

—Siempre es mejor intervenir cuando la víctima ya está a salvo. —Con

una goma se recoge el pelo en una coleta—. Riesgo cero.

—Y aún mejor intervenir cuando ya está muerta. Riesgo doble cero.

Claudia respira hondo y reclina la cabeza hacia atrás. No tiene ganas de darle más explicaciones a Ramón. Se ensimisma. Siempre le pasa durante los seguimientos, le recuerdan el día en el que perdió a Tomás.

—Te acercas demasiado.

No añora su presencia. Ya no. Todo lo contrario: disfruta percibiendo la densidad de su ausencia. Aunque sea difícil de creer, puede haber placer en el hambre.

—Frena un poco, joder.

Sinvergüenza. Sin vergüenza. El espacio en blanco entre palabras es un no-signo que funciona como signo. Es una ausencia con significado. Justo como Tomás.

—Sí, comandante, dígame. —La inspectora habla por el móvil—. Perfecto, nos ponemos en marcha.

Cuelga.

—¿Está viva?

—No está.

—¡¿Ve como yo tenía razón?! ¡Deberíamos haber intervenido hace ya media hora! La chica está en la Transit, y ese cabrón ha tenido los cojones de violarla, matarla, y luego irse a comer un arroquito caldoso con su madre dejando el cadáver en la furgona. Seguro que ahora va en busca de un rincón solitario en La Albufera para echar el cuerpo al agua con dos piedras de lastre.

—Eres insufrible. —La inspectora coge el micro de la radio—. Adelante. Que sea limpio.

La reacción es inmediata: el X6 que circula justo detrás de la Ford Transit acelera de modo brutal y adelanta a la furgona. Una vez rebasada, se cruza violentamente en la carretera obligándola a detenerse de modo brusco. De inmediato el Porsche Cayenne también se cruza, tras ella, impidiéndole ninguna maniobra de evasión.

—El pajarito está en la jaula. —Claudia disfruta con el espectáculo: desde que Hacienda asigna a las diferentes jefaturas repartidas por el territorio nacional los coches de lujo confiscados a los narcotraficantes, las operaciones de interceptación dan ganas de grabarlas en vídeo—. Arrímate ahí, en la explanada del arcén, a la altura de ellos.

Están en el mirador de la Gola de Puchol, desierto a esas horas. En medio de la calzada el sospechoso ha bajado de su furgoneta muy resuelto, muy macho, como si viniese de marcar ganado. Por su forma de cerrar la puerta, es obvio que está dispuesto a pegarle un puñetazo a alguien.

—¡Qué hostias...!

—¡Al suelo! ¡Échate al suelo y pon las manos detrás de la nuca! ¡Ya!

Seis cañones de armas cortas apuntándole a la cabeza le convencen de que hoy no es un buen día para repartir puñetazos.

—Inspectora, ni rastro de la chica.

Claudia no se inmuta.

—Traedlo aquí, junto al lago. Y despejad la carretera.

Los geos, vestidos de paisano, actúan rápido. Dos minutos más tarde aquí no ha pasado nada.

—¿De qué coño va todo esto?! ¡Yo estoy limpio, *pringaos* de mierda!

Grandote. Aspecto agitanado, pero viste una chaqueta verde del Ejército alemán: este chico es un cúmulo de contradicciones. ¿Por qué el Estado germano no llama a filas a toda esta chusma?

—Tú no has estado limpio en tu vida...

Claudia murmura mientras camina hacia él, llena de rabia: no soporta a los violadores, le sacan de sus casillas.

Asco de trabajo...

En su oficio ha visto de todo, y como para ascender en una organización tan machista por desgracia ha tenido que convencerse de que es una *macha*, ya nada la afecta. Excepto los violadores, con ellos no puede.

—¡Figura, mírame a la carita! ¡Sí, a mí, yo soy la jefa! —Está acostumbrada: al detenido ni le pasa por la cabeza que entre tanto hombre la que manda pueda ser esa mujer que va hacia él; y como le sucede siempre cuando está muy tensa, nota cómo empieza a cojear, sin poder evitarlo, y eso retroalimenta su rabia, metiendo presión a un circuito cerrado que nadie sabe por dónde va a reventar—. Y ahora, contesta las preguntas que te voy a hacer y así no te meterás en más líos.

Ha llegado a su altura, y lo encara.

—¿Quién es esta tetona coja?! ¿La bruja del cuento?!

Ahí la tienes. Báilala.

—A la inspectora le hablas con más respeto o alguien se va a quedar hoy sin dientes.

Los geos han guardado sus armas. De brazos cruzados y tan solo con su ostentación física, lo tienen arrinconado contra la baranda que se vuelca sobre el lago. A lo lejos, el sol empieza a besar el agua, como si creyese que por ser dulce es bebible, mientras las zancudas zampan mosquitos.

—¡A mí no me amenes, *ciclao* de mierda! ¡Yo te pago el sueldo y conozco mis derechos! ¡A ver si te crees que aún manda Franco!

Claudia observa el espectáculo. Y se avergüenza de su país al confirmar lo que ya sabe: las naciones no mueren asesinadas. Se suicidan.

—Calma, muchachos. Este joven, en efecto, tiene sus derechos. —Acerca su rostro al del detenido, un palmo más alto que ella—. Sí, esa soy yo, la bruja coja del cuento, eres un chico listo. Pero ¿sabes por qué estoy coja?

Ramón observa a su superiora. Parece imperturbable, pero él, que la conoce bien, puede ver cómo esa mujer a la que adora acumula tensión. Como nudillos antes de ser crujidos. Cualquier cosa puede pasar a partir de ahora.

—Y yo qué sé. ¡¿Qué te piensas?! ¡¿Que soy adivino?! Seguro que te quedaste coja por una mala *follá*.

Se agarra el paquete y troquela una mirada salaz.

—Yo te lo hubiese arreglado mejor, te lo aseguro...

Tiene pinta de vivir en una *roulotte* donde se pasa el día viendo porno. Aparcada de modo ilegal en esos cartabones de tierra baldía que las vías de tren forman cuando se cruzan con otra vía de tren o con el puente de una autopista. Esos triángulos desolados que el Estado expropió hace muchos años y ahora ya nadie sabe a quién pertenecen.

—Sí, Paquito, seguro que tú me lo hubieses arreglado mejor..., pero te equivocas, no estoy coja por una mala *follá*. —Este pobre diablo no sabe que la inspectora es partidaria de la regla del mordisco que utilizan en Estados Unidos con los perros: el primero, se perdona; el segundo, se sacrifica—. Te contaré un pequeño secreto: me he quedado coja de tanto patearle los cojones a escoria como tú, que disfruta maltratando a las mujeres.

Su pie malo se eleva de modo tan rápido que ninguno de los hombres que hay allí tiene tiempo a reaccionar. Ninguno salvo Francisco, que lo hace como lo hace él todo en la vida, con pasión: está encogido, lívido, agarrándose de nuevo la entrepierna, pero esta vez sin sonrisa salaz.

—Bueno, hemos empezado con mal pie. —La broma es demasiado compleja para un ser tan simple como el que ahora busca aire a bocanadas sin soltar sus partes; al pobre parece que se le han ido las ganas de fiesta erótica

—. Pero estoy segura de que a partir de ahora, como los dos somos gente civilizada, todo va a ir como la seda, ¿verdad, Paquito?

—Sí..., claro. —Todavía acuclillado, tose y asiente—. Como la seda...

Si es que, en el fondo, son niños traviesos. Con una legislación adecuada se comportarían como angelitos, y yo no tendría que ir por ahí repartiendo patadas.

—Esta mañana has salido de Campolivar a las once y cuarto, ¿qué has ido a hacer allí?

—Trabajar..., he ido a trabajar. —Se incorpora mientras va recuperando color.

—No dice eso tu jefe de Supercor.

—Mi jefe es idiota.

—Sí, claro, el listo de la tienda eres tú. Por eso tienes veintisiete tacos y tu trabajo de más responsabilidad ha sido vigilante de parking.

Es tan básico que su única estrategia es el silencio.

—¿La conoces?

Claudia quiere ser una buena policía, y una buena persona. Por ese orden. Esa es la razón por la que lucha cada día contra el prejuicio de creer que la gente normal es la que se parece a ti. Y no le importa luchar, pero la basura que tiene enfrente se lo está poniendo tan difícil...

—¿La conoces?!

—Yo a esa pava no la he visto en mi vida. —Casi ni ha mirado la fotografía.

—Sí la conoces. ¡Haz memoria!

—¡Le digo que no sé quién es! —Vuelve a aflamencarse—. ¡Y no me chille! Jodida coja...

Ramón observa al detenido, que a su parecer tiene un rostro asesinable. Se lo está imaginando en una foto forense, dentro de una nevera, con bufanda de punto fantasía al cuello... Le interrumpen la diversión: llaman por teléfono y el subinspector se aparta del grupo para descolgar.

—Paquito, no te pases de listo, en las grabaciones de seguridad de la tienda apareces hablando con ella hace dos días.

—¡Me llamo Frankie! —El escaso cubicaje de su cerebro intenta conseguir el par máximo—. Sí, ahora la recuerdo, de la tienda...

—Claro, si ya sabía yo que con un poco de ayuda... Nos han dicho que a ti te hacía gracia y que te llamaron la atención por propasarte con ella en un par

de ocasiones.

—¡Eh, para el carro! ¡Yo respeto a todo el mundo!

Paradójicamente, lo dice de un modo muy poco respetable. El pie de la inspectora toma impulso, como si fuese a salir disparado de nuevo, y él se achanta.

—Y sobre todo, respeto a las mujeres..., sí, siempre.

Se le tuerce el gesto, balbucea. El aliento apesta a carajillo. O a sol y sombra. Por culpa de gente como esa, el mundo es inmundo.

—Estoy segura, campeón. Pero volvamos al principio ahora que has refrescado la memoria: ¿qué hacías esta mañana en Campolivar?

—He ido a pasear, a tomar el aire...

—A tomar el aire, dices.

—Sí, ¿acaso es un delito?

La inspectora vuelve a ponerse nerviosa, pero se contiene para no devorar a este lerdo. Todo buen caníbal sabe que comer la carne de un imbécil te vuelve a ti imbécil.

—Pues mientras tú tomabas el aire, a esta preciosidad la han secuestrado, sospechamos que para violarla. Y teniendo en cuenta tus antecedentes, te aseguro que el marrón te va a caer a ti: estabas paseando por el lugar equivocado en el momento equivocado. —Se gira hacia los geos procurando que la mentira suene a verdad—. Esposadlo y lleváoslo a jefatura.

—¡Yo no sé nada de toda esa historia! ¡Yo vivo y dejo vivir! —Intenta calmarse—. Yo soy feliz, yo tan solo disfruto... ¿Lo pillas?

Claudia lo pilla. Cualquiera diría que este muchachote ha leído a Freud: existen dos maneras de ser feliz en la vida. Una es hacerse el idiota. La otra es serlo.

—Eso se lo cuentas al juez. No sé si conseguiré que te condenen, pero tres o cuatro meses de provisional fijo que te caen, y te aseguro que yo me encargaré de que te pongan en el módulo adecuado. —Ahora es Claudia la que compone una sonrisa salaz—. Con lo guapo que eres y siendo un violador de jovencitas, en un par de semanas tu culo va a parecer la bandera de Japón.

Ramón, que ya ha regresado de su conversación telefónica, disfruta viendo la actuación. Su jefa es como un buldócer que arrasa el bosque virgen hasta llegar a la ermita. «Hay una carretera por hacer, le joda a quien le joda. Apartad de mi vista a estos putos ecologistas.»

—Ya lo estoy viendo... Como un bebedero de patos te lo van a dejar.

—¡Escúchame, mierdacoja: yo no he hecho nada! —Por culpa de la rabia se altera de nuevo, resurgiendo su yo profundo—. Si esa zorrilla ha desaparecido, será porque algo habrá hecho. ¡Las tías que están tan buenas son todas unas putas!

Claudia le soltaría otra buena patada, a ver si esta vez le revienta las joyas de la corona. Pero se contiene: sabe que Ramón la seguirá hasta el infierno si hace falta, pero no quiere poner en un aprieto a los geos obligándolos a mentir ante una denuncia por malos tratos. Los de Asuntos Internos últimamente están muy quisquillosos con esas cosas.

—Esposadlo.

Al sentir el metal en las muñecas, se replantea su futuro. En especial, el de su trasero.

—¡Vale! No fui a Campolivar a pasear.

—¿A qué fuiste?

—A... —Duda—. A echar un polvo.

Eso lo cambia todo: un polvo es cosa de dos. Al menos.

—¿Consentido?

—Putá...

El pie de la inspectora otra vez hace ademán de tomar impulso, y el detenido se encoge. Esa amenaza basta para soltarle la lengua: le aterra el sufrimiento propio tanto como le excita el ajeno. No es el primer violador con el que Claudia trata.

—Sí, consentido, claro.

Por eso los odia tanto. Por eso le sacan de sus casillas.

—Es una tía que conocí en la tienda.

—¿Cómo se llama?

—No puedo decirlo, es una clienta..., me echarían.

—Tranquilo, sé guardar un secreto. Y en cualquier caso, creo que El Corte Inglés será capaz de sobrevivir sin ti.

—Hija de... —Se lo piensa mejor—. Además, está casada con un notario, se meterá en un lío.

—¿A qué hora llegaste a su casa?

—En cuanto su marido se largó y los niños se fueron al colegio. Serían las nueve, y estuvimos zumbando hasta las once.

Claudia y Ramón ahora ya son conscientes de que todo está perdido, este camino no los conducirá a Lara: incluso un tipo tan podrido y simple como

este sabe que una coartada falsa jamás debe contener tantos detalles que impliquen a terceros.

—¿Nombre de ella? —Él duda; la inspectora decide animarlo—. Ya veo a la mitad del módulo de peligrosos cantando el himno de Japón con lágrimas en los ojos ante tu culo en pompa.

—¡Laura, joder! ¡Laura no sé qué! Su chalé está en la calle de atrás del Supercor.

Claudia se desentiende de él. Coge del brazo a Ramón y se lo lleva unos metros más allá. Un barquero antiguo que aún rema con pértiga lleva a unos turistas hacia la puesta de sol. Hacia el fin del mundo.

—Hemos estado perdiendo el tiempo. Un tiempo que no tenemos.

—Era previsible, jefa. La llamada que he contestado era de la Científica, y luego yo he llamado a Redes y a Informática: como le dije, el que lo hizo es un tipo cuidadoso, y Paquito no da el perfil.

Ambos miran al detenido, que en esos momentos tiene un dedo metido en la nariz.

—Va, dame las malas noticias. Sé que te gusta.

—Qué cosas dice... El ordenador está limpio. Quien lo hizo, antes de llevarse a la chica, borró a conciencia todo rastro de navegación, correos electrónicos, disco duro... Reluciente lo ha dejado.

—¿Cuánto tardó en hacerlo?

—Los de Informática me han dicho que al menos media hora. Tuvo cuajo el cabrón.

—Habría acabado antes llevándose la máquina. —Claudia razona bien bajo presión; su mente es como el agua, que cuando el canal de riego se estrecha, corre más deprisa—. Parece que quiere dejarnos claro que es un tipo cuidadoso y brillante.

—Exacto. Ego, mucho ego. Creo que estamos ante un retador, y esos son los peores.

Nube Negra nunca descansa.

—¿Qué más tienes?

—Nadie ha llamado aún pidiéndole rescate a la familia. Por otro lado, los de la Científica me han confirmado que la mancha de sangre sobre la alfombra era de Lara. Los restos epiteliales no han dado ningún resultado, son mayoritariamente de la chica, y en menor medida de la mujer de la limpieza. El secuestrador sin duda llevaba guantes, y seguramente también verdugo. Las

huellas dactilares, nada de nada, y las píldoras azules sí que eran Viagra. Pero tenían varios años, estaban caducadas.

La inspectora tuerce el gesto.

—Y los de Redes, ¿qué te han dicho?

—Han confirmado que el móvil, como pensábamos, fue desactivado antes de salir de la casa.

Claudia se toma unos segundos. Por una vez, Nube Negra tiene derecho a su pesimismo.

—Ahora os vais a casa del notario y hablas con la tal Laura. Si la coartada es cierta, que lo será, suelta a ese gilipollas.

—A estas horas su marido estará en casa, quizás deberíamos tener más tacto...

—Se siente, hay prisa. La próxima vez que la señora del notario se lo piense mejor antes de abrirse de piernas. Y retira ya al agente que vigila a la madre de Paquito. Le explicas a la mujer que la hemos retenido para que no pusiese sobre aviso a su hijo, que era sospechoso de secuestro. Que sepa así la joyita que tiene.

«Hay una carretera por hacer. Le joda a quien le joda.»

—Jefa, al fin y al cabo es su madre, quizás no es necesario...

Ella ya no lo escucha. Está al teléfono.

—Dígame, comisario.

—Quiero hablar contigo.

—Eso es lo que estamos haciendo, ¿no?

—Muy graciosa. En persona.

Claudia ya sabe que el tema será delicado: desde que su superior tiene ambiciones políticas, nunca habla de temas comprometidos por teléfono. Ya se sabe, la Policía siempre escucha. Y a veces graba.

—Estoy muy liada con un caso...

—Me da igual. Te quiero ver ¡ya! Estoy en el Palau, en media hora doy una conferencia. Cuando acabe, estate esperándome en la puerta.

Y cuelga.

—¿Era don Peppone?

—En estado puro.

—¿Y qué quería esa torrija andante?

—Hablar conmigo. —La conversación con su superior la ha dejado pensativa; intenta despabilar—. Tengo que irme. Cuando acabes con lo de la

mujer del notario, ve a jefatura y sigue con el cotejo de matrículas.

—Por supuesto, jefa. ¿Quién piensa en dormir?

—No me jodas, Ramón, ya sabes cómo son los secuestros. Y en casa solo te esperan tus agujas de tricotar. —Qué malo es conocerse—. Después de hablar con el comisario, iré a ayudarte.

Él se quita las gafas de Mortadelo para volverse invisible: qué vergüenza le da que ella conozca tan bien sus miserias.

—Son más de trescientos vehículos. Y seguramente limpios de antecedentes. Tardaremos al menos una semana en hablar con todos los propietarios para investigarlos.

—De momento, no hay otro cabo del que tirar. Mañana interrogaremos al padre y buscaremos alguna amiga de la chica en la universidad.

—Si la tiene. —Y se sentó en el pajar, y se clavó la aguja—. Ya que va a hablar con el comisario, quizás podría pedirle un par de hombres de refuerzo.

Ella frunce los labios. Nunca le ha gustado pedir a los de arriba.

—Y otra cosa, jefa... Ví lo que hizo en el jardín.

—¿De qué coño hablas?

—Pero ¿se cree que soy idiota? Si los de Asuntos Internos se enteran de que sigue con el Prozac... ¡No puede ir armada y drogada a la vez!

Ella se gira hacia el fin del mundo: los turistas, montados en su barca, ya están a punto de alcanzarlo. Y solo con una pértiga.

—Si se enteran y no les gusta, que me echen.

En los ojos de Matías ya no se distingue la esperanza, él sabe que está desperdiciando su vida. Pero como pasa siempre, el darte cuenta de que estás desperdiciando tu vida no detiene el desperdicio.

Menudo arranque...

Solo lo hace más desagradable, porque lo hace consciente: el grifo está abierto, día y noche. Quieres cerrarlo, cortar el chorro. Quieres detener el latrocinio. Pero no puedes moverte. Confieso que me replanteé mi propia vida al imaginar ese mar interior que habita Matías. Ese mar de ansiedad que lo ahoga, por mucho que bratee en sus sueños.

Relee el párrafo. Sí, la primera persona final es un acierto, confiere relieve, textura, porosidad emocional. Teclea para cambiar un par de detalles mientras le da tragos a la Alhambra. Hace tiempo que es incapaz de escribir sin beber. Bueno, hace tiempo que es incapaz de hacer cualquier cosa sin beber.

Les van a cortar la luz. Y Concha cumple el mes que viene sesenta y seis, ya no podrá cargar por mucho más tiempo con el peso muerto de su hijo, que tan solo es capaz de parpadear y mover el dedo índice de su mano derecha. Necesita ayuda. Se merecen ayuda.

Intenta creerse lo que acaba de escribir, convencerse de que está reclamando para Matías y para su madre aquello a lo que tienen derecho. Pero el instinto es más fuerte: su compasión es caritativa. Y eso le enfada. Hasta sus ganas de ser de izquierdas son de derechas.

Matías tiene mucho tiempo para pensar, y pocas esperanzas. Con todos los libros que veo en su habitación, seguro que ya se ha hecho las grandes preguntas: ¿Existe un gran plan cósmico? ¿Somos actores en una obra de proporciones épicas? ¿O el universo es un proceso ciego y sin propósito, lleno de ruido y furia pero sin dirección ni sentido? Teniendo en cuenta el drama que está viviendo, y en vista de que el cuarto luce una falta total de quincallería religiosa, estoy seguro de que Matías también ha llegado ya a las

grandes respuestas: a los humanos pueden sucedernos cosas terribles y ningún poder fantástico vendrá para salvarnos, para imponer la justicia que merecemos, o al menos dar sentido a nuestro sufrimiento. Sencillamente, tras un parpadeo cósmico, nada ni nadie sabrá jamás que una vez existimos. Ni tan siquiera podremos ser olvidados, porque ninguna mente que alguna vez nos hubiera conocido quedará viva. Incluidas las de nuestras madres, aunque parezca mentira. Sí, las grandes preguntas, las grandes respuestas. Y la gran frustración, ese es el orden: si no hay un gran propósito, una gran finalidad, seguramente Matías, que tiene demasiado tiempo libre para pensar y además ha leído muchos libros, ahora se pregunta qué sentido tiene comportarse de modo moral. En realidad, se lo pregunta, pero le da un poco igual, porque él ya no puede comportarse.

Revisa. Sí, el tono épico-apocalíptico es el adecuado para el lector al que va dirigido el reportaje, no hace falta retocar. Además, Héctor tiene prisa, quiere acabar el artículo lo antes posible. Primero, porque cuanto antes lo envíe, antes cobrará. Segundo, porque se escribe con sensaciones, y él aún las tiene frescas. Y tener sensaciones frescas, en su caso, no es algo habitual.

Al contemplar el cuerpo paralizado de Matías, entiendo por primera vez en mi vida que el logro más grande del ser humano no es ni la invención de la rueda, ni mandar un hombre al espacio, ni nuestras medicinas milagrosas, ni todo el arte que hemos sido capaces de crear. No, todo eso son nimiedades. El mayor logro del ser humano es tomar conciencia de que va a morir, y a pesar de eso, ser capaz de seguir viviendo.

Ufff... Estoy que me salgo. Heidegger es muy socorrido, sobre todo si no lo citas.

Al observar los ojos de Matías, no puedes dejar de murmurar un verso: «Mostrar gratitud, sin recordar ya el porqué». Y es que a todos nos llega un momento en que toca recoger lo vivido y apagar la luz. A veces, para siempre. Tal vez nuestra sociedad debería plantearse permitirnoslo.

Toque socio-lírico-sensiblero. La sutil referencia a la eutanasia siempre funciona muy bien. Relee. Trago de Alhambra. Sí, le gusta este remate final, es de los que dejan al lector la sensación que busca cualquier editor: tan solo leyendo artículos como este, sin hacer nada más, ya he contribuido a que el mundo sea un poco mejor.

Trago de Alhambra.

Revisión de conjunto, corrige algún detalle. Se siente satisfecho: Tengo dentro de mí un universo tan grande... Doble trago de Alhambra, hay que

celebrar semejante tamaño interior.

Esto está listo para enviar...

Pero Héctor, no te equivoques: si tuvieses dentro de ti un universo tan grande, ¿crees que cabrías en este minúsculo pisito de protección oficial?

—Juan, voy a mandarte el reportaje, ya lo he acabado.

—Vaya, no lo esperaba tan pronto, ¿no tenías la visita al tetraplégico esta mañana?

—Sí, pero me ha cundido. Y no es tetraplégico, es...

—Sea lo que sea, me viene de perlas, porque me faltan contenidos y tengo que quedarme un rato en la redacción. Si me lo envías ahora, lo reviso y en un par de horas está en la web.

—Perfecto. Oye..., ¿cuándo me haréis la transferencia?

—Eso lo tendrás que hablar con contabilidad. Te dejo, que tengo lío. Un abrazo.

Un abrazo, cabronazo. ¿Te gusta el pareado?

Abre el correo electrónico y envía el archivo. El pobre cree que utilizando Hotmail es alternativo. Una reivindicación más en su vida, desde la comodidad. Muerte al *mainstream*. Le encantaría ser catalán para hacerse independentista. Muy independentista. Y así poder denunciar que está oprimido, y proclamar que es un hermano del pueblo kurdo, de las mujeres afganas, de los niños sirios y de los homosexuales norcoreanos, todos oprimidos como él. Muy oprimidos. Y tras conseguir una Cataluña libre, morir de pena, porque su felicidad consiste en ser un paria. Todo eso a Héctor le encantaría, pero por desgracia nació en Chamberí. Y además, en el fondo, los oprimidos le importan una mierda. Trago de Alhambra. Son las siete de la tarde, ya se siente un poco mareado y ha sido un día duro. Se merece un sueñecito.



Durante la cena han bebido vino. Casi dos botellas. Además, cuando quiere algo, Tomás sabe hacer reír a una mujer. Y esta noche Tomás quiere algo... Y con las risas, Claudia se siente guapa. Ni recordaba esa sensación. Y también siente otra cosa, pero esta no podría recordarla, porque jamás antes la vivió: aspira a ser feliz.

—¿Por qué me miras así?

—¿Cómo te miro? ¿Como un chulo?

—No, no es eso..., me miras con ojos cinematográficos... Siento que me estás filmando.

Sin saber cómo, se ha metido en la carrera. Una carrera que hasta hoy había rehuido.

Esas cosas no van conmigo...

No te engañes, Claudia, eso de aspirar a ser feliz va con todo el mundo. Y si no, ¿por qué te acabas de desabrochar el botón de la blusa?

Porque hace mucho calor, y he bebido vino...

No. Te has desabrochado ese botón porque el escote es la parte de tu cuerpo de la que más orgullosa te sientes.

¡Yo no estoy enseñándole mi escote!

No, claro que no. Tú estás enseñándole tus intenciones. Tu ofrecimiento.

—¿Qué vas a hacer en vacaciones?

—No tengo nada pensado.

—Deberíamos hacer un viaje juntos. —Y él, que juega al hieratismo para parecer un hombre complejo y que así nadie note que es tan solo un hombre complicado, se rinde, cede a la tentación, y admira los pechos de Claudia; como si eso le fuese a otorgar algún derecho de posesión—. Piénsatelo..., nuestro primer viaje juntos.

—Para el carro, no vayas tan deprisa.

Sí, estoy mintiéndote, ahora soy yo la que se hace la chula, lo confieso. Interpreto un papel para que no notes que, en esta carrera hacia la felicidad en la que me he metido por primera vez en mi vida, quiero correr, correr muy rápido: tú no lo sabes, pero ya hemos vivido una vida juntos; ya hemos viajado, ya hemos hecho el amor, ya hemos tenido hijos; hemos llorado y hemos reído, siempre juntos. Y todo eso ha pasado a lo largo de esta cena, sin que tú te enterases. Todo eso ya ha sucedido, solo en mi mente, pero ya ha sucedido...



Héctor se despierta a las diez de la noche. Con la boca pastosa y una buena resaca. Para ese problema solo conoce un remedio: lavarse los dientes y seguir bebiendo.

Al salir del portal se topa con una felicidad que le molesta. Al igual que le

molesta ver tanta felicidad en Instagram. Pero se tiene que aguantar, es el problema de vivir en la plaza del Negrito. Jóvenes borrachos, señores de traje y corbata, extranjeros recién aterrizados, tunos y yonquis..., todos de fiesta nocturna. Ante tanta mediocridad, Héctor cruza a paso rápido, con la clara sensación de ser un exceso evolutivo. Pero un exceso sonriente.

—¡Eh, cuidado!

Los ciclistas que circulan por las aceras le cabrean. En más de una ocasión ha deseado batearles la cabeza conforme se acercan en su dirección, para girarse y observar cómo la bicicleta sigue avanzando con un jinete decapitado. Pero Héctor sabe que eso no es políticamente correcto, por lo que su ser consciente articula un discurso lleno de tolerancia.

—Ve con más cuidado, chaval, la ciudad es de todos.

—Que te den por culo, pichavieja.

Intenta consolarse: «La democracia es la conquista ciudadana de los espacios de poder. Incluidas las aceras».

Enfila Caballeros y cruza la plaza de la Virgen. Aún queda un mes para la Navidad, pero todos los alumnos de los conservatorios salen a la calle a ejercer de pedigüños enamorados de Mozart. Accede al cubículo del Banco de Santander, donde lo espera un cajero automático y un mendigo arrebujaado entre cartones, procurando dormir. Y Héctor conecta los puntos. Porque él siempre está conectando puntos para ver donde los otros no ven: el dramatismo metafórico que posee un mendigo durmiendo en el suelo entre cartones, pero rodeado de dinero que no puede ni tocar, le parece poderosísimo.

—¿Qué coño miras, gilipollas? Saca la pasta y lárgate, quiero dormir.

¿Por qué este punto no se deja conectar? Trata de consolarse: «La democracia es la conquista ciudadana de los espacios de poder. Incluidos los bancos».

Pasa bajo el Miguelete y entra en Finnegans.

—Ponme un crianza. El que mejor te venga.

Vino en un pub irlandés. Muerte al *mainstream*.

—¿La botella o una copa?

—La botella.

Con el primer trago de vino, le caen encima los diez años que este ha pasado en bodega.

—Hola, ¿eres valenciano?

Vaya lo que tenemos por aquí: una cincuentona recalentada. Con aspiraciones de MILF.

—Es que acabo de llegar y no tengo muy claro qué visitar a estas horas. — Despliega un plano, a todas luces no es la primera vez que utiliza ese truco—. ¿Estoy cerca de la catedral?

Tienes pinta de rodar porno casero si la necesidad aprieta. Porno casero para autistas: la catedral es esa mole de piedra que te echas a la cara si sales por la puerta de este pub.

—Sí, está aquí al lado. ¿Viajas sola? —Total, a un león desdentado cualquier cosa le apaña.

—Sí, soy de Bilbao, pero ninguna amiga me ha querido acompañar. — Guarda el plano, ya cumplió su función, y compone una sonrisa de colegiala tímida que estropea lo que ya estaba muy estropeado—. Y tú, ¿bebes solo?

Eres un lince. Seguramente en tu perfil de LinkedIn incluiste que has ido de público a *Sálvame*.

—Sí, bebo solo. —Desganado, se desentiende de ella para observar una de las enormes pantallas de televisión que emiten las noticias de la CNN en inglés, dedicadas a una parroquia mayoritariamente extranjera.

—¡Uy, qué gran idea! —Su sorpresa entusiástica resulta ridícula a su edad; es una gacela vieja que quiere ser cazada—. ¡Te informas y a la vez puedes cantar!

Héctor se gira estupefacto.

—¿Lo que acabas de decir va en serio?

La observa, buscando algo de su topología original. Algo que el bótox no haya arrasado.

—¡Claro! ¡Ojalá yo supiese inglés!

Sería tan fácil follarla... Pero no. La cosa más importante que descubrió al cumplir los cincuenta se la enseñó su amigo Jep Gambardella: ya no está dispuesto a hacer nada que no le apetezca. Ya no tiene tiempo.

—Esos rótulos que pasan por debajo no son un karaoke. Son noticias de última hora. —Vuelve a desentenderse de ella—. Ahora, si no te importa, estoy esperando a alguien.

Sí, Héctor es un coleccionista de comienzos. Ese es el mejor resumen de su vida romántica. Aunque hay que reconocer que este comienzo ha sido muy muy comienzo.

—Maricón..., vete a que te la pique un pollo.

Salta de pareja en pareja, de modo compulsivo. Como esos turistas que se dedican a hacer ciudades: París en tres días, Berlín en dos. Turistas que al final no saben dónde están y acaban sus viajes sin tener muy claro en qué país vieron qué palacio.

—Otra botella, del mismo.

Ojalá no hubiese escuchado esa maldita vocecita. Fue al cumplir los cuarenta, como les sucede a casi todos los hombres casados y con hijos: «Si no te mueves de donde estás ahora, ya nunca te moverás..., te quedarás aquí para siempre».

—*Hurricane in the Gulf of Mexico...*

No debería haberle hecho caso a esa maldita vocecita, pero se lo hizo. Y se divorció. Y ahora su exmujer y su hija no quieren saber nada de él. Y Héctor se siente solo, aunque como tiene una baja intensidad emocional, solo nota que se siente sin compañía. No es que crea que la vida no valga la pena vivirla. Es algo peor: cree que ya la ha vivido.

—*President Trump has said...*

Tras el divorcio, lo cogió con muchas ganas. Se fue a vivir a Roma tirando de ahorros. Se alquiló una buhardilla adonde consiguió arrastrar a dos o tres mujeres, a las que engatusaba contemplando con ojos soñadores los tejados de la Ciudad Eterna, tras tocarles rumbitas canallas con su guitarra. Hasta que se quedó sin blanca. Y le dio el ataque de ciática por culpa de andar a gatas la mitad del día. Es lo que tienen las buhardillas...

—¿Cuánto se debe?

¿Por qué la maldita vocecita no le advirtió de todo eso? Quizás lo hizo, pero él esa parte no la quería escuchar.

—Treinta y ocho euros.

Paga y, antes de irse, sube al baño tambaleándose. Se mira en el espejo. Siempre soñó con lucir ese triunvirato tan propio del academicismo anglosajón: elegancia, intelectualidad, acción. Pero los ojos de ese maldito vegetal le han dejado claro que ni es elegante ni es un verdadero intelectual, y la acción, la de verdad, le aterroriza. Él, que soñaba con ser una especie de Indiana Jones, se ha quedado en su parodia. Tal vez por eso acaba de orinarse encima.

—Puto Matías..., tu madre va a tener que cuidarnos a los dos.

Está muy borracho. Por suerte, su casa está a cinco minutos. Va dando tumbos, pegado a la pared para que no se le vea la mancha de la bragueta. Tres

pisos sin ascensor, una odisea. Y cuando llega a su puerta lo ve, en el suelo: es un paquete. Se agacha para recogerlo y cae. No hace el esfuerzo de levantarse, tan solo se sienta sobre las frías baldosas y apoya la espalda contra la pared. Pesa poco y tiene el tamaño de una caja de zapatos. No lleva matasellos ni el logotipo de ninguna empresa de transporte. Tan solo papel de estraza y una nota.

—¿Qué te pasa en la pierna?

—En la pierna no me pasa nada.

—Claudia, no seas niña, lo he notado... y estoy viendo la cicatriz.

Desnudos, en la cama, sucede lo que siempre sucede: los secretos dejan de ser secretos. Los velos van cayendo.

—¿Qué has notado, listo?

—Si no tiene importancia..., hasta me hace un poco de gracia, porque sé que te esfuerzas en disimularlo.

Tomás intenta ser amable. Y le cuesta, porque su natural es tosco.

—Te he hecho una pregunta: ¿qué has notado?

—Pues..., pues que cuando estoy cerca cojeas. Ligeramente, pero te lo noto..., cojeas cuando estás conmigo.

Sonríe para quitarle importancia.

—Y un poquito también cuando bajas escaleras.

Ella, sin embargo, lo mira muy seria, con desconfianza. Como miraría a un detenido.

—¡No pongas esa cara! ¡Si a mí no me importa! De hecho... —le cuesta encontrar las palabras, Tomás no es un hombre verbal—, me hace sentir especial. Sí, eso es. Como solo te pasa conmigo, me hace sentir especial.

—Pues no te sientas tan especial, no me pasa solo contigo. Acabamos de pegar un polvo y ha estado bien, pero no te vengas demasiado arriba, campeón, los machitos me repelen.

Hay gente que, como tiene miedo de estar triste, se enfada. Gente como Claudia.

—Como quieras, me callo. Guarda tu secreto.

Y hay gente que no es verbal pero sabe llegar a la verdad por otros caminos. Gente como Tomás.

—¡No me toques ahí!

Tiene ganas de darle una patada en la boca, pero sin saber el porqué, no lo

hace.

—Te he dicho que no me toques ahí...

Ordena, pero deja que la lengua siga haciendo su camino: pechos, vientre, pubis, muslo, pantorrilla, tobillo... Cicatriz.

—Te he dicho..., te he dicho que ahí no...

Él no le hace caso, y sigue lamiendo.

—Por favor..., en la cicatriz no...

Cierra los ojos, y siente que se humedece por dentro. Como si la saliva de él hubiese entrado en su cuerpo a través de la herida.

—Ahí no...

Que es justo lo que ha hecho.

—Dime qué te pasó en la pierna..., cuéntamelo.

—No quiero hablar de eso.

—Yo sí. Cuéntamelo.

Él le lame la piel. Pero ella siente que le lame el alma.

—Si quieres saberlo, lee... lee un libro...

—¿Qué libro?

—Uno que parece escrito pensando en mí... Déjalo ya, no me toques más.

—¿Qué libro? —Su lengua ignora las órdenes.

—*La... soledad de los números primos.*

—A mí no me gusta leer. Hazme un resumen.

En cualquier otro contexto, la frase que acaba de escuchar le hubiese dolido como una lanzada en el costado. Pero ahora Claudia ni la ha notado.

—No sigas, no sigas, por favor.

—Explícamelo todo.

Ella está al borde del éxtasis. No es capaz de mentir.

—Tuve un accidente...

—¿Cuándo?

—Era muy joven, en el viaje de fin de curso, esquiando..., me operaron cinco veces...

No sabe ni lo que dice. De un momento a otro va a perder la cabeza.

—¿Eras la cojita de la clase?

—Era una puta coja... Imagínate con quince años lo que eso significa.

—Me lo imagino. —Lo dice sin dejar de besar la herida; en sentido físico y figurado—. Sigue.

—Me voy a correr..., deja de lamer ahí.

—He dicho que sigas.

Ella sublima.

—Hice rehabilitación para aprender a andar de nuevo..., me esforcé para que no se me notara nada.

—Voluntad y coraje, es lo que más me gusta de ti. Sigue.

Todo cobra sentido.

—Los médicos no se lo creían...

Todo se libera.

—Desde entonces..., para mí caminar es un acto consciente...

Ya todo da igual.

—Solo cojeo cuando estoy muy tensa... y pierdo la concentración, y empiezo a caminar sin pensar que camino...

Tomás alza el rostro y la mira a los ojos: «Sí, eso ya lo sabía, tu caminar es pensado; cada paso que das en la vida lo das intentando disimular lo que eres».

—¿Y por qué estás tensa cuando estoy cerca de ti?

Ella se siente descubierta. Por eso sale del éxtasis. Y se levanta brusca, directa al cuarto de baño. Sin rastro de cojera.

—Se acabó el interrogatorio.

Hay gente que cuando miran dentro de ella, escapa. Suele ser la misma gente que, como tiene miedo de estar triste, se enfada.

—Mi *amol*, la vida hay que *disflutala*, esa cara tan larga no le traerá *na* bueno...

Cuando Claudia se topa con un sudamericano que ha hecho un curso por internet de psicología positiva, siempre le entran ganas de desenfundar el arma.

—Caderita caderita... ¡y a *vivil!*

¿Por qué la fiscalía no persigue de oficio el latineo? Tres *Despacitos* después, el taxi aparca frente al Palau de la Música.

«La seguridad desde la perspectiva municipal: ¿Qué podemos hacer por nuestros conciudadanos?»

¿Dimitir? ¿Buscar un trabajo de verdad? ¿La vasectomía? Los alcaldes de las cincuenta capitales de provincia españolas, acompañados cada uno por un par de concejales. A gastos pagados, por supuesto. En el escenario, el comisario.

—El dilema entre libertad y seguridad es ficticio. No podemos caer en la trampa del miedo...

Claudia sabe que un loro puede enunciar la teoría de la relatividad sin equivocarse. Cualquiera que sea la diferencia entre Albert Einstein y ese loro, ten por seguro que no será su capacidad vocal.

—Endurecer las leyes es inútil, es no conocer la realidad...

Y cuando has detenido ochenta veces al mismo tipo por el mismo delito, ¿qué sugiere el gran hombre de Estado? Encofrar el rostro, volverlo solemne: si dices las cosas más estúpidas del modo más serio, dejan de ser estúpidas. Y la gente te escucha, porque la magia funciona.

—Trabajando juntos, acabaremos ganando. Trabajando juntos, acabaremos haciendo historia.

Aplausos a rabiar. Sin duda, los requisitos para hacer historia están cayendo en picado. Basta con empaquetar un prejuicio como si fuese una idea.

—¡Gracias gracias, sois muy amables! ¡No lo dudéis: la democracia

siempre es más fuerte!

Si un intérprete del lenguaje de signos hubiese tenido que traducir el remate del discurso, tan solo habría necesitado un gesto: agarrarse con fuerza la entrepierna.

—Pasen al *hall*, por favor, hay preparado un vino de honor.

Marabunta. Los vomitorios no dan abasto. La flor y nata de la sociedad valenciana flirteando con el poder bajo la gran cúpula acristalada, canapé en mano. La inspectora está confundida, en esta ciudad los aristócratas parecen huertanos y los huertanos tienen aires aristocráticos.

—Hace veinte años que no venía por aquí, ¡menudo cambio! ¡La ciudad está preciosa!

—Y qué clima tan estupendo...

—Y qué buena está la paella, no sé por qué a mí en Badajoz no me sale igual.

—Es el agua, el secreto de la paella está en el agua...

Culebrea entre semejante ensalada de tópicos buscando al comisario. Barullo, corrillos. Siente que para los hombres es invisible. Pero ellas la observan, atraídas por su indumentaria insípida a lo Angela Merkel de mercadillo, por su alergia al maquillaje y a la peluquería. Claudia a veces se pregunta por qué las mujeres plantean la falta de belleza de otras mujeres como una acusación. ¿Acaso la que no es atractiva es culpable por no serlo? ¿Acaso debe pedir disculpas por no esforzarse lo suficiente? Percibe que los hombres, ante la fealdad, hacen una crítica física. Las mujeres la hacen moral. Y eso duele el doble.

—Debemos denunciar la corrupción, venga de donde venga. Hay que acabar con eso de «Es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta».

Los políticos no le repelen porque mientan. Todo lo contrario, le repelen porque no mientan.

—¡Claudia! ¡Estoy aquí!

Y es que para mentir, debes saber lo que es la verdad. Debes poseer un criterio de verdad.

—Ven, acércate y te presentaré...

Ahí está el comisario. Con el nuevo alcalde. Ya se sabe, los españoles siempre acudiendo raudos en auxilio del vencedor.

—Esta es la inspectora Carreras. Uno de mis mejores hombres.

Chapeau. Normalmente, te vende un prejuicio empaquetado como si fuese

una idea. Pero se acaba de superar: ha vendido un prejuicio empaquetado como si fuese un piropo.

—Encantado.

El alcalde sostiene un puro apagado en una mano, con la otra estrecha la suya. De modo muy cálido.

—Encantada.

La inspectora, otra cosa no, pero leída es muy leída, conoce a los clásicos. Tal vez por eso declararse demócrata y marxista a Claudia le parece que es como declararse abstemio y *sommelier*: una contradicción en sí misma. O sea, básicamente, una imbecilidad. Pero bueno, el tipo al menos parece una buena persona.

—Y este cigarro es para ti. —Vaya, jefe, justo lo que necesitaba para sentirme aún más femenina: un buen puro—. Estoy de celebración: mi hijo, ¡que me ha dado el tercer nieto!

El comisario asiste a todos los seminarios de desarrollo personal que organiza Recursos Humanos, porque él no quiere ser un jefe: él quiere ser un líder. Tal vez por eso conoce tan bien las virtudes de la modestia.

—Mirad esta foto, ¡qué guapote! ¿A que se parece a mí? Mi mujer se empeña en que se parece a mi yerno, pero yo lo tengo muy claro.

El alcalde ríe, pero no dice nada que pueda comprometerlo. Demócrata y marxista, qué te voy a contar... Ella vuelve a observar el rostro del bebé de escasas horas, feo como todos los bebés de escasas horas. Luego escanea el rostro de su superior y concluye que, al igual que Paul McCartney, es un hombre afortunado: ha sido abuelo por tercera vez.

—Clavado a usted. Como dos gotas de agua.

El abuelo absorbe el cumplido, hinchándose, y de inmediato se desentiende de su subordinada.

—Como le iba diciendo, señor alcalde, la sensación de inseguridad la crean los medios de comunicación. Nunca la humanidad ha vivido tan en paz. En el momento de mayor violencia urbana, en el barrio más peligroso de la ciudad más salvaje de Brasil, la probabilidad que tiene un varón de morir por cualquier tipo de agresión es diez veces inferior a la probabilidad de morir que tiene un cazador-recolector yanomami a manos de otro yanomami...

¿Yanomami? ¿Ha dicho yanomami? Este tío es la monda.

—Claudia, ¿me harías un favorcillo? —se interrumpe con aire despistado, para volverse hacia su inspectora—. Ve y búscame un zumito. Yo, mientras,

acabo de hablar con el alcalde y enseguida estoy contigo.

Ahí lo tenemos, ese gran líder integrador. Sería capaz de bajarnos el sueldo a sus subordinados para poder pagarnos un curso de *coaching* que nos enseñe a motivarnos en el trabajo.

—¿Un... zumito?

—Sí. De naranja, si puede ser, ¡que estamos en Valencia!

Hay que reconocerlo, se esconde bien a la vista. El alcalde, sin embargo, se siente incómodo: ¿qué debe hacer un demócrata-marxista en una situación como esta? Yo te lo enseñaré, campeón, que vosotros los bipolares...

—El zumito va usted a buscárselo. Tengo prohibido transportar líquidos..., ya sabe, por lo de la estabilidad y todo eso.

Vaya patada al andamio. El comisario, para no caerse por culpa del meneo, despliega una calma técnica. No es esa calma que poseen los que han nacido para nunca temblar. No. Es una calma aprendida. Tal vez en uno de esos cursos de desarrollo personal que tanto le gustan.

—Sí, será mejor que vaya yo a buscarme el zumo, no sea que haya un accidente y tengamos un disgusto. —Tono agrio, pero un líder es siempre resiliente: de nuevo se pone la sonrisa, como quien se pone un abrigo—. Señor alcalde, ¿me permite un minuto? Tengo que tratar un tema urgente con la inspectora Carreras.

Despedidas efusivas. Mirada torva.

—No es fácil ser amigo tuyo, Claudia.

¿Amigo? ¿La palabra que ha utilizado es «amigo»? Y ella que creía que lo de yanomami iba a ser insuperable... Este tipo te intentaría convencer de la importancia del cambio climático mientras quema neumáticos en el jardín de su casa.

—Es culpa mía, comisario, no se atormente. A mí la amistad me gusta como la carne. Crudita.

—Vete al infierno. Eres imposible.

—Abreviemos, llevo entre manos un secuestro complicado, y usted ya sabe que esos casos requieren darse prisa.

Usted qué coño va a saber...

—Bueno, no tengo ganas de discutir, contigo siempre es lo mismo. —La inspectora arma todas sus defensas: sabe que la frase «No tengo ganas de discutir» inicia el noventa y cinco por ciento de las discusiones—. Además, de ese secuestro es precisamente de lo que quería hablarte.

—¿Del secuestro de Campolivar?

—Sí, ese mismo. —Caza al vuelo un platito lleno de frivolidades—. El de la chica de los Valls.

Se las zampa una tras otra. Metódicamente, sin ofrecerle. Si este hombre sigue comiendo así, va a tener que recurrir a un vientre de alquiler.

—¿Y qué pasa con... *la chica de los Valls*?

—Pues lo que pasa es que quiero que pongas *mucho* interés en resolver este caso.

—Yo siempre pongo mucho interés en *todos* mis casos.

—Pues en este pones un interés *especial*.

Ambos están ya cansados de enfatizar mediante la cursiva. Habrá que poner las cartas sobre la mesa.

—¿Qué es lo que quiere decirme, comisario? ¿Que los Valls son privilegiados?

—Lo que quiero decirte es que están muy bien relacionados. La mitad de la alta sociedad valenciana que está reunida aquí conoce al doctor Valls. Este ha tirado de contactos y por arriba se han movido los hilos..., ya me entiendes.

Claudia lo observa. Posiblemente su jefe ya no se recuerde con pelo. Ni con vergüenza.

—Entiendo, alguien mueve los hilos y las marionetas tenemos que bailar.

—No me jodas, Claudia. A mí estas cosas me dan tanto asco como a ti, pero ya sabes cómo funciona el tinglado en el mundo real, no en el mundo de los discursitos... Tú y yo somos personas inteligentes, y tenemos que adaptarnos a nuestro contexto.

Hoy en día hay tantas definiciones de inteligencia que, la verdad, es muy difícil no sentirte inteligente con alguna de ellas. Aunque seas una torrija andante.

—¿Cuántos hombres de apoyo necesitas?

—Ninguno. Ramón y yo nos bastamos. —En los dos años que lleva en Valencia, nunca había oído esta oferta de labios de su superior.

—¡No seas tozuda, joder! ¡Nadie en jefatura quiere trabajar contigo y con ese bicho raro! Sois dos apestados antisociales y sin amigos, y encima que me ofrezco a ayudaros, ¡me sales con esas!

Durante la baja, el psicólogo intentó enseñarle a Claudia a indignarse sin que eso desencadenase su furia. Porque la furia no deja pensar, le decía. Es primitiva. Y mala para llevar a cabo una buena investigación policial. La furia

es como los bárbaros, invasiva: si le abres la puerta a la furia y dejas que traspase tus fronteras, te quedas sin Imperio romano.

—He dicho que no necesito a nadie más en el equipo.

El psicólogo, obviamente, no cuenta a Claudia entre sus mayores éxitos profesionales.

—Quieras o no, te voy a poner ayuda. Mañana te asigno a Tano y le explicas...

—Ni lo sueñe. Con ese energúmeno no trabajo, es un facha y un pretencioso.

—No debería importarte trabajar con un pretencioso si es realmente bueno. Y Tano Garci es bueno.

—Quien es realmente bueno no suele necesitar que los demás lo sepan.

El rostro se le embota al comisario. Quizás sea por los tres canapés que se ha metido en la boca de un tirón.

—¡Me estás tocando ya los cojones! —Miguitas proyectadas; hay que parapetarse, hoy la inspectora se ha puesto la Damart Thermolactyl en lugar del chaleco antibalas—. Eres la mejor investigadora que tengo, por eso te mantengo en el caso, pero si...

—Pero si ¿qué?

¿Y la pobre Lara? ¿Por qué no piensas un poco en ella, Claudia? A la inspectora le puede el orgullo. Al comisario, sin embargo, parece que de repente le han caído sobre la crisma los doce seminarios de desarrollo personal que lleva cursados.

—Bueno, que sepas que cuentas con mi apoyo total en este caso. —Para que luego digan que el dinero público no se gasta en cosas de provecho—. Lo que necesites, pídemelo.

Claudia se asusta: tener el apoyo del comisario en cualquier asunto es una garantía de que acabarás cambiando de opinión. La Asociación Española Contra el Cáncer debería pedirle que iniciase una campaña recomendando fumar.

—Tengo trabajo. Ya nos vemos.

—Mantenme informado de los avances.

Ella se da la vuelta sin responder. Pero él aún no ha acabado. Porque no es inmoral. Es amoral. Le da igual todo con tal de que lo beneficie. O al menos le produzca placer.

—Y un tema algo más personal..., no sé muy bien cómo enfocarlo..., bueno,

sin tapujos, que es importante trabajar en un marco de confianza. —Liderazgo a cascoporro—. ¿Has cogido algún kilito que otro últimamente? Deberías cuidarte con lo del peso, eres una inspectora del Cuerpo Nacional de Policía, hay que dar una imagen, y además, para las persecuciones...

Y le da un trago al vino. Viva la música, y para adelante, como los de Alicante. Otra ronda de gambas, que invito yo, el último que baje la persiana.

—¿Perder... peso? ¿Me recomienda *usted* perder peso?

Él asiente. Lo peor es que lo dice en serio. Sin complejos. Y ella recapacita: hay batallas que, luchándolas, las pierdes. Tan solo luchándolas. En el momento en que decides meterte en ellas, ya estás derrotado. Y se siente Mafalda.

—Lo siento, comisario, pero odio perder. Hasta la vista.



Gran Vía Fernando el Católico. Amanece. Claudia baja del taxi y entra en el edificio. A veces echa de menos conducir, porque le gustaría llegar a jefatura en un todoterreno de ruedas gigantes en el que atronase Iron Maiden, llevando camisa de leñador y una gran riñonera a la cintura, para que todos sus compañeros que piensan que es lesbiana se muriesen de gusto.

—¿Cómo va lo de las matrículas?

—Avanzando.

—Envío cuatro *e-mails* y salimos. ¿Has hablado con el doctor?

—Sí, jefa. Le he dicho que a las ocho estaríamos allí.

Esta vez se han superado, hay que reconocerlo: sobre la mesa de su despacho hay un par de zapatillas de ballet. Usadas. Claudia no entiende por qué los antropólogos cruzan el mundo para encontrar vestigios del hombre primitivo. Ella los ayudaría a ahorrar dinero público invitándolos a pasar la mañana en jefatura.

—Hijos de puta...

Arroja las zapatillas a la papelera y enciende el ordenador, intentando no pensar en el asunto. La verdad es que sus compañeros tienen un gran sentido del humor... Llamen a la puerta.

—Jefa, perdone que le moleste, pero la buscan.

—¿Tan temprano? ¿Quién es?

—Un periodista.

—¡No me jodas! ¿Se ha enterado la prensa de lo de Campolivar? Le dijimos a la familia que fuese discreta.

—No, no van por ahí los tiros. Su visita no quiere una entrevista..., ha dicho que es algo personal.

La sonrisilla de alcahueta de Ramón explica muchas cosas. Entre otras, por qué el subinspector, en lugar de bajar al bar de la esquina con sus compañeros, se trae todos los días una fiambra con el almuerzo y se la come mientras ve vídeos musicales en internet. Tres compartimentos: plato principal, verdura y fruta. Muy apañadito todo.

—Hazlo pasar.

Héctor entra, y tras él la puerta se cierra. Enfrente se encuentra un físico que no esperaba. Y eso que la inspectora no se ha puesto de pie.

—Siéntese, por favor. Usted dirá.

Cuando le presentan a otro hombre, Héctor siempre se hace esa pregunta inconfesable que todo hombre se hace cuando le presentan a otro hombre: ¿Le puedo? En una pelea, ¿ganaría yo?

—Buenos días, inspectora Carreras. Soy Héctor Santos.

Sí, es así, la pregunta siempre surge, consciente o inconscientemente. Pero esta es la primera vez que le surge al conocer a una mujer. Y lo peor es que no tiene una respuesta muy clara...

—Encantada. ¿Y qué le trae por aquí? Le confieso que estoy muy ocupada.

Menuda pinta, campeón. Tan solo viendo cómo estás sentado, ya sé que eres incapaz de mantener una conversación sobre estética.

—No le quiero robar mucho tiempo... —Duda—. Traigo un paquete para usted.

La cultura es para él un valor tan intenso que acaba equiparándolo a la higiene. ¿No sería maravilloso que la evolución hubiese conseguido que si alguien es un inculto, huela mal? Y en ese despacho no hay ni un libro... Ya cree percibir un ligero tufillo.

—¿Trae un paquete? Pues démelo. ¿Quién lo envía?

—Ese es el tema..., que no lo sé.

—Oiga, no tengo tiempo para bromitas. Si quiere darme...

—No es una broma, inspectora. Y, por supuesto, quiero darle el paquete, a eso he venido. Pero antes necesito que me prometa una cosa.

El instinto de Héctor le dice que aquí hay un reportaje. Y si hay un reportaje, hay dinero. Debe utilizar todas sus armas, por lo que mira a la

inspectora de esa manera.

—¿Dice usted que le prometa una cosa?

¿De qué manera? De esa manera con la que toda mujer sueña que la miren.

—Pues escúcheme: yo no le prometo nada ni a mi padre. Imagínese a usted.

Ahora Héctor ya lo tiene claro: en una pelea ganaría ella.

—Bueno, al menos le pido que considere...

—¿Que considere qué?

—Pues sospecho que el paquete que le traigo debe de estar vinculado a alguna investigación que usted tiene en curso.

—¿Y?

—Me gustaría que, si esa investigación tiene interés periodístico, yo fuese el primero en tener acceso a la información.

Ella lo observa, y sopesa. Qué raro le parece todo... Este personaje da la impresión de recorrer el mundo como un fantasma. Como un elefante macho recorre en solitario el desierto africano. Incapaz de armar su propia manada de hembras fértiles.

—Usted deme el paquete y ya veremos.

Él también sopesa. ¿Será de esas funcionarias a las que hay que despertar para anunciarle el comienzo de sus vacaciones?

—Confío en usted...

De la bolsa de piel que lleva en bandolera saca el paquete. Claudia, con ojos incrédulos, lee la nota mecanografiada:

«Entrégueselo a la inspectora de Policía Claudia Carreras. No lo abra bajo ningún concepto, o atégase a las consecuencias».

Se miran, ambos extrañados de su extrañeza: ¿sabes tú algo de todo esto que no me hayas contado?

—¿Quién le dio el paquete?

—Ya se lo dije, no lo sé. Lo dejaron anoche en la puerta de mi casa.

Está ya harta de interrogantes: desgarró el papel y abre la caja de cartón. Dentro hay un iPhone 7 y otra nota:

«Enchufe el teléfono tan solo en presencia del matrimonio Valls. El código de acceso es la fecha de nacimiento de Lara».

Siente cómo las sienas le palpitan.

—¿Tiene la nota algún sentido para usted, inspectora?

Ella no tiene intención de contestar preguntas. Hasta ahí podríamos llegar.

—¿Quién coño le dio este paquete?

—Ya le he dicho que no lo sé...

—¿Por qué le ha elegido a usted?! ¿Conoce a la familia Valls de algo?!

—¿No tengo ni idea de por qué me ha elegido! ¡Y no conozco a ningún Valls!

Parece sincero. Claudia palpa el papel de ambas notas. Muy corriente. Impresión estándar, imposible de rastrear. Se acerca a la puerta del despacho.

—¿Ramón!

—¿Qué sucede, jefa? —Llega atolondrado.

—Vámonos a Campolivar. El secuestrador ya ha contactado.

—¿Cómo? Los de Redes que hay en la casa no me han...

—Ha contactado, y tenías razón, es un retador. No solo no ha prohibido a la familia que la Policía intervenga: ese cabrón ha obligado a la familia a que la Policía intervenga.

Nada influye más para afrontar las dificultades de nuestra existencia que el contexto desde donde las contemplamos. A mayor riqueza de contextos a nuestro alcance, mayor probabilidad de superarlas. Pero el problema de la pobre Lara ahora es la penuria de su contexto actual: desnuda, la nariz rota, amarrada al hormigón. Y una cámara de vídeo sumergible empotrada en el muro de enfrente. Enfocándola. Parece lógico que sea sumergible, el agua aún le llega por las rodillas, pero poco a poco el chorro que cae a ritmo constante acabará cubriendo el objetivo. El objetivo de la cámara, y el objetivo de todo esto: Lara.

Al bajar del coche, se topan con un chicarrón de no más de veinticinco años.

—Inspectora Carreras. —Saluda llevándose la mano a la sien y se cuadra; bueno, se cuadra un poquito más, porque su natural es de armario ropero—. Soy el suboficial Lomas. Me envía el comisario Cifuentes, como refuerzo en la investigación sobre el secuestro de Lara Valls.

Claudia está tentada de sacarse un pecho y amamantar a semejante criatura. Es maquinaria nueva, reluciente. Todas las piezas están aún por estrenar.

—Le dije al comisario que... Da igual, olvídalo. ¿Cómo te llamas? —Inexplicablemente, parece avergonzado ante la pregunta—. Y déjate de saluditos militares, por el amor de Dios.

—Bruno..., me llamo Bruno.

—¿Bruno Lomas? ¿Como el cantante?

—Sí, bueno..., no tengo nada que ver con él, no es familia ni nada parecido... —Este querubín a todas luces acaba de salir de la academia—. Mi padre se llama Claudio Lomas, y a mi madre le encantaba la canción *Ven sin temor...*

Ramón sabe que debe cortar esto, o lo hará su superiora. Y si eso pasa, quizás Bruno, que parece un buen chico cargado de ilusión, renuncie a su prometedora carrera.

—Yo soy el subinspector Ramón Linares. —Intenta imaginárselo con mil prendas tricotadas, pero sin saber por qué, solo puede verlo desnudo—. Cualquiera cosa que necesites me la pides a mí; la inspectora es una mujer muy ocupada, y además está lo de la cadena de mando y todas esas zarandajas.

Le ofrece una mano desmayada, que al joven le sabe a plátano maduro cargado de azúcares. De esos que toma a pares por las tardes durante el entrenamiento en el gimnasio.

—Encantado. Intentaré no molestar demasiado...

—Tú tranquilo. —Se guarda el plátano maduro en el bolsillo—. Los compañeros estamos para ayudarnos.

—Bueno, ahora no tenemos tiempo para besos y abrazos, hay prisa. ¿Os acordáis de una tal Lara? —Claudia al fin y al cabo es mujer, y no puede evitar echarle un último vistazo al nuevo: este hombretón es el primer ejemplar que ha conocido en su vida capaz de ennoblecer una camiseta interior de tirantes; la prenda le clarea bajo la camisa, resaltando su torso de remero—. Ale, todos adentro. Y el cantante melódico, mucho cuidado con molestar: calladito y a aprender.

Ante el desplante, la cara de Bruno se desparrama, como si fuese la de un hombre piadoso al que acaban de recordarle que Dios no existe.

—Yo soy Héctor Santos, periodista... Tranquilo, a mí tampoco se me está permitido preguntar.

Cuando los cuatro entran en el chalé, Claudia siente que son un clan gitano visitando a un pariente en el hospital.

—¡Inspectora, esto es intolerable! No se nos está informando de nada...

—Doctor Valls, siéntese en el sofá y cállese. No se les ha informado de nada porque no había nada de qué informar. Pero eso ha cambiado.



—Llevamos ya un año juntos... y estoy cansada de esconderme de la gente. De vivir en secreto.

—Lo sé, pero ya sabes que mi situación no es fácil.

—Por supuesto que no es fácil, eso lo entiendo, pero así no podemos continuar...

Silencio.

—Así yo no puedo continuar.

—Tranquila, todo se solucionará.

—No es necesario que le cuentes a tu mujer toda la verdad, no tenemos por qué hacerla sufrir. Yo..., yo me sentiría mal si se enterase de que nosotros..., sencillamente dile que lo vuestro no funciona.

—Sí, tengo que hacerlo, pero más adelante. Divorciarme ahora es complicado. Tú no sabes los gastos que traen dos niños, y Ana nunca ha trabajado, tendría que pasarle una pensión y pagar yo la hipoteca de su piso, además de alquilarme otro para mí...

—¿Otro para ti? Creía que..., creía que vivirías conmigo..., en mi casa.

Él no dice nada. Finge concentrarse en la conducción, pero cuando se

detienen en el cruce de Sagasta con Luchana, Claudia aprovecha el semáforo en rojo.

—Tomás.

—Sí, dime.

—Mírame, por favor.

Él la mira. Y ella reúne el valor suficiente.

—¿Estás enamorado de mí?

Como cualquier idiota que no encuentra una respuesta a una pregunta difícil, decide contestar una pregunta más fácil.

—No seas tonta, ya sabes que te quiero un montón.

En efecto, Claudia no es tonta. Y además, es una policía especializada en interrogatorios duros: de inmediato advierte el cambiazo.

—Me quieres..., entiendo.

Por fuera alza el rostro, orgullosa, pero por dentro, ella que nunca se humilla ante nadie, ante este hombre no puede evitar humillar la mirada. Humillar el rostro. Humillar todo su ser.

Cuando llega a casa está cansada, pero se sienta a la mesa de la cocina y saca del cajón una libreta de gusanillo. Lo hace con vergüenza, no le ha dicho a nadie que lleva una especie de diario. Nunca antes lo había hecho, ni siquiera de adolescente. Pero es que nunca antes había estado enamorada.

¿Qué hago mal?

Esa pregunta no se la haría a nadie, ni siquiera a ella misma. Porque Claudia ha creado su personaje, como hacemos todos, y en ese personaje la debilidad no tiene cabida.

¿Qué hago mal?

Por eso le hace la pregunta a su diario. Otro personaje. Pero la libreta no le responde.

¡¿Qué demonios hago mal?!

Y a Claudia, que le gusta tanto leer, no le salen las palabras.

¿Por qué no soy suficiente para él?

Es incapaz de escribir. No puede expresar su dolor, su frustración, su impotencia. Y es que, sentada frente a la página en blanco de su libreta, encara un problema endemoniado e irresoluble, conocido bien por cartógrafos y escritores: el mundo y la vida son curvos, pero los mapas son planos.



—¿Cómo demonios el secuestrador sabía que usted es la que lleva la investigación?

—Ni idea. Esa información es totalmente restringida. Ni siquiera la prensa acreditada tiene acceso a ella.

El doctor gira su rostro hacia la prensa acreditada, como si no confiase demasiado en su lealtad.

—¿Por qué el secuestrador le eligió a usted para contactar?

—Cariño, deberías dejar que sean ellos...

—Cristina Manuela, haz el favor. No te metas. —La sacerdotisa pliega el rostro ante su dios—. ¿Por qué le eligió a usted?

Héctor se limita a encogerse de hombros. Siete personas en un salón. Caras largas. Macilentas. Parece una reunión de amigos pintada por Hopper: *Nighthawks in the morning*. Huele a café recién hecho. *At the richest hawk's home*.

—Ya puedo decir cosas...

Gaspar lleva diez minutos analizando el iPhone 7.

—Esto no es en realidad un iPhone 7. Es una imitación china de un iPhone 7. Y la tarjeta que lleva también es china. Olvidaos de rastrear al comprador, estos *packs* se consiguen a través del internet oculto. Son bastante utilizados por todo tipo de delincuentes que quieren ser ilocalizables.

—¿Ilocalizables?!

Claudia acaba de conocerlo y ya está harta de él: el doctor sufre de hipertrofia del yo, tan habitual entre los médicos exitosos y los adolescentes que están descubriéndose. Y también entre los malos escritores.

—Sí, tú salvas vidas, pero da la jodida casualidad de que yo me dedico exactamente a lo mismo, gilipollas. —En lugar de ese pensamiento, la inspectora verbaliza algo un poco más civilizado; solo un poco—. Doctor, guarde silencio. Aquí las preguntas las hago yo.

—¿Un policía que mea sentado va a salvar a mi hija? —El doctor también recapacita y verbaliza algo más práctico—. Tiene razón, son los nervios... Está bien, mantengamos la calma.

A todas luces la petición le viene grande.

—Como os decía, con estos *packs* se pretende ser ilocalizable. Se consigue porque el móvil no recibe la señal a través de las comercializadoras

habituales y su red de antenas, muy fácilmente rastreables, sino a través de internet. Solo puede funcionar cuando localiza una red wifi.

La cara de Claudia es un poema. La de Bruno es artúrica: como ese músico que pretendía componer la melodía absoluta, él quiere ser el policía absoluto.

—Cuando conectemos el móvil, los secuestradores tendrán notificación inmediata de que está activo. Y sin duda, nos llamarán o enviarán algún mensaje exigiéndonos algo. Pues bien: ese mensaje no llega a través de la red de antenas de Movistar o Vodafone, que controlamos, sino a través de internet. Y el servidor que lo emite me juego el cuello a que está también en China y va a ser muy difícil que podamos acceder a él.

—Entonces ¿es imposible localizar el origen de ese mensaje?

—Imposible no, Ramón, pero requiere tiempo. Suponiendo que las autoridades chinas quieran colaborar, que es mucho suponer...

—Los chinos colaborarán, se lo aseguro. Conozco a alguien que conoce a quien hay que conocer en su embajada.

Es un hombre con un propósito. A veces te cruzas con personas así, personas que saben por qué están aquí. En el caso del doctor, su propósito es a todas luces ser admirado cada vez que abre la boca.

—Estupendo, así será más fácil. Si colaboran, no tendremos información sobre la geolocalización del origen de los mensajes en menos de cuatro días, esa es mi experiencia. Y cuatro días es una eternidad en este tipo de casos; les sobra tiempo para conseguir el rescate y desaparecer. Esta gente sabe lo que se hace.

Claudia, mientras piensa, observa al gato. También es sofisticado, como toda la familia. En cualquier momento parece que va a soltar un *meow* en lugar de un *miau*.

—Hay que conectar el móvil de inmediato y saber qué quieren, mi hija puede estar en peligro. ¡No perdamos más tiempo!

—Cariño, tranquilízate, ellos son los profesionales...

—¡Cierra la boca! ¡Si no te pasases el día gastando dinero y te hubieses quedado en casa ayer, Lara ahora estaría aquí con nosotros!

Hay frases que son capaces de echar abajo la puerta de un castillo. Y hacer rehenes. Yo gano el dinero, yo pago las facturas, yo elijo dónde pasamos el verano. A Héctor, la esposa del doctor le recuerda mucho a su propia exmujer, con el corazón roto por empeñarse en meterlo donde obviamente no cabía.

—Gaspar, conecta el móvil. —Claudia se vuelve hacia la sacerdotisa—.

Cálmese, Manuela, no llore. Todo va a salir bien.

Sí, doctorcito, a tu mujer yo la llamo Manuela. ¿Algún problema?

—¿Cuál es la fecha de nacimiento de Lara?

—Doce de noviembre del noventa y nueve.

Una sacerdotisa balbuceante pronto se queda sin creyentes. Gaspar teclea y deja el móvil sobre la mesilla que separa los sofás del tresillo. Catorce ojos se focalizan sobre él, concentrando un poder electromagnético capaz de cocer un huevo.

—Ha entrado un vídeo. A través del Telegram. —El especialista en redes duda, incómodo; mira a la inspectora—. ¿Cree que los padres...?

—Yo de aquí no me muevo.

El doctor lo tiene claro. Su mujer sigue sollozando. Claudia asiente. *Play*.
Desnuda. Sangre. Hormigón. Lara. Argollas. Agua. Frío. Hambre.

—A ese hijo de la gran puta lo voy a matar, sea quien sea lo voy a matar.

Meow.

—Como suponía, el código país es China. Pero el número emisor del mensaje está generado aleatoriamente por el servidor.

Claudia no les presta atención. Ni al doctor, ni al gato, ni a Gaspar. Lo vuelve a visionar, esta vez con el iPhone en la mano.

—Bruno, dale tu número de móvil a Gaspar y que te pase el vídeo. Busca en la Universidad Politécnica algún ingeniero de Hidráulica. Que nos calcule cuánto tiempo le queda a la chica antes de que el agua la cubra, considerando el caudal del chorro y el volumen de ese aljibe de hormigón. Dile de mi parte al profesor que, como difunda el vídeo, yo personalmente le corto los huevos.

El policía absoluto y su portátil se van a la cocina con Gaspar. La sacerdotisa no lo soporta más: corre al baño, entre hipidos. Sus ojos atrapados a Héctor le recuerdan los ojos del muchacho en estado vegetativo al que conoció ayer. Esos ojos que, aún no sabe cómo, se metieron dentro de su ser.

—Inspectora, después de ver esto, ¿vamos a esperar a que hagan alguna petición? —Su alma de periodista no puede evitar escarbar—. ¿O va a proponerles usted algo?

—¡Por supuesto que no vamos a esperar! ¡Debemos tomar la iniciativa!

Claudia levanta los ojos del iPhone y mira al doctor: tiene pinta de ser un médico buenísimo. De esos que no necesitan recabar una segunda opinión. De esos que no saben pedir disculpas. De esos que nunca reconocen haberse equivocado, y solo por eso te cobran el doble.

—Esperaremos a que ellos hagan su petición. Debemos transmitirles que conservamos la calma, que no estamos a su merced. Eso sería un error.

—¡Pero ¿no ha visto por lo que está pasando mi hija?! En cualquier momento a esa gente se le pueden cruzar los cables y...

—Son ellos los que van a marcar el ritmo. Y le aseguro que será frenético, para no dejarnos pensar ni investigar. No vamos a ponérselo más fácil y a apresurar sus peticiones.

Como si le hubiesen estado escuchando, el iPhone se ilumina.

2 millones de euros. Billetes de 500.

El desorden, como la belleza, y como el pecado, está en los ojos de quien lo contempla. En el caos puede haber una estructura. Tal vez por eso a Claudia, de repente, una intuición le asalta el cerebro. Ramón lo ha visto otras veces, por lo que sabe que el espectáculo acaba de empezar. La boca se le hace agua.

—¡Dos millones de euros! ¡¿Esa gente está loca?!

Ella hace callar al doctor con un gesto que exige silencio. Un gesto violento, irrefutable. Porque la inspectora ha leído a Nietzsche. «Lo que necesita ser demostrado para ser creído no vale la pena.» Por eso sabe que el genial filósofo sería un pésimo policía: en su oficio, las intuiciones se demuestran.

—Jefa, no sé lo que...

También a Ramón le hace callar de modo autoritario. Con gestos sigue indicándole que quiere que le preste su libreta de anotaciones y el lapicero. Él, al final, lo entiende. El que no entiende nada es Héctor: ¿qué está pasando en este cuadro de Hopper?

La inspectora a toda prisa escribe algo en la libreta, apoyada sobre la mesilla alrededor de la cual parece que se está decidiendo la vida de Lara. Arranca el papel y se lo pasa al doctor, que al leerlo se limita a asentir: si triturásemos una sonrisa en una máquina de moler café, obtendríamos algo parecido a lo que acaba de aparecer en el rostro de Antonio Valls.

Cada respiración, por culpa del dolor que siente en el tabique nasal, es un acto consciente. Una decisión voluntaria. Pero el aire no la matará. Es el agua la que no deja de subir.

Esos ojos que veo reflejados sobre la lámina líquida no me parecen los míos..., son demasiado negros, demasiado grandes.

—Tengo..., tengo frío...

¿Por qué me asustan mis propios ojos? Porque ocupan todo el espíritu de mi rostro. Porque a través de ellos ya me imagino al otro lado, y siento vértigo al saber que estoy bordeando la frontera. ¿Cómo será todo al cruzar la línea?

—¡Sáquenme de aquí!

Quizás esta vez he ido demasiado lejos. Tan lejos que, a lo mejor, de donde estoy ya no se puede regresar.

—Por favor..., ayuda...

Aquí, atrapada en el pozo de Murakami, echo tanto de menos mi biblioteca, mis libros... Desde que empezó este infierno hace ya casi siete años, ellos han sido el pájaro que da cuerda a mi mundo. Gracias a ellos, nunca acabo de irme del todo, siempre vuelvo..., aunque cada vez que vuelvo, siento que soy un poco menos.

—¡Si hay alguien mirando, por favor, sáquenme de aquí!

«Me despierto a medianoche, me siento sola, muy lejos, como a quinientos kilómetros, alejada de toda persona y de todo lugar, en las tinieblas, sin poder ver mi futuro mire hacia donde mire, y me coge tanto miedo que me entran ganas de gritar.»

—¡Por favor, sáquenme de aquí!

¿Qué me deparará el futuro? Deseo tantas cosas..., pero es obvio que no me las merezco.

—Ayuda..., ayuda por favor...

¡No debo pensar en el futuro! ¡Qué demonios me importa el futuro! De mí siempre ha tirado con más fuerza el pasado..., lo pretérito es lo único que

importa..., el futuro no es más que un abanico infinito de pasados posibles.

—Estoy..., estoy muy cansada...

De ese abanico infinito de pasados posibles, solo elijo uno. Solo uno, eso es lo único que le pido al futuro: renacer. Por eso este cubo de hormigón, húmedo y oscuro, en realidad es un útero. Una oportunidad para germinar de nuevo. Porque a veces nacer no sale bien a la primera, y hay que intentarlo por segunda vez.



Polígono Cobo Calleja. Fuera del coche, diluvia.

—No la vas a dejar, ¿verdad?

Tomás es de esos tipos que solo ponen cara de pensar intensamente cuando saben que hay alguien delante que puede contemplar su cara de pensar intensamente. Claudia lo sabe, y no le importa. Así de tonto es el amor.

—Al menos, podrías tener la decencia de decirme la verdad..., creo que me lo merezco.

Él, con las manos sobre el volante, se limita a observar a través de la lluvia la puerta del almacén que vigilan. Pero a Claudia le da igual lo que está mirando. Solo le obsesiona verle mirar. No puede apartar los ojos de él. Así de tonto es el amor.

—¡Dime algo!

—¿Qué quieres que te diga? —Sin apartar la mirada de la puerta.

—¡¿Vas a dejar a tu mujer?! ¡Dime la verdad de una puta vez!

—Estamos trabajando. Ahora no es el momento.

Ella parpadea con fuerza, esperanzada: tal vez así la realidad cambie.

—¿Y puede saberse cuándo será el momento?

—No lo sé.

Como siempre, confía en que su parquedad sea interpretada como compromiso absoluto con la verdad. Con la esencia, con la pureza. Y que así nadie descubra sus fallas. Y el truco ha funcionado con Claudia durante más de un año. Hasta hoy. Así de tonto es el amor.

—No lo sabes... ¡Mírame al menos a la cara! —Se aflamencan, pero solo por fuera; por dentro se siente un pobre palmero—. ¡Ten el valor de decirme que lo nuestro se ha acabado mirándome a los ojos!

Tomás se gira en silencio. Y la complace: la mira a los ojos. Como la mira

siempre, como si estuviese haciendo catas, sondando la profundidad de su amor por ella. Creándole incertidumbre. Haciéndole sentir que en cualquier momento puede explotar en pleno vuelo. Haciéndole sentir que trepa por una cascada agarrándose a su chorro.

—Tranquilízate, Claudia. Y centrémonos en el trabajo, esos tipos de ahí dentro son peligrosos y los refuerzos aún tardarán diez minutos en llegar.

—Eres un cobarde...

—Y tú eres una ingenua —dice Tomás; o tal vez ella cree que lo ha dicho, porque la cara de su compañero-amante refleja exactamente ese pensamiento.

—¿Adónde vas?! ¡Quédate en el coche!

Esta vez sí que está segura de que ha oído su voz.

—No aguanto ni un segundo más a tu lado. —Con la puerta abierta, mojándose la pernera del pantalón vaquero—. Me voy a vigilar la entrada de atrás.

—¡Olvídate de la entrada de atrás, los refuerzos están al caer! ¡Esa gente es peligrosa, debemos estar juntos y esperar!

—Eso es lo único que tú sabes hacer. Estar juntos y esperar.

Sale dando un portazo. Se aleja bajo la lluvia, intentando mostrarse digna. Pero cojea. Y se siente desnuda: Tomás, al verla caminar así, ya sabe que por dentro ella está destrozada. Por eso se detiene para observar al hombre que la observa desde el interior del coche. Que es de esos hombres que cada vez que se van de la habitación del hotel lo hacen con aire de viajero que tardará meses en regresar, aunque vaya a la esquina a comprar tabaco. Y aunque es ella la que ha salido del coche, intuye que esta vez no la está engañando. Esta vez Tomás se ha ido de verdad. Para siempre.

—¿Cuánto tiempo tardará en reunir el dinero?

Ante la pregunta de la inspectora, el doctor relee el papel.

—Es una cantidad importante, no sé si podré conseguirla...

Hay que reconocerlo: es un gilipollas, pero tiene madera de actor.

—La gente que ha secuestrado a su hija sabe lo que se hace, está muy claro. Esto no lo han improvisado, y si le piden ese dinero es porque están seguros de que lo puede conseguir. Recuerde que yo estoy en su bando y soy inspectora de Policía, no inspectora de Hacienda. Se lo volveré a preguntar: ¿Cuánto tiempo tardará en conseguir el dinero?

No contesta de inmediato. Se regala un poco.

—Dos días.

Claudia vuelve a coger el falso iPhone y teclea:

Necesitaremos al menos cinco días para conseguir
una cantidad tan importante.

Respira profundamente, dejando claro que quiere que todo el mundo guarde silencio mientras esperan la respuesta. A ella, que en todo le gusta empuñar los mandos de la nave, en este caso... Sí, en este caso se ha sentido manejada, se ha sentido como un ratoncillo al que cada vez están metiendo en cajas más pequeñas. ¿De dónde viene esa sensación? ¿Cómo sabían su nombre? Cree que no se ha equivocado, que su intuición es correcta. De todos modos, en escasos segundos saldrá de dudas.

—¿A qué estamos esperando? —Héctor no entiende nada.

—A que contesten, ¿no le parece bastante evidente? —Ramón tampoco entiende nada, pero sabe que su jefa ahora no puede ser molestada: por eso se llevan tan bien, porque a ambos les gusta dejar amplios espacios a su alrededor que los distancien del resto de los humanos.

—Pero ¿no sería mejor...?

—Guarde silencio, por favor. La inspectora ya le ha dicho que usted no está

aquí para preguntar.

Claudia le agradece con la mirada la ayuda, porque ahora ella es como una máquina que concentra toda su energía en una sola cosa: darle sentido a su intuición. El resto de los circuitos que integran a la inspectora (el circuito de odiarse a sí misma, el de añorar a Tomás, el de amar el chocolate...) han dejado de recibir alimentación eléctrica. Y el iPhone suena.

2 días. Sábado 13h. El padre de Lara estará con el dinero en el kiosko Pergola, en la alameda. Que lleve iPhone encima.

Confirmada la intuición. Que le den a Nietzsche. Y a sus frasecitas. Y a su superhombre.

—¿Qué respondemos?

Vaya, este periodista no sabe tener la boca cerrada.

—Hay que pensarlo bien. —Claudia, con gestos muy claros, les indica a todos que guarden silencio—. Necesito que me dé un poco el aire, salgamos al jardín.

Y se larga. En la cocina, Bruno la intercepta.

—Inspectora, en dos horas tendremos resultados muy fiables, pero me he permitido hacer unos cálculos preliminares. Mis estudios universitarios son de Ingeniería Eléctrica, no Hidráulica, pero creo estar capacitado para afirmar que a la secuestrada le quedan un máximo de cuatro días y siete horas...

—Ahora no. Acompañadme vosotros también al jardín.

El clan gitano está al completo, arremolinado junto a un olivo. Hace frío, por lo que si astillasen el árbol y encendiesen una hoguera diríamos que la estampa es fetén. Lo diríamos si esto no fuese Campolivar. Y si decirlo no fuese tan políticamente incorrecto.

—Jefa, ¿a qué ha venido lo de ahí dentro?

Ella lo ignora y se dirige a Gaspar.

—¿Tú o algún otro de Redes rastreó la casa en busca de micros?

—Bueno..., en un caso de secuestro eso es muy poco habitual. Además, nadie nos dio instrucciones al respecto. Tan solo rastreamos el móvil de la muchacha, como se nos dijo.

En este sentido, la Policía es como cualquier otra organización española: hay que dejar claro desde el principio que uno no es responsable de nada. A mí no me endilgan el muerto.

—Tienes razón, la culpa es mía, pero hazlo ahora. Empieza por el salón, lo más probable es que esté allí. ¿Cuánto tardarás?

—Veinte minutos a lo sumo. Llevo el sensor y el resto del equipo en la furgoneta.

—Adelante.

—Entonces ¿todo lo que hemos estado hablando lo estaban escuchando los secuestradores? —Héctor no puede creer el giro de los acontecimientos: así se fragua un Pulitzer—. ¿Tal vez a la víctima se la ha puesto en peligro debido a una falta de profesionalidad?

Por suerte, el doctor no ha oído la pregunta: está muy ocupado echándole una bronca a su mujer para que esta se calme. Una bronca muy poco calmada.

—Inspectora, por mis estudios en Electrónica tengo una amplia experiencia en detección de micrófonos ocultos. Me ofrezco voluntario para ayudar a Gaspar.

—No es necesario.

—Pero, inspectora, me permito sugerirle que el tiempo es una variable fundamental, y con mi ayuda...

A la matriarca gitana, el clan se le está subiendo a las barbas. Hasta ahí podríamos llegar: si se ponen tontos, los pone a astillar el olivo.

—Usted. —Apunta con el dedo a Héctor—. Solo se lo diré una vez más: si vuelve a abrir la boca, le echo a patadas y además le acuso de obstrucción a la Justicia. ¿Estamos?

El periodista teme orinarse encima por segunda vez en menos de veinticuatro horas.

—Y tú ven aquí, quiero hablar contigo. —De malos modos agarra del brazo a Bruno y lo aparta; el subinspector los acompaña, no se perdería esto por nada del mundo.

—¿Tiene algún problema, inspectora?

—Pronto lo tendremos los dos si sigues intentando impresionarme en lugar de hacer tu trabajo.

Ramón siente que de un momento a otro va a eyacular de gusto.

—No le enti...

—Soy tu superiora; en público no se me desautoriza, ¿entendido?

—Yo tan solo quería...

El subinspector se pregunta cómo le sentará a Bruno el uniforme de antidisturbios. Incluso le pasa por la cabeza tricotarle una funda para su arma

reglamentaria.

—Cantante melódico, para el postureo, Instagram. Aquí y ahora eres policía. Ni más ni menos. Compórtate como tal, eso es todo.

Se vuelve hacia Ramón.

—Ahora os vais los dos a jefatura y seguís con lo del rastreo de matrículas, mañana quiero resultados aunque os paséis la noche en vela. Esa chica estaba inconsciente o malherida, la han tenido que sacar de la urbanización en un vehículo por narices.

—Pues los tenemos todos grabados. Mañana le decimos cosas, jefa.

Claudia ve cómo se alejan por el jardín. Bruno anda cabizbajo. Al fondo, la maldita raya del mar. ¿Me habré pasado con el rapapolvo? Es consciente de no poseer excesivas habilidades sociales, abre sendas a machetazos que luego no sabe cerrar. Es una buena policía, pero una exploradora incompetente. Además, la bronca era innecesaria porque el muchacho le ha causado una buena impresión... ¡Pero ¿qué demonios haces flagelándote?! ¿Si fuese feo te sentirías ahora tan culpable? Los humanos suelen caer en la trampa de creer que la belleza es siempre portadora de verdad. Los buenos policías no pueden permitirse ese lujo.



—Mi niña, mi pobre niña...

—Cállate, Cristina Manuela. ¡Y deja de gimotear! Inspectora, voy a serle franco: estoy muy descontento con su labor. Cuando todo esto acabe, voy a presentar una queja formal...

El doctor es un ser rígido, estricto. Ley y orden.

—Mi marido tiene razón, si a mi hija le sucede algo...

Relájate, Manuela, no pasa nada por admitir que tus responsabilidades profesionales consisten en sentarte frente al horno para observar orgullosa cómo crecen tus magdalenas.

—Inspectora, ¿le apetece que le traiga de la cocina un refresco? ¿O un vaso de agua? Yo mataría por una cervecita, pero supongo que usted de servicio no puede beber...

Debe confesar que por primera vez mira a este periodista del que nunca recuerda el nombre con cierto respeto. Por alguna extraña razón que no alcanza a averiguar, aún no lo ha echado. ¿Por qué? Seguramente se siente en

deuda con él, y quiere cumplir una palabra que en realidad no dio. O tal vez sea debido a que no sabe por qué ha sido el elegido por los secuestradores para contactar con ella. Sí, de momento es mejor mantenerlo en el equipo, siempre que cumpla su palabra de absoluta confidencialidad: los secuestros que acaban siendo una feria por culpa de los medios son secuestros que no se resuelven.

—No entre en la cocina. Deje trabajar a Gaspar, es importante que los malos no detecten que estamos intentando localizar un micro.

Y justo cuando acaba de decir eso, aparece el responsable de Redes por la puerta del salón que da al jardín.

—Tenías razón, Claudia. Había dos cucarachas: una dentro de la carcasa del televisor, junto a las rejillas de los altavoces, y otra en uno de los bafles de la cadena de música. Muy bien disimuladas, un trabajo muy profesional. Y una disposición inteligente, es improbable que se conecte la cadena de música y la televisión a la vez, con lo que siempre hay un micro operativo. No los he tocado porque supongo que quieres aprovecharlos para...

Todo sucede muy deprisa.

—Hijos de puta...

El cuerpo fornido de Antonio Valls sale disparado hacia el salón. Rojo de ira.

—¡Deténgase! —Claudia grita impotente—. ¡No lo haga!

El doctor no atiende a razones, sigue corriendo.

—¡No deje que entre! —Claudia trota a duras penas con aires de caballo perdedor, mientras le grita a ese periodista del que nunca recuerda el nombre; él se ha sumado a la carrera que cree que lo llevará al Pulitzer—. Si ese cretino hace lo que va a hacer, la cagará bien cagada...

Pero a Héctor le sobran kilos. Y le falta valor.

—Yo... —Jadea—. ¡¿Yo, qué quiere que haga?! ¡¿Ha visto cómo corre ese tipo?!

Cuando llegan al salón, es demasiado tarde. En la lejanía, la sacerdotisa y Gaspar los miran sin saber muy bien qué ha pasado.

—¡Sé que me estáis oyendo! ¡Os juro que si le pasa algo a mi niña, os mataré! ¡Aunque sea lo último que haga en esta vida, os mataré! ¡Ya podéis ir buscando un buen escondite porque voy a...!

Claudia suspira frustrada. Ahora ya da igual, que se desahogue. Se da la vuelta y de nuevo la ve: esa maldita raya del mar. En el horizonte,

sobreactuando.

—Pero ¿ese tío está loco? —Gaspar ya los ha alcanzado.

La sacerdotisa sigue petrificada junto al olivo, que casi arde por combustión espontánea debido a la vergüenza.

—No está loco. Es peor: está encantado de conocerse.

—Yo no toqué los micros, de modo que los secuestradores no advirtiesen que lo sabíamos, y tú así pudieses aprovechar eso para hacerles creer...

Claudia se aleja dejándolo con la palabra en la boca. Cuando se sabe a solas, introduce una mano en el bolsillo de su americana Angela Merkel de mercadillo y saca una píldora que se mete en la boca. Suena el móvil en su bolsillo. Pero no es el suyo. Es el iPhone.

Felicidades por el truco, inspectora. Es usted una digna rival. Pero debería atar mejor a su perro, y ponerle bozal: mismo lugar y misma hora, pero mañana.

Bajo un toldo. En el que puede leerse invertido: CHU-LIN CHAO. LENCERÍA DE MÁXIMA CALIDAD.

Ese cabrón me está toreando..., no sé qué hago todavía con él, perdiendo el tiempo... Debo tener valor para dejarlo.

Todo sucede de un modo tan rápido que Claudia lo recuerda estático. Como las lavadoras buenas, que tienen una velocidad de centrifugado tan alta que su tambor parece estar parado.

—¡Hostia!

Tres tiros. Corre bajo la lluvia mientras desenfunda su arma: el sonido venía de la puerta principal del almacén.

—¡Tomás! ¡Tomás!

Cuando llega, ve a su compañero todavía sentado tras el volante. Con la cabeza caída, el brazo descolgado, sangre en el pecho. Como si fuese Marat.

—¡Qué te han hecho! —Se abalanza dentro del coche—. ¡Qué te han hecho!

Lo mira a los ojos, que ya empiezan a desaparecer.

—¡QRR! ¡QRR! —brama por la radio—. ¡Compañero herido! ¡Envíen ambulancia a la vigilancia del Cobo Calleja! ¡QRR!

Con cada grito, siente que se amputa. Que se amputa a sí misma, porque un trozo de su ser se esfuma ante sus ojos.

—¡Aguanta, joder! ¡Aguanta!

Y lo besa. Por primera vez sin miedo a que los vean. Pero besar a Tomás empieza ya a no ser besar a Tomás, porque él se está yendo. Besar a Tomás empieza a parecerse a beber en un charco.

—Tranquilo, estate tranquilo... —Él balbucea, y Claudia lo abraza—. No hables, no hagas esfuerzos... La ambulancia llegará en un minuto.

Sus ojos ya no despiden luz. El efecto de la muerte es más perturbador: intentan atrapar toda la que los rodea, creando tinieblas tras su paso.

—Te vas a poner bien, tranquilo, te vas a poner bien...

Él quiere sonreírle. Pero su sonrisa es preconceptual. Tan indefinida que

parece previa a cualquier definición de sonrisa.

—Perdóname.

Y es que la muerte está venciendo, y eso se nota porque Tomás permite que un rictus de dolor y miedo se haga con el control de todo su rostro.

—Perdóname por dejarte solo..., perdóname.

Claudia puede percibir cómo, poco a poco, ante sus propios ojos, Tomás va desapareciendo. Y a la vez puede percibir cómo ella misma, poco a poco, va desapareciendo también.

—No te vayas, no te vayas.

Porque tomamos conciencia de nuestro propio ser mediante el ser de los seres a los que amamos. Y el único ser al que ella ha amado acaba de morir.

—No me dejes...

El mundo se vuelve blando. Sus contornos se difuminan. Los sonidos dejan de tener un carácter expansivo para volverse implosivos.

—No..., no puedes dejarme.

Y por arte de magia, la concavidad de lo que sienten el uno por el otro se vuelve convexidad. En un instante. Y queda a la vista de todos. Gracias a la muerte, esa gran exhibicionista.

—Te quiero más que a mi vida, no te vayas...

Le coge la cabeza, y la mandíbula, aún tibia, cede. Y ella contempla la corona de sus muelas, que le parecen paisajes en miniatura.

—Perdóname..., por favor, perdóname.

Ha muerto con los ojos abiertos, mirándola. Y ella también se asoma hacia el interior de Tomás por esos dos agujeros, para despedirse, entre sollozos.

—Perdóname, cariño...



El agua la alcanza justo a la altura de los pezones, entumecidos por culpa del frío.

—Si alguien ve esto, que venga a salvarme.

En las últimas horas se está mirando mucho por dentro. Demasiado. Es lo que tiene ponerse frente a la muerte: a la muy cabrona le gusta hacer de espejo.

—Tengo hambre, estoy congelándome. —Siente que su mente empieza a distorsionar la realidad—. Ayuda, por favor.

«Todo está interrelacionado, con la complejidad de un rompecabezas

tridimensional. En el que la verdad no siempre es real y la realidad no siempre es verdadera.»

Tienes razón, Haruki, pero no debo quejarme..., porque gracias a habitar un pozo tan oscuro, sueño con el momento en el que saldré a la luz. Nadie acostumbrado al sol puede aspirar a semejante choque de platillos.

—Ayuda...

«El odio es una sombra negra y alargada. En muchos casos, ni siquiera quien lo siente sabe de dónde le viene. Es un arma de doble filo. Al tiempo que herimos al contrincante, nos herimos a nosotros mismos. Cuanto más grave es la herida que le infligimos, más grave es la nuestra. Puede llegar a ser fatal. Pero no es fácil librarse de él.»

—Mis libros..., dónde están mis libros..., dónde está el pájaro que da cuerda a mi mundo.

Ellos me reconstruyeron tras el gran derrumbe. Pero ni siquiera mis libros han sido capaces de impedir que yo sea una persona definida en negativo. Constituida orgánicamente por las cosas que no he hecho, los sueños que no he realizado, los sentimientos que no he podido sentir. Estoy hecha de frustraciones, de noes. Y ahora siento que se acerca el gran no: la muerte. La última oportunidad de dar un significado, de dar un sentido coherente a todo lo que pasó antes.

«En este mundo, nada hay tan cruel como la desolación de no desear nada.»

—Disculpe el retraso, pero Bruno y yo nos hemos pasado la noche en vela.

—Vaya, felicidades. Sabía que te sentías un poco solo, y es un chico guapo, pero... ¿no vais un poco deprisa?

La jefa hoy parece de buen humor. ¿Se habrá dado un doble chute de Prozac? ¿O tal vez un golpe en la cabeza? Ramón le toma mentalmente medidas craneales para tricotarle una chichonera... ¿Tendrá algo que ver ese periodista mugroso que tiene sentado al lado?

—Por favor, jefa, esas insinuaciones me ofenden. Hemos estado cotejando las matrículas de los vídeos de tráfico y las coartadas de los propietarios de los vehículos, tal como nos dijo. Hace media hora comprobamos la última.

—Cógete un par, están increíbles. —De debajo de la mesa Claudia saca una bolsa de papel con el logotipo de la pastelería Casani, llena a rebosar de minicruasanes rellenos de chocolate: misterio resuelto—. Y cuéntame cosas.

—No, gracias, el dulce me produce ardor de estómago.

—Solo por decir eso los de Asuntos Internos tendrían que expedientarte.

¿Qué tendrá el chocolate que consigue amansarla de este modo? Es como si tuviese la regla pero al revés... Tengo que buscarlo en Wikipedia.

—Sí, claro, jefa, lo que usted diga. Traigo malas noticias, hemos cotejado las matrículas... ¿Y eso?

Las manos de la inspectora interrumpen su discurso. ¿Es real lo que ve? ¿O es su imaginación jugándole una mala pasada?

—¿Qué pasa? ¿Nunca has visto unas uñas pintadas?

—Sí, pero... usted...

—Va, no me seas melodramático, que mira que te gusta el sainete. —Habla con desparpajo, pero se le nota incómoda—. Cuéntame esas malas noticias... para variar.

—Pues... pues no sacaron a la chica de la urbanización metida en un coche. —A duras penas se recupera del *shock*—. Necesitaríamos una semana más para cotejar las coartadas de modo más exhaustivo, pero las de la gente más

problemática están comprobadas a conciencia. Mucho me extrañaría que una maestra jubilada o un cura de ochenta años fuesen los responsables de todo esto.

Héctor, mientras escucha, ha metido la mano en la bolsa. Temeroso, como si fuese un pajarillo que pretende una miguita pero teme un manotazo. Al ver que no se lo propinan, y euforizado él también por el chocolate, decide hablar:

—Hay una estación de metro a quince minutos andando desde el chalé, la de La Coma. Tal vez la sacaron por allí.

Ramón mira a su superiora antes de responder, porque Ramón es un hombre precavido. Ella asiente.

—No nos ha dado tiempo a visionar las cámaras de la estación, pero esa opción la considero imposible. Con el golpe en la cara que tiene la víctima, estaría manando sangre y seguramente inconsciente, sería una locura sacarla de la zona por una estación de metro tan concurrida.

—Quizás la sedaron para meterla en un baúl o algo así. —El pajarillo se está viniendo arriba.

—Lo pensamos, pero esa opción...

Ramón recapacita de nuevo. No, él no es un hombre precavido: él es un hombre muy precavido. De esos que en verano siempre llevan zapatos de invierno. Con calcetines de invierno, porque los resfriados son traicioneros. De esos que en el supermercado nunca cogen el producto del frontal, siempre los de la parte de atrás. De esos que en el cajero, cuando se alejan tras sacar dinero, siempre se dan la vuelta un par de veces. Ramón es de esos hombres hipocondríacos a los que el miedo a la muerte los acabará matando. Claudia sabe todo eso. Y de nuevo se limita a asentir: tiene la boca llena.

—Esa opción es aún más improbable. Si transportas baúles o contenedores voluminosos, los de seguridad te inspeccionan para cumplir los protocolos antiterroristas. Demasiado riesgo.

—Pero entonces ¿cómo la sacaron de Campolivar?

Este pajarillo ya ha rapiñado suficiente, en todos los sentidos: Claudia esconde de nuevo la bolsa bajo la mesa y se vuelve hacia Ramón dando la espalda a Héctor.

—Te explico el despliegue, es bastante completo y mejor cuatro ojos que dos para controlarlo.

El pajarillo puede sentir cómo el manotazo le cruje las alas.

—Estas tres cámaras con teleobjetivo enfocan la terraza de La Pérgola y

los alrededores. Son direccionales y con zoom, lo cual nos vendrá muy bien porque, como puedes ver, la cafetería está llena y esa es una zona muy abierta, sin edificios próximos. Estas otras dos cámaras nos permiten ver el interior del local.

—El Doctor Muerte se ha vestido para la ocasión...

En efecto, en una de las pantallas aparece Antonio Valls sentado en un taburete de la barra, mirando en todas direcciones, nervioso. Lleva un traje impecable, que de inmediato hace pensar a cualquiera que conozca al personaje sobre el componente moral de la elegancia.

—Jefa, ¿Gaspar le ha puesto pinganillo?

—Pinganillo en la oreja derecha y microcámara en el alfiler de la corbata.

Señala otra pantalla, donde puede verse una imagen subjetiva de lo que el doctor tiene frente a su pecho: un café con leche y, junto a la taza, un iPhone 7.

—¿Helicóptero?

—En vuelo estacionario, sobre El Carmen, para no llamar la atención. Pero esperando instrucciones.

Ramón asiente. Señala la pantalla de la cámara subjetiva.

—¿Ese camarero tan feo es Vicente, el de Narcóticos?

—Sí, y tenemos otros seis hombres de incógnito repartidos por la zona.

—Menudo despliegue, jefa... Total, *pa na*.

El pajarillo salta de nuevo, jugándose la vida.

—¿*Pa na*? ¿Qué quiere decir?

Ramón mira a su superiora. Y ella asiente de nuevo: el chocolate que en esos instantes procesa su estómago le hace sentirse generosa. Reconciliada con la especie humana.

—Hagamos lo que hagamos, antes o después vamos a tener que dejarlos escapar con el dinero.

—¿Dejarlos escapar? No le entiendo, subinspector... ¿Por qué?

—Muy sencillo: esa gente no está físicamente junto a la chica. El montaje del aljibe quiere dejarnos claro que tan solo nos darán su localización cuando estén a salvo con el dinero. Si los detenemos, o mueren durante la persecución o les pasa cualquier otra cosa, la bomba de relojería que han preparado acabará matando a Lara. Nosotros lo sabemos, y ellos saben que nosotros lo sabemos, así que son conscientes de que vamos a tratarlos con la delicadeza con la que se trata el culito de un bebé.

—Y entonces, todo este despliegue...

—Pues con todo este despliegue a lo único que aspiramos es a saber quiénes son. Así, cuando Lara esté libre, podremos intentar buscarlos hasta debajo de las piedras. Con muy pocas esperanzas, ya se lo digo..., me juego el cuello a que pasado mañana esa basura está en un país sin convenio de extradición.

—¿Y si...? —Morbo; los Pulitzer no los regalan—. ¿Y si una vez que tienen el dinero, no proporcionan la localización de la chica?

Ramón siempre parece descolorido, flojo. Como ese primer día de verano que te pones un polo blanco pero aún tienes la piel lechosa del invierno: pues él, así todo el año. A pesar de eso, ante semejante pregunta se aprecia cómo su palidez palidece.

—Esa posibilidad siempre existe. En este negocio hay mucho desalmado.

—¿Y nosotros no podemos hacer nada?!

¿Nosotros? ¿Este tipo ha dicho «nosotros»?

—Eso es.

¿Y la jefa ha dicho «eso es»?! ¿Por qué no lo ha crujido?! ¿Por qué se ha pintado las uñas?! Aquí pasa algo raro...

—Qué agobio...

Ramón se sofoca. Y sorprendentemente, se quita la gabardina roñosa que lleva todos y cada uno de los días del año desde el 1 de septiembre hasta el 30 de mayo, haga el tiempo que haga, esté en la calle o a cubierto: ya se sabe, los resfriados son traicioneros. Y la tintorería cara.

—¿Está puesta la calefacción?

No, en el cuchitril que les han preparado en la comisaría de La Alameda como centro de operaciones, a doscientos metros de La Pérgola, no está puesta la calefacción. Su calor es de otro tipo. Más interno.

—Doctor, esté tranquilo. —Claudia ha presionado el intercomunicador—. Aparecerán, pero todavía es pronto. Faltan cinco minutos para la una.

—¿Tranquilo?! Es fácil decirlo cuando no es tu hija la que puede morir ahogada en cualquier momento... —El frío crepitar electromagnético vuelve su voz algo más cálida.

—A Lara aún le queda tiempo. Según el ingeniero que ha hecho los cálculos, más de tres días, siendo pesimistas.

—¿Siendo pesimistas? Váyase a la mierda.

La inspectora sabe que debe controlarse. Ramón decide ayudarla tomando el micro.

—Por favor, no deje la bolsa de deportes sobre la barra. Manténgala en su regazo. Y cójala de las asas, el localizador está en la cremallera y más vale no darle meneos.

—¡Esa es otra! ¡¿Por qué demonios no me han dejado utilizar dinero de verdad?! ¡Mi dinero! Si por culpa de esos billetes del Monopoly que me han dado a mi hija le pasa algo...

—Ya lo hemos hablado, doctor. —Claudia se muestra firme—. Ahora voy a cortar la comunicación: si aparecen no quiero que le vean murmurando solo.

Los improperios que transmiten las ondas se los traga el espacio infinito. Y la paciencia de Claudia, algo más pequeña.

—Inspectora. —Héctor de nuevo lo detecta: morbo; ya lo dijimos, los Pulitzer no los regalan—. ¿Me está diciendo que este hombre, que ha visto un vídeo de su hija amarrada con argollas en un aljibe en el que no deja de entrar agua y que está dispuesto a utilizar su dinero para salvarla..., no puede hacerlo porque usted se lo prohíbe?

—Sí, eso es exactamente lo que le estoy diciendo.

—Pero... ¡¿por qué?!

—Porque lo dice la ley. —Claudia responde muy calmada, sin dejar de observar los monitores.

—¡La ley nunca puede estar por encima de la vida de una persona!

—La ley está por encima de todo. Porque la ley está para protegernos a todos.

¿Por qué el ministerio no utiliza a esta mujer para las campañas de concienciación?

—Pero...

—Al doctor se le han proporcionado unas falsificaciones muy buenas.

Ramón media:

—¿Las de la imprenta de los rusos que desmantelaron el año pasado los compañeros de Benidorm?

—Sí, esas.

Héctor no sale de su asombro. Porque su asombro es genuino, y emana de una sensibilidad superior. Una sensibilidad que estos seres primitivos que tiene enfrente no son capaces ni de imaginar.

—Se da cuenta de que acaba de decirme hace unos minutos que lo más probable es que los secuestradores se salgan con la suya, y que todo depende de que les apetezca mandarles la localización de la chica, y que... —Está tan

indignado que las palabras no le salen—. ¡Y que a pesar de eso usted está dispuesta a correr el riesgo de darles dinero falso!

Se levanta de la silla. Impulsado por su pin de «No a la guerra».

—¿Qué haría usted si su hija estuviese en la situación de esa pobre chica y un policía le prohibiese pagar su rescate con dinero de verdad?!

Claudia deja de mirar los monitores. También se levanta, y lo encara. Pero muy tranquila. Bendito chocolate, piensa Ramón.

—¿Y qué haría usted al saber que, con ese *dinero de verdad*, lo más probable es que la banda que ha montado esta fiesta organice el año que viene media docenita de secuestros más, que es lo que suelen hacer estos grupos internacionales?

Está un poco harta de lecciones buenistas de gente que no sabe nada de la vida. Harta de idiotas que creen que los años y la experiencia dan sabiduría, ignorantes de que los años y la experiencia, si no te esfuerzas, solo dan dolor de huesos: que se lo cuenten a ella y a su pierna.

—¿Y qué haría usted si uno de esos secuestros financiado con el *dinero de verdad* del doctor Valls es el de su hija Ana, mi querido Héctor Santos, que ahora vive tranquilamente con su madre, María Soldevila, en Las Rozas? —Cómo está disfrutando..., por estos pequeños momentos la vida vale la pena vivirla—. ¿Y qué haría usted si se enterase de que el secuestro de su pequeña Ana se ha financiado con el *dinero de verdad* que la Policía, completamente incompetente e insensible, autorizó a utilizar en un secuestro anterior?

El periodista teme orinarse encima por tercera vez en menos de treinta y seis horas. Sabe tanta teoría que a veces olvida que la vida es práctica.

—Sí, no ponga esa cara. No creerá que le he dejado participar en todo esto sin haberle investigado antes. —La inspectora vuelve a sentarse y se centra en los monitores—. Por cierto, hace seis meses que no le pasa a su exmujer la pensión por la niña. Póngase al día.



Se da la vuelta en la cama, y el placer de la sábana fresca le hace sentir que aún tiene muchas cosas por vivir. ¿O quizás es debido a la pastilla que empezó a tomarse anoche?

¿Qué hora será?

Abre un ojo, solo uno, y lo vive como si un termómetro se rompiera y una

gota perfecta de mercurio hubiese caído en el Santo Cáliz.

Putas pastillas... Joder, son las diez.

Se asusta, el instinto de madrugar aún no lo ha perdido. Pero enseguida advierte que no tiene que ir a ninguna parte. Está de baja.

—¡*Lucas!* ¡¿Por dónde andas, perro bobo?!

No hay respuesta. Se despereza, y nota un intenso olor corporal: desde la muerte de Tomás, suda pena.

—¡Va, *Lucas*, no te hagas el remolón que tenemos que bajarte a pasear! ¡Me ducho y nos largamos!

Entra en la cocina y descubre que el paseo tal vez es innecesario: ella suda pena; su perro mea donde le da la gana.

—Qué asco... —Coge papel de cocina y se arrodilla frente al estropicio, justo en el momento en el que *Lucas* asoma su cabeza por el vano de la puerta —. No me mires así, como si no hubieses roto un plato en tu vida, so guarro.

—¡Guau!

Va al cuarto de baño a lavarse las manos, y mientras lo hace se observa. Y cree descubrir el segundo efecto de la pastilla que empezó a tomar anoche: su reflejo en el espejo cree que ella es el reflejo en el espejo.

Me estoy rayando... necesito una copa.

Se prepara un *gin- tonic* y se tumba en el sofá. Debido a la postura que adopta, siente que está en la consulta de su psicoterapeuta. Incluso cree estar oyendo su voz:

«El sentimiento de culpa que experimentas es totalmente irracional. Tú hiciste lo que en ese momento consideraste adecuado...».

Escucha las palabras de su psicólogo, que intentan consolarla. Pero ella cree lo que quiere creer. Como cuando sabes leer poesía. Como cuando te empeñas en suicidarte.

«Para salir de la depresión necesitas forzarte a tener actividad, salir de casa...»

Es tan fácil oír, y tan difícil escuchar.

«Debes quedar con amigos, hacer deporte...»

Desde la muerte de Tomás, suda pena. Y parpadea con dificultad. Como si alguien hubiese envuelto sus globos oculares con papel de lija. Tal vez por eso rompe a llorar. O tal vez sea porque la intensidad de la unión se percibe en la desunión. Solo en la separación se sabe lo fuerte que fue el contacto.

No puedo más...

Lucas se acerca, y apoya su cabeza sobre el sofá.

—No puedo más... —Ella le habla, y lo acaricia, y bebe *gin-tonic*—. Tenemos que irnos de esta ciudad, *Lucas*, si me quedo en Madrid jamás conseguiré olvidarlo.

Mientras balbucea entre sollozos toma conciencia de que su cuerpo posee bajo la carne un esqueleto que lo sostiene todo. Y toma conciencia también de que ella está siendo deshuesada. Desprendida de esa estructura.

—Tenemos que irnos de Madrid, *Lucas*, tenemos que irnos de aquí...



Es la una y diez, y los secuestradores no han dado señales de vida. En el cuchitril de la comisaría de La Alameda la tensión puede cortarse con un cuchillo. En ese ambiente, a Ramón no le apetece romper el silencio. Vete tú a saber si la jefa la emprende conmigo, ahora que está lanzada... Pero al final lo hace: las elecciones son más sencillas cuando no hay opciones.

—Tengo más cosas que contarle.

—¿Y a qué esperas?

—Me dijo que le buscara trapos sucios al doctor.

Ella aparta la mirada de las pantallas para volcarla en su subordinado. Traducción: «Sigue hablando de una puta vez».

—Con todo el lío y el poco tiempo que he tenido, no es gran cosa, pero creo que es importante. —Rebusca en su libreta de notas; Héctor es todo oídos, pero después del chorro que le ha caído no se atreve a pronunciar palabra—. Resulta que el doctor, que se da aires de hijo de Urano y Neptuno, nació en una familia muy humilde. Padre panadero, madre ama de casa. Hijo único. Estudió la carrera siempre becado, gracias a sus excelentes notas, y sacó la plaza de anestesista. Trabaja desde hace treinta años en los quirófanos del hospital Clínico.

—¿Anestesista en un hospital público de la Seguridad Social? —Claudia ya sabe por dónde va el subinspector.

—Eso es. Luego hace extras en varias clínicas privadas, pero por muchos extras que haga, ya me dirá si con esos ingresos puede tener un chalé como el que hemos visto...

—Y ser capaz de reunir dos millones de euros en un par de días. —Mete la mano debajo de la mesa y saca un minicruasán, como ese mago que saca una

paloma de una chistera, que desaparece volando—. ¿Quizás su mujer es de familia rica?

—Negativo. Cristina Manuela nació en El Cabañal, de padre pescador y madre costurera. Ella también aprendió a coser, en esa época era Manoli la del Dedal. La vida, que da muchas vueltas...

—Sí, un verdadero tiovivo.

Traducción: «Sigue hablando de una puta vez».

—Como otra posible vía de ingresos, el doctor tan solo tiene a su nombre una sociedad de asesoramiento financiero e inmobiliario, algo extraño para un médico. Aún no he recibido los datos de facturación..., y me refiero a la facturación legal.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que Antonio Valls y su mujer tienen contratadas seis cajas de seguridad en diferentes entidades bancarias.

Claudia observa uno de los monitores, en donde se ve al doctor tamborilear nervioso sobre la barra: sí, en efecto, ver esa imagen hace pensar de inmediato en el componente moral de la elegancia.

—Esto cada vez me gusta menos...

No se lo ha dicho a Ramón. Conversa con el circuito de su cerebro que le insinúa las cosas.

—Disculpe, jefa, no le he oído bien. Tengo que ir al otorrino a que me saque un tapón de cera que...

Un reloj te dice qué hora es, pero no es capaz de decirte qué es el tiempo. Algo parecido hace el circuito que tiene implantado en su cerebro: le avisa cuando algo va a salir mal, pero no le aclara qué es ese algo.

—Nada, cosas mías...

Advirtió por primera vez la presencia de ese circuito a los quince años, justo al despertar en el hotel de la estación de esquí. En un viaje de fin de curso que recuerda como una pesadilla. Ojalá le hubiese prestado atención... Suena su móvil.

—Dígame, comisario.

—¿Ha empezado ya la operación?

—Todavía no han dado señales de vida.

—Esos cabrones se hacen de rogar... Ya sabes que espero lo mejor de ti. No me decepciones.

Así le gusta trabajar a ella, sin presión.

—Claudia, si amas lo que haces, lo que haces te ama a ti. Y las cosas salen bien. Ese es el secreto de un buen trabajo.

Al comisario le gusta parafrasear a Paulo Coelho. El pobre no sabe que Paulo Coelho, en sí mismo, es una paráfrasis.

—Haremos lo que se pueda.

—Lo que se pueda no es suficiente. Nunca es suficiente. Hoy tienes que dar el do de pecho, hoy tienes que hacer cima.

Si sigue con las metáforas, la va a cagar.

—Hoy tienes que cruzar la línea de meta.

La va a cagar.

—Hoy tienes que pisar fuerte, y cerrar el baile con un *taconeo* final.

La cagó.

—¿Entendido?

Sin duda, este hombre es el ejemplo perfecto de la no contemporaneidad de algunos seres contemporáneos.

—Entendido.

Pero Claudia no tiene ni tiempo ni espacio cerebral para el enfado: el circuito que le insinúa las cosas malas cada vez brama más fuerte.

—Comisario, me dijo que si necesitaba algo se lo pidiese.

Observa al doctor en la imagen: voy a tener que meterme el orgullo por el culo.

—Dime.

—Sospechamos que a Lara no la sacaron de Campolivar.

Desde que ha visto el vídeo, siente que necesita llamar a la víctima por su nombre de pila. Algo muy poco profesional.

—¿Qué quieres decir? ¿Que fue algún vecino...?

—No tenemos ni idea. Pero si esta operación sale mal, mañana deberíamos registrar toda la urbanización. A conciencia y deprisa, a esa chica no le queda mucho tiempo.

—Sí, he visto el vídeo, es un horror... ¿Qué necesitas?

—Cuarenta hombres. Disponibles doce horas.

—¿Has dicho cuarenta hombres?! ¡Pero ¿estás loca?!

—Son casi tres mil residentes...

—¿Tú sabes lo que cuestan cuarenta hombres durante doce horas?! ¿Sabes lo que cuesta cada hora de vuelo del helicóptero que has reservado?! El

dinero del contribuyente es sagrado, y debemos gastarlo con el mismo mimo con el que gastamos...

No tengo ni puta idea de lo que estás hablando, pero te voy a escuchar como si tú la tuvieses.

—Pero si es necesario, es necesario. Mañana tendrás a los cuarenta agentes.

—Gracias, comisario. Ahora tengo que dejarle.

—Llámame cuando todo acabe. Para darme buenas noticias.

Cuelga. Ella suspira. Ese hombre la saca de sus casillas. Ramón lo sabe.

—¿Todo bien, jefa?

—Todo bien... Mataría a ese capullo, pero todo bien. —Su cabeza debe refrenar a su temperamento constantemente; tirar de las bridas para que su instinto no tome las riendas y desboque el caballo—. ¿Dónde te has dejado al cantante melódico?

—Lo he puesto a seguir la pista de algo, de algo muy feo..., pero prefiero no decirle nada hasta que me lo confirme.

—¡Déjate de memeces y dímelo ahora mismo...!

A su cerebro no le da tiempo ni a tirar de las bridas. Lo hace su teléfono. Y también el iPhone 7 que aparece en el monitor, sobre la barra de La Pérgola. Ambos han recibido un mensaje a la vez, gracias a la aplicación espejo que Gaspar ha instalado en el móvil de la inspectora.

Vaya a la cafetería del corte inglés de aqua. Terraza exterior, taburetes junto barandilla. Espere allí instrucciones.

—Empieza la cacería... —Vuelve a conversar con el circuito que le insinúa las cosas malas—. Arpón preparado. Vamos, capitán Ahab, por ahí resopla.

El caudal de agua, al caer en medio de la noche, se ha transformado en lo único que existe. La cadencia perfecta del caño, el sonido expansivo que emite, es mi única realidad. Y me fuerza a tomar conciencia del tiempo: ese chorro es, literalmente, una cuenta atrás. Una cuenta atrás que ya me llega por la barbilla.

—Sacadme de aquí... Daos prisa por favor...

Está mareada. Sumerge la cabeza bajo el agua, para despejarse, y abre los ojos.

No, no es posible... Me estoy volviendo loca.

Medusas. Docenas de medusas.

¡¿Cómo habéis llegado hasta aquí?!

Se agita, casi histérica.

¡¿Por qué habéis venido a por mí?!

«Lo que nosotros vemos es solo una pequeña parte del mundo. Damos por hecho que esto es el mundo, pero no es del todo cierto. El verdadero mundo está en un lugar más oscuro, más profundo, y en su mayor parte lo ocupan criaturas como las medusas. Eso nosotros lo olvidamos. ¿No te parece? Dos terceras partes del planeta son océanos y lo que nosotros podemos ver con nuestros ojos no pasa de ser la superficie del mar, la piel. De lo que verdaderamente hay debajo no sabemos nada.»

Ahora lo entiende todo, y se tranquiliza.

Yo camino cabeza abajo, para ver el mundo derecho. Y que el cielo sea un abismo sobre mis pies.

Las medusas del pájaro que da cuerda al mundo, con su cadencia abisal, le hacen entender que no debe tener prisa.

Para acercarme al sonido, debo empezar por el silencio.

—Hay que reconocerlo, jefa, tontos no son.

—Sí, hay que reconocerlo.

Claudia observa con paciencia de estalactita la imagen subjetiva. Lo que ve el pecho del doctor.

—¿A qué se refiere, subinspector?

La tensión es menor, se ha declarado una tregua, pero Héctor no las tiene todas consigo: prefiere no preguntarle a ella directamente.

—Mire lo amplio y abierto que es ese espacio urbano. —Ramón señala el monitor: el viejo cauce, ancho, espléndido, y Calatrava, mucho Calatrava..., una auténtica macedonia de Calatrava que al subinspector le hace temer por sus niveles de azúcar en sangre—. Seguramente, es el punto de la ciudad en el que el doctor está más expuesto. El mirador de esa cafetería es un verdadero escenario.

—¿Expuesto?

—Puede ser observado con unos prismáticos desde una infinidad de viviendas. No menos de cuatro mil. Saben que ni nos vamos a plantear una contravigilancia, sería perder el tiempo.

Claudia abre el intercomunicador.

—Doctor, no se gire, usted siga mirando el paisaje, pero en la butaca que tiene detrás, que acaba de quedarse libre, se ha sentado un tipo con cazadora de piel. Es uno de nuestros hombres. Si la situación se pusiese difícil, déjele actuar a él.

En la terraza de El Corte Inglés el ruido de la cafetería es ensordecedor. Casi no se oye la voz de Antonio Valls. Casi.

—Llevo aquí sentado tres horas. Esos malnacidos están jugando con nosotros.

Barullo, mucho barullo de fondo. Han pasado dos años, pero a Claudia le sigue resultando curioso: en esta ciudad creen que la felicidad consiste en hacer ruido. *Masclètà way of life*.

—No están jugando, doctor, saben perfectamente lo que se hacen. Usted tranquilo, antes o después aparecerán.

Corta la comunicación. Y Héctor inicia un acto militar heroico. De nuevo impulsado por su pin de «No a la guerra».

—¿A... a qué se refiere, inspectora?

Ella se vuelve hacia el periodista y le responde. ¿La tregua se ha transformado en armisticio?

—Los modelos de helicóptero de Policía Nacional y Guardia Civil son información pública, por lo que ellos saben que tienen cuatro horas de autonomía máxima. Están haciendo tiempo para que nuestro pájaro tenga que volver a la base a repostar, y así nosotros nos veamos obligados a actuar sin cobertura aérea.

—Qué cabronazos...

—Ya se lo dije, Héctor. Tontos no son.

¡Ah! ¿Me lo decía a mí también, no solo al subinspector?

—¿Y qué vamos a hacer nosotros?

¿Otra vez ese «nosotros»? Y ella sin reaccionar..., y con las uñas pintadas... A Ramón le vuelve el sofoco y decide intervenir:

—Hace media hora he cursado la petición para que a nuestro pájaro lo releve el helicóptero de Castellón, con solapamiento, sin tiempos muertos. La cobertura aérea es básica en la gestión de una entrega de rescate profesional.

Hay termómetros que se disfrazan de adjetivos. «Profesional.» Pero a Claudia en estos instantes le trae sin cuidado la temperatura corporal del subinspector: el iPhone se ha activado.

Vaya al ayuntamiento. Caminando. Por alameda nueva,
antiguo reino y luego calle ruzafa.

Claudia se pone en acción.

—Doctor, haga lo que le han dicho. Salga de El Corte Inglés por la puerta principal, la que da al río. Y camine tranquilo, sin prisas. No llame la atención, es un paseo de cuarenta minutos, tómese lo con calma.

Corta la comunicación y abre otro canal.

—Coche 2, esperadlo en plaza de Europa.

Y otro canal.

—Coche 1, esperadlo en cruce Antiguo Reino con Gran Vía.

Y otro canal.

—Benavent y Márquez, seguid al objetivo, por separado. A veinte y cuarenta metros aproximadamente. Sed discretos.

Héctor la observa impresionado: en estos momentos la inspectora le recuerda a ese pirata tronado que obligaba a su tripulación a dejar la cubierta impecable antes de entrar en batalla. Solo le falta el garfio y la pata de... Pues eso, que solo le falta el garfio.

—El Doctor Muerte saliendo del edificio. —Ramón señala la pantalla de ordenador, donde aparece un mapa de la ciudad y dos puntitos en movimiento, uno rojo y otro azul, pegados.

—¿Qué indican? —A Héctor, este ambiente militar empieza a gustarle, aunque nunca se lo confesaría a su pin.

—El punto rojo es el localizador que hay en la bolsa de deporte. El azul es la señal de posicionamiento del iPhone.

—Señal que también reciben los secuestradores.

—Sin duda. Esa baliza es independiente de la red de antenas y de internet. Va vía satélite.

El monitor de la cámara subjetiva va a conferir a toda la operación un aire muy *found footage*. En plan película de miedo *Bruja de Blair*, pero rodada en entorno urbano.

—¿Los ven por algún lado? Tienen que estar vigilándome...

El doctor jadea. Acera de Antiguo Reino. Viandantes que se cruzan con él, indiferentes al drama que está viviendo. Así es el dolor, algo muy personal.

—Déjenos eso a nosotros. Usted límitese a pasear con tranquilidad.

Calle Ruzafa. Mujer con carrito de bebé. No puede creerse que el sufrimiento fetal que él siente en estos precisos instantes no exista para ella. ¡Pero si lo ocupa todo! ¡¿No ves que desde hace dos días ya nada es igual?! No, ella no ve nada. Nadie nunca ve nada, excepto tú mismo. Porque, por fortuna, la vida de cada uno de nosotros tiene su propio centro de gravedad. Y solo los santos y los locos son capaces de experimentar el ajeno. Plaza de Toros.

—Espere a que el semáforo se ponga en rojo. No hay ninguna prisa.

—Está bien, está bien..., son los nervios.

Ya está llegando al Ayuntamiento. El tiempo pasa muy deprisa cuando advertimos que no es un recurso infinito. Para aprender esa lección no hay nada como envejecer. O como que te secuestren a una hija.

—¡Aquí no hay nadie!

¿Qué creías, que iba a estar Lara esperándote?

—Tranquilícese. Llegarán nuevas instrucciones.

Antonio, cómo echas de menos los buenos tiempos... Esos en los que volvías a casa y tu hija estaba allí leyendo, o viendo la tele, o depilándose o nadando en la piscina. Y tú ni te dabas cuenta de la grandeza del momento.

—¡Están jugando con nosotros!

—Le he dicho que se tranquilice. Lo peor que puede hacer ahora es perder los nervios.

Pues eso es lo que le sucede, lo peor. Porque el pánico lo asalta. Como solo te asalta el pánico cuando temes perderlo todo. Y es entonces cuando surge una compasión que en realidad no es tuya. Una culpa prestada, prestada por el miedo, que siempre pasa facturas hinchadas.

Perdóname, Lara...

A veces las palabras describen la realidad. Otras veces la construyen.

—¿Eso que se oye son sollozos?

—Vaya, el Doctor Muerte tiene su corazoncito...

Sí, Ramón. Todo el mundo encuentra su corazoncito cuando alguien intenta rompértelo. Hasta tú.

Restaurante ginos en la pagoda. Pase por mercado colon. Cuando llegue a destino no entre, espere en la puerta.

—¡Esos hijos de puta me hacen volver a La Alameda! ¡Y dando un rodeo!

—Haga lo que le dicen, por el momento es nuestra única opción. Es tan solo media hora de paseo.

Es viernes por la tarde, el mercado Colón está atestado. Todo es alegría. Bueno, casi todo, porque el doctor acaba de entrar. Está tan tenso que hoy es incapaz de sentir esa atmósfera a lo Gaudí huertano que emana del edificio. Más cálido al ser menos onírico, menos medievalista.

—¿Cruzo el mercado por dentro o por fuera?

—Por dentro. Seguramente tienen a alguien observando, saben que un viernes por la tarde este sitio es imposible de controlar.

Una banda toca a ritmo frenético, cuarenta parejas bailan *lindy hop*. Y de repente, sin saber por qué, el doctor añora a su mujer. Le gustaría tenerla a su lado. Bailar con ella esa melodía absurda cuya felicidad desbordante es como una agresión. Como un insulto. Como una falta de respeto a su sufrimiento.

—¿Qué es esa música?!

En el cuchitril de la comisaría, el monitor no sabe qué hacer: el dramatismo siniestro del *found footage* chirría con la actitud forzadamente *happy* de los bailarines de *lindy hop*. Y para colmo, en el cuchitril nadie sabe inglés.

—Es... gente... bailando..., locura..., ¡mierda de perroflautas!

Ya casi no recordaba haber tenido esa sensación que cuando eran novios lo llenaba todo. Deseo. Siempre añorando que llegase el momento de pasar a recogerla por el pisito de sus suegros en la calle de la Reina. Cuando aún se llamaba Manoli, y Cristina Manuela era un ser del futuro al que nadie conocía.

—¡Menudo jaleo! ¡Salga de ahí!

—Eso... intento..., ¡asco de *hipsters*!

¿Cuándo desapareció todo eso? ¿Quién lo ha traído de vuelta? Lo ha traído el miedo. Sí, doctor, el miedo, que une más que cualquier otra cosa que exista sobre la faz de la Tierra. Porque el amor todo lo puede, pero el miedo siempre puede un poquito más.

—Muy bien. Ahora diríjase hacia el río. Por Cirilo Amorós.

Miedo a no volver a ver a Lara.

—Y luego Alameda hasta La Pagoda. Pasará por delante de la comisaría donde estamos nosotros, pero haga como si nada.

Anochece. Y el doctor llega a su destino. Y allí tampoco está su hija esperándolo, por supuesto.

Jardines de monforte. Busque el torreón y suba. Y no ponga esa cara: pronto acabara todo.



—¿Tú crees que este es momento de hablar por teléfono?!

—Jefa, era Bruno.

En el monitor subjetivo se ve al doctor avanzar pegado al muro centenario que cierra los jardines.

—¡Como si es el Espíritu Santo! ¡Del Ginos a ese torreón hay apenas doscientos metros! ¡Ahora es cuando más atentos debemos estar!

—Sí, lo sé..., pero era importante.

—¿Qué quería el cantante melódico? —pregunta sin apartar la vista de los monitores.

—Me acaba de confirmar la pista sobre la que lo puse a trabajar.

El doctor ya ha entrado en los jardines, que en media hora cerrarán sus puertas; ahora pasa junto a los dos leones de mármol que fueron esculpidos para la escalinata del Congreso de los Diputados en Madrid, pero que nunca llegaron a su destino.

—Es todo muy extraño...

—Va, Nube Negra, no te hagas de rogar tanto. —Este hombre siempre igual...

—Lara sufrió un intento de violación hace tres años.

Monitores desatendidos. Cuatro ojos lo devoran. A él, que es todo pellejo.

—¿Violada?

—Sí, jefa. En el chalé. Hubo juicio y sentencia. Bruno ahora está tratando de averiguar el paradero actual del que lo hizo, cumplió un año.

Claudia no acaba de creerse lo que está escuchando. Se gira hacia el monitor subjetivo. A hablar con el doctor.

—Si acaban de secuestrar a tu hija, y la intentaron violar hace tres años, ¿en la cabeza de qué padres cabe que esa información no es importante para la Policía?

Antonio Valls no puede responder a la inspectora, porque no ha oído la pregunta: el intercomunicador, por supuesto, estaba cerrado. El pobre *Lucas* en casa meándose, y yo aquí, ayudando a esta gentuza... El doctor avanza entre la penumbra de la vegetación. Ahora que el entorno ya no es urbano, y después de lo que ha contado Ramón, el aire *found footage* a lo *Bruja de Blair* ha crecido varios enteros.

—No sé, quizás... —Nuestro futuro premio Pulitzer sí que va a intentar responder—. Quizás la familia hizo un pacto de silencio para intentar superar ese drama. En un reportaje que hice sobre violaciones a adolescentes era una estrategia muy utilizada.

Todo el mundo, incluido Héctor, parece entender que esta explicación no explica nada.



Ya casi no se ven las plantas, y precisamente por eso se puede respirar con mayor intensidad ese aroma neoclásico que desprenden los Jardines de Monforte. *Masclètà way of life?* No, por favor, no. Seguramente este es el

único rincón elegante de entre todos los rincones vegetales de Valencia. Elegante de verdad. Quizás sea porque aquí nunca hay ruido.

—¿Puede ver por dónde pisa?

—Más o menos, las farolas no iluminan mucho... Aquí no hay ni un alma.

Pero en estos momentos, al doctor la elegancia vegetal le trae sin cuidado. Los jardines están ya completamente desiertos. Y el torreón, esquinado en un extremo, todavía más.

—Tranquilo, tenemos el entorno controlado. No se gire, pero detrás de usted hay cuatro agentes en distintos puntos de vigilancia. En la única puerta de entrada hay dos más, y el jardín está rodeado por un muro. Ya se lo he dicho, la situación está controlada.

¿Por qué los secuestradores, después de pasear al objetivo por media Valencia, lo han acabado metiendo en una ratonera? No tiene sentido.

—¿Qué... qué hago? ¿Empiezo a subir la escalera?

—Adelante. Tenga cuidado.

Cuando llegue arriba, ¿estará mi niña esperándome? Paso tras paso, conforme se va elevando, acuden a su mente los recuerdos, como si estos residiesen en el cielo negro: cuando Lara era pequeña, él subió esta misma escalera cogido de la mano de su hija. Y al llegar arriba del torreón, cuyos matacanes ya estaban desmoronados en aquella época por culpa del paso del tiempo, alzaron los rostros para ver juntos las nubes. Entre risas buscaron ese punto exacto que hay en la cima de la torre en el que si te plantas y cierras los ojos, quedas sumergido en el silencio absoluto. Porque allí, justo allí, las ondas sonoras se matan unas a otras sin piedad, contrarrestando su efecto en el oído humano. Y Lara, ante ese fenómeno puramente físico, sintió un pavor espiritual, y él tuvo que abrazarla para que no llorase. Porque ella aún no entendía algo que con el paso de los años, y esforzándose, siempre acabas entendiendo: el silencio absoluto es la elegancia absoluta. Siempre fría, muerta. El espacio negativo de la vida.

—¿Qué... qué demonios es eso?

Ha llegado arriba, y su niña no está esperándolo. Por supuesto.

El dron está posado en el punto exacto donde el silencio es absoluto. Donde la elegancia es absoluta.

—Hijos de la grandísima puta...

—Tranquila, jefa, nuestro pájaro está en el aire y puede seguirlo.

Introduzca dinero en el compartimento que hemos dejado abierto y luego cierre trampilla. Sin trucos, el dron tiene una cámara y estamos viéndole.

El doctor está sudando a chorros a pesar de que hace frío. Duda.

—Haga lo que le han dicho. ¿A qué está esperando? No tenemos otra opción.

El corazón le late a tal ritmo que, si estuviese él monitorizándolo en un quirófano, ya habría puesto en alerta al equipo de Cardiología.

—¡Haga lo que le han dicho! ¡¿Qué hostias está pensando?!

De un tirón se arranca el pinganillo y arroja a la inspectora torreón abajo.

—¿Qué hace? —Héctor está tan tenso como lo está todo el mundo en el cuchitril.

—Escribe un mensaje. —Los seis ojos se vuelcan en el teléfono de Claudia para saber lo que el doctor está escribiendo en el iPhone—. ¿A qué está jugando este imbécil?

Quiero una prueba de que mi hija sigue con vida. Si
no hay prueba, no hay dinero.

Pasa casi un minuto. En el torreón, Antonio Valls y el dron se observan como se observaban Hans Solo y los AT-AA en *La guerra de las galaxias*. Llega un vídeo.

Frío. Hormigón. Miedo. Agua por la barbilla.

—Malnacidos...

Sin pinganillo, nadie oye la furia del doctor.

—¿A qué coño está esperando?!

—Ese hombre no es trigo limpio, jefa, ese hombre no es trigo limpio...

¿Duda doctor? Recuerde, sin trucos. No haga caso a la policía, la que va a morir es Lara.

Y entonces la cámara subjetiva se acerca al dron. El doctor deja en el suelo la bolsa de deportes. Y su mano se mete en el bolsillo interior derecho de su americana. Y en el izquierdo. Y en cada uno de los bolsillos de su abrigo.

—Jodido cabrón...

—Jefa, deberíamos haberlo imaginado, ese hombre no es trigo limpio, ese hombre no es trigo limpio...

Uno tras otro, va colocando los fajos en la panza del dron. Dinero de verdad. Cuatro mil billetes de quinientos euros. Tres kilos y medio de papel con dibujitos, la diferencia entre la vida y la muerte. Cierra la trampilla y camina hacia atrás un par de pasos.

Ha sido un placer hacer negocios con usted.

Donde esta mi hija? Ya tienen el dinero, donde esta mi hija? Por favor.

El dron se eleva con un zumbido tan sutil que nadie diría que es capaz de hacer volar dos millones de euros.

—Inspectora, esperamos instrucciones.

La voz del piloto llega al cuchitril envuelta en un crepitar. Como si fuese la voz de un huevo frito con puntillas.

—¡Sigan al dron! ¡Sigan al dron!

—Haremos lo que podamos, de noche no va a ser fácil mantenerlo en el campo visual.

—Sigan al dron y vayan informándonos del recorrido que hace para que podamos desde tierra ir también tras él.

—A sus órdenes, inspectora. —El rugir de los rotores hace difícil entender las palabras del piloto—. Acaba de cruzar el muro norte de los jardines. Vuela muy bajo, pegado a las copas de los árboles del bulevar central de Blasco Ibáñez. Dirección Viveros.

La inspectora aprieta los puños. El circuito que le insinúa las cosas malas esta vez no insinúa, vocaliza con total claridad: «Van a pilotar el dron por

debajo de la cubierta vegetal urbana para que el helicóptero no pueda rastrearlo».

—El dron ha cruzado General Elio y se mete en Viveros. Vuela por debajo de las copas de los árboles. —El piloto verbaliza los pensamientos de la inspectora con una precisión que asusta—. Perdido contacto visual, esperamos instrucciones.

—¡Controlen la calle San Pío V! ¡Es la que separa Viveros y los jardines del Turia!

En el cuchitril nadie se atreve ni a respirar.

—Correcto, inspectora. El dron ha cruzado San Pío V y se ha introducido en el viejo cauce. De nuevo, perdido contacto visual, vuela por debajo de cobertura vegetal. Imposible determinar si ha tomado dirección oeste o este. Esperamos instrucciones.

Claudia siente tanta rabia que de un puñetazo reventaría la yema de ese huevo con puntillas. Que no tiene la culpa de nada. Todo está perdido.

—Operación abortada. —Siete kilómetros lineales de jardín urbano, con doscientos metros de anchura; imposible el seguimiento, el dron puede salir del viejo cauce por cualquier punto para introducirse en la trama urbana—. Vuelvan a la base. Buen trabajo.

Claudia está muy enfadada. No con el doctor, ni con los secuestradores ni con la basura de mundo en el que vive. Está muy enfadada consigo misma. Y es que a veces ganamos, y no nos damos cuenta.

Segunda parte

—Sé lo que piensa: «Este tipo es basura». Pero no me eche nada en cara. Yo lo único que hago es conocer cómo funcionan las cosas. Saber cuáles son las reglas del juego. Y sobrevivir.

Además de mala leche, tiene razón. Esa legitimidad lo anima, lo lanza al espacio.

—Inspectora, voy a confesarle una cosa: aunque no lo crea, me cae bien. Pero yo me caigo mejor. Por eso defiendo lo mío.

Y Claudia, aunque le duela, tiene que callarse.

Esta vez ha decidido llevar al doctor a jefatura. Y hablar con él a solas. Porque por primera vez va a interrogarlo, no a preguntarle cosas. Y para un interrogatorio, la intimidación del entorno es fundamental.

—Por eso utilicé dinero de verdad, *mi dinero*. Para salvar la vida de *mi hija*. Y lo volvería a hacer mil veces.

Pero a este hombre parece no intimidarle nada. Con el tercer botón de su camisa desabrochado deja claro que él en la vida hace lo que le da la gana.

—Y menos mal, porque si llego a confiar en ustedes, ¿cuál sería mi situación? ¡¿Cuál sería ahora mi situación?!

Claudia se limita a sostenerle la mirada.

—Yo se lo diré: mi situación sería desesperada, porque los secuestradores se han burlado de su «impresionante despliegue de medios». —Parecía que no podía ser más desagradable, pero el sarcasmo demuestra que no hay nada imposible—. Si les hubiésemos dado sus billetes de Monopoly, ahora mi hija estaría muerta. ¡Muerta, ¿lo entiende?!

—Cálmese.

—¡Para eso es para lo único que usted sirve! ¡Para estar calmada! —No es la orden de Claudia la que lo sosiega, sino la realidad; la funesta realidad que enfrenta—. Ahora al menos tenemos una esperanza, una esperanza de que se apiaden de Lara...

—Tranquilícese. Es todavía pronto, tan solo han pasado tres horas desde

que entregó el dinero. Mandarán el mensaje con la localización de su hija, estoy segura.

Los dos observan el iPhone 7, que está sobre la mesa junto a la carpeta abierta que contiene el expediente del caso. El retrato de la joven, unido con un clip al resto de la documentación, es lo primero que se ve.

—Inspectora, discúlpeme, pero ya no confío en sus opiniones. —Aunque viniendo de quien viene podría parecer un ataque, no lo es: la visión de la fotografía de su hija hace que las palabras sean un lamento—. También me dijo que teníamos un margen de tres días porque el aljibe tardaría en llenarse, y en el último vídeo le llegaba el agua por el cuello... —Le falta la voz. Y se licua el hierro de sus ojos. Y la camisa se abotona sola—. A saber por lo que estará pasando ahora mi pequeña...

—Debe intentar ser racional, no les interesa matarla. Ya tienen el dinero, y la pena por asesinato es mucho mayor que la pena por secuestro. Sencillamente, incrementaron el caudal del caño del aljibe para incrementar la presión sobre nosotros.

—Y les salió bien la jugada...

En el dolor mantiene su brío. Como un solo de trompeta en un funeral.

—Sí, les salió bien. Pero quiero que conserve la cabeza clara. Y que sea consciente de la suerte que ha tenido: esto no es un secuestro sexual, sino económico. Se ha pagado el rescate, y por tanto entregarán a su hija.

—¿Suerte? —De nuevo se enerva—. ¿Ha dicho «suerte»?

—Tiene razón..., no es la palabra adecuada. Pero ya sabe a lo que me refiero.

Algo la desasosiega por dentro: no se ha disculpado, pero se parecía mucho. Ante un ser fatuo para el que es más importante hablar de la Mona Lisa que verla. De repente, le apetece mearle la pechera. Sin cargo de conciencia, porque ese era el objetivo de este interrogatorio.

—Seamos prácticos.

—Sí, a ver si es verdad, seamos prácticos.

—Hay que seguir trabajando para localizar a Lara. Contésteme a unas preguntas...

—¿Localizarla? Acaba de decirme que está segura de que nos enviarán de un momento a otro su paradero.

Es obvio que el doctor tiene una mente escéptica. Por algo es el más listo de la clase. La pesadilla de los maestros, el retador, el que disfruta explorando

más allá de los límites. Sin advertir que, a veces, los límites están para protegernos: a Claudia le sería muy fácil taponarle la boca reproduciéndole su reciente conversación con el psiquiatra forense.

Flashback.

—No se engañe, inspectora. Si quisiera liberar a la chica, habría enviado su localización de inmediato.

—Habla en singular.

—Sí, porque me temo que estamos ante un lobo solitario. Y ojalá me equivoque, porque cuando se trata de una banda, la dinámica grupal y la *peer pressure* suelen asfixiar al miembro con tendencias psicopáticas. Al fin y al cabo, *business is business*, y matar a la víctima no es rentable. Pero lo más probable es que nos enfrentemos a un hombre, a un solo hombre que va a disfrutar haciendo padecer a la muchacha. Hasta el final.

«Lo más probable.» Tres humildes palabras que resumen un mundo. Tres palabras que parecen insignificantes. Si no te llamas Lara.

—¿En qué se basa?

—Toda la escenificación del secuestro es muy fetichista. En el montaje del aljibe, tan barroco, se aprecia el sadomasoquismo del detalle: la chica desnuda, argollas, moho, frío... Luego contacta con la Policía a través de un periodista, retándonos. Instala micrófonos en la casa de la víctima, seguramente para regodearse con el dolor de la familia. No quiero decir con todo esto que al secuestrador no le atraiga el dinero, es obvio que sí. Pero aún le atrae más la contemplación del sufrimiento.

A Claudia, que adora la coherencia, le gustaría que estas tétricas palabras emanasen de un profesional igualmente tétrico, tipo doctor Jiménez del Oso. Pero el psiquiatra forense que protagoniza este *flashback* tiene pinta de psicólogo que escribe libros infantiles y se hace su propia pasta.

—Inspectora, debería preparar a los padres para encontrarse con un cadáver. Un cadáver probablemente violado y mutilado.

Back to the present time.

—Sí, doctor, enviarán el paradero de Lara. Y en tres días, Interpol nos dará la geolocalización desde la que se contacta con este iPhone. Pero todo eso no servirá para detener a los secuestradores, porque ellos ya estarán muy lejos. Por eso debo seguir investigando, y usted ahora debe contestarme a una serie de preguntas. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo.

—¿Sabe cómo aparecieron tres píldoras de Viagra en el dormitorio de su hija?

—No tengo ni idea.

No le resulta fácil mantener el equilibrio entre el respeto debido al padre de una víctima y el deseo ya mencionado de mearle en la pechera.

—Ni idea, ya veo... Usted reunió dos millones de euros en veinticuatro horas, ¿cómo explica esto trabajando de anestesista quirúrgico en el hospital Clínico? ¿O de eso tampoco tiene ni idea?

¿Hay algo más agradable en esta vida que soltar el chorro cuando llevas tiempo conteniéndote?

—¿Qué ocurre? ¿Acaso he pasado de víctima a acusado?

—No evada la pregunta y conteste.

—Tengo negocios.

—Sí, lo sé. Tiene una asesoría financiera, en donde a todas luces debe manejar mucho dinero negro, porque también tiene seis cajas de seguridad y se paseó por ellas para juntar los dos millones.

—Si puede demostrar que algo de todo eso es ilegal, vaya a Hacienda y denúncieme.

—A mí me traen sin cuidado sus problemas fiscales. A mí lo único que me preocupa es coger a la gente que ha secuestrado a Lara.

—Y yo que creía que lo único que le preocupaba era salvar la vida de mi hija.

Con qué gusto le presentaría a un psiquiatra forense que conoce, uno que además de hacerse su propia pasta siempre va vestido como si acabase de salir de una clase de yoga. Y les pagaría un café, para que mantuviesen una agradable conversación...

—Doctor, me gustaría que entendiese que busco a alguien que tenga alguna motivación para hacerle daño. Por eso quiero saber a qué se dedica en ese negocio, a qué se dedica de verdad, porque tiene una pinta de tapadera que apesta. Y quiero saber quiénes son sus clientes.

—Olvídese de eso, por ahí no vaya, porque mis clientes son de plena confianza. En realidad, no son clientes, son amigos.

¿Amigos? De repente, Claudia puede ver algo que hasta el momento le había pasado desapercibido: el doctor tiene la cara triste del dinero.

—¿Qué trabajos realiza para ellos?

—Los asesoro en temas inmobiliarios. Son gente con grandes patrimonios,

de mi círculo, socialmente bien situados, y los ayudo a la hora de comprar y vender. Todo muy discreto, ya sabe cómo es el sector de la construcción aquí en Valencia...

—No, no lo sé, prefiero que me lo cuente usted.

—¿Acaso no lee los periódicos? Preferiría que no se hiciese la ingenua conmigo, sabe cómo funciona ese mundo. —Sonríe con ojos de cingaro—. Es policía, usted más que nadie debería tener los pies en el suelo.

¿Te refieres a *los dos pies*, cabronazo? ¿Tener los dos pies en el suelo... *a la vez*? Estas cosas pasan cuando le meas en la pechera a un tigre. A un tigre muy listo y muy malo que te ha visto correr en el jardín de su chalé.

—Doctor, acabaremos localizando a los clientes con los que trabaja, pero nos llevará tiempo. Es mejor que colabore con nosotros en esto.

—Ya se lo he dicho, no vaya por ahí. Mis clientes son mis amigos. Tema zanjado.

Claudia tiene claro que, en efecto, el tema está zanjado. Y también tiene claro que si tuviese un cáncer de útero, ella y su útero preferirían seguir la terapia de los puntos cardinales de energía azul, enunciada por el maestro Krishna Mahabharata, antes que ir a un hospital donde trabajase este tipo.

—¿Por qué no nos informó de que Lara había sufrido un intento de violación hace tres años?

—No fue un intento. —Se le crispa el rostro; el enfado es un ser caliente—. La violaron.

—No dice eso la sentencia.

—Me trae sin cuidado la sentencia, yo sé lo que pasó. Mi hija me lo contó todo.

—No ha contestado a mi pregunta.

Y entonces Claudia identifica el esfuerzo por mentir. Un esfuerzo premeditado, porque es obvio que ha estado preparándose para este momento: como es el más listo de la clase, sabe que mentir, mentir bien, no es fácil.

—Doctor, estoy esperando.

Y puede que sea listo, pero no es muy hábil a la hora de disimular. Ahí están los síntomas: las manos entrecruzadas, cerradas sobre sí mismas, parecen haber traicionado al resto del cuerpo. Ellas son todo seguridad, pero las facciones del rostro son un amasijo de nervios.

—Ese asunto es agua pasada. Y mi familia y yo decidimos que no volveríamos a hablar de eso jamás.

Una respuesta curva pero hermética, cuyo objetivo es encajar para aislar. Como la escala de un avión privado que, tras facilitarte el acceso, se eleva para integrarse en el fuselaje.

—¿En serio creyó que un tema tan escabroso no era relevante para la investigación del secuestro de su hija?

Y las partes de su cuerpo siguen disociadas.

—Si ha leído la sentencia, sabrá que el tipo que lo hizo en realidad es un pobre diablo inofensivo, sencillamente se le cruzaron los cables. En la cárcel siguió un tratamiento adecuado y por eso lo dejaron salir al año. Estoy convencido de que no tiene nada que ver con lo que le ha pasado a Lara.

Teniendo en cuenta lo mucho que se juega, ¿por qué miente de un modo tan descarado? A Claudia le cuesta ordenar la información, pero eso no es necesariamente malo: los entornos difusos de una investigación rehúyen las certezas. Y este caso tiene pinta de ser uno de esos problemas que solo se tornan inteligibles desde la perspectiva del caos.

—Entiendo... ¿Ha sabido algo de él en estos años?

—Ni he sabido ni quiero saber. Ya se lo he dicho, mi familia y yo lo único que queremos es olvidar esa desgracia. —Y el tigre se defiende de la mejor manera que sabe: atacando—. Inspectora, le aseguro que nada es más terrible que no poder proteger a los que quieres. Si la Policía hiciese su trabajo, la vida de mi hija habría sido más sencilla. Y la mía también.

Está en permanente estado *egosintónico*, todo en él es siempre coherente con lo más importante: él.

—¿Puedo marcharme ya o acaso estoy detenido? Es medianoche, y aquí es obvio que estamos perdiendo el tiempo. Me gustaría ir con mi mujer, que está al borde de un ataque de nervios.

Y Robert Mitchum se queda mirando a Robert Ryan.

—Doctor Valls, hace un rato me dijo que yo le caía bien. Pues para serle sincera, usted a mí no. Hay algo oscuro en todo esto que no me gusta. Usted no me gusta.

—Inspectora, me trae sin cuidado si le gusto o no. Ya se lo he dicho, lo que tiene que hacer es su trabajo, y hacerlo bien. Cosa que hasta el momento es bastante evidente que no ha sucedido.

Y a Claudia el puyazo le hace daño. Es lo que tiene la verdad: un filo muy afilado que raja la carne por dentro, aunque por fuera pretendas aparentar indiferencia. Y la inspectora esta vez ni siquiera tiene ganas de aparentar

indiferencia. Por eso aparta la mirada. Y la aparta hacia la fotografía de Lara. Y se queda observando esa silueta. Que le parece la silueta del olvido.

¿Eres el rostro de un vivo o un muerto?

Mira la imagen, y no quiere parpadear. No sea que en esa milésima de segundo lo haga también el retrato de Lara.



Entra en el despacho Malta, seguida de Canadá. La presencia física de Bruno lo ocupa todo. Su fertilidad parece hacerse sólida en cada sonrisa. La de Ramón, sin embargo, recuerda a una probeta llena de esperma que alguien dejó olvidada al sol.

—¿Cómo fue con el Doctor Muerte?

—Mal, luego te cuento. ¿Algún resultado en Campolivar?

—De momento, no. El juez de guardia al principio era un poco reticente a firmar la orden; eso de que cuarenta agentes saquen de la cama a la urbanización más pija de la Comunidad Valenciana le parecía un poco extremo, pero ha entendido la situación. Supongo que el padre estará contento.

—No le he dicho nada. La idea era tranquilizarlo haciéndole creer que enviarán la localización de su hija.

—Quizás la envíen...

Vaya, Nube Negra está perdiendo facultades.

—Sí. Y quizás yo, cuando llegue a casa esta noche, en lugar de a *Lucas*, me encuentre en la cama a George Clooney.

Se vuelve hacia Bruno, que ante su causticidad mediocre sonríe demasiado: a este chico le gusta quedar tan bien que seguro que se dice cosas bonitas mientras se masturba.

—¿Y el paradero del violador?

Pero ¿Canadá se masturba?

—Está siendo difícil de localizar, inspectora. Últimamente ha cambiado mucho de domicilio, y como suele pasar, no actualiza la dirección de empadronamiento. Estoy escarbando en las bases de datos de las compañías de luz y gas. Mañana, antes del mediodía, le garantizo una dirección.

—Perfecto. En cuanto la tengas, iremos a hacerle una visita.

Y de nuevo se ensimisma observando la fotografía de Lara.

—Bruno, déjanos a la inspectora y a mí a solas.

—¿Quiere... que me vaya? Quizás pueda ayudar en...

—Andandito, Bruno.

Lo nunca visto. En la ONU saltan chispas: Malta (que según informes de organismos internacionales sí se masturba, y mucho) pegándole una patada en el culo a Canadá.

—Como... como ordene, subinspector.

Y yo que creía que éramos un equipo...

—Jefa, ¿está bien?

—Como una rosa. El que no debe de estar muy bien ahora es el cantante melódico.

—Se le pasará. Es un buen chico, pero muy pimpollo. Necesita curtirse. —Habló Vladimir Putin—. Si no lo hace pronto, en esta jefatura durará dos días, es demasiado atento con todo el mundo. Cuando acabamos de comer, tengo la sensación de que quiere abrazarme y golpearme la espalda hasta hacerme eructar.

Sin saber por qué, a Claudia la imagen no le resulta tan ilusoria. Y vuelve a perderse en los ojos de Lara.

—¿En qué piensa?

—En nada.

—No me mienta. Siempre se piensa en algo.

¿Por qué la gente se empeña en engordar la nada? Nada es nada. Y tiene su encanto... Cuando intentas explicarla se transforma en algo. Y desaparece.

—¿Todo marcha bien, jefa? Últimamente la veo más rara de lo habitual..., y mira que eso es difícil. —Sonríe, cariñoso.

—No podría estar mejor.

Por supuesto, miente: ahora estaría mucho mejor sola. Porque tiene muy claro que la soledad es donde uno se hace, es donde recoges las piezas del Lego y las montas para conformar algo con sentido, con entidad. Y después de la despedida que le ha regalado el doctor, hay muchos juguetes rotos y esparcidos a su alrededor...

—Jefa..., ¿quiere que me vaya?

Le diría que sí, pero le da pena. Al fin y al cabo, Ramón es lo único que tiene. Bueno, también está *Lucas*.

—No, quédate.

Y el retrato de Lara...

—Ha llamado el comisario. Le he dicho que no estaba.

—¿Qué quería?

—Despotricar. Me ha soltado toda su bazofia habitual: el dinero público tirado a la basura por una mala planificación, menos mal que la prensa no se ha enterado de nada porque seríamos la comidilla de la ciudad, solo los genios somos modestos... Le he aguantado el berrinche y a otra cosa.

Ahora es ella la que sonrío. ¿Cariñosa?

—Gracias.

«¿Gracias?» La jefa debe de estar muy mal...

—Quiero que tú y Bruno me averigüéis si el doctor tiene denuncias o quejas de pacientes en los hospitales donde trabaja. Recientes o antiguas, escarbad desde que tengan registros.

—Eso está hecho. ¿Le ha preguntado a él sobre la cuestión?

—Preguntarle a él es una tontería. No podemos creernos nada de lo que nos cuente. Tenías razón, no es trigo limpio.

Y de nuevo, el retrato de Lara se mete en la conversación. Ramón sabe que tiene que intervenir para cerrarle la boca.

—No entiendo cómo un padre puede ser tan frío. Usted ya sabe que mi madre enviudó joven...

La inspectora lo mira dejando claro que, diga lo que diga a partir de ahora, podrá ser utilizado en su contra.

—Pues le aseguro que los veinte años que pasamos juntos, los dos solos en su piso que ahora es el mío, fueron los mejores de mi vida. Hace ya una década que se me fue y aún la echo de menos. Todo me gustaba de ella: cariñosa, limpia, generosa... Chocolatito con churros todas las mañanas, sábanas almidonadas día sí día no, nunca me dejaba pagar en el súper... —Tricota recuerdos como tricota manoplas, sin advertir el patetismo de ambas aficiones—. ¿A usted qué es lo que más le gusta de sus padres?

—Que están muertos.

El trompazo deja a Ramón un poco sonado. Ni lo ha visto venir, y mira que está acostumbrado...

—Si vieras la cara de panoli que has puesto... —La inspectora se ríe—. No soy un bicho tan raro, mis padres eran buena gente, pero no me apetece hablar de ellos.

A pesar del aturdimiento, observa los ojos de Claudia. Su jefa es una persona extraña. Totalmente hermética, y totalmente transparente. Su mirada

trasluce cada uno de los sentimientos que tiene, pero por su boca él jamás ha escuchado nada íntimo. Verdaderamente íntimo.

—¿Por qué no quiere hablar de sus padres?

—¿Tú sabes algo de psicoanálisis?

Pa qué pregunto...

—Hay una máxima de oro: si dudas sobre quién es el culpable de lo que te pasa, utiliza el comodín. Los padres.

Sarcasmo. ¿Quién es ahora el panoli? Ramón, si se atreviese, le preguntaría de dónde viene todo ese rencor. Sí, los padres tienen algo que ver. Siempre lo tienen, no hay manera de evitarlo, sería como intentar que el agua de la manguera no supiese a goma. También está lo de la cojera. Esas cosas marcan, sobre todo si eres chica. Pero la inspectora es una jabata que ha conseguido superar ese problema, y a pesar de él y de ser mujer, triunfar en una profesión tan machista como la suya... Hay algo más, algo más duro y sangrante, algo que a ella no le deja cicatrizar. No, Ramón se corrige: algo que ella no deja que cicatrice. Porque hay relaciones románticas que se sustentan en la imposibilidad de que se hagan realidad. Se sustentan en la distancia, en el recuerdo, en la añoranza. Y a la vez que se sustentan, te sustentan. Como una armadura sustenta a un guerrero muerto.

—¿Le apetece que nos marquemos un Burger King?

En los mentideros de jefatura se habla de un tipo en Madrid con el que tuvo una historia que acabó mal. De hecho, acabó tan mal que acabó en el tanatorio. ¡Pero, jefa! ¿A quién se le ocurre encapricharse de un tío casado y con dos hijos, que además es tu compañero?! Con lo lista que es para unas cosas, y para otras parece una criatura. Yo no sabré nada de psicoanálisis, pero le podría dar un par de lecciones... Usted quiere convencerse de que lo ha superado, pero es falso. A todas luces vive el tiempo presente como una prolongación de su desamor, no como una nueva vida tras la ruptura.

—No, mejor me voy a casa. Es tarde y estoy cansada, y mañana será un día duro.

Sí, Claudia, será un día duro. Puedes apostar por ello.

—Como quiera, yo me encargo de lo de Campolivar si hay novedades. Usted intente dormir..., pero sin ayuda química.

Le guiña un ojo con tanta fuerza que casi rompe el cristal de sus gafas de culo de vaso. Ella le devuelve la sonrisa, pero sin ganas, porque le asusta

volver a una casa donde no la espera nadie. Pero aún le asusta más que su única alternativa sea cenar con alguien como Ramón en un Burger King.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Y se mira las uñas recién pintadas... No tiene fuerzas para iniciar una nueva cadena de experiencias en su memoria. Ya se siente cansada para iniciar una nueva vida. Tiene esa edad en la que una mujer empieza a darse cuenta de que se ha equivocado en todo. Y ya no tiene tiempo de rectificar. Y también se da cuenta de que tampoco es tan importante ese gran fracaso, porque se aproxima mucho al gran éxito. O eso quiere pensar.

Ramón ya conoce bastante bien a Bruno. El chaval siempre transpira una alegría sana que recuerda a cuando cae la primera nevada. Y ahora míralo, tan apático... Ni siquiera ha querido acompañarlo al Burger King. Y ahí sigue, detrás del escritorio, tristón cara al ordenador, como si quisiese hacer realidad su santidad potencial.

—Hay una exposición de carteles de películas antiguas en el IVAM. ¿La has visto? —El subinspector se siente culpable: no debería haber echado a Bruno del despacho de la comisaría de un modo tan brusco; ese desplante sin duda lo ha malhumorado.

—No tengo demasiado tiempo para exposiciones. Ya sabe, entre el curro, la novia, el gimnasio...

—Sí, claro... Yo tampoco tengo tiempo, voy loco... Te lo decía porque vaya sinvergüenzas estos rojos que hay en el Ayuntamiento, gastar dinero en esas chorradas.

Sí, va muy loco: tras el trabajo, las tardes rebosan de nada. Eso afecta al equilibrio mental de cualquiera.

—¿Una cervecita?

Le quita a la lata la bola de papel de plata y se la ofrece.

—No..., gracias, no me apetece a estas horas.

Esa Mahou lleva tantas horas abierta y escondida en el cajón del subinspector que ya debe de ser cerveza artesanal...

—¡Vamos, hombre! ¡No me rechaces una invitación!

—No..., es que... Es que yo de servicio no bebo.

Qué enternecedor... Ramón está tentado de pedirle a Mantenimiento una trona. Contesta el teléfono.

—Sí, dígame. Linares al habla.

—Disculpe que le moleste a estas horas, subinspector...

—No se preocupe, sigo en jefatura. ¿Alguna novedad por Campolivar?

—Sí, subinspector. Y necesitamos su ayuda.

—¿Qué ha pasado?



Lo que sucedió en Madrid le causó un vaciamiento interior. Como si alguien hubiese apagado la luz después de desvalijar la casa.

—Pintor Zariñena. Al número 3.

Apoya la frente en la ventanilla del taxi y su yo que vive desaparece. Ya solo existe su yo que recuerda. El conductor lleva una gorra hacia atrás y parece un amante del electro-latino, por lo que en el habitáculo, ese yo que recuerda está completamente solo.

—Claudia, sabes que para mí tú...

—Sé todo lo que sientes. Y me encanta. Pero ahora ya no es el momento de que me hables de sentimientos. Ahora lo que quiero es que me cuentes tu plan.

Tomás era seco. Poco hablador, zalamero cero. De esos hombres que no te dejan nunca claro si están contigo por cómo eres, o a pesar de cómo eres. Y así, desarrollando en ti esa inseguridad, te vuelven loca.

—¿Mi... mi plan?

—Sí, tu plan. Quiero saber cuál es tu plan.

Y él se queda callado. Porque no tiene un plan. Porque él es un cobarde. Ella lo ve en su silencio.

—Vete a la mierda.

Pero no. La que se va a la mierda es ella. Y ahí sigue. Avanzando imparable, siempre hacia el pasado. Como Napoleón tras la Revolución francesa.

—Ya hemos llegado. Serán nueve euritos.

Debe ser fuerte, porque él ya nunca volverá, y ella necesita crear un nuevo ser dentro de su ser. Darle forma. Construirlo. Se sonrío: es lo más parecido a parir a lo que las mujeres que han tenido la menopausia pueden aspirar.

—Quédese el cambio.

—Gracias, princesa.

¿Qué significarán esas letras chinas que el conductor lleva en el cuello?
¿Los taxistas de Pekín se tatúan mensajes en español?

No tengo un plan. Conduzco, pero no sé adónde voy.

Tomás está en todas partes, hasta en el cuello de un taxista. Pero es curioso: su yo que vive no lo añora. Los fotogramas de su presente, tomados uno a uno,

no están impregnados de nostalgia. Pero su yo que recuerda, como siempre, ha creado su historia. Su película. Y ese yo sí echa de menos a Tomás. Y Claudia paga las consecuencias.

¿Por qué cuando estábamos juntos casi ni hablábamos, y ahora ese jodido yo que recuerda solo me trae a la mente nuestras conversaciones?! No debo permitir que me engañe...

Pero la engaña. Porque somos la historia que ha creado para nosotros nuestro yo que recuerda, y en esa película, el yo que vive, el yo del presente, es tan solo un artista invitado. Con muy pocas líneas de papel. Y así, poco a poco, sin darse cuenta, al darle forma teórica a sus miedos y preocupaciones, Claudia fomenta su desarrollo. Como nos pasa a todos.

—¡Espere, no suba, por favor! ¡Lla llego!

Desde dentro del ascensor, aguanta abierta la puerta. Ha reconocido la voz, inconfundible. Él no sabe quién lo espera, pero ella sí sabe con quién va a hacer el viaje al último piso.

—Gracias por aguardar, buenas noches.

A Rodolfo Langostino se le ha descolgado la cara al verla. No, no es rencor. Es tan solo bochorno.

—Buenas noches.

Se elevan hacia los cielos. Después de haber sido borde es muy complicado adoptar una pose indiferente. Sobre todo, cuando te sientes tan sola como Claudia se siente.

Por favor, que me diga algo... Esta noche necesito que me diga algo, y que use una palabra argentina para que yo tenga una excusa con la que darle conversación..., y que así acabemos charlando, tal vez en su piso... Que me diga algo...

Pero él no dice nada. Tiene la mirada fija en el suelo, como un colegial tras una reprimenda. Y se limita a sorber de su pucherito de mate, que esta vez a Claudia le parece la quintaesencia de la sofisticación.

—Buenas noches.

Le da la espalda y se encamina hacia su puerta. Y ella contempla su garbo. Porque él se mueve como se mueve siempre: copularmente. Dejando claro a cualquier hembra que puede ser montada en cualquier momento. A cualquier hembra menos a Claudia.

—Buenas noches..., vecino.

Vaya, para ser policía no eres precisamente un dechado de arrojo... ¿No

hubiese sido más sencillo pedirle disculpas por lo del otro día? No. Más útil, seguro, pero más sencillo no: siente que está tan consigo misma que ya no sabe estar con nadie más; su cerebro ahora es torpe, incapaz de interactuar con el mundo exterior.

Él cierra. Y Claudia cierra. Y apoya la espalda contra la puerta. Y respira hondo, porque percibe que la casa esta noche se le caerá encima. *Lucas*, en la habitación, duerme sobre la cama de matrimonio, impertérrito. Enchufa la tele en el salón.

—El proceso secesionista catalán...

Ufff..., qué pereza. Rastreo rápido de canales. No echan nada. Quita la voz pero la deja encendida: necesita compañía. Enchufa la radio, M80, anuncios.

Vaginesil te ayuda en tus relaciones íntimas...

Si no fuese casi la una de la madrugada, se prepararía unos callos a la madrileña. La morriña suele empezar por el estómago. Pero está demasiado cansada.

Y Roma dijo:

Seamos civilizados.

Y surgió el vino.

Sale a la terraza del ático. Con una copa de Rioja en la mano todo se ve diferente: aún más tinto. A sus pies, la ciudad vieja. Sobre su cabeza, una enorme antena que se yergue en la azotea del edificio de enfrente.

—Lo que me faltaba... sí, ya sé que estoy sola, sola con mi espíritu, pero no hace falta que me lo recordéis, cenizos.

En la radio suena Maná. Y el ambiente se hace tan irrespirable que Claudia desea con todas sus fuerzas que el muro de Trump también aísle al grupo mexicano.

—Olé, olé, alegría y sangría en el muelle de San Blas... Seguro que fuisteis vosotros los que despedisteis al *Titanic*.

Llamaría a alguien por teléfono, pero ¿a quién? Amigas del colegio, familia, compañeros de Madrid..., poco a poco se ha ido distanciando de todo el mundo. Y se siente como esa ardilla que olvidó guardar nueces para el invierno. Y se asusta. Por eso bebe. Una copa. Y otra. *Winter is coming*. Y otra.

—Vosotros sí que tenéis más razón que un santo... —Alza el rostro hacia el universo, mientras traduce como le da la gana: ¿para qué si no se inventaron

las canciones en inglés?—. Cada pedazo de mi noche tiene una estrella, cada pedazo de mi piel tiene una cicatriz.

Esto es otra cosa: Arcade Fire. De repente, gracias a la música y al alcohol, le encantaría hacer cosas que nunca hace. Aunque tan solo fuese ir al cine o acariciarle la cabeza a un pelirrojo. Pero ¿con quién? Cuando ha intentado ir al cine sola, se ha sentido observada, y eso para un policía es muy desagradable. Y pelirrojo no tiene ninguno a mano.

Cada rincón de mi mente lo he rellenado no con vida, sino con lecturas...

Se ha acabado la botella de vino. Entra en la casa y se dirige a la cocina. Abre otra. Esta tarde se ha tomado una pastilla, pero no tiene previsto conducir maquinaria pesada.

Lo he rellenado no con recuerdos, sino con sueños... Deja ya de engañarte, deja ya de fingir.

¡Sí! ¡Eso es! Se siente muy mareada, pero al fin lo ve todo claro. Gracias a Arcade Fire, al Prozac y a La Rioja, lo ve todo claro, y su yo que vive puede escupirle a la cara a su yo recuerda: Tomás interpretaba su amor. Actuaba, no a cambio de aplausos, sino a cambio de sexo. ¿Cómo no lo advirtió en su momento?! Porque estaba ciega, porque estaba enamorada y no veía nada, a pesar de que Tomás era un hombre, y los hombres no saben hacer teatro. Se les nota. Las mujeres, sin embargo, cuando interpretan ese papel, son tan buenas actrices que con el transcurrir de los años su actuación es más sincera que el verdadero amor.

Y vomita. Lo echa todo, incluidas muchas lágrimas.

Sin soltar la copa de vino entra en su habitación. Por culpa de la cojera y el mareo, mancha el parqué para siempre. *Lucas* abre un ojo y lo vuelve a cerrar. A trompicones, *Claudia* se desnuda. Del todo. Y se observa frente al espejo: debería depilarse. A nadie le gusta abrazar a un *cuerpoespín*. Ella pincha, física y figuradamente. Pero se consuela.

Tampoco es que haya una cola en la puerta esperando para abrazarme..., hasta un argentino pasa de mí.

Se tambalea hasta la cama, coge a *Lucas* del collar y lo saca a rastras de la habitación. No quiere testigos para hacer lo que va a hacer, pero cierra mal la puerta. Se echa sobre la colcha. Alarga el brazo y abre el cajón de la mesita. Allí está *Ocean*, su amigo más íntimo. Lo conecta y empieza a acariciarse, mirándose al espejo y dándose mucha pena.

—¡Guau!

¿Por qué los ojos de un perro producen ese efecto multiplicador sobre tus miserias?

—¡Lárgate!

—¡Guau!

Se levanta. Desnuda, arrastra a través del salón a *Lucas* hasta sacarlo a la terraza. En la otra mano lleva a Ocean, que vibra como un loco: a ella le gusta nivel *top sensations*. Todas las luces de la casa encendidas. Un vecino de la finca de enfrente se pone firme ante semejante despliegue de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

—¡Guau! —¿Para que tú te pongas caliente yo tengo que pasar frío? ¿No viste ese anuncio de «Él nunca lo haría»?—. ¡Guau!

Claudia cierra la cristalera y, cuando se dirige de nuevo hacia su habitación para seguir con lo que tenía entre manos, lo ve: en la televisión sin sonido hay un vídeo de Beyoncé. Pero por la radio suena la música de Gemeliers.

Esto no puede estar pasando, no ahora...

Sus órganos internos se reubican dolorosamente por culpa de semejante contraste. El universo se contrae acercándose peligrosamente al *big-crunch*. Pero justo en el preciso instante en el que cree que la cabeza le va a estallar, su espita de seguridad reacciona.

—A la mierda con todo.

Va al cuarto de baño y se pone el albornoz. Se mira en el espejo: putas canas... Deja la puerta de casa abierta y cruza el rellano. No presiona el timbre, prefiere llamar a la puerta.

—¡*Vesssina*, qué sorpresa! Y qué *look tan favorese dooor*...

Ella ni lo escucha: agarra su nuca con la mano, se lo arrima y le da un beso en la boca.

—Esto no ha pasado, y no volverá a pasar. No me gustas, pero necesitaba hacerlo.

Le da la espalda y de nuevo cruza el rellano. Sin rastro de cojera, con la espalda recta, hombros atrás, mentón arriba, como si fuese una modelo. Entra en su piso y cierra la puerta sin volver la cabeza, sin mirar atrás. En la televisión sigue Beyoncé. Y en la radio siguen Gemeliers. Pero ahora no le afectan: la magia de un beso.

—¡Guau!

Se deja caer en el sofá, todavía muy mareada por culpa del alcohol y las pastillas. *Lucas* la mira a través del ventanal. Y suena el teléfono.



¿Presiono la tecla?

Hombro izquierdo, ángel malo: «Hazlo». La evolución quiere que seamos prudentes, por eso los seres humanos anticipamos más arrepentimiento del que realmente experimentamos cuando llega el momento. ¿Vás a desaprovechar esta oportunidad? ¿Por culpa de la culpa?

Hombro derecho, ángel bueno: «Ella no se lo merece».

Se desespera. De un trago acaba la Alhambra y se pone en pie. Héctor no es tan mayor, pero verlo andar cuando está absorbido por una duda es un espectáculo. Se desinfla, pierde energía, recordando a esos viejos que salen a pasear y parecen impulsarse hacia delante con imperceptibles ventosidades. En esas situaciones solo lo reanima una idea: la genialidad siempre es neurótica. Pero como esta ley no es bidireccional, y él es un buen neurótico, desarrolla su opuesta: el neuroticismo no siempre es genial. Y se hunde aún más.

Hombro izquierdo, ángel malo: «¡¿Qué demonios te pasa?! ¡Tú nunca tuviste escrúpulos! ¡El secreto de la vida es saber decidir!».

Hombro derecho, ángel bueno: «Sí, Héctor, pero es un secreto complejo, porque a veces decidir consiste en no decidir. Y a ti decidir mediante una no-decisión te hace sentir cobarde. Que eso no te nuble el juicio... Deja esa tecla en paz, no la presiones».

Abre el ventanal y se apoya en la baranda. Se enciende un cigarrillo, respira hondo. Y sueña: le gustaría pasar a la historia saliendo a un balcón. Y proclamando algo. Ante la muchedumbre. Cualquier balcón, cualquier algo, pero mucha muchedumbre. Lástima que su pisito dé a una galería interior minúscula que recuerda a Beirut tras la guerra.

Hombro derecho, ángel bueno: «Por una vez, haz lo correcto».

Hombro izquierdo, ángel malo: «Por culpa del cabezón tan gordo que tienes, no puedo saltar para meterle el tridente por el ojete a uno que yo me sé...».

Para dejarse en paz al menos durante un rato, conecta el DVD y por décima vez visiona *La gran belleza*. El lirismo del maldito Sorrentino suele ser el único antídoto eficaz contra su propio lirismo autodestructivo. Pero esta vez no funciona. Va al baño, mea en la pila, como suele hacer. Mientras deja

correr el agua, se observa: eres egoísta, Héctor, muy egoísta. No le das oportunidades a la gente, oportunidades de que te muestren cómo son. Cuando intentas ver a alguien, siempre te ves a ti mismo... Como ahora, frente a este espejo. Tú eres la regla, la vara de medir contra la que tienes que contrastarlo todo.

—Tengo ojos en la cara, pero estoy muy ciego...

Acaricia la estatuilla. Y lee la inscripción en su base: «Premio Indro Montanelli 2003. Specialità giornalismo investigativo: Héctor Santos Valcárcel». Tuvieron que concedérselo en Italia, porque en España, después de la que armó, las mafias que están detrás de esa clase de galardones lo crucificaron... Le gusta tener ese pedazo de bronce aquí, en la repisa del baño, para verlo todas las mañanas mientras se afeita. Y recordar así que hubo un tiempo en el que él era alguien. Alguien que podía mirarse a la cara en el espejo sin morir de vergüenza. Ese trozo de metal lo salva, cada día.

Hombro izquierdo, ángel malo: «Hazlo. Los procesos revolucionarios requieren vanguardias revolucionarias. ¿Me estás diciendo que te frena decepcionar a esa mujer? ¿Desde cuándo el respeto al otro te ha detenido? Si el Che Guevara te viese por un agujerito..., te abriría otro en el cráneo de un balazo. (Sí, el Che Guevara, ¿te acuerdas?; es ese tipo que llevas dibujado en la mitad de tus camisetas.)».

Hombro derecho, ángel bueno: «No es lo correcto».

Tal vez sea porque el ángel malo es mucho más locuaz. O tal vez sea porque es ya medianoche, y la fatiga física siempre acaba produciendo fatiga moral. Pero sea por una cosa o por otra, el caso es que Héctor acaba presionando la tecla del ordenador, y el mensaje (con su adjunto) es enviado.



—Nos vamos a Campolivar. Pitando.

—¿Qué ha sucedido?

—Te lo cuento en el coche, de camino.

Salen del despacho hacia el ascensor.

—¿Llamamos a la inspectora?

—No, que descanse. Nosotros nos bastamos.

Ese «nosotros» a Bruno le llega al alma. De inmediato perdona a su superior por el desplante de hace unos minutos: no debe de ser fácil soñar con

ser el puto capo, pero que toda la jefatura te conozca como Ramoncín Pajuelas, el de la gabardina.

—Subinspector, le confieso que ya me iba apeteciendo entrar en acción. Somos policías, tanto ordenador no es bueno.

Pobrecillo, piensa Ramón. Pan recién hecho...

—Sí. Es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo.

Pobrecillo, piensa Bruno. Las mujeres parecen darle miedo. Si una le pidiera fuego, da la impresión de que le regalaría el mechero para de inmediato echar a correr.

—Vamos por la escalera, es más rápido.

—No, mejor el ascensor. Me vuelve a doler la rodilla.

Y dentro del cubículo, el subinspector lo nota de inmediato: Bruno huele exactamente igual a como sabe una Coca-Cola helada recién abierta. En pleno agosto.

—Debería ir a la Mutua a que le echasen un vistazo.

—Tonterías. Me pasa siempre cuando llega el frío. Mamá me ponía una cataplasma de camomila y asunto arreglado.

Y los dos, allí encerrados dentro de la cabina, lo notan: entre ellos se ha establecido un silencio cargado de contenidos. De densidad. Como el silencio que une la conversación de dos sordomudos. Y Ramón recuerda una coplilla manchega que le cantaba su madre cuando él era niño.

«Andandico andandico se encuentran cosas, y yo me encontré contigo, cara de rosa.»

—Sí, tiene usted razón..., no hay nada como los remedios naturales.

El espacio es tan pequeño que la presencia física apabullante de Bruno adquiere un carácter ubicuo. Ramón observa esas manos, que son pacíficas, pero podrían despedazarlo si quisiesen. La sensación le vuelve agradablemente femenino. Todo lo que cree saber sobre la vida no importa dentro de esta cabina. Al llegar abajo, el subinspector no siente haber descendido cinco plantas, sino doscientos mil años. Y no es extraño: está en el laboratorio más espectacular que existe para estudiar la naturaleza humana. Un ascensor.



Y ella, desnuda, responde al teléfono. Y *Lucas* sigue ladrando en la terraza. Y

los Gemeliers cantan, y Beyoncé les baila. Y Ocean vibra sobre la alfombra del salón, sin ser consciente de su inútil esfuerzo.



Un escalofrío lo agita. Se revuelve en la cama, como si quisiese desprenderse de su piel. Como si fuese una serpiente cambiando de estación. De hecho, eso es exactamente lo que es, aunque Héctor no sea aún consciente de ello.

No sabe si hizo lo correcto enviando ese mensaje. Lo que sí sabe es que no dormirá esta noche. Solo lo conseguiría si tuviese a una mujer a su lado, una mujer que le acariciara el pelo mientras le susurra que no pasa nada, que todo se arreglará. Pero esa mujer no existe, porque él está solo. Porque él es un escapista.

Me he equivocado, me he equivocado...

Se reconforta pensando que su naturaleza no es patológica, porque está en simbiosis con la naturaleza del ser humano considerado como especie, que a todas luces es también escapista: la gran madre de todos nosotros, la María primigenia de la que desciende la humanidad entera, ya escapó de África hace cien mil años, y a partir de ese momento no hemos hecho otra cosa que escapar. Escapar del hambre, de los opresores, de los volcanes, de las enfermedades, de los fanáticos, de los vasos de tubo...

Sí, Héctor, todo eso está muy bien, sabes mucho de antropología y psicología evolutiva, pero ahora estás solo.

Le asaltan los sudores.

La he cagado, la he cagado, no tendría que haber enviado el mensaje... La he cagado.

Le pasa lo que le pasa siempre. Pero hay una diferencia: esta vez experimenta remordimiento. Ya casi no recordaba esa sensación. Ese *bouquet* inconfundible que tiene el dolor generado por la culpa.

Tranquilízate, Héctor, respira hondo... Seguro que es un dolor saludable, un dolor de cambio. Un dolor de mejoría.

Quizás sí. Quizás sea un dolor saludable, un dolor de cambio, un dolor de mejoría. Al fin y al cabo, crecer, a corto plazo, siempre implica sufrimiento. Pero por si no es el caso, se levanta y prepara un *gin-tonic* bien cargado.

Una copa me vendrá bien...

Sabe que debería apuntarse a Alcohólicos Anónimos. Y también sabe que

nunca lo hará, porque sería el único miembro más preocupado por ser anónimo que por ser alcohólico.

Esto me relajará... Copazo, paja y a dormir.

Le encantaría bebérselo contemplando los tejados de su barrio, pero se tiene que conformar mirando a través de los cristales que dan a Beirut. Y trago a trago, lentamente, en una metamorfosis compleja parecida a la que experimenta una serpiente que cambia de piel, su dolor de culpa evoluciona hacia atracción sexual.

No te puedes meter en ese jardín..., sobre todo no con ella, después de lo que le has hecho... Hazte pronto la paja y deja de pensar en eso.

Tiene claro que no servirá de nada: su deseo posee una pauta propia, que ni él es capaz de comprender. ¿Le excita esa mujer porque sabe que la acaba de traicionar? ¿O la quiere poseer para compensarle así la traición, ofreciéndole una especie de regalo sexual? Las dos razones le parecen igual de enfermizas, por lo que decide dejar para luego la arqueología interior.

—¿Llamo o no llamo? —No es el mejor momento para intentar ser decente: este mes le han rechazado tantas veces en Tinder que está empezando a plantearse que quizás sería una buena idea venderse en Wallapop—. ¿Llamo o no llamo?

Segunda decisión importante que afronta en una misma noche. Se acaba el *gin-tonic* de un trago. Sus dos ángeles estaban deseando posarse sobre sus hombros, pero el lingotazo de alcohol los ha dejado KO.

A veces, decidir consiste en no decidir..., pero a ti decidir mediante una no-decisión te hace sentir cobarde.

Lo intenta con fuerza. Él esta vez quiere ser decente. Pero su polla no. Al no alcanzar la pobre a marcar los números del teléfono, lo obliga a él a hacerlo.

—Hola..., me gustaría verte.

Héctor abre los ojos. Se está orinando. A tientas busca el móvil en la mesita para iluminarse sin despertarla a ella. Sentado en el borde de la cama, al ver la pantalla, tuerce el gesto.

Qué demonios querría esta pesada a las cuatro de la mañana...

Tiene dos llamadas perdidas de Concha, la madre de ese vegetal cuyos ojos lleva metidos dentro desde hace tres días. Su instinto de periodista lo acaba de despabilar. Cierra la puerta del baño y va a mear en la pila, pero se lo piensa dos veces: la mujer que hay en su cama se merece un mínimo respeto. Se sienta en la taza y marca.

—Hola, Concha, ¿me has llamado hace una hora? —habla en sordina—. ¿Va todo bien?

—No, no va todo bien. —Se mezclan sonidos húmedos: gimoteos, sollozos, chorrillo de orina—. Estoy en el hospital...

—¿Le ha pasado algo a Matías?

—Matías ha muerto. Esta noche.

—¿Matías está... muerto? —Sin saber por qué, esos ojos que lleva dentro desde hace tres días, ese par de desconocidos, estallan en lágrimas; y él, que nunca siente nada, descubre que se puede llorar por los huesos—. ¿Cómo ha sido?

—Se ha suicidado.

Una curiosidad truculenta se plantea cómo eso ha podido suceder, teniendo en cuenta las limitaciones físicas de la víctima. Pero esa curiosidad guarda silencio: su propietario no cree conveniente indagar más por teléfono. Con todo aún tan tierno.

—Héctor, quiero que venga aquí, al hospital. Y que lo cuente todo. —Rompe a llorar amargamente—. Quiero que todo el mundo sepa las penalidades por las que ha pasado mi hijo, que sepa todo el mundo el desamparo que hemos sufrido...

—Tranquilícese, Concha, ahora más que nunca tiene que ser fuerte. —Su

cerebro piensa deprisa: teniendo en cuenta el reportaje que publicó esta semana sobre Matías, la noticia de su suicidio no tiene ningún interés informativo, pero posee un potencial morboso que da dinero—. Hágalo por su hijo, muestre entereza: él estaría orgulloso de usted.

Ella a duras penas controla el llanto.

—¿En qué hospital está?

—En... en La Fe.

—A las ocho estoy allí. Ahora intente descansar.

Las despedidas se mezclan con hipidos y balbuceos. Vuelve a la cama; si a las ocho tiene que estar en La Fe, necesita dormir un poco. La pantalla del móvil sigue encendida sobre la mesita unos pocos segundos más. Y entonces él, con la cabeza ya reposando sobre la almohada, justo antes de cerrar los ojos, lo advierte por primera vez desde que la conoce: al contemplarla dormida, puede ver su belleza. Pasa a veces con las mujeres que, despiertas, no son guapas.



Se espabila y echa un vistazo al reloj. Las siete de la mañana. Hace apenas cuatro horas que se acostó, pero la excitación de la noche anterior no le ha dejado dormir: él y Bruno afrontando el problema. Juntos, un equipo.

¿Se me están erizando los pezones?

Ramón se sintió policía. Y se sintió hombre, por qué no decirlo. Un solucionador.

Ufff..., qué subidón.

Observa las florituras de escayola del techo de su habitación. Pensativo, soñador. ¿Por qué no soy siempre así? ¿Por qué normalmente me arrugo ante la adversidad, me hago bola volviéndome muy pequeñito? Y sin embargo, anoche me vine tan arriba... ¿Por qué? Si mamá viviese, seguro que me lo aclaraba.

Se levanta y, tras ponerse las gafas que coge de la mesita, se enfunda su batín de pelo *animal print*. Como todas las mañanas, tras hacerlo, mira su figura de arriba abajo en el espejo del armario ropero donde aún guarda el ajuar de su madre. Se contempla en escorzo. Y pone cara de malote.

—Buenos días, Señor de Invernalía.

Al multiplicar por cinco su volumen, siente que el batín de pelo le aporta una prestancia más viril. Y es tan calentito que se ahorra un dineral en

calefacción... Además, desde que ha visto en *Cosmopolitan* que Chiara Ferragni sale a la calle en Milán con abrigos de peluche *top fashion*, está encantado de ir a la moda.

¡Necesito energía! ¡Hoy va a ser una jornada dura!

Va a la nevera a por su desayuno diario, dos yogures naturales sin azúcar. Después de la hamburguesa de anoche hay que compensar: no les añade nada, los aditivos son nefastos para la salud. La química mata.

Y vivir, Ramón, vivir también mata... ¿Algún día alguien te chupará con el vicio con el que tú lames las tapas de los yogures?

Rebaña bien, porque él no tira nada. Mamá le enseñó que, con los niños negritos que hay muriéndose de hambre en África, es un pecado echar comida a la basura.

Qué maravilla...

Y contempla con arrobo su obra, porque en el fregadero hay un plato sopero ya reseco, y su poderosa imaginación, de nuevo al ataque, de inmediato ha captado todo su potencial: le ha pegado al plato las dos tapas de yogur, una a cada lado en la parte superior, a modo de orejitas; con la bayeta rosa con olor a pies ha hecho una bola para ponerla en el centro, de nariz. Y le ha quedado un Mickey Mouse la mar de posmoderno.

Mamá, tu hijo se está desperdiciando: te presento a *Le rat capitaliste*. En Arco nos lo quitaban de las manos... El cartelito explicativo, por supuesto, también en francés: «*L'oppression bourgeoise détruisant notre illusion enfantine. 2.000.000 €*».

Se sonríe, pero le interrumpe la fiesta el timbre de la puerta.

—Buenos días, Auxiliadora. Qué mañanera es usted.

La pobre señora, como le pasa siempre, sufre un vahído por culpa de la impresión: no se acaba de acostumbrar al efecto Yeti que produce el batín de Ramón. Cada vez que su vecino le abre la puerta, siente que va a ser devorada por un oso cavernario.

—Buenos días, buenos días..., menudos sustos me das. ¡¿Cuándo te vas a comprar un batín como Dios manda?! Todo un policía vestido así..., me falta la sangre, me falta la sangre cada vez que te veo con ese disfraz...

En efecto, le falta la sangre, está lívida. Ella y su bata de *guatiné*, que también se las trae.

—El Rey en el Norte le da la bienvenida a su humilde hogar.

—Déjate de paparruchadas, Ramón, que ya tenemos una edad... —Entra

con su trote decidido—. Venía a ver si puedes ayudarme con los rulos por la parte de atrás. Por delante me los he puesto bien, pero con la ciática el brazo no me alcanza hasta...

—Claro que sí, mujer, siéntese, siéntese, que para eso estamos los vecinos.

—Eres un solete, ¡un solete! La que te cace no sabe la lotería que le toca. Yo siempre se lo decía a tu madre: «¡Ve con cuidado, que esa perla te la robarán! ¡Vendrá una lagartona y te la robará!».

Y tanto el Rey en el Norte como el Caminante Blanco entornan unos ojos nostálgicos, y recuerdan a la difunta.

—¡Pero ¿qué es esa cochinateda?! —Auxiliadora, sentada frente al fregadero mientras Ramón le pone los rulos, se horroriza con *Le rat capitaliste*—. Haz el favor de limpiar cuando acabes de cocinar, eso es un nido de gérmenes. ¡Si tu madre viera semejante desbarajuste, volvía a morirse! El otro día lo hablaba con ella en misa...

—Auxiliadora, por favor, deje de hablar con mamá en la iglesia. Murió hace diez años, la gente del barrio murmura ya cosas sobre usted.

—Que murmuren lo que quieran, era mi mejor amiga y yo no le hago daño a nadie. Pues como te decía, cada vez que hablo con ella me pide que encienda una velita a la Virgen de los Desamparados, para ver si conoces a una buena chica que...

—Mujer, no se gaste dinero, si no vale la pena...

—¡De eso nada! Yo a mandar, fui y la encendí, que una velita mal no te puede hacer... ¿No te sientes solo? A mí tanta soledad no me va bien... Primero se me va mi Fulgencio, después mi hermana Socorro y, para rematar la faena, tu madre, que me hacía mucha compañía. A mí tanta soledad no me va bien... A veces, de estar tan sola, me parece que me vuelvo un poco tarumba. Pero claro, yo soy una vieja, pero tú, un chico joven, tan solo... ¿A ti no te pasa? ¿Estar tan solo no te ataranta?

—¿Atarantarme? Qué va... —Esta mujer, a su edad, ¿qué hace poniéndose rulos todavía?—. Bueno, a veces sí es verdad que siento que estoy loco y solo, pero en cuanto me doy cuenta de que hablo conmigo mismo, nos reímos los dos y se me pasa.

—Qué bromista, qué bromista... —Ríe divertida—. Yo no sé, con lo simpático que eres, cómo no encuentras una buena chica, porque una casa necesita una mujer, tenlo claro. Mira esta cocina, qué desastre... ¿Por qué no

vas a una de esas discotecas de jóvenes, de esas donde la gente... liga? ¿Se dice «ligar»?

Ramón, mientras pinza un rulo, suspira pacienzudo.

—Señora Auxiliadora, las discotecas echarán humo blanco por la chimenea cuando un feo con casi cincuenta años consiga ligar.

Toda la euforia con la que se había levantado tras la aventura nocturna se le está viniendo abajo: es lo que tienen los Caminantes Blancos. Y este encima se llama Auxiliadora... ¿Viene tanto a casa porque sus compañeros al norte del muro le hacen escraches por culpa de su nombre?

—¿Feo tú?! ¡A ver dónde está la guapa que me dice eso a mí a la cara! Feo..., no digas tonterías. Pero la verdad es que el mundo está muy mal repartido, ya ves tú, unos tanto y otros tan poco. ¿Sabes que me han dicho de muy buena tinta que Bertín Osborne dejó Televisión Española porque ya se había acostado con todas las mujeres de la plantilla? Claro, el pobre hombre se sentía estancado... ¡Pues lo mismo tendrías que hacer tú en jefatura! ¡Lo mismito que el Bertín Osborne! Un chicarrón tan *salao* como tú lo que tiene que hacer es echarle valor al asunto... ¿Te he contado cómo conocí yo a mi Fulgencio?



Amanece. Ella simula dormir, pero en realidad lo observa deambular arriba y abajo. Tiene un andar arqueado, a lo Harrison Ford. Pero como está relleno, el efecto final es muy raro.

¿Por qué me he metido en la cama con este tipo?

Míralo, preparando el café, pero a su ritmo. Esclavo de una especie de liturgia célibe.

¿Por qué coño lo he hecho?!

Después de mucho darle vueltas, cree tener una respuesta: le da tanta pena como se da pena ella.

Durante el sexo, unas horas atrás, le sorprendió su delicadeza. Hay que reconocer que es un hombre sensible, pero de ese tipo de hombre sensible que cree que algún libro lo salvará, alguna película lo salvará, alguna melodía lo salvará... Tal vez por eso las paredes del salón-dormitorio están cubiertas por estanterías atestadas de libros, DVD, discos de vinilo. Allí cree que encontrará las respuestas que añora, porque este tipo de hombre sensible, en

cualquier libro, en cualquier película, en cualquier melodía, solo busca que le hablen de él.

—¿Ya te has despertado, gatita? Te traigo el desayuno.

¿Gatita? ¿Le disparo en la sien y luego acomodo el cadáver para que parezca un suicidio?

—Vaya, hemos pasado de inspectora a gatita... ¿No te parece un salto en el vacío excesivo? Mejor me llamas Claudia.

Él, allí de pie en calzoncillos y camiseta imperio, con los calcetines puestos y sosteniendo la bandeja, se siente bobo.

—Perdona, después de lo de anoche creía...

Al verlo tan desvalido, se arrepiente. Soy demasiado cabrona... Incluso está tentada de mostrarse débil, porque sabe que Héctor, como casi todo hombre desde hace un millón de años, prefiere a una mujer a la que crea poder salvar.

—Ya que hablas de lo de anoche, no recuerdo casi nada, mezclé demasiado. —Que se lo digan a un argentino que te conoce...—. ¿Cómo acabó pasando... lo que pasó?

Para rehacerse, va a intentar mostrarse campanudo. Aunque su indumentaria no ayuda.

—Pues lo de anoche pasó... —deja la bandeja sobre la cama y se sienta junto a Claudia— porque estamos irresistiblemente atraídos por quien nos traerá los problemas necesarios para nuestra propia evolución.

Arrea. Así que va de ese palo: «Suelto memes haciéndolos pasar por frases propias. Mi personalidad consiste en no tener personalidad». Decididamente este hombre no lleva bien estar con alguien que siempre acarrea una pistola más grande que la suya.

—Entiendo... —Prefiere no profundizar; mira a su alrededor, sin prestar atención a la bandeja que él le ha traído—. Así que este es tu nidito de amor...

—Sí. Aquí es donde vivo. Y donde escribo.

Héctor no lo advierte, pero Claudia ha dicho «nidito» en sentido literal: un gorrión con un poco de barro y cuatro briznas de paja se hace una casa mejor que esta.

—¿Escribes?

—Sí..., hago mis pinitos. Cuentos, historias breves... —Se regala—. Tengo entre manos una novela.

Ahora es cuando ella debería pedirle que le dejara leer algo. Pero eso no

pasa. Con lo que él aún se regala más, a ver si pasa.

—A veces estoy confundido, me asalta la ansiedad, porque... porque no sé si siento, o si finjo sentir, para así sentirme ser. Y en esas ocasiones, solo escribir me ayuda.

¡Joder! El fatalismo y el descreimiento se están poniendo tan de moda entre los hombres que quieren parecer interesantes que va a ser necesario ampliar la Nada para que quepa tanto nihilista.

—A mí me pasa algo parecido. Pero en vez de escribir, cuando me da el bajón, voy a la galería de tiro. O me preparo unos callos.

Él se queda mirándola. Y no sonrío. Y entonces Claudia entiende que su cinismo, una vez más, la está traicionando: Héctor hablaba en serio. No intentaba impresionarla. Tan solo le ha mostrado una debilidad.

Y ahora te toca a ti, Claudia, ¿serás capaz? ¿Le mostrarás una debilidad tú a él también? Recuerda que si no das ese paso, jamás tendrás intimidad con nadie. Intimidad de verdad.

—Gracias por traerme el desayuno. —Pues no, no ha sido capaz—. No deberías haberte molestado.

—Ahora ya sé de qué pie cojeas. —¿Cómo has dicho?!; pues va a ser que sí tiene personalidad este chicharrón...—. Te da miedo hablar de ti.

Ella hace como que no ha oído nada, no le apetece bucear en esa sima. Coge el tazón de café con leche y le da un sorbo. En el platillo hay un bombón y dos galletas.

—Perdona la poca variedad, pero esta semana aún no he ido al súper. — Tal vez por eso, porque no tiene comida en casa, ejerce con tanto descaro el canibalismo visual, y ella se deja comer.

—No te preocupes, soy de desayunar poco.

Se mete el bombón en la boca. Entero. Cierra los ojos, sublima: es el bombón filosofal. No hay duda.

—Increíble. ¿De dónde has sacado esta maravilla?

Es el momento de explayarse: un hombre que finge comprender la pasión de una mujer por el chocolate ya está a medio camino de meterse en la cama con ella. O de volverse a meter.

—Me los trae un amigo cada vez que viaja a Venezuela. El mejor cacao del mundo se produce allí, y desde hace poco también los mejores bombones. Por culpa del desastre económico, ya no tienen azúcar ni leche, por lo que el

chocolate es casi puro. Al final va a ser verdad: el marxismo te llevará al cielo..., de un modo u otro.

Y sin más, la besa. Y ella se deja comer de nuevo, pero esta vez no con los ojos. Saborea el beso, que se ha mezclado con el chocolate. Y le gusta.

—Deja que me acabe el café con leche...

Sí, me gusta que me bese, pero ¿por qué todo me sigue pareciendo estático? Ese arranque de tren. Ese principio en el que no sabes si la que te mueves eres tú o el mundo. ¿Por qué no siento nada de todo eso ahora?

—Luego te lo acabas...

¿Tal vez porque te has acostado con un hombre que duerme desnudo pero con calcetines? ¿Tal vez porque tú y él casi sumáis cien años? ¿Te parecen pocas razones, Claudia?

—... Ahora tenemos cosas que hacer.

Le acaricia el rostro. Como ahora ella no duerme, vuelve a advertir que no es una mujer guapa. Tal vez por eso se siente como un racista que por una vez está haciendo lo correcto.

—Déjame..., anoche iba muy borracha, pero ahora me da vergüenza...

Sí, tiene vergüenza. De llevar tan solo una camiseta enorme del Che Guevara. De sus ojeras. De no estar depilada. De su cabello desgreñado. De su sobrepeso. De que alguien la desee.

—No pienso dejar de besarte. Me da igual lo que digas, por muy agente de la autoridad que seas.

Y ese arrojito a ella le gusta. Igual que le gustan las caricias. Y que le levante la camiseta sin quitársela, y lama todo lo que hay que lamer.

—Tengo que irme, no hay tiempo... Tengo trabajo, Ramón me...

Las palabras de Claudia se contradicen con los actos: sus manos acarician la espalda peluda del hombre que tiene encima. Y con cada caricia que da, es ella la que siente un escalofrío. Porque con cada caricia que da, sale de su caja la infancia almacenada. Se desempaqueta. Y es esa infancia almacenada la que determina cómo amaremos de adultos. De ahí el escalofrío.

—Confíesme una cosa... —Él, después de lamerle el sexo, sigue rastrillando su cuerpo con la lengua; hacia abajo—. Dime algo con lo que siempre hayas soñado. Algo que desees mucho.

Ella está al borde del éxtasis. No es capaz de mentir. Todo se libera. Todo da igual.

—No hagas eso... No, por favor..., ahí no...

Y por segunda vez en su vida, pasa: un hombre le está lamiendo el pie. Que para ella es como si le lamiese la sangre de su regla.

—No, ahí no..., no te burles de mí...

Ese pie que desde que tuvo conciencia de su sexualidad, allí lejos, en la adolescencia, le ha arruinado la vida. Le ha hecho sentir fea.

—Te he dicho que me digas algo que siempre hayas deseado. Y es una orden.

Sigue lamiendo. Y sigue frotando su sexo contra ese maldito pie que ella ha soñado tantas veces arrancarse para dejar de sufrir. Para dejar de ser la rara y pasar a ser un monstruo.

—Siempre he deseado..., si sigues lamiendo ahí me voy a correr...

Y él sigue lamiendo ahí: empeine, planta, talón. Un dedo tras otro va entrando en su boca.

—¿Qué has deseado?

—Siempre he soñado con llevar zapatos de fiesta..., con un tacón muy alto, que me estilice..., y bailar con ellos, toda la noche...

No sabe ni lo que dice. De un momento a otro va a perder la cabeza. Gracias a esos besos, a esa saliva, ha ocurrido el milagro: tumbada en la cama, la anormalidad de su pierna no importa. Su extremidad es perfecta. Y cuando vuelve a abrir los ojos, ve a Héctor con una caja.

—¿Qué es eso?

—Unos *stiletos*. De Louboutin. —Con los tobillos de ella sobre sus hombros se los pone; le aprietan un poco—. Es un diseñador francés. Muy prestigioso y muy caro.

A ella, por primera vez en su vida, el *mansplaining* no le importa. Está demasiado obnubilada viendo sus piernas abiertas, alzadas. Y en sus extremos, unos tacones rojos de quince centímetros que quieren clavarse en el cielo.

—Tranquila, eres la primera que los usa.

—No me mientas... —Él ahora vuelve a acariciar su sexo con la lengua—. Yo... yo no he sido nunca la primera en nada...

Se encaja sobre el Che Guevara con *stiletos*. Y le dice muy serio, mirándolo a los ojos mientras empieza a empujar:

—Claudia, a veces se nos introduce en las cosas más importantes de la peor manera posible. ¿Cuánta gente ni pensó en dedicarse a la música por culpa de su profesor de flauta?

—Cierra la puta boca y sigue follándome...

—Lo que ordene, inspectora..., pero no crea que el amor es eso que una vez alguien le enseñó tan mal. Y esta frase sí que es mía.



Sí, ya le ha contado muchas veces cómo conoció a su Fulgencio, pero seguro que lo vuelve a hacer. Y la poderosa imaginación de Ramón, para protegerse mientras enrolla el cabello viejo que tiene entre las manos, lo invita a soñar.

—Y él, que era muy hombre, me dice: «Mira, Auxiliadora, cuando me muera, ¿sabes dónde quiero que esparzáis mis cenizas?». «Yo qué voy a saber, hombre de Dios», le contesto. Y mi Fulgencio me dice...

Y el sueño es tan intenso que Ramón, como Fulgencio, decide pasar a la acción.

—Señora Auxiliadora, ¿se acuerda de ese pastel de chocolate que me preparaba por mi cumpleaños cuando era un niño?

—Sí, claro que me acuerdo. ¡Aún me parece verte rechupándote los dedos aquí, en esta cocina! Pero deja que te acabe de contar, que ahora viene lo mejor...

—¿Me podría explicar la receta?

—Y mi Fulgencio me dice: «Cuando me muera, esparcid mis cenizas en la cara de tu madre, porque vaya suegra insoportable que me ha *tocao*». ¡¿Te lo puedes creer?! —Y se ríe—. Qué resimpático era mi Fulgencio, cuánto lo echo de menos... Mi madre la verdad es que era un poco pesada, pero a cambio era muy sensata. Mira si era sensata que a la primera hija la llamó Socorro, y a la segunda, servidora, la llamó Auxiliadora. ¡¿Era sensata o no era sensata?! Pero mi Fulgencio a mamá no la tragaba, porque él era muy simpático pero...

—Sí, el tío Fulge era muy simpático, pero no me ha contestado: ¿me podría decir la receta del pastel?

—Déjate, déjate de cocinar, eso son cosas de mujeres. Ahora me pongo y esta tarde, cuando vuelvas del trabajo, tienes el pastel preparado.

—No se moleste...

—¡¿Qué molestia ni qué niño muerto?! ¡El pastel te lo hago yo, que por algo me llamo Auxiliadora!

Ramón deja de poner rulos. Y se planta.

—No. Quiero hacer yo ese pastel.

—¿Y eso? —Los Caminantes Blancos son muy cansinos, pero tontos, no son nada tontos; sobre todo si te conocen desde que eras un niño—. ¿Por qué quieres hacer el pastel *tú con tus manitas*?

Sí, Ramón, ¿por qué quieres hacerlo tú con tus manitas? ¿Porque te ha dicho que le gusta el chocolate? ¿Porque quieres sentir que introduce en su boca algo tuyo..., muy tuyo, solo tuyo?

—Cosas mías que no vienen al caso, que todo lo quiere averiguar. ¡¿Me da la receta o qué?!

—Pues va a resultar que sí que eres el Rey en el Norte..., ¡menudo genio! ¡Con lo angelito que eras de niño!



Cuando Claudia se despierta, él no está.

—¡Héctor!

No hay nadie en casa. Alarga el brazo y coge su bolso, que está en el suelo. Rebusca hasta encontrar el móvil.

¡Mierda!

Se ha quedado sin batería. Vuelve a tumbarse en la cama y suspira, muy hondo. Quizás sea mejor así. Sin móvil, sin conexión durante unas horas. Ya se sabe: la soledad es donde uno se hace, es donde recoges las piezas del Lego y las montas para conformar algo con sentido, con entidad. Y alrededor de esa cama hoy hay muchas piezas de Lego... Pero claro, también está la pobre Lara. Que le ha dado unos buenos días tristes desde el retrato que anoche ella se metió en el bolso.

¿Cómo te sientes? Enmarañada.

El falso consuelo que produce conocer la palabra que define tu estado de ánimo le da fuerzas para levantarse. Ella y el Che Guevara se desperezan llenos de curiosidad por saber dónde han pasado la noche. Normal, un buen policía y un buen guerrillero lo primero que hacen es tener controlado el entorno. Y una mujer en casa de su amante, todavía más. Incluso Claudia.

Vaya, los jardines de Versalles...

Cuando al abrir el ventanal se ha topado con un patio de luces ciego, cierto desánimo la ha asaltado. No se esperaba las vistas del Ritz, pero esto... Al fin y al cabo, la orientación de un piso es como la actitud de una persona ante la

vida: inmodificable, y determinante de su grado de habitabilidad interior. Y este piso a todas luces es un zulo. ¿Como su dueño?

Por suerte, una ligera brisa entra por el ventanal aligerando el ambiente cargado. Además, las cortinas hinchadas por el viento transforman cualquier cuchitril en un espacio más elegante. Y si hay estanterías repletas de libros, el efecto se magnifica. Claudia recorre el salón-dormitorio con cierta curiosidad, que le sorprende: ¿por qué le apetece saber lo que le gusta leer a Héctor, la música que escucha, las películas que ha visto, los lugares donde ha viajado? Empieza a pensar que, en efecto, tuvo un pésimo profesor de flauta.

¿Y esta fotografía?

Aparece él, muchos años atrás, con la que debe de ser su exmujer y su hija, todavía un bebé. Los tres en una playa fría y tempestuosa.

Qué guapa es esa zorra...

Se refiere a la exmujer, por supuesto. Héctor parece otro. Con más pelo, menos grasa. Y un brillo en los ojos que hasta lo vuelve atractivo. Ayuda el cuello cisne Donegal, que le da aspecto de pescador noruego rudo pero acogedor gracias a su Neutrogena. Ese tipo que en una tormenta te salva, ese cuello cisne que te da el abrazo con el que sueña cualquier mujer. ¿Cómo puede ser el mismo ese de la fotografía y el hombre con el que ella se ha acostado esta noche?

Acaricia el tapizado del sofá, cuya textura le recuerda a las almohadillas de los pies de un gato. Su olor también. Es difícil imaginar una estancia más abarrotada y caótica. ¿Como su dueño? Parece el hogar de un perista con ínfulas intelectuales. Quitar todo ese polvo sería una especie de reto ascético... Pero bueno, el escritorio abarrotado que tiene ante ella es muy parecido al suyo de jefatura. ¿Estás intentando que Héctor no pierda puntos en el partido que se juega dentro de tu cabeza? Se enrabia al sentirse un árbitro de los que amañan el resultado. De los que se venden.

No, no es correcto que mire sus papeles...

Pero los mira. Son apuntes de la novela que por lo visto está escribiendo. Tiene pinta de existencialismo trasnochado con toques policiacos. Pero es muy difícil entender bien el argumento: como siempre le pasa a un desordenado, en el desorden de otro se ofusca. Claudia conoce el significado de las señales de tráfico, pero no puede seguir las porque esas señales son las señales del viaje de otra persona.

Madre mía, menuda pocilga...

Al entrar en la cocinita, ha confirmado que está en una casa de fisiología introvertida. Volcada hacia dentro, oscura. ¿Como su dueño? Bueno, al menos recicla todo lo que hay que reciclar: cinco cubos de basura distintos. De hecho, el apartamento es tan pequeño y destartado que tal vez, en sí mismo, sea un cubo de reciclaje de una vivienda más grande y más digna. Se sonrío ante la ocurrencia.

Habrá que lavarse la cara y asearse un poco.



Observa la tarta de chocolate, orgulloso. Solo le falta un detalle: con la manga pastelera cargada de nata, dibuja las dos iniciales, entrelazadas dentro de un corazón.

Seguro que le gusta... ¡Esta tarde, merendola en Casa Ramón! Ya está bien de ser tan tímido, la vida pasa y si te descuidas el tren se va y la felicidad es para los valientes...

Cuando se pone nervioso, los popurrís de frases hechas le relajan. Eso y tricotar, por supuesto.

Además del chocolate, también me dijo que le encantaba el café bueno, ese que lleva mucha cremita..., suerte que Auxiliadora me regaló estas Navidades la Nespresso del tío Fulge.

Y se le ocurre una idea, tan romántica. Para ejecutarla, se abalanza sobre el ordenador: de salvapantallas, los bomberos de la Diputación, muy machotes. Cada vez que los ve, piensa lo mismo: ¿A estos hombres no se les acaban las excusas solidarias para posar desnudos?

Mecagüen la mar, este cacharro va muy lento, con la prisa que yo tengo... La jefa me va a matar si llego tarde...

Se muerde las uñas.

¡Pero qué lento va esto! Seguro que el del segundo me está robando el wifi..., tiene muy malas pintas ese *alquilao*...

La verdad es que sí, tiene mala pinta. ¡Habrase visto cara dura! Tendrás que tener unas palabritas con él, menuda desfachatez, robarte el wifi que tú le robas a don Braulio, el del cuarto...

—¡Bingo! —Se emociona al encontrar justo el vídeo de YouTube que buscaba.

«Si eres alumno de Bellas Artes, te enseño a dibujar figuras en la espuma

del café para que puedas sobrevivir trabajando de camarero chic.»

Lo visiona, y de inmediato prepara un buen café doble con la Nespresso. Y dibuja un corazón.

Qué preciosidad..., estoy hecho un artista.

Contempla el pastel y el tazón de café. Y toma conciencia de que no va a ser capaz. No va a atreverse a hacer esa invitación.

¿Merendola en Casa Ramón? Soy patético...

Y el Señor de Invernalía, que nunca tira comida porque en África hay negritos pasando hambre, echa el pastel a la basura. Y se bebe el café de un trago. Casi llorando.



En el cuarto de baño ve el premio Indro Montanelli. Del que anoche él le habló durante media hora. Y Claudia contempla su imagen en el espejo. Que es el resumen de su existencia.

¿Qué haces?! Tú, sí, tú, te hablo a ti, ¿qué coño haces ilusionándote?

Y de repente siente cómo le invade esa persona que te expulsa de tu propio yo. Ese okupa que, con la edad, acaba llamando a tu puerta y presentándose: hola, soy tu desesperanza, coge tus cosas y lárgate... porque he venido para quedarme. Y Claudia se asusta. Y le hace caso a ese jodido okupa. Debe marcharse, ya.

Irá paseando a jefatura. Pero antes debe pasar por casa, si llega con la misma ropa de ayer habrá chismorreos. Cuando sale al portal, el frescor de la mañana le hace cambiar de opinión: que les den por culo a todos. Además, la caminata de la plaza del Negrito a Gran Vía transcurre por la zona que más le gusta de la ciudad.

Calle Catalanes.

Inicia la ruta bajo un sol espléndido que, sin embargo, no es capaz de hacerle ver la luz: Claudia, la autoconmiseración es tu mayor enemigo; si algún día logras vencerla, tal vez consigas hacer algo con tu vida.

Calle Purísima.

Sin saber por qué, desde que ha salido de casa de Héctor, va con cuidado. Como si temiese romper algo, algo que ni siquiera sabe si existe. Nada más frágil que un principio...

Plaza Doctor Collado.

Y ve la luz: «Julio e Ignacio Peluqueros». Y decide reforzar ese principio, tan frágil. Y de paso, proponerle un corte de mangas al maldito okupa que la boicotea desde hace tres años.

—¿Qué se va a hacer la señora?

—Lo que sea, pero que luzca. Ponme guapa.

—Me encaaaaaanta. Pase pase pase...

Cuando sale de nuevo a la calle, siente un terrible retortijón de hambre. Entra en Boatella. El trajín de la Lonja y el mercado Central lo inunda todo.

—Un bocadillo de calamares con alioli y un tercio.

Su aliento ya anda cargado, un poquillo más no importa. Además, hoy ya ha besado todo lo que había que besar.

—La sequía continúa y el agua embalsada...

Tres parejas de turistas jubilados. Ellas conversan y miran por los ventanales, no quieren perderse nada. Ellos, cara a la pantalla viendo las noticias. En uno de los rincones más bellos de la ciudad. De España. Del mundo. Cada vez tiene más claro que solo compartirá su vida junto a un hombre con el que sepa que, si un día desapareciese la televisión, aún sería más feliz en su compañía. ¿Es Héctor así?

—Su bocadillo y su cerveza, señora. Que aproveche.

Menudo trasero tiene la camarera... A ella le hubiese gustado tener un culazo así. Y recuerda cuando cenaba con Tomás en algún sitio discreto. Y recuerda cuando tenía que disimular para no ver el disimulo de Tomás. Y recuerda cuando se consolaba a sí misma: esos culos para un hombre son como la carne roja para un león. ¿Será Héctor de esos? ¿Se lo hará pasar mal? Mezclar esos dos hombres en su mente le parece impuro.

—Durante toda la noche, en Campolivar, se ha llevado a cabo una redada...

Levanta la cabeza, muy lentamente. Esa cabeza recién salida de la peluquería.

—... Cuarenta agentes han inspeccionado todas las viviendas de la urbanización, pero los resultados han sido decepcionantes...

Sí, algo se va a romper. Nada más frágil que un principio.

—... La joven Lara Valls no ha aparecido, a pesar de que fuentes bien informadas han confirmado que se pagó el rescate...

En la imagen aparecen Ramón y Bruno, de noche, abriéndose paso a través de una masa de periodistas que rodean la puerta del chalé de los Valls. El doctor les abre, mira con furia a las cámaras y vuelve a cerrar.

—... La exclusiva la dio esta madrugada la edición digital de *El País*, y venía firmada por el periodista Héctor Santos...

Un calamar untado de alioli cae del bocadillo. Sobre su regazo. Ni lo nota. Se muerde el índice, doblado, aguantándose las ganas de llorar. Y el jodido okupa se burla de ella, y de su peinado.

—La cuenta..., por favor.

—Estábamos en casa, tranquilamente, y yo me fui a la cama y le dejé la tele encendida..., a Matías era lo único que le entretenía, solo así conseguía dormir..., y cuando al rato me levanté para apagarla, como hago todas las noches, lo vi... —lágrimas—, lo vi medio muerto... La ambulancia la verdad es que vino enseguida, y aquí en el hospital se portaron muy bien..., pero... —más lágrimas— el médico me ha dicho que fue un accidente..., que tuvo una crisis y al convulsionar se cayó de la cama, y con la caída... —muchas más lágrimas—. Si no me hubiese bajado aquí, al bar, a comer algo, si me hubiese quedado con él en la habitación, esto no habría sucedido...

—¿Qué pasó cuando Matías se cayó de la cama, aquí en el hospital?

Héctor lleva tanto rato en silencio, escuchando los lamentos de esta mujer, que su propia voz le ha sonado craquelada. Como sonaría la superficie de un cuadro antiguo si pudiese hablar.

—El médico me ha dicho que, con la caída, la sonda se le desprendió, y como la crisis diabética era muy fuerte, el nivel de azúcar bajó demasiado y...

De nuevo lágrimas. Él, en esos instantes, siente más pena por los huevos revueltos que acaban de traerle que por Concha.

—Dicen que fue un accidente, que nadie tiene la culpa..., pero yo sé que Matías se suicidó, lo vi en sus ojos...

El plato es tan vomitivo que Héctor sospecha que no está ante un mal cocinero. Está ante una mala persona.

—Anoche, cuando me bajé a cenar algo, me miró y se despidió de mí..., una madre nota esas cosas...

Sí, campeona, lo que tú digas.

—Una madre lo nota...

Una madre nota lo que quiere notar. Por eso cree que su bebé recién nacido le sonrío. Porque ella lo sabe, lo siente en sus entrañas, aunque los médicos le digan que tiene entre los brazos un pedazo de carne ciego que está ejercitando sus músculos maxilofaciales por impulso reflejo.

—¿A qué fue debida la crisis diabética que sufrió en casa? ¿Cenó algo diferente anoche?

—No, qué va, lo de todos los días. —¿Más lágrimas?!; por el amor de Dios, esta mujer es un aspersor...—. Él se alimentaba por sonda gástrica, en el gotero le puse la bolsa que le pongo cada noche..., había pasado la tarde muy bien, muy tranquilo...

Se retuerce las manos, unas manos que han fregado muchos suelos. Hinchadas, cuarteadas, con sabañones. Su única joya, el anillo de casada. O de viuda. Y el inconfundible olor a lejía que desprenden las mujeres humildes pero aseadas.

—Los pacientes en estado vegetativo irreversible que además son diabéticos tienen un equilibrio muy complicado..., cualquier cosa puede alterarlos... En su día el endocrino ya nos advirtió que incluso un disgusto o una alegría muy fuerte podían producir un *shock* glucémico, pero Matías pasó la tarde muy tranquilito..., muy tranquilito...

¿Y te parece poco disgusto vivir petrificado esperando la muerte? Tu hijo la palma por un bajón de azúcar que le ha enviado Papá Noel como regalo de Navidad, ¿y tú me haces creer que es un suicidio y que me voy a embolsar un pastizal con el reportaje? Puta miseria...

—Él no se merecía esto...

Ni yo, paleta. ¿Y ahora por qué coño lloras? ¿No ves que este es seguramente el mejor regalo que repartirá Papá Noel estas Navidades? ¡Tu hijo era un vegetal! ¡Un jodido vegetal!

—¿Esta es la documentación de su ingreso?

—Sí, estos son todos los papeles que me han dado. En un par de horas lo trasladarán al tanatorio, el de Serrería. Esta tarde será el entierro, a las siete, por si le apetece asistir...

—Claro, intentaré ir. —Héctor ojea los papeles; la probabilidad de que vaya al entierro de tu hijo es parecida a la probabilidad que tiene el bar de este hospital de conseguir una estrella Michelin—. Cuando le pasaron a planta, ¿por qué le ingresaron en una habitación del pabellón de Psiquiatría?

—Me dijeron que solo allí quedaba sitio libre... En urgencias lo estabilizaron, y como lo vieron bien pensaron que no requería ser ingresado en la UVI.

Héctor ve una oportunidad de rentabilizar la mañana: negligencia médica. Si el paciente hubiese sido ingresado en cuidados intensivos, al estar

monitorizado en todo momento, esta desgracia no habría pasado. Y esta pobre mujer que huele a lejía y lleva un bolso de Louis Vuitton, aunque va vestida como una limpiadora de escaleras, no habría llorado tanto. Y yo no habría tenido que almorzar esta bazofia de huevos. Debe hacerse justicia.

—Espéreme aquí. Vuelvo enseguida.

Conoce bien la profesión médica, tan casposa: en un hospital todo es estatus. Las enfermeras dominan a los pacientes, los residentes dominan a las enfermeras, los médicos dominan a los residentes, y los cirujanos dominan a todo el mundo. Y si todo el mundo es joven y guapa, además se la follan. Por lo tanto, él ahora lo que necesita es estatus, porque un reportaje con fotografía se paga mucho mejor que uno con tan solo texto. Pero el estatus se tarda lustros en adquirirlo..., a no ser que tengas un uniforme. Pues ale, no se hable más: uniforme.

—Pero... ¿adónde va?

—Me ha entrado un apretón. Tómese un cafelito, no tardo.

Se levanta y sale al vestíbulo. Entra en los lavabos. Ha venido preparado, no es la primera vez que hace algo así. Lluvia de estrellas: entra un periodista en el váter y sale un doctor. Bata blanca y debajo mono de cirugía. Zuecos en los pies, por supuesto. La bolsa con su ropa la esconde detrás de la cisterna. Se encamina hacia el pabellón de Psiquiatría. Conoce el hospital, cuando lo inauguraron vino a hacer un reportaje para el difunto Canal Nou.

He de meterme en el papel. Ahora soy un cirujano, debo comportarme como tal, mirar a todo el mundo por encima del hombro..., eso creo que será lo más sencillo.

Sabe que lo importante cuando se hacen estas cosas es la naturalidad, desprenderse del aire clandestino que destilan los *paparazzi* aficionados. Él sirve: quien no tiene personalidad puede adoptar la de cualquiera. Y le llega un wasap.

Eres basura, me has utilizado. Cuando seas un hombre me llamas. Mientras seas la parodia de un hombre, que otras paguen por ver tu obrita de teatro.

No va a contestar. Borra la conversación. Porque no quiere cambiar de piel: disfrazarse sí, pero cambiar de piel no. Lleva toda la mañana esperando ese mensaje, y ya lo ha hecho desaparecer. Quiere volver a vivir en su atonalidad moral. En su atonalidad emocional. Es su zona de confort, una zona

de confort fría que a algunos puede parecerles un páramo, pero es la suya. La que conoce. Tan triste como el espumillón que recuerda a los pacientes del pabellón psiquiátrico que la Navidad está ya cerca.

—Buenos días, doctor.

—Buenos días.

En La Fe, la unidad de Psiquiatría tiene habitaciones individuales con los adelantos técnicos más actuales. Todo un lujo. Es un hospital nuevo, muy moderno. Y además, público. Un ejemplo de que el Estado autonómico funciona.

—¿La habitación 324?

Sí, se roba, por supuesto. Pero se roba bien.

—Al fondo del pasillo a la derecha.

El poder de una bata. Las enfermeras ni se plantean llamarle la atención a un cirujano de la vieja escuela que camina seguro de sí mismo: esto es un hospital, aquí no se fuma, pero se respira machismo envuelto en humo de puro.

—¡Magranell! ¡Cuánto tiempo, qué alegría verte! ¿Qué se te ha perdido por aquí?

Un tipo con aspecto de Doctor Bacterio parece haberle confundido con otro.

—Después de lo que intentaste con mi mujer, no sé cómo te atreves a dirigirme la palabra.

¿Cómo *tas quedao*? ¿Y esa cara de tonto? ¿No entiendes que transformar una situación embarazosa en una situación confusa es lo que hacemos los genios para escabullirnos?

Entra en la habitación 324. Por suerte, aún no ha sido ocupada por un nuevo paciente, está vacía. Hace de prisa una docena de fotografías, así tendrá dónde elegir. Y sale. Visto y no visto.

—Disculpe, Concha, sé que he tardado un poco, pero tengo unos problemas de estreñimiento que...

Ya viste de paisano. Misión cumplida.

—No se preocupe, le entiendo, a mí me pasa lo mismo. Ahora que es temporada de alcachofas, y van baratas, le recomiendo que se las prepare a la plancha con...

Ni la escucha. Observa las fotografías que acaba de hacer. Y de repente lo ve. Si esto fuese *House of Cards* y él Kevin Spacey, sería el momento de

utilizar la técnica de la cuarta pared: Héctor se gira hacia la cámara muy serio y le dice al espectador...

¿Has visto lo que yo he visto?

Pero bueno, mejor no ser Kevin Spacey, con la que le está cayendo al figura.



«EDEM. Escuela de Empresas.» Vuelve a leer el cartel, esta vez en voz alta. Antes de entrar, decide que es mejor dar un paseo junto al muelle de La Marina para intentar tranquilizarse: han pasado ya dos horas, pero sigue sintiéndose tan furiosa y a la vez tan en peligro como ese hombre que, agarrado a una barra de hierro, pasea bajo la tormenta. Buscando alguien a quien matar. Buscando morir.

—Miau.

Un gato de puerto. Está muy flaco y da lengüetazos al interior de una lata de sardinas ya seca. Tras él, la lámina de agua reluce gracias al espléndido sol y a la capa oleosa. Claudia se sienta en un noray y observa el líquido denso. El reflejo de su semblante bambolea, desdibujado.

Hijo de puta...

Observa la mancha de alioli en su pantalón. Sin saber por qué, esa visión la decide: saca el móvil, escribe un wasap y lo envía. Tras el desahogo, se levanta y camina con decisión hacia EDEM. Como si quisiese desprenderse de la rabia que aún le queda, la rabia que no se fue con el wasap a través de las ondas. Como adjunto.

Cabrón hijo de puta...

Se detiene. Respira hondo. La brutal luz del sol intenta entrar dentro de ella. Iluminarla por dentro. Pero la venganza es más agradable: de nuevo coge el móvil dispuesta a escribir otro mensaje, más directo, más cruel.

Ese imbécil no me va a joder, ya está bien de wasaps, debo pensar en positivo, como me enseñó el psicólogo. Debo valorar todo lo bueno que hay en mi vida. Tengo salud, un trabajo fijo, me han trasladado a una ciudad increíble, con buen clima, buena gente, buena comida, buenos precios, buenas playas...

Sí, Claudia, tienes razón. Esta es una ciudad maravillosa donde vivir. Si lo que quieres es que vivir sea tan solo una experiencia maravillosa.

—Cuando concertó conmigo la cita estaba intrigado. ¿Qué querrá de mí la Policía? Pero esta mañana, escuchando la radio en el coche, lo he entendido todo. Pobre Lara, no quiero ni imaginar por lo que estará pasando...

—¿La conocía usted personalmente?

—Sí, por supuesto. Soy el jefe de estudios, y esta es una escuela privada de negocios. Aquí el trato es muy personal. Además, le di clase en dos asignaturas.

—¿Cómo la definiría? De modo sencillo, en dos palabras.

—Brillante y solitaria.

Vaya, un chico obediente. Lástima que sea tan impuntual.

—Sí, coincide con otras opiniones que he recabado.

Hacer esperar a la Policía veinte minutos no es correcto. Pero bueno, es comprensible, un hombre tan guapo como este seguro que baja la escalera a cámara lenta.

—Lara destaca sobre todo en las asignaturas técnicas; su mente es ingenieril, pero también en Historia Económica y Sociología sacó unas notas excelentes. Ya se lo he dicho, es una chica brillantísima.

Despacho diáfano, transparente. Cristal, madera, todo volcado sobre el agua del puerto. Pero a flote, muy a flote: imperio Mercadona.

—¿Sabe de alguna amiga con la que pueda hablar?

—¿Amigas? No, qué va, no se relacionaba con nadie. Al preguntarme usted sobre el tema cuando me llamó por teléfono, lo he consultado con otros compañeros y han confirmado mi impresión: aquí no tiene amigos.

—¿Ninguno?

Niega con la cabeza. Y como es una cabeza romana, el resto del cuerpo Claudia ni lo ve. Desastre arqueológico.

—Venía a clase y se iba sin relacionarse con sus compañeros. Siempre sentada en el fondo del aula, sola. Estuve tentado de llamar a sus padres para hablarles sobre el tema, pero me pareció que era inmiscuirme demasiado...

¿Algún día podré besar a un hombre tan guapo? Igual sí, creo que acaba de enamorarse de mi nuevo peinado, de mis uñas pintadas y de mi mancha de alioli. Teléfono.

—Disculpe, tengo que contestar.

El jefe de estudios es un impuntual, pero es obvio que le disgusta que le hagan perder el tiempo.

—Por supuesto, no se preocupe.

Pero sonrío. Porque esa cabeza romana es disciplinada, de otro modo no hubiese llegado adonde ha llegado dentro del imperio. Del imperio Mercadona. Pero su disciplina es amable. Simpática. Una disciplina de mago.

—Dime, Bruno.

—Tengo la dirección.

—¿La del violador?

—Afirmativo, inspectora. Confirmada por tres fuentes.

—¿Es aquí en Valencia?

—Afirmativo, inspectora. Zona norte de la ciudad.

—Pasa a recogerme de inmediato y nos vamos para allí. Estoy en EDEM, la universidad privada, ¿la conoces?

No digas afirmativo, afirmativo no, por favor..., tan solo sí.

—Sí, inspectora. La conozco.

Te has ganado tu piruleta.

—Buen trabajo, cantante melódico. Sigue así.



—En la habitación donde falleció el hijo de mi clienta hay una cámara. Estas fotografías lo acreditan. Me he informado y ese tipo de tecnología se utiliza para controlar a los pacientes psiquiátricos con riesgo de autolesionarse, y está en funcionamiento 24 horas 365 días al año. En unos días el software destruirá las grabaciones automáticamente para cumplir así con la Ley de Protección de Datos. Aún estamos a tiempo, y mi clienta tiene derecho a ver los últimos momentos de la vida de su hijo. Exigimos la grabación.

La responsable de Atención al Paciente del hospital La Fe es un ser rígido, estricto. Pertenece a ese grupo de personas que alguien llamó «la clase amante de los límites».

—Esto no es muy habitual...

Héctor ha conocido a mucha gente así en la Administración Pública, por lo que sabe que, en la mayoría de los casos, la clase amante de los límites lo que sobre todo ama son los límites ajenos. Con los propios es mucho más flexible.

—Si hay algún problema, le agradecería que me entregase por escrito la negativa para eventuales demandas posteriores que pudiese incoar mi despacho en representación de mi clienta. Le advierto, para prevenir posibles tentaciones, que los protocolos de su certificación de calidad exigen que ese

software de grabación sea homologado, por lo que cualquier borrado deja rastro informático. —Quemar los pueblos, salar los campos, envenenar los pozos; que nada sobreviva a mí—. En cualquier caso, y al margen de cuestiones legales, apelaría tan solo a su humanidad..., esta pobre mujer perdió ayer a su hijo.

Ya siente dentro de él la fuerza de la gravedad moral. Menudo subidón.

—Vuelvo en un momento. Tengo que consultar el procedimiento y la viabilidad de su solicitud.

Por el rostro avinagrado que ha puesto, Héctor ya sabe que la amenaza ha funcionado.

—No sé si quiero ver a Matías... muriéndose...

Tú tal vez no lo sabes. Pero yo sí: una fotografía de la habitación revaloriza el reportaje; un vídeo de la víctima agonizando lo transforma en oro.

—No llores, Concha, y confía en mí. No podemos dejar que el monstruo de la Administración te pisotee una vez más. Si hubo una negligencia, hay que denunciar.

—Creo que... tal vez..., no sé si quiero meterme en líos...

Héctor le coge la mano. Mirada de las mil yardas.

—Tenemos que hacerlo. Por él.

Se quedan diez minutos en silencio. Cada uno pensando en sus miserias: un hijo muerto; un wasap que lo ha matado. Vuelve a entrar la responsable de Atención al Paciente.

—¿Ya lo ha consultado con la asesoría legal del hospital?

Ella sonríe. No va a responder a preguntas que puedan comprometerla. Y que hayan sido formuladas en tono sarcástico. La clase amante de los límites.

—Aquí tienen su grabación. Señora, por favor, firme este documento que acredita la entrega.

Y deja sobre la mesa un DVD.



Ramón experimenta una sensación contradictoria, rabia y paz. El hombre que tiene enfrente es imaginable con mil prendas tricotadas, pero hay un problema: ya las lleva todas puestas.

—No se preocupe, subinspector, ahora mismo me pongo y le envío el listado. Mañana a primera hora a más tardar lo tiene.

En la planta de oficinas del hospital Clínico se ha roto la calefacción y hace un frío que pela.

—Lo haré yo mismo, porque si tengo que encargarlo...

El director de Administración lleva rebeca de lana, guantes de lana, gorro de lana, bufanda de lana. Al menos, los pantalones son de pana.

—No sé cómo será en la Policía, pero aquí, en la sanidad pública, en cada departamento se repite la historia: trabajamos tres, siempre la misma gente con distintos sombreros.

¿Pana y lana? ¿La paronomasia entre los materiales que lo cubren refleja algún rasgo de su psicología? El cerebro de Ramón nunca para...

—Y el resto del personal, rascándose los huevos.

... siempre revolucionado, recalentándose sin sentido. Como ese motor acelerado a tope pero con el embrague calado hasta el fondo.

—Aquí se cuenta la anécdota de un bedel del servicio de Cirugía Torácica que, al volver de su pausa para el almuerzo, entró en *shock* al encontrarse con una civilización totalmente distinta.

Se ríe entre dientes. Y le caen miguitas de su poblada barba. ¿Las guardará ahí para pasar un buen invierno?

—Pero ve y diles algo..., el sindicato te cruje. Te ponen el sambenito de fascista, te hacen dos escraches, y tú tienes que irte para casa con una baja por depresión y alguna que otra hostia.

La mente calenturienta de Ramón se responde: seguramente sí, las guarda para el invierno. Porque por lo que cuenta, él es hormiguita, no cigarra.

—Los sindicatos en la sanidad pública son los nuevos caciques, y lo peor es que lo saben. Se sienten ricos. ¿Por qué? Yo se lo diré: su sensación de riqueza deriva de que ni se plantean cómo se va a pagar todo lo que piden.

Y el subinspector, que creía ser un poquito demasiado derechón, se tranquiliza.

—Y luego está lo de la gestión autonómica. Eso sí que es el despiporre...

El cráneo del director de Administración es muy grande, y con el gorro de lana todavía más. Como sus hombros son pequeños, y todo él es delgado, el efecto se magnifica. Y la mente enferma de Ramón encuentra un nuevo resquicio para imaginar: esa cabeza, de un tirón, saldría como la de una gamba.

—En las *consellerias* solo hay dos tipos de profesionales...

Pero este hombre que habla y habla sin parar es una gamba afortunada: si

esa desgracia llegase a pasar, trabaja en un hospital.

—Solo dos tipos de gestores te encuentras en las *consellerias*: chorizos y tontos. Claro, como son todos amiguetes de los políticos puestos a dedo..., aunque en realidad da un poco lo mismo, ambas opciones vienen a salir igual de caras. Si usted viera las facturas que pagamos aquí, se echaba a llorar... Cuando Philips recibe a los responsables de compras de nuestras queridas comunidades autónomas, que van a encargarse de aparatos por valor de millones de euros, se frota las manos y monta una fiesta: ya están aquí esos gilipollas de España. Diecisiete imbéciles comprando los mismos suministros pero por separado, perdiendo todo poder de negociación frente a las multinacionales farmacéuticas y tecnológicas. Pero eso sí, conservando incólume la identidad cultural y las particulares idiosincráticas del terruño.

El policía no puede dejar de mirar tanta lana y tanta pana. Este hombre ha conseguido lo imposible: vestir peor que como vestiría en la imaginación de Ramón.

—Yo al doctor Valls solo lo conozco de vista, y no puedo decir nada malo de él...

La mente del subinspector, ofendida, acepta el reto. *The seal is broken*. Y se pone a trabajar.

—Es un señorón que está de muy buen ver, ya sabe, un madurito interesante...

Y logra el éxito. Ahí la tiene: una imagen nítida del director de Administración del hospital Clínico combinando traje cruzado de Armani con sandalias franciscanas.

—Y estar bueno, con las enfermeras ayuda: lo que no entra por los ojos, no entra por ninguna parte. Menudas son esas zorritas... Pues a pesar de eso, a Valls no se le conoce ninguna historia. Y tiene mérito, no sé si sabe que el hospitalario es el entorno laboral con más infidelidades. Es normal, aquí se ven muchas desgracias, y al final la gente se lía la manta a la cabeza..., *dia que passa, llonganisa que no em menge*. Se calcula que el ochenta por ciento del personal de un hospital le ha puesto los cuernos a su pareja.

Ramón sabe que el ochenta por ciento de la gente que se inventa un porcentaje dice el ochenta por ciento. ¿Esta gamba cubierta de lana y pana se lo estará inventando para impresionarme?

—Yo el listado se lo preparo con mucho gusto, y eso que me dará trabajo. Aquí no se tienen estadísticas de incidencias a nivel individual, como en otros

países civilizados, que cuando te van a hacer una operación a vida o muerte te dejan comprobar el historial del médico que te meterá mano para saber si merece tu confianza. Aquí en España todo eso se oculta, porque el mantra es: la sanidad de nuestro país está entre las mejores del universo, aquí *tol* mundo es bueno. Y le aseguro que no, esta profesión es como todas las profesiones, hay genios, del montón y basura. Pero con un agravante: el corporativismo y la figura del funcionariado protege a la basura, en lugar de expulsarla del sistema. Y como no se puede elegir quién te atiende en un hospital, y aunque se pudiera no se le da al ciudadano estadísticas sobre cada profesional, si tienes la mala suerte de que te toca un basura el día que te vas a operar..., pues la cagaste. El sistema no es una meritocracia, es una *secretocracia*. Mire el caso del anestesista Maeso: mató a no sé cuántos y contagió de hepatitis a casi trescientos, y nadie dijo ni mu. ¿En qué empresa privada no se comprueba la productividad de un trabajador con tanta responsabilidad?

A Ramón se le han ido las ganas de imaginar. ¿Era necesario este bofetón de realidad? Es policía, pero un policía de espíritu débil. Hipocondriaco. Si después de oír esto le ingresan por una apendicitis, lo más probable es que fallezca, pero del susto.

—Además, el listado que le voy a preparar, dado que el doctor Valls trabaja siempre en equipos quirúrgicos, será seguramente grupal. Por lo general, en una cirugía compleja no es sencillo atribuir una muerte a una persona. Ya se lo dije, la profesión es muy corporativa, la culpa la asume el equipo, y como el que paga es el seguro, santas pascuas. En España nadie va a la cárcel por cargarse a alguien en un quirófano, da igual las barbaridades que haya hecho. Si yo le contara las cosas que vemos aquí..., menos mal que la gente de todo esto ni se entera. Recuerde el mantra: aquí *tol* mundo es bueno.



—¡Inspectora, está usted muy guapa con ese peinado!

La mirada de ella le deja muy claro a Bruno que por ese camino no debe seguir.

—Si... si hubiese visto anoche a Ramón manejar a los periodistas... —Aturullado ante el silencioso rapapolvo, necesita hablar de cualquier cosa—. Los toreó con mucho arte, me dejó impresionado. Y luego, menudo trabajo hizo con el comisario, que no sabe cómo se puso al enterarse de que toda la

prensa se había enterado..., pues el subinspector lo dejó hecho una balsa de aceite, qué mano izquierda tiene... Pero hay una cosa que no me quito de la cabeza: después de la redada, ya sabemos que la chica no está en Campolivar, ¡¿cómo demonios la sacaron de allí?!

Claudia no tiene ninguna intención de contestar. Mira por la ventanilla para localizar la vivienda. Casas bajas, barrio humilde, norte de la ciudad.

—Número 32, es ahí. —Semblante plomizo: lo que le faltaba a su jornada para ser aún más deliciosa era justo esto, interrogar a un violador—. Sube el coche a la acera.

Se apean del vehículo y Bruno le pone el distintivo policial. De camino a la puerta, ambos se meten la mano en la sobaquera y le quitan el seguro al arma reglamentaria. Por lo que pueda pasar.

—Parece que no le van muy bien las cosas...

Claudia, en jarras, observa la fachada. Desconchados, grafitis, media docena de chorretones que nacen de un canalón que hace décadas que no se repara. Se acerca a la puerta y llama.

—Inspectora, el timbre parece que no funciona.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Pero justo cuando va a golpear con los nudillos, la puerta se abre. Y Claudia se topa con un hombre que se disponía a salir.

—¿Qué... qué hostias...?

No es capaz de articular la pregunta. Pero no importa: Héctor, aún más sorprendido que ella, no habría sido capaz de articular la respuesta.

No los oye bien. Se han alejado unos metros para discutir a gusto.

—No tenía previsto escribir ese artículo, no te manipulé, no fue premeditado...

—¿Seguro?! —ha dicho la otra muy flamenca—. Pues yo creo que eres un...

¿Mamón? ¿Maricón? ¿Mejillón?

No es fea, pero debería maquillarse, a partir de cierta edad la piel no perdona... Y vestir mejor. Pero el pelo que lleva me encanta. Lo que no entiendo es por qué cada segundo que pasa cojea más..., qué curioso. Pues así no va a encontrar marido, porque anillo de casada no lleva: los hombres para esas cosas lo tienen muy clarito, ellos pueden estar panzones y tirarse pedos en la cama, pero nosotras tenemos que ser perfectas. Este mundo no es justo...

—¿A qué hostias has venido a esta casa?!

—Lo mismo podría preguntarte yo.

El que es guapo es el otro, el jovencito. Qué *salao*, qué buen mozo, qué maravilla de yerno.

—¿Aquí las preguntas las hago yo!

Míralo, míralo cómo está expectante, atento por si tiene que intervenir para proteger a la que sin duda es su jefa. Aunque no creo que le haga falta: será coja, pero no parece tenerle miedo a nada. Esta mujer los tiene bien puestos. Normal que esté soltera.

—¿Ah, sí? ¿Y puede saberse por qué solo tú haces las preguntas?

—Porque tú eres un... —¿Mostacho? ¿Marimacho? ¿Mamarracho?—. Y yo soy policía, ¿te queda claro?

Entonces, ¿es policía?! Pues con esa pierna no sé yo cómo va a perseguir a los delincuentes... Menudo espectáculo están montando, qué dirán los vecinos... Creo que voy a hacerlos pasar a casa. Pero cualquiera se mete ahí en medio ahora, los dos gritando y moviéndose arriba y abajo... ¡Ay, madre

mía que la cojita casi se cae! ¿Debería sacarle una silla para que se siente y pueda descansar?

—¡Menos lobos, Caperucita! ¿Llevas una orden judicial en el bolsillo que te autorice a interrogarme?

El señor Santos se ha llevado los pulgares a la tirilla del pantalón y se lo sube con fuerza, como queriendo decir: aquí yo soy el hombre. Pero el valor le dura poco..., menudo genio tiene ella..., qué envidia. Y además parece lista.

—Te voy a meter la orden judicial por el...

Normal que sea solterona, con ese vocabulario... Y es una lástima, porque fea no es. Pero se la ve poco aseada, una mujer como Dios manda no sale de casa con un lamparón de aceite en los pantalones. Si, total, son cinco minutos, esas manchas con un poco de agua tibia y vinagre con amoniaco salen enseguida.

—Si te cruzas en mi camino o entorpeces la inves... —¿Qué ha dicho?—, desearás no haber nacido. Cretino.

Sí, le grita, le insulta, pero pone unos ojillos... Estos dos han tenido algo. Seguro. Si conoceré yo a las mujeres... Somos unas idiotas: cuando un hombre no te importa, no lo miras con ese rencor. Por muy malas pasadas que te haya jugado.

—Inspectora Carreras, ¿me está amenazando?

¡Ay, Dios mío que le pega un bofetón! ¡Esta mujer le pega un bofetón!

—Claro que te estoy amenazando, pedazo de...

¿Piedra? ¿Hiedra? No, ha dicho «mierda», ha dicho «mierda»... Qué cara se le ha quedado al pobre señor Santos.

La dueña de la casa ha salido con lo puesto, sin abrigo. Y hace frío. Pero por nada del mundo piensa entrar hasta que acabe el espectáculo. No puede dejar de escuchar. De mirar. Le pasa lo que nos pasa a casi todos: cuando podemos hincar el diente en un conflicto ajeno sin que nos afecte a nosotros, nunca desperdiciamos la oportunidad.

—Vas de progre pero..., lameculos..., cagón...

Ese instinto es tan fuerte que difícilmente somos capaces de resistirnos.

—Antes de hablar conmigo, lávate la boca con aguarrás.

—Que se lave la boca tu... madre, cabronazo.

Mucho insultarle, señora policía, pero a mí no me engañas: a ti te gusta el señor Santos.

Escucha a tu público, Claudia. Aunque no tenga estudios, conoce un secreto

que tú ignoras: una de las cosas más difíciles de esta vida es llegar a saber lo que realmente te gusta. No lo que crees que te gusta, sino lo que realmente te gusta.

—¡Sí, lárgate con el rabo entre las piernas! ¡Rata cobarde!

Yo no seré policía ni tendré estudios, pero esas cosas las veo. No hay más que mirarle la caruchita que se le ha puesto viéndolo alejarse... Y yo diría que a él la cojita también le gusta un poco, aunque sea una malhablada. Me da a mí en la nariz que estos dos acaban juntos.

¡Cuidado, Claudia! ¡No escuches ahora a tu público, se ha pasado de frenada! La dueña de la casa es demasiado atrevida. Como no tiene estudios, desconoce algo que quizás tú, que eres una buena policía, sí sabes: el futuro no se predice, se recuerda. Por eso los amnésicos no pueden imaginar lo que vendrá.

Sí, algo me dice que estos dos acabarán juntos...

Por eso los amnésicos están libres del pecado de soberbia. Porque el futuro no existe... más que en nuestra memoria.



Esa mujer la pone nerviosa. Husmea, lo observa todo, paseándose con las manos a la espalda. De vez en cuando toca algo. En silencio. Y de repente hace una pregunta, sin mirar a la cara mientras le respondes, como dejándote ver que la pregunta es solo una excusa, porque en su cabeza algo muy gordo se está fraguando.

—¿Dónde está la habitación de Matías?

—Al fondo del pasillo. Espere y le acomp...

—No, usted quédese aquí. La encontraré. Soy policía.

¿No debería tener una orden judicial para hacer este tipo de cosas? Pero bueno, cualquiera se la pide... Y lo más curioso es que ahora no cojea..., qué cosa más rara.

—Señora, dígame por favor cuál es su DNI. Y el de su hijo.

Y este buen mozo, todo el rato cara a su ordenador portátil. Tan concentrado, tan serio. Qué bien planchada lleva la camisa, y qué bien la luce..., aunque claro, con esa percha, cualquiera.

—Su número de teléfono, por favor. El fijo y el móvil.

—Solo tengo móvil. Hoy en día tener fijo es un gasto...

Claudia ha regresado a la cocina. Con el dedito toca el borde de un perol que hay en el fregadero, como queriendo decir: «¿No es usted un poco guarra?». Y ella, cuya única riqueza es su aseo, se defiende por dentro: «Señora inspectora, ayer, con todo el trajín, no tuve tiempo de fregar la cena, pero es la primera vez que me pasa en la vida. Sea comprensiva, me fui al hospital a llevar a mi hijo..., a llevarlo a morir».

—¿Era suyo? Los teléfonos coinciden. —Claudia ahora observa una fotocopia pegada en la nevera con un imán: es la foto de un gato, extraviado.

—Sí, a Matías le hacía mucha compañía. Pero un día se escapó y ya no lo volvimos a ver. Y eso que empapelé el barrio con ese panfleto.

No me extraña que no lo recuperaseis: este cartel de mascota desaparecida tiene tantas faltas de ortografía que parece escrito por la mascota.

—Entiendo... Y Matías se quedó sin su minino.

Bruno levanta la vista del ordenador para observarla: la inspectora es una artista psicológica, ¡qué capacidad de desestructurar la estabilidad emocional del interrogado! Y como gesto reverencial, el joven se alisa la pechera de la camisa. Cuyo tamaño recuerda a la meseta castellana.

No, Bruno, te equivocas: la inspectora no es una artista psicológica. La inspectora es una cabrona llena de dolor.

—Entonces, la única razón por la que conoce al señor Santos es el reportaje que él le hizo a su hijo. —Se sienta frente a Concha a la mesa de la cocina; por fin...

—Sí, eso es.

—Y él ha vuelto hoy porque quiere hacer una segunda parte en la que se narre la muerte de Matías.

—Pues... pues sí..., ¿hay algo malo en eso? ¿Es... es ilegal?

—Inspectora, ¿me permite un segundo? —Bruno se levanta para dirigirse a la puerta.

—Dime.

Están fuera, en la acera.

—Esta mujer creo que nos ha dicho la verdad. No ha tenido contacto con los Valls, su línea de teléfono no tiene llamadas sospechosas de ningún tipo. De hecho, casi no tiene llamadas... Sus dos cuentas bancarias están impolutas, literalmente: sumadas, su saldo no llega a mil euros. Y ningún movimiento extraño. Por supuesto, podría manejar dinero en efectivo y comunicarse por

locutorios, pero creo que está limpia. Organizar el secuestro de la víctima a través de sicarios, estoy convencido de que le viene un poco grande.

Claudia se limita a asentir. Y a contemplar el vaho que la humedad y el frío prenden en su aliento. Agradece la información, pero es redundante: hace rato que tiene claro que ni esta mujer ni el lisiado de su hijo han tenido nada que ver con el secuestro de Lara. Él no hubiese podido. Y ella no hubiese ni podido ni querido. Es una buena persona.

—Volvamos dentro.

Lo que no tiene claro, lo que sigue atronando en su cabeza, es otra cosa: ¿por qué los secuestradores eligieron a Héctor?

—Concha, ¿está usted segura de que Matías no conocía de algo al señor Santos? Me refiero a antes del reportaje, antes de quedarse..., bueno, ya sabe.

—No, no se conocían. Al menos, Matías nunca me habló de él. Además, el señor Santos me lo hubiese dicho... —Recapacita; y mira a Claudia, que se apoya contra la pared de su cocina, con peinado de peluquería pero cara de mujer abandonada que intenta hacerse la fuerte..., y se apiada de ella—. Héctor es un buen hombre, y es sincero. Tan solo quería ayudar a Matías, y ahora tan solo quiere ayudarme a mí.

Equivocadamente, interpreta la crispación en el rostro de Claudia como iluminación. Y se lanza:

—Inspectora, supongo que tendrá sus razones, pero a un hombre no se le debe hablar así..., así como usted le habló antes al señor Santos. Ellos tienen su orgullo, y que los insulten en público les duele mucho.

De repente Claudia no sabe si el escozor de su entrepierna es debido al sexo de anoche o al desprecio que le produce el maldito patriarcado que habita.

—Además, el señor Santos es una buena persona...

¿Para qué han servido tantos años de lucha feminista en este país? ¿Para pagar a medias en los restaurantes?

—... A mí me ha ayudado mucho en este trance, mucho.

Claudia calla. Sabe que ahora debe gestionar su rabia en silencio. Se acerca a un calendario de pared con treinta años de retraso. «Bar Bolos. 1987.» Y arranca una hoja. Y muy despacio, sobre la mesa de la cocina, hace con el mes de agosto un avión de papel. De los afilados. Un reactor. Qué aerodinamismo... Los seis ojos observan cómo planea perdiéndose tenue en el

oscuro pasillo. Como si él también quisiese hacer un vuelo de reconocimiento sobre la habitación de Matías.

Esta mujer está poseída. Lo que acaba de hacer, y esa cojera que va y viene lo demuestran...

Concha se santigua.

La inspectora es un genio. Técnicas de juego psicológico para desestabilizar al interrogado...

Bruno se alisa la pechera de la camisa.

Los dos se equivocan: al hablarle de Héctor en esos términos laudatorios, Claudia ha tomado conciencia de que sus próximas semanas van a ser muy duras. Y con ese avión de papel hecho con una hoja de calendario, se ha intentado convencer de que el tiempo puede pasar volando.

—No me diga cómo es Héctor Santos. Lo conozco bien.

—Yo solo quería...

—Y le doy un consejo: aléjese de ese tipo. Solo le traerá problemas.

El silencio se vuelve viscoso. Claudia sigue paseándose por la cocina. Husmeando. Bruno teclea. Concha cada vez está más nerviosa: tener a la Policía en casa la hace sentir incómoda de un modo íntimo, obstructivo, porque algo la aprieta por dentro pero debe disimularlo. ¿O tal vez la sensación es debida a las bragas que lleva?

—¿Puedo ofrecerles algo..., un cafetito?

Se las compra en el mercadillo de El Cabañal. Con tara, tallajes pequeños. Pero son tan baratas...

—También tengo cerveza. Y agua, pero de la buena, mineral, no del grifo. Mi hijo tenía los riñones delicados.

—No queremos nada.

Ya no puede más. Explota.

—Si han venido por lo de esta mañana en La Fe, ¡yo soy la madre de Matías, tenía derecho!

—¿De qué me habla?

—Pues... pues... —Se está asustando por momentos: lo del avión de papel deja claro que esta policía no está en sus cabales; decide soltarlo todo, quitarse las bragas—. El responsable del teatro que hemos montado para conseguir la grabación fue el señor Santos. —La pobreza forja fidelidades débiles—. Yo no quería, yo no quería... —Amores débiles—. Yo no quería, pero él me dijo que se iba a hacer pasar por mi abogado y...

—¿A qué grabación se refiere?

Concha se lo cuenta. Y Claudia, con el dedo índice, indica a Bruno que la acompañe.

—Vete a La Fe ahora mismo. —De nuevo en la acera, observa su vaho—. Habla con la responsable de Atención al Paciente. Consigue la grabación, la visionas y me haces un informe. Lo quiero esta tarde.

Ahora que se ha ido Bruno, sentadas en esta cocina setentera, constituyen una naturaleza muerta. Estilo transición democrática. Al bodegón solo le falta la perdiz, la sardina, el aguamanil y una foto de Suárez. El presidente en blanco y negro, y muy guapo. Con su sonrisa de «Cuidado, solo con mirarme te puedes quedar embarazada».

—Yo hice lo que el señor Santos me dijo.

Pero Claudia todo eso no lo puede ver, porque ella forma parte del bodegón.

—Si tiene que detener a alguien, vaya a buscarlo a él.

Y cuando estás dentro de la pintura, no ves la pintura.

—Yo no sé *na*, soy una *mandá*, una *mandá*.

Cuando estás dentro de la pintura, todo está tan cerca que no lo distingues. O lo ves deformado. Como abrir los ojos para ver los ojos de quien te está besando: solo contemplas un cíclope.

—No he venido por lo del hospital de esta mañana.

—Y... entonces..., ¿por qué ha venido?

—Para hablar de Matías.

—¿De... Matías? Pero si el pobre ha muerto...

—Vengo a hablar de su pasado. De su pasado como violador.

Muy bien, Claudia. Tacto, mucho tacto.

—No..., no diga eso...

Como en estos momentos piensas que tu vida es una mierda, ¿tienes que destrozar la de todo el que te rodea?

—No diga eso..., por favor...

¿O tu tacto se debe a que a esta mujer le cae bien Héctor?

—Matías no... no era un violador... —Ahora las bragas sí que le aprietan, tanto que rompe a llorar desconsoladamente—. Él... él era una... una buena...

—Silabea; y llora, llora incluso más que cuando vio a su hijo muerto—. Era una buena persona... —Por supuesto que llora más, porque esto le duele más: premio para Claudia—. La culpa fue de ella...

—A ver, señora, la sentencia judicial consideró probados varios delitos. En primer lugar, allanamiento con fuerza de la casa de la familia Valls; en segundo lugar, robo, y en tercer lugar, el delito más grave: intento de violación de Lara Valls. —Sí, llora, se te ha muerto el hijo..., pero menudo hijo—. La víctima tenía tan solo dieciséis años.

—Matías era un buen chico..., ella sí que era mala, lo engatusó...

Claudia puede ver cómo, en el interior de la cabeza de Concha, su verdad va creando una realidad paralela: ella no miente. Ella se engaña.

—¿Qué quiere decir con que lo engatusó?

—Él era su profesor de Biología. —Se limpia las lágrimas con el paño de cocina—. En esas edades, en el bachillerato, las chicas se encaprichan de los profesores guapos..., es normal..., pero esa muchacha era diferente..., era mala..., esa víbora embaucó a mi pobre Matías...

El llanto arrecia. Como siempre, Claudia toma con pinzas la información proporcionada por la testigo. No es que crea que miente, es que sabe que un recuerdo tiene tantas versiones como personas que lo recuerdan.

—Matías era bueno..., era bueno...

Y si es una madre recordando a su hijo muerto, ni te cuento.

—Él no hizo jamás daño a nadie...

Yo creo mis recuerdos. Y mis recuerdos me crean a mí. Y así, con ese sutil sabotaje, nuestra mente nos ayuda a morir en paz.

—¿Tuvo su hijo algún tipo de contacto con Lara Valls tras el juicio?

—No..., que yo sepa ninguno...

—¿Alguien vino a ver a Matías, a preguntarle por esos hechos del pasado?

La duda sigue atronando en su cabeza: ¿Por qué Héctor? No puede ser casual que el mismo periodista que acababa de publicar un reportaje sobre el hombre que violó a Lara años atrás fuese elegido por los secuestradores para contactar con la Policía.

—Nunca..., por aquí ya no venía nadie, ni sus amigos... Todo el mundo fue desapareciendo cuando él se quedó..., cuando se quedó...

No puede ni hablar. Claudia se siente incómoda. No le apetece consolarla, no le nace, porque los violadores le dan mucho asco y esta mujer ha parido uno. Pero el silencio, cuando es tan solo roto por el llanto, le parece una agresión.

—Matías era bueno..., amaba su profesión, trataba bien a todo el mundo, era muy trabajador...; él jamás habría violado a esa chica.

La inspectora sabe que esa conclusión es absurda. Propia de quien juzga una guerra desde tiempos de paz.

—¿El señor Santos alguna vez habló de esto con Matías?

—No, él no sabe nada..., no sabe nada del pasado de mi hijo...

Hunde la cara entre las manos. Esas manos hinchadas de tanto fregar. Ahora sus lágrimas también huelen a lejía.

—Por favor, no se lo diga, no le cuente todas esas mentiras de la violación... —Sus ojos, embotados, anegados en llanto, suplican a Claudia—. No le diga nada, ese reportaje..., ese reportaje es todo lo que Matías dejará en este mundo, no quiero que la gente lo recuerde así..., como un violador...

Jenny es feliz: ayer consiguió su seguidor número 5.000 en Instagram. Su talla 120 de pecho ayuda, y su estilazo, y su metro ochenta de estatura, pero sobre todo, lo que más ayuda, es trabajar. Trabajar incansablemente hacia su objetivo. Ser una *influencer*.

Para lograr reinar en las redes sociales su estrategia es clara: sube su vida a Instagram. Toda, cualquier cosa que hace. Que si me tomo un batido, que si el pelazo hoy me ha quedado estupendo, que si voy en bicicleta, que si la puesta de sol es una pasada, que si este salmón cocinado con la Lékué está riquísimo, que si estos pitillo bien ceñidos me sientan de cine... ¿Por qué lo hace? No para que todos vean lo que está sintiendo. No, qué va, no es por eso... Es mucho más triste: solo siente cuando sube fotos a Instagram. Saber que otros saben que existo. Con miles de desconocidos, pero siempre expuesta, nunca en soledad. Lo que la pobre no sabe es que si con veintitrés años llevas esa existencia tan ficticia, tan hiperconectada, tu futuro es muy negro. Porque acabas solo cuando de joven no entrenaste la capacidad de estar solo.

—Ponme el de siempre.

Le encanta cómo este chico le prepara su batido verde *detox* preferido. Y también cómo la sueña desnuda. ¡Pobrecillo, se le nota tanto! Aunque la verdad es que las mallas de *fitness* que lleva no dejan mucho espacio para soñarla desnuda...

—Aquí lo tienes, sultana. Hoy invita la casa.

Él también la sigue en Instagram. Qué invento... Ya no se imagina su vida sin la aplicación. De hecho, la aplicación es su vida. Pero una vida de alguien que ella no conoce: para convertirse en su yo de Instagram, Jenny tendría que emprender un viaje muy largo. Muy muy largo. Lleno de libros con los que se fotografía pero no ha leído. Lleno de gafas de vista sin cristales a las que tendría que poner cristales graduados. Lleno de bótox y de cirugía que compensasen los filtros y el Photoshop. Lleno de felicidad real que

compensara la felicidad cosmética... Y después de ese viaje tan largo, tal vez Jenny se pareciese un poco a la Jenny de Instagram.

—¡Hola, *amore!* ¡Ya estoy en casa!

Antes a Bruno le llamaba «cari». Pero desde que se ha apuntado a italiano prefiere «*amore*». Y es que la Jenny de Instagram es tan imbécil que cree que hablar idiomas y viajar mucho es ser cosmopolita.

—*Amore!* ¡¿Dónde te has metido?!

Deja caer la bolsa de deportes y se dirige al salón.

—Pero... pero... ¿por qué lloras?

Bruno está en el sofá. Frente al televisor. Con los codos sobre las rodillas y tapándose la cara: no le gusta que su chica lo vea así. Débil. Derrumbado.

—No sé si sirvo para este trabajo...

—¡Pero, *amore!* ¡¿Qué tonterías dices?!

—No sé si sirvo...

—A ver, cuéntame. —Otra vez con sus historias..., menudo flojeras—. ¿Qué es lo que pasa?

Él está ofuscado. Balbucea.

—Lo que pasa..., lo que pasa es que vivimos en una burbuja, Jenny... Somos jóvenes, tenemos salud, dinero, no nos falta de nada..., nos creemos inmortales..., pero ahí fuera hay un mundo donde la gente es mortal. Y sufre..., sufre mucho. Yo creía que con este trabajo podría ayudarlos..., pero no sé si sirvo, no sé si sirvo...

—¡Deja de decir idioteces! ¡Eres el mejor policía que existe! —Se sienta a su lado y le acaricia la nuca: ¿una foto consolando al moñas de mi novio incrementaría los *likes*?—. Cuéntame qué ha pasado.

—Lo que ha pasado es esto...

Se enjuga las lágrimas. Intenta rehacerse. Y pone el DVD. Y ella, como una buena novia, ve el vídeo. Con su *amore*. Y le chirrían los engranajes: la Jenny de Instagram no ve esta clase de cosas. La otra, ni se acuerda, pero la Jenny de Instagram no: la Jenny de Instagram siempre es feliz.

—Pero... pero... ¿esto qué es?

—Mi jefa me ha encargado que haga un informe. Que le diga lo que pasa en este vídeo..., y lo he visto cien veces, pero yo no veo nada, no veo nada excepto... —De nuevo le brotan las lágrimas; pero esta vez de un modo sereno, casi consciente—. Excepto a un pobre diablo suicidándose.

Ella no sabe muy bien cuál debe ser su papel en esta situación. Porque ella

es la Jenny de Instagram, y la Jenny de Instagram no vive situaciones así.

—*Amore*, estas cosas pasan... En todos los trabajos hay momentos más divertidos y otros menos divertidos. —Pero si nunca has trabajado, ¿cómo sabes eso?!—. Piénsalo por el lado positivo: la vida es como una caja de bombones, nunca sabes el que te va a tocar.

Un idioma debe conocer sus limitaciones. El inglés no sirve para el amor. El francés no sirve para la ingeniería. El alemán no sirve para la música. El español no sirve para la filosofía. Y en boca de españolas como Jenny, todavía menos.

—Si tienes razón, pero la verdad..., he estado pensando, ya sabes la ilusión que me hace tener niños, corazón, pero...

—Corazón no, te lo tengo dicho: *cuore*. Y ahora no creo que sea el momento de volver a hablar del temita de los niños.

—No, escúchame, si lo que quiero decirte es que creo que tienes razón... Desde que he empezado a trabajar no tengo nada claro, no sé si quiero traer a este mundo tan podrido a una criatura indefensa...

—Pero si ya te lo decía yo, *amore*, pero como no me escuchas... ¡Y no llore más, agente! ¡Es una orden de su capitana!

Y tener que escuchar esto con la murga que me ha dado... Bruno lleva un año pidiéndole que tengan hijos ya, ahora que son jóvenes. Y ella que no y que no. No estoy preparada: ser madre es algo muy importante, todavía no es el momento. Y él que sí y que sí. Siempre hay algo más urgente que hacer, o más divertido o más... Si esperásemos a estar preparados para tener hijos, nunca tendríamos hijos. Y ella entonces se calla, porque si le replicase, tendría que replicarle la verdad: jamás tendré hijos, ni contigo ni con nadie. Porque ella no piensa renunciar a su tipín, ni piensa permitir que se le descuelguen sus fantásticas tetas, ni dejar de tener tiempo para la manicura, el yoga, la peluquería... Tan solo para traer al mundo renacuajos que no hacen más que mearse, llorar y dar trabajo. Además, este hombre es tan nenaza que seguro que pedía una excedencia en el trabajo para ayudar a los niños *fulltime* con sus deberes, ¿de qué vivirían entonces?! La carrera profesional de una *influencer* es muy voluble, necesita a su lado alguien que aporte estabilidad económica...

—Menos mal que te tengo a ti..., capitana...

Ya sabe lo que él necesita ahora: lo que a ella mejor se le da.

—No sé qué harías si no estuviese yo aquí para cuidarte... —Lo besa, coge

el mando y desconecta el DVD, y después le baja la bragueta y agarra el otro mando—. Tú deja que tu *amore* se encargue de todo...

A Bruno le pasa lo que le pasa siempre: cuando Jenny lo roza, se le olvida el mundo. Y es que su chica tiene una gracia para estas cosas...

—Sigue haciendo eso con la lengua, no pares, no pares, no pares, corazón...

—*Cuore*, te lo tengo dicho, *cuore*.

Y él se anima. Vaya si se anima... Se anima tanto que quiere pasar a tener un rol un poco más activo.

—No, déjame a mí, *amore*, yo te lo arreglo... Es que tengo la regla.

—Pero... ¿no la tuviste la semana pasada?

—Esas cosas... —No se le entiende bien, tiene la boca llena—. Las mujeres somos así.

Qué lástima, este momento no es nada instagrameable, con lo que se lo está currando...

—No pares, no pares...

Cuando todo acaba, ella va a limpiarse, y él aprovecha para poner música: ni se acuerda de tetrapléjicos que se suicidan mirando a la cámara. Y todo gracias a Jenny..., la quiere tanto.

—¿Quiénes son estos que suenan?

—Los Rolling, *cuore*, ¿a que te gustan? Un grupo inglés, son fantásticos. —Mientras él habla, ella lo abraza, coge el iPhone, posa y hace un *selfie* de pareja enamorada—. Son coetáneos de los Beatles, pero ellos siguen en la cresta de la ola.

El pobre Bruno no sabe que se ha buscado una novia que desconoce el significado de la palabra «coetáneo».

—Si tú lo dices..., a mí me parecen un poco viejunos.

Y la pobre Jenny no sabe que se ha buscado un novio que cree conocer el significado de la palabra «coetáneo», pero también lo ignora: nadie es coetáneo de nadie, Bruno. Cada uno lleva dentro su maldito reloj interior.

Tic tac. Tic tac.

Marcando tu propia hora, tu propio tiempo... Sí, eso es algo que él desconoce. Pero tranquilo, Bruno, muy pronto verás la luz.

—Voy a ducharme, *amore*. Nando me ha dejado baldada.

—Tendré que hablar con él, si sigue maltratando así a mi chica, se las tendrá que ver conmigo. —Y se miran como dos tortolitos—. Las cervicales, ¿bien?

—Geniales, hoy hemos practicado dos posturas específicas para destensarlas.

A Bruno le encanta que Jenny se lleve tan bien con sus amigos. Desde el principio se ha adaptado a la pandilla. Ella es tan simpática con todo el mundo... Y además, gracias a ese buen rollo se ahorran dinero: Fernando, su mejor amigo desde preescolar, la entrena gratis en su casa tres tardes a la semana. Eso del pilates por lo visto hace maravillas, desestresa un montón.

—Déjame, tonto, no seas glotón, que ya has tenido lo tuyo... Me voy a la ducha, hoy he sudado de lo lindo.

Bruno la escucha cantar bajo el chorro de agua. Y se siente el rey del mundo. ¿Tendrá algo que ver con haber eyaculado hace escasos minutos? No, qué va, él es inmune a esa trampa bioquímica de nuestro cerebro: lo que siente es amor.

—¡Voy a poner una lavadora! ¡¿Tienes ropa sucia?!

—¡No te oigo!

—¡Nada, da igual!

Menuda locuela, nunca sabe dónde tiene la cabeza... Sí, es verdad, Jenny a veces es demasiado atolondrada. Y muy candorosa. Una inocentona. Y eso la gente lo malinterpreta. Sin ir más lejos, la madre de Bruno le ha aconsejado que se lo piense bien, porque según ella su novia no es la chica más lista del barrio... Pero su madre siempre ha sido un poco bicho. De hecho, papá cada Nochebuena cuenta el mismo chiste: «Vuestra madre estas Navidades tampoco ha ido al mercadillo medieval: tiene miedo de que la quemén por bruja». ¡No ven que su novia tiene virtudes que suplen de sobra sus carencias! Es elegante, sexi, cariñosa, amiga de sus amigos, tiene valores... Además, su ingenuidad genera situaciones muy graciosas, y la risa es fundamental para la estabilidad de una relación. Bruno aún recuerda la primera vez que fue a casa de Jenny: ella llevaba un año dejando la colección de *stiletos* sobre la caja de un zapatero de Ikea sin montar, porque creía que el mueble era así. Lo que se pudo reír esa tarde..., y luego, claro, hicieron el amor.

La inspectora me va a matar: son las seis y aún no le he enviado el informe.

Sale a la galería con la ropa sucia y la mete en la lavadora. Al pasar por el vestíbulo, ve la bolsa de deportes de Jenny. La abre y saca los vaqueros y la camiseta con los que ha ido a casa de Nando. Están sudados, los lavará. Qué raro, estas braguitas no son las que suele usar cuando tiene la regla... Lo dicho: una locuela despistada que no sabe dónde tiene la cabeza. Las meterá

también en la lavadora. Vuelve a la galería. El sol ya se ha escondido, en invierno oscurece pronto. Vacía los bolsillos del vaquero de su novia: clínex, monedas, tres horquillas para el pelo... Y en medio de la noche, la verdad emerge. Fuerte, poderosa, vieja. Bien iluminada. Como columnas en Roma.

¿Una funda de preservativo? ¿Vacía? ¿XXL? ¿Qué hace en el vaquero de mi novia una funda de preservativo vacía XXL?

Eres policía, Bruno, espabila.

No, no puede ser..., me estoy precipitando. Cuando acusas de cosas importantes, debes tener pruebas importantes.

Pues más de una diría que el tamaño de este condón es una prueba importante...

Y de nuevo rompe a llorar. Porque Bruno no es virgen a las heridas de la vida. Pero sí es virgen a la idea de que puedan herirlo.



Ramón escucha, incapaz de hablar: no puede apartar la mirada del peinado de Claudia. Obnubilado, deja volar la imaginación, y se olvida del trabajo...

—La verdad es que en el colegio no se habla de otra cosa. Los medios de comunicación están aireando el asunto de un modo tan sórdido... Bueno, a mí es lo que me cuentan mis profesores, porque yo en casa no tengo televisor, no sé si se lo había dicho, inspectora.

¿En serio no tienes televisor?! En cinco minutos de conversación es la tercera vez que lo mencionas, pero la noticia sigue produciéndome el mismo efecto: olé. Esto es un intelectual y lo demás son tonterías.

—Esa chica me da mucha lástima. Primero, lo que le sucedió cuando era nuestra alumna, y ahora esto, un secuestro...

Claudia observa al director del colegio Jesús y María. Profesor de Latín. Fumador en pipa. Con facciones demasiado pequeñas para su rostro, como si al montar el muñeco sesenta años atrás, el juguetero hubiese confundido las tallas.

—Inspectora Carreras, hágame un favor —sus minúsculos ojillos se entornan, y su boquita entristece—, transmítale a la familia de Lara mi dolor. *Ab imo pectore.*

Para que luego digan que el latín no es importante... Hay que ser una sociedad muy enferma para eliminarlo de los planes de estudio.

—¿Qué tal era Matías como profesor?

—Ya se lo he dicho: Matías nunca causó ningún problema, los alumnos estaban muy contentos con sus clases de Biología. Era un chico serio y responsable, a nivel personal y profesional. Nunca se me pasó por la cabeza que tenía en mi claustro a un violador.

Se siente un poco extraño hablando bien de alguien tan malo.

—Inspectora, yo soy padre de tres hijas. Sé lo que se sufre cuando empiezan a salir por la noche, sé la inquietud que se siente cuando empiezan a tontear con los chicos..., y no sé, pero puedo imaginármelo, el sufrimiento por el que estarán pasando los Valls. Pero le aseguro que en las reuniones que tengo con los padres, intento transmitirles que no se puede criar con miedo. Porque entonces crías seres miedosos.

Gloria in eternus. Él es rancio. Casposo. Pero también sabe ser moderno. De joven, en la cuadrilla, era popular por cantar las canciones de Bob Dylan en latín y por la libertad con la que se criaban sus hijas. Nunca fue un padre sobreprotector. En el viaje a Yellowstone, cuando a las niñas las atacó un oso, dejó que se enfrentaran solas al problema.

—¿Conocía al doctor Valls personalmente?

—Al doctor muy poco, pero a su esposa bastante. Él no venía mucho por aquí, pero ella sí que mostraba interés por todo lo concerniente a su hija. En esa época aún vivían aquí al lado. En un pisito de la calle Lepanto.

—¿Qué impresión le causó la señora Valls?

—Se preocupaba por la educación de su hija. Venía a las reuniones docentes, participaba en las actividades escolares..., aunque la verdad es que Lara era una niña muy buena, muy dócil. No daba ningún problema. Hasta que...

Se refugia en su pipa.

—¿Hasta qué?

—Lara, al cumplir los doce, se transformó, de un modo que..., la verdad, llamó la atención.

—¿A qué se refiere?

—Pues que se hizo mujer..., y qué mujer. *Ad splendidum nitentis.*

La inspectora sufre un retortijón: Ave, César, los que van a morir te saludan.

—De ser una niña normalita pasó a ser una adolescente gloriosa. Lo típico, la crisálida da paso a una mariposa. A una verdadera belleza. Pero... *natura*

nihil frustra facit.

El director interpreta la cara de asco de Claudia como le da la gana: tu conocimiento es arcano y al alcance tan solo del hombre sabio; te admiro, oh, gran maestro.

—La naturaleza no hace nada en vano. Todo ese esplendor vino acompañado de un cambio de carácter..., un cambio..., cómo diría..., *tenebrosum*.

—¿*Tene... brosum*?

—Sé que es una palabra dura, pero no se me ocurre otra mejor. Se volvió una joven muy introvertida. Dejó de relacionarse con sus compañeras, dejó de reír, de jugar en el recreo... Se volvió muy solitaria, siempre en un rincón.

—¿Habló de esto con sus padres?

—Por supuesto, el cambio de carácter fue tan radical que a todos los profesores nos llamó la atención. Hablé con el matrimonio Valls y les sugerí que debían llevar a Lara a un buen psicólogo. Cuando aún no se ha entrado en la edad adulta, pero ya se ha abandonado la niñez, el adolescente habita un páramo..., una *terra nullius*. —Cierra los ojos, ensueña, como si el mismísimo Plinio le estuviese susurrando al oído—. Una tierra de nadie emocional proclive a crisis internas, crisis que es importante resolver a tiempo para que no dejen secuelas.

—¿Qué le contestaron los Valls?

—Pues me sorprendieron, porque le quitaron importancia al asunto. Me dijeron que ellos se encargarían. Los llamé por lo menos cuatro o cinco veces, intenté convencerlos, hablamos en este mismo despacho...

Insiste con vehemencia sobre la cuestión, como para dejar bien claro que es un hombre que sabe ponerse en su sitio cuando toca.

—Yo hice mi trabajo, me puse serio...

Pero es tanta la vehemencia que lo que deja claro es el mensaje contrario.

—¿Con qué resultados?

—Pues la verdad, muy pocos. La última vez que los llamé por teléfono para tratar el asunto se negaron a venir a hablar conmigo. Insistieron en que ellos se encargarían. Y Lara no mejoró. Hasta que abandonó el colegio, su carácter siguió siendo... oscuro.

O sea, *tenebrosum*.

—Cuando sucedió el incidente con Matías y la denuncia fue interpuesta, el colegio por supuesto reaccionó de inmediato, nuestra reputación estaba en

juego. Él fue despedido en el acto. —¿Por qué no ha dicho *ipso facto*?; qué gran oportunidad perdida...—. Pero los padres decidieron sacar a Lara del colegio para que superara mejor el trauma. Por aquel entonces, al doctor Valls económicamente las cosas le habían ido muy bien, ya vivían en Campolivar, y prefirió llevar a su hija a un centro cerca de casa. Y es comprensible, yo seguramente hubiese hecho lo mismo.

—Sí, es comprensible...

Y surge el gladiador que lleva dentro: ¿ese tono irónico es una crítica al colegio que dirijo?

—Inspectora, cuando todo eso pasó, la institución a la que represento sufrió una feroz crítica por parte de los medios de comunicación. Pero tras el juicio quedó claro que no tuvimos ninguna responsabilidad en lo sucedido. Matías no había mostrado ningún indicio previo de comportamiento anormal; Lara no denunció ningún tipo de acoso, ni a nosotros ni a sus padres, y cuando supimos lo acaecido actuamos con diligencia.

El rostro escéptico de la mujer que tiene enfrente lo obliga a alzar mentón. Sacar pecho. Fruncir ceño. Guardar la pipa y sacar la artillería pesada: ¡armen catapulta!

—Contésteme a una pregunta, inspectora. ¿Sabe por qué los puentes de los romanos han durado tanto tiempo?

—Ni idea.

—Yo se lo diré: porque obligaban a sus ingenieros a dormir bajo ellos la primera noche tras inaugurar la obra. —Su minúscula boquita sonrío, minúsculamente satisfecha—. Mis tres hijas estudiaron en este colegio. Y ahora estudian aquí mis nietos. Somos una institución seria.

Cada vez que visiona el vídeo, las imágenes se mezclan con conversaciones del pasado, con lecturas, con vivencias..., y ese maremágnum precipita la catástrofe. Ahí viene. Ya está aquí. Héctor nota cómo se le echa encima, con el ímpetu con el que se te echa encima un alud. Estoy solo. Debajo de todo lo que haces en la vida, todo lo que piensas, todo lo que experimentas, está esa sensación de vacío, de terrible y eterno vacío, que no te abandona jamás. Soy un ser nacido para la muerte, que está solo.

Se levanta y va a la cocina. A prepararse un *gin-tonic*. Está siendo un día duro... Por la mañana, el encuentro con Claudia. Y ahora esto: cuando vuelve a sentarse delante del ordenador, ahí los tiene de nuevo. Los ojos de Matías. Con el zoom ha conseguido que ocupen toda la pantalla. Los mira, y ellos lo miran. Se analizan mutuamente, como si fuesen dos espeleólogos de miradas enfermas, dos oftalmólogos de conciencias negras. Enfrentados en un duelo profesional, pero cada uno desde un lado de la línea. Porque Matías la cruzó anoche. Voluntariamente, pasó al otro lado.

Héctor vuelve a visionar el vídeo para examinar justo eso, el momento exacto en el que Matías cruza la frontera. Y al ver al pobre chico sacarse la aguja, agonizar, los últimos estertores..., él vuelve a notarlo. Un alud de soledad. Y hace lo que lleva haciendo toda la vida ante esa brutal avalancha, lo que hacemos todos: intenta aturdirse. Por eso se casó, y tuvo una hija. Por eso lee tanto, y ha viajado, y disfruta con el arte. Por eso quiere el Pulitzer. Por eso se bebe el *gin-tonic* de un trago. Para aturdirse.



Desde que ha vuelto del colegio Jesús y María, no ha hecho otra cosa que revisar toda la documentación del caso. Pero el esfuerzo ya es inútil: son las once, está agotada.

Mañana será otro día...

Apaga el ordenador y coge el bolso. Aplaca la mala conciencia metiendo dentro la fotografía de Lara.

—Buenas noches, inspectora. Estas no son horas de estar todavía en jefatura, ¿su familia no le echa la bronca?

Está tan cansada que, de pie frente al ascensor, ni lo ha visto llegar: Tano Garci.

—Vivo sola.

Subinspector de los de antes, muy facha. Se informa de la actualidad internacional en ForoCocheS. Sesenta tacos, pero aún fibroso, rígido. Recuerda a una percha de alambre.

—Será porque quiere...

Las diversas partes del rostro de Claudia no saben acomodarse a tiempo. Como actores a los que la apertura del telón ha pillado por sorpresa.

¿Este tío se me está insinuando? ¡¿A una superiora que es quince años más joven que él?!

Pues sí, Claudia, se te está insinuando. Así es Tano Garci: *echao palante*. Tan *echao palante* que lleva una relación abierta con su esposa, aunque ella no lo sabe.



¿Cuando muera... me encontrarán en este piso, como a Matías, encogido tras caerme de la cama, sin nadie que haya avisado al médico? ¿Quizás ya medio descompuesto?

Intenta encontrar la respuesta en esos ojos que lo miran desde la pantalla del ordenador. Pero no, esos ojos quieren hablarle de otras cosas.

Héctor, tranquilo, este viaje no da tanto miedo... A ti incluso te vendría bien, porque para la gente como tú la muerte constituye la última oportunidad de darle un sentido a la vida. ¿No te animas?

Ni lo escuches, tan solo haz tu trabajo, analiza el vídeo como quien analiza una plaqueta bajo el microscopio...

Héctor, ¿por qué no me prestas atención? Te voy a confesar una cosa: al morir, tan solo somos lo que queda del niño que fuimos. Por eso he cruzado la línea, para buscar refugio en el útero materno. Tú también te reencontrarás con el vientre del que saliste. ¿No te animas?

Cierra la boca, puto lisiado...

Héctor, ¡me estás haciendo enfadar! A este lado, tan solo hay dos posibilidades: o estamos solos en el universo, o no lo estamos. Y yo, desde aquí, ya podría decirte cuál de las dos respuestas es la correcta, pero no voy a hacerlo. ¿Sabes por qué? Porque ambas alternativas son igual de terroríficas. Y porque al universo le importa tu soledad más o menos tanto como a tu cáncer de hígado le importa tu hígado: nada. Hazte a la idea. Nada. Venimos de la nada y volvemos a la nada. Te lo digo yo, que sé de lo que hablo..., y tú, si te animas, lo podrías saber también.

—Dime, Paco.

—¿No tenías para mí un bombazo que me iba a dejar alucinado?

—Bueno...

—Necesito contenidos. Ya.

Ha sido una suerte esta llamada: Paco necesita contenidos, y él necesita sacarse de la mente todas las ideas truculentas que el vídeo le ha estado metiendo en la cabeza a lo largo de la tarde. Y lo curioso es que se ha puesto a trabajar en él para olvidar el encuentro con Claudia de la mañana. Por eso visionó la grabación, como terapia: la oscuridad de su vida es menor cuando hace algo. Cuando está activo. Cuando se centra en lo concreto.

—Sí, estoy trabajando en ello...

—¿Qué coño trabajando? Mándame el vídeo de una puta vez, que ya lo editaré yo.

—Te lo envío en un rato, ahora no puedo hablar.

Y le cuelga.

No debo precipitarme. Si juego bien mis bazas, esto puede darme mucho dinero. En eso es en lo que he de centrarme, en lo concreto, en jugar bien mis bazas, y dejar de pensar cosas raras...

Aparte de vendiendo el reportaje de la muerte de Matías, sabe que hay dos vías para rentabilizar el vídeo. Una es la arena política. Distribuido a través de los canales adecuados, el suicidio en directo de un gran inválido en un hospital público, después de ser abandonado durante años por parte de la Administración, es un arma política de primer orden. Los que gestionan las cloacas de los partidos pagarán un buen dinero por un material como este. Todos, tanto la izquierda como la derecha, tienen gente dedicada a sacar a la luz esta basura, siempre de un modo anónimo. Luego las redes sociales ya se encargan de acabar el trabajo, volviendo monstruosa la bola de nieve.

La segunda vía son los tribunales. Después de ver lo que el vídeo muestra,

Héctor no sabe si hay base jurídica suficiente para demandar a La Fe por falta de diligencia en la atención a un paciente. Pero de lo que sí está seguro es de que la demanda hará correr ríos de tinta, y que al final se llegará a un acuerdo económico con la familia del paciente. Su misión ha de ser convencer a Concha para que el caso lo lleve un abogado amigo suyo. Un buscavidas con el que ya ha trabajado en otras ocasiones, y que va a comisión. Comisión que se parte con él.

Héctor, tranquilo... Querías ser un Indiana Jones del periodismo, y mira en qué te has quedado: en un rascapuetas. Esa policía coja te lo ha dicho muy clarito esta mañana, ¿te acuerdas? Sí, claro que te acuerdas... Pero aún tienes una última oportunidad de alcanzar tus sueños. Porque todos, absolutamente todos, somos exploradores al menos una vez en nuestra vida: cuando morimos. ¿No te animas?

Esos malditos ojos lo están volviendo loco. Pero con cosas como las que acaban de decirle también han conseguido algo positivo: que emerja su instinto profesional. Su orgullo. Porque hay algo en toda esta historia que no le cuadra. En primer lugar, la visita de Claudia a casa de Concha, ¿para qué ha ido? ¿Para investigar la muerte de un tetrapléjico? No puede ser, las cosas no funcionan tan bien en España: Matías no hace ni veinticuatro horas que ha fallecido, y aún no se ha puesto la denuncia por negligencia. Además, Claudia es inspectora de Homicidios, no investiga suicidios. Pero entonces ¿a qué ha ido por la mañana a casa de Concha? ¿Lo habrá estado siguiendo? Por la cara de sorpresa que ha puesto al verlo, la respuesta es no.

Héctor, tranquilo... Todas las opciones que se nos presentaron han determinado nuestras vidas. Sobre todo, aquellas que no tomamos. Ahora puedes elegir, decidir tú. ¿No te aaminas?

Intenta dejar de escuchar la voz de Matías. Pero no puede dejar de visionar el vídeo donde se le ve morir: porque esa es la segunda cosa que no le cuadra. Sabe que hay algo que se le escapa. En ese vídeo, en los ojos de Matías, hay información que no sabe leer. Y su viejo orgullo de periodista de investigación, que creía ya muerto, no tolera tener información delante de sus narices y no saber leerla.

¿Qué es lo que quieres decirme...?

Viendo y volviendo a ver el vídeo, quiere morir. Pero a la vez vuelve a sentirse vivo. Como antes, como cuando era un periodista de verdad. Antes de

que lo pasara por encima el sistema como si fuese una apisonadora. Y lo transformara en el despojo que es ahora.

Héctor, tranquilo...

¡Puto tullido! ¡Cierra la boca si no es para contestar a mi pregunta! ¡¿Qué quería Claudia de ti?! ¡¿Qué esconde este vídeo?!



—Bonito peinado, inspectora.

Hay que ver lo que cunden treinta euros bien gastados en una peluquería...

—Gracias.

—No, pase usted primero, por favor.

Su gesto resulta tan galante que Claudia no tiene claro si es una guasa. Y cuando los dos están dentro y la puerta se cierra, el yo insobornable de Tano Garci se lanza: ya se sabe, un ascensor es el laboratorio más espectacular que existe para estudiar la naturaleza humana.

—Entonces, inspectora, me decía que vive sola... —Tan sutil como un toro en una tienda de cerámica, le lanza una mirada quebrada con la que intenta achicharrarla—. ¿Cómo es que no hay ningún hombre en su vida?

A Claudia se le seca la garganta. Le sudan las manos, pero no quiere sacarlas de los bolsillos del abrigo: le da mucha vergüenza que Tano Garci vea que se ha pintado las uñas.

¡¿Vergüenza?! ¡Pero ¿por qué coño estoy nerviosa?! ¡Es mi subordinado, y además, un facha machista! ¡Voy a mandarlo a tomar por culo sin contemplaciones!

—Me he tomado un descanso con el tema de los hombres.

Pues no, eso no es exactamente lo que llamaríamos mandar a tomar por culo a alguien sin contemplaciones... De hecho, lo ha dicho intentando dar la impresión de que después de ese higiénico descanso con el tema de los hombres, volverá a su rutina habitual de acostarse cada noche con un modelo de pasarela diferente.

—¡Qué descanso ni qué niño muerto! ¡Usted lo que necesita es alegría! Ahora nos vamos los dos a tomar unos orujitos al Pegaso, que está aquí al lado y me conocen, ¿hace?

¿Hace, Claudia? Para contestar a esa pregunta el castellano se queda corto. Por eso la inspectora, que es muy leída, improvisa: *ascomorbo*. O *morbasco*,

no lo tiene claro.

—¿Qué me dice? O mejor primero nos vamos a cenar, y luego el orujito, que es digestivo.

¿Te excita un hombre como Tano Garci?

—¡No se lo piense tanto, que la vida es para los valientes!

Se tranquiliza, la respuesta es no, no la excita un hombre como Tano Garci. Lo que la excita es el arrojo de un hombre. Su atrevimiento, su osadía.

—Haga el favor, subinspector, compórtese. —No, por fuera no eres un hombre feo, pero por dentro...—. Buenas noches.

Y sale del ascensor, muy digna.



Coge papel y lápiz, y vuelve a pulsar el *play*. Hará un esquema de lo que va viendo.

Poco después de medianoche, a las 12.24, Concha abandona la habitación. Matías, en la cama, tiene el respaldo medio incorporado, y su madre le ha mullido el almohadón antes de irse. Se pasa los siguientes ocho minutos mirando hacia la cámara. Mientras, deja que el gotero que tiene conectado a su antebrazo izquierdo haga su trabajo. La única acción que Héctor percibe en el vídeo son los escasos parpadeos del paciente. La única. Y entonces, a las 12.32, llega el primer calambre espasmódico, que lo deja encogido al borde de la cama. Los dos siguientes acaban tirándolo abajo: son las 12.34. Cae como un fardo. Pero el fardo, teniendo en cuenta el final de la historia, ha caído con suerte: su mano derecha queda cerca del catéter que conecta el gotero con su vena, en el antebrazo izquierdo. Y entonces Matías empieza a esforzarse. Esforzarse en morir: va a matarse con la única parte de su cuerpo que, junto con los párpados, puede mover voluntariamente. El dedo índice de su mano derecha.

Ese dedo, poco a poco, de manera agónica, va acercándose a la cánula del catéter. Hasta que la alcanza. Son las 12.41. Muy despacio, en solitario, las flexiones del índice tiran de la cánula, y al estar conectada a la aguja, la extraen de la carne despacio. Muy despacio. Una fracción de milímetro con cada flexión del índice sobre la cánula. Hasta que sale, y el líquido del gotero deja de alcanzar su objetivo. Son las 12:45. Ya todo es cuestión de tiempo. Concretamente, once minutos. Once minutos que Matías pasa observando la

cámara. Su mirada es muy negra. No hay en ella odio, ni furia ni dolor. Tan solo la determinación del instinto. Del instinto de no-supervivencia.

Yo, que he disfrutado tanto leyendo, ahora solo quiero cerrar el libro. Apagar la vela. Y acostarme. Para siempre.

A las 12.56 cierra los ojos. Está muerto. Su madre vuelve a entrar en la habitación a la 1.03. Revuelo, gritos, lloros, médicos y enfermeras en tropel.

Matías, ¿qué quieres decirme...?

Vuelve a empezar desde el principio. Pero esta vez unos minutos antes, cuando Concha aún está en la habitación. Dormitando en la butaca. Al ser el nuevo elemento en el plano de grabación, se fija en esa pobre mujer a la que inconscientemente desprecia tanto. Por su sencillez, por su falta de sofisticación, por su pobreza, por su incultura. Por representar todo lo que él no quiere ser. Todo aquello de lo que escapa. Y Héctor, que nunca ha estado dotado para la compasión, mientras la contempla en la imagen, se apiada de ella. Y Concha, en una especie de reciprocidad divina, le devuelve el regalo.

—Claro que sí, claro que sí...

Avanza la imagen con rapidez unos minutos, al plano en el que Matías ya está solo. Y luego vuelve atrás, cuando está con su madre.

—¡Joder! ¡¿Cómo no lo he visto antes?!

Y no lo ha visto porque estaba buscando algo. Cuando en realidad debía buscar una ausencia: el pecho de Matías, al salir su madre de la habitación, ya no sube y baja. Está tan congelado como el resto de su cuerpo. Mira a la cámara, parpadea, pero Matías, de manera consciente, en cuanto su madre sale de la habitación, ha empezado a contener el aliento. Como si estuviese esperando su oportunidad.

—Hostia, hostia, hostia...

Héctor se pone en pie. La energía le brota por cada poro, la euforia lo abrasa por dentro: esa sensación de trabajo bien hecho que da sus frutos tras el esfuerzo, ya casi no la recordaba.

—¡Viva la madre que me parió! —La fe católica lo celebra: campanean las diez de la noche en la cercana torre de Santa Catalina—. ¡Viva la madre que me parió!

Va al cuarto de baño. Se lava la cara. Y cuando mira hacia la repisa, para agradecerle a su premio Indro Montanelli que le haya salvado la vida cada día un poquito durante los últimos diez años, se lleva la segunda sorpresa de la tarde: ha desaparecido.



Es casi medianoche. Ha sido un día muy largo, y muy intenso. Y de postre, Tano Garci, lo que le faltaba... Tiene ganas de llegar a casa y acostarse, sin pensar en nada. Pero no puede.

¿Dónde estás?

Se siente culpable. Una mala policía. Por eso habla con la fotografía de Lara, que ha sacado del bolso mientras el ascensor se eleva hacia los cielos. O hacia el infierno de una casa vacía.

—Buenas noches, *vesssssina*.

Deja de maniobrar con la cerradura porque el manajo de llaves se le ha caído al suelo: este momento tenía que llegar, tarde o temprano.

—Buenas... noches. —Más vale afrontarlo de una vez, coger el toro por los cuernos—. Oye, respecto a lo del otro día, había bebido un poco y...

—Ni lo menciones, está olvidado. —Le sonrío tranquilizador—. Por cierto, lindo peinado.

Ella no sabe si mirarlo abochornada o agradecida. Para no decidir, se agacha y recoge las llaves.

—¿Un día duro en el *laburo*?

Vaya, además de comprensivo, su vecino es poeta.

—No me quejo. Podría haber sido peor.

¿Una invasión zombi? ¿Pandemia de ébola?

—¿Y el tuyo?

¿Por qué he preguntado eso?!

—Tranquilito. Atendí a un par de clientes y luego me fui al río a hacer un poco de deporte.

—¿En qué trabajas?

¡Lo he vuelto a hacer! ¡¿Por qué?!

Claudia, no finjas ser estúpida... Preguntas porque ese hombre tan guapo que está en tu rellano, a tres metros frente a ti, apoyado en la puerta con el pucherito de mate en su mano, ese hombre, no parece una mala persona. Sí, todos lo sabemos, parece muchas cosas. Pero una mala persona, no: cualquier otro se creería en una posición de superioridad después de lo de la otra noche, y sin embargo, él te mira con aire amistoso. Tan solo amistoso.

—¿De verdad te interesa saber en qué trabajo?

—Sí, me interesa.

—Psicoanalista. —Se sonríe mientras lo dice, y ella lo entiende todo: para él soy un caso clínico—. Lo sé, soy exactamente lo que parezco, un tópico andante: argentino ligón demasiado hablador que bebe mate como si no hubiese un mañana y además es psicoanalista. Menudo vecinito te tocó...

No es guapa, pero tiene unos ojos bonitos. ¿Qué intentan decirme? ¿Estoy cayendo en un abismo y te alargó el brazo pidiendo ayuda? Quizás su mirada signifique eso. O quizás ya ha tocado fondo en su caída. Y me mira desde el cielo.

—No te preocupes, tú tampoco has tenido mucha suerte. Te ha tocado una vecina un poco borde.

Hasta tu perro *Lucas* lo hubiese hecho mejor. ¿A eso es a lo que tú le llamas pedir disculpas?! Normal que estés tan sola y parezcas una astronauta a la deriva en el espacio...

—Ya te lo dije, no tienes nada por lo que disculparte. Al fin y al cabo, me diste un beso, eso siempre es agradable.

—No, lo decía por lo de que a los argentinos en realidad no os gusta el mate, por eso siempre estáis hablando...

Él suelta una carcajada muy natural.

—Por eso tampoco te preocupes... Fue muy simpático, de verdad. No me molestó.

—Gracias.

Siete letras, pequeñas y huesudas, todo pellejo: para ella, siete luchadores de sumo.

—No hay por qué darlas.

Le ha costado pronunciarlas, pero al final lo consiguió. Y es que sus ojos, además de bonitos, transmiten esa fortaleza que nace muy adentro del que no tiene alternativas. Del que solo cuenta con un arma: su capacidad para aguantar. Su coraje ante la adversidad, que va poco a poco musculando tu alma hasta volverla fría y fuerte. Alma de corredor de fondo..., con lo bueno y malo que eso entraña.

—Estaba esperando a que llegases, tengo algo que darte.

—¿A mí?

—Sí. Hará cosa de una hora vino un hombre. Te traía un paquete, pero al no encontrarte en casa ha llamado a mi puerta. Por lo visto, es algo valioso, y no quería dejarlo en el rellano. Me pidió que te lo diera.

—¿Dijo cómo se llamaba?

—Héctor.

Viene con miedo. Le cuesta tanto acercarse... No es un miedo físico, al fin y al cabo, es policía. Su miedo es más esencial: esta mujer intenta aislarse de todos los elementos de su entorno emocional que pretenden entrar dentro de ella. Como ese personaje de Charlot que cierra la maleta bruscamente y corta con las tijeras todo lo que sobra.

—Pasa, como si estuvieses en tu casa.

El saloncito parece estar filmado a través de una cámara de estética ochentera. La decoración a Claudia le parece extraña: una ventana ahora es una mesa de comedor; un antiguo bidé ha sido reconvertido en escultura; tres palés cubiertos de almohadones son ahora un sofá. En esa casa nada parece ser lo que era. Especialmente el dueño, que de chuloputas ha pasado a ángel de la guarda.

—Toma. Espero que sea algo bonito.

Y le da una caja envuelta en papel de regalo azul.

—Gracias... de nuevo.

Claudia sostiene la caja, que pesa poco. No le parece correcto abrirla allí.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Gabriel.

—Yo soy Claudia.

Le da la mano. Porque ella siempre da la mano. No le gustan los besos.

—Sí, sé que te llamas Claudia. Lo vi en el telefonillo.

—Buen policía.

Lo soy. Por eso sé también que te echas de menos. Porque hace tiempo que no sabes muy bien dónde estás. Eso no lo ponía el telefonillo.

—Estuve conversando un rato con tu amigo Héctor. Un buen tipo.

—Sí, bueno..., tiene sus cosas, como todos. ¿Y de qué hablasteis?

Pobrecilla. Se regodea en su dolor. Le trae sin cuidado su yo, no lo protege. No sabe lo que son los mecanismos de defensa: la negación para ella es el mismísimo diablo. La proyección, la racionalización, la represión..., juegos de cobardes. Ella todo lo quiere a bocajarro. Quizás porque ha visto demasiados asesinatos.

—Claudia, si te soy sincero..., ¿nos tuteamos, verdad?

—Sí, por supuesto.

—Pues si te soy sincero, no puedo decirte de qué hablamos. Y espero que

no te ofendas.

—¿No puedes decírmelo? ¿Por qué?

—Porque aunque Héctor no me pagó, sentí que estaba atendiendo a un paciente.

—¿A un... paciente? —Ahí está, intentando conservar la dignidad; como los actores que fingen que no se nota que fingen—. Bueno, haz lo que creas. No quiero entrometerme.

Mientras esperaba a que ella llegase, Gabriel había decidido no hacerlo, no lanzarse. No inmiscuirse. Pero el rostro que tiene enfrente, tan confundido, tan anhelante, le hace cambiar de idea. Es también una decisión egoísta: él sabe que para que la vida se vuelva algo sólido, palpable, necesitas tener a gente que te necesite. Que dependa de que tú te lances.

—Claudia, ya te dije que no puedo contarte nuestra conversación. Pero ¿me dejas hacerte una pregunta... personal?

El *homo urbanus* vive sin tener que ayudar a nadie a sobrevivir. Feliz en esa inactividad, creyendo que eso es la buena vida, la vida cómoda y segura que trae el mundo desarrollado: en realidad, se hace trampas al solitario.

—Sí..., claro. Pregunta.

Y Gabriel no quiere hacerse trampas al solitario porque, como buen psicoanalista, sabe que si eliminas todas las situaciones que te exigen ayudar a otro a ser feliz, eliminas todas tus posibilidades de ser feliz. Y además..., ¡qué narices! ¡Al fin y al cabo, esta mujer el otro día me dio un beso, se merece algo a cambio!

—¿Quieres estar con él?

¡Pero ¿quién te has creído?! ¡¿Por qué te metes en mis asuntos?! Intentaré solucionar mis problemas sentimentales del modo más sencillo posible. Tal vez saltando por la ventana.

—¿Cómo... dices?

—¿Quieres estar con él?

Y desde el enfado y el sarcasmo, su ser se abre paso trabajosamente, machete en mano, hasta llegar a la honestidad.

—No quiero estar sola.

Los dos entienden que esa es la respuesta más triste de entre todas las posibles. Pero es la respuesta.

—Y entonces ¿por qué no haces nada al respecto?

—No hay nada que hacer. Lo nuestro no funcionaría.

¿Estás calentita en tu nada? ¿Se vive bien ahí?

—Siempre se puede hacer algo.

—No, te equivocas. No sé lo que te habrá dicho Héctor, pero no hay nada que hacer.

Y él se queda observando la caja azul que ella sostiene.

—No sé lo que hay ahí dentro. Pero ojalá haya algo que te ayude a hacer algo.

¡Cuántas palabritas cortas! ¡Qué significados tan largos!

—Ojalá...

Y se dirige hacia la puerta. Necesita salir de allí, se está agobiando por momentos: en tan solo tres minutos de conversación, ese hombre la ha obligado a verse como los demás la ven. Y eso duele.

—Bueno, es tarde, ya es hora de acostarse. Gracias por darme el paquete.

—Ha sido un placer. Para cualquier cosa que necesites, aquí estoy.

—¿Incluido un beso?

Y los dos se ríen.

—Por supuesto. Abierto veinticuatro horas.

Y entonces ella se da cuenta de que es una mujer tenaz, luchadora, muy capaz, hecha a sí misma... y, sobre todo, es una mujer imbécil: enfrente tiene a un ángel de la guarda y está desaprovechándolo.

—Gabriel...

¿Cómo fue capaz de despreciar tanto a su vecino? ¿Por qué los humanos tenemos los ojos muy abiertos ante la naturaleza de algunas personas, y muy cerrados ante la naturaleza de otras? Cuando Claudia lee un poema o una novela, si contempla un cuadro, si visiona una película o escucha una sinfonía, algo muy dentro de ella enseguida le comunica su calidad. Su magnificencia o su miseria. Lo sabe y ya está, de manera parecida a como una mujer de buena crianza lleva dentro la elegancia, y con tan solo ver algo en una tienda sabe si es de buen gusto o vulgar (Claudia envidia tanto esa capacidad...). Para esas cosas del arte y de la cultura no necesita reflexionar, es un instinto que nace de ella. Sin embargo, cuando se trata de personas, todo es diferente: a las personas tiene que pensarlas, y eso la vuelve una mujer muy solitaria. Y una gran policía.

—Sí, dime.

—Sé que puede parecer... una locura..., no nos conocemos, pero... como me has dicho que eres psicólogo...

—Psicoanalista.

—Sí, es verdad, psicoanalista...

Allí está, de pie frente a su ángel de la guarda. Con una caja envuelta en papel de regalo azul. Campanilla, muerta de miedo.

—Pero, Claudia, no des tantos rodeos. Habla sin tapujos..., tenemos confianza, ya nos hemos besado.

Y cuando su ángel de la guarda sonrío, aún es más guapo. Eso siempre ayuda en los momentos difíciles.

—¿Cuándo... cuándo se sabe si has superado una ruptura? Superado de verdad, para siempre.

Él la acaricia con la mirada. Pero qué guapo es...

—Nunca se sabe.

—¿Nu... nunca?

Tartamudeando a lo adolescente. Toda una policía hecha y derecha. Bueno, no tan derecha cuando se pone nerviosa...

—Con seguridad no se sabe nunca. Lo único que puedes hacer es estar atenta a las pistas.

—¿Qué pistas? —Y la policía hecha y semiderecha se siente ridícula haciendo esa pregunta: su especialidad son las pistas.

—Pues hay varias, pero a mí la que me parece más potente es una que...

—¿Cuál? —No puede esperar a que su ángel de la guarda se decida a revelar la gran verdad: al fin y al cabo, es argentino, podría tardar siglos—. ¿De qué pista hablas?

—Yo creo... —se demora— que superas una ruptura cuando has olvidado el recuerdo del amor. No cuando has olvidado el amor, sino cuando has olvidado el recuerdo del amor.

—Pero... ¿no es lo mismo?

—No, qué va. Lo que nos mata es el recuerdo del amor. Su nostalgia. Ese subproducto es el que resulta realmente tóxico.

—Entiendo...

Sonríe, asiente, intentando tapar la mentira: no entiende nada. Como cuando decimos que vemos una constelación en el cielo, para no decepcionar al que nos la enseña.

—Gracias, Gabriel. Buenas noches.

—Gracias a ti.

Tranquila, Claudia, las estrellas están ahí, existen, son reales. Cuando te

acostumbres a verlas, distinguirás la constelación. Unirás los puntos. Encontrarás el sentido, date tiempo.

—Buenas noches, *vesssina*.

Han hablado de cosas muy íntimas, pero son dos desconocidos. Por eso, al despedirse, se sienten torpes, distantes en la cercanía. ¿Nos damos dos besos? No, mejor no después de lo de la otra noche... Al final lo hacen, y resulta raro. Como dos guerreros medievales que se abrazan tras el combate, sin haberse quitado antes las armaduras.



La última hora de Héctor ha sido muy intensa, con Google de aliado. Y ha dado sus frutos. Concretamente dos:

Primer fruto. El equilibrio glucémico de alguien en estado vegetativo irreversible que además sufre diabetes es muy delicado. Tras una crisis que ha disminuido los niveles de glucosa de un modo muy acusado, si al cuerpo le falta el oxígeno, aunque sea ligeramente, su reacción natural es convulsionar. Se trata de un mecanismo evolutivo de supervivencia: si algo está atorando tus vías respiratorias, con los espasmos involuntarios la naturaleza confía en salvarte la vida justo cuando más lo necesitas debido a tu falta de azúcar en sangre y por tanto de energía. «Si a mi hijo no le hubiese gustado tanto la docencia, habría sido médico. Le encantaba todo lo relacionado con la química, el cuerpo humano, medicinas... Creo que por eso se hizo profesor de Biología, para juntar sus dos pasiones.» Las palabras que Concha le ha dicho esa misma mañana, entre sollozos, cobran todo su sentido: Matías sabía lo que se hacía. Estuvo esperando su oportunidad. En cuanto se quedó solo en la habitación del hospital, puso en marcha el proceso. Debía bajar su nivel de oxígeno en sangre, atorando las vías respiratorias con lo único que tenía a mano: sus ganas de morir. Y confiando en que las convulsiones acabarían aproximando sus extremidades. Como así fue. ¿Qué tipo de fuerza interior hace falta tener para dejar de respirar, y aguantar, y aguantar y aguantar, mientras tu cuerpo te pide aire, pero tú prefieres lo otro, lo desconocido? Desesperación.

Segundo fruto. Ya sabe lo que Claudia ha ido a buscar esa misma mañana a casa de Concha. A Matías. No ha sido tan complicado de averiguar. La única investigación en curso que Héctor sabe a ciencia cierta que dirige Claudia es

el secuestro de Lara Valls. Ha probado suerte: búsqueda cruzada de nombres. Lara Valls Puig – Concepción Gómez Coslada. Sin resultados. Lara Valls Puig – Matías Granell Gómez. Sin resultados. Pero no se ha desanimado, sino que le ha dado otra vuelta al asunto: si esto tiene algo que ver con una investigación criminal, la prensa no publica el nombre completo de los acusados. Tan solo las iniciales. Ha vuelto a probar suerte: L. V. P. – C. G. C. Sin resultados. L. V. P. – M. G. G. Bingo. El juicio fue muy mediático. Matías es un puto violador.

Héctor vuelve a visionar el vídeo, pero ahora con otros ojos: toda la piedad que ha sentido por Matías se vuelve asco. El pasado transforma siempre el presente, incluso cuando actúa en retrospectiva.

—Te lo tenías merecido...

En la pantalla aparece esa misma mirada agónica, el mismo dolor, la misma soledad, pero aunque todo parezca lo mismo, ahora todo ha cambiado. Porque la compasión, al igual que el desorden, y al igual que la belleza, está en los ojos de quien contempla. Y en los ojos que tenemos en la cara siempre pesa más lo que se hizo que lo que se es. Así somos.

—Jodido cabrón...

La adrenalina del éxito ha reactivado en Héctor al periodista de raza que lleva dentro. Ahora ni se acuerda de sacarle dinero al vídeo, ahora solo piensa en averiguar la verdad. Ahora es un descubridor.

—Tenía solo dieciséis años...

Sí, en efecto: un descubridor suele llevar dentro a un vengador. Sobre todo, si es un descubridor de hojalata. Por eso Héctor adelanta el vídeo hasta llegar a los últimos minutos de Matías. Cuando ya se había caído de la cama pero su cabeza, apoyada contra el frío suelo de la habitación, seguía obsesivamente buscando la cámara. Amplía el plano de sus ojos hasta que ocupan toda la pantalla. Y rota la imagen noventa grados para que aparezcan en horizontal. Para tener a Matías cara a cara. Como hacen los hombretones de verdad.

—Puto violador de niñas...

Héctor, como todo cobarde, como todo ser moralmente mediocre, es muy exigente con la moralidad de los demás. Sobre todo ahora, que tiene la autoestima subidita.

—Si te llego a pillar cuando aún respirabas, te habría...

A moro muerto, gran lanzada.

Y los ojos de Matías responden a este machote con su parpadeo de

despedida. Inmutable. Minuto tras minuto. Como una vela a la que se le acaba la mecha, consumiéndose en sí misma. Hasta que se apaga.

¿Por qué está agonizando y se esfuerza tanto en mirar a la cámara?

El descubridor que hay dentro de Héctor consigue acallar al vengador. Tan patético.

Lo hace por algo...

—¡Joder!

Salta de la silla. Como si fuese un muñeco empujado por un resorte.

—¡Puto cabrón!

El parpadeo no es un parpadeo al azar. Como si Matías se lo hubiese pensado mejor, ahora que sabe que va a morir. Como si quisiese enviar un último mensaje. Porque en el parpadeo, Héctor ha descubierto una cadencia.



Claudia entra en casa y, sosteniendo la caja entre las manos, apoya la espalda contra la puerta y suspira:

¿Qué ha sido esto? ¿Una aparición?

Le encantaría poder llamar a los de la Científica para que le confirmasen que lo que acaba de pasar en el rellano ha pasado de verdad. Ha sido algo real y no imaginado. Con la lámpara azul bastaría: todo el mundo sabe que un argentino va dejando restos de semen allá por donde pasa.

Tan solo ha hablado con su vecino tres minutos. Pero sabe que esa conversación la recordará muchas veces a lo largo de lo que le queda de vida. ¿Deberíamos añadir al tiempo durante el que hemos vivido una experiencia memorable, el tiempo que hemos dedicado a recordarla? ¿Deberíamos incrementar así su significado para tener un balance más real de nuestra vida? A su entender, sería una contabilidad justa, igual que lo es que al breve instante de un acontecimiento atroz se le sumen las décadas de sufrimiento que genera.

Los años te susurran cosas que los días no fueron capaces de escuchar...

Salta la feminista que Claudia lleva dentro: ojalá los jueces tuviesen en cuenta esta perspectiva a la hora de imponer una sentencia por violación. Y es que nuestra mente es una gran narradora de historias, pero no es tan buena midiendo el tiempo. El tiempo real, que nunca es el que marca el reloj. Que se

lo digan a ella: con Tomás estuvo apenas un año, pero en su cabeza lleva toda la vida. Y Héctor...

Lucas duerme sobre el sofá. Ella se sienta a su lado y deja la caja sobre la mesa de centro. Y la observa. En penumbras.

¿Por qué tengo miedo a abrirla?

Para escabullirse de responder a la pregunta, enciende el televisor. Canal 24 horas. Ve las noticias con esa mezcla de vida real y vida ficticia que tienen las noticias cuando las ves de madrugada. Que, lógicamente, genera una mezcla de sentimientos reales y sentimientos ficticios en los espectadores. Tras el extraño encuentro con su vecino, esa sensación a *Claudia* se le multiplica por mil.

—¡Guau!

Ante el reclamo del mejor amigo del hombre, se levanta y le abre el ventanal. *Lucas* sale y orina, mientras ella le rellena su comedero con pienso. Como esta ha sido la tónica de toda la semana, abre el grifo y le da un manguerazo rápido a la terraza: necesita estar ocupada, hay una caja envuelta con papel de regalo azul esperándola. Una caja que le da miedo.

Entra y se dirige al cuarto de baño. Se lava los dientes. Tras ponerse el pijama, y absorta como está en sus pensamientos, vuelve de nuevo al cuarto de baño. Y se lava los dientes. Al ver a la mujer en el espejo con la boca enjabonada por segunda vez, se pregunta por qué esa tonta no hace más que preguntarse qué hay dentro de una caja... en lugar de abrir esa caja.

Vuelve al sofá. Con el televisor apagado, el papel de regalo azul vuelve a ser tan solo una silueta entre penumbras. Un fantasma. Y ella piensa en la conversación que acaba de tener con su ángel de la guarda. Y se reprocha cosas.

¿Y si por un momento dejase de protegerme de mis propios deseos? ¿Y si por un momento me diese la oportunidad de ser feliz? ¿Y si dejase de sabotearme? ¿Acaso se me elevaría la presión arterial interna hasta que mi cabeza estallase como una sandía impactada por un obús? No, seguro que no... Desde hace tres años me estoy momificando a mí misma. Es un proceso de embalsamamiento lento. Lleno de silencios. Lleno de ungüentos que tan solo yo conozco... A la mierda el Antiguo Egipto.

Rasga el papel de regalo azul. No le apetece levantarse a encender la luz, conecta la linterna del móvil: ningún anagrama ni logotipo. Nada. Rompe el

cartón y se queda un minuto largo contemplando el interior. Un minuto en el que, segundo a segundo, siente cómo se le humedece el sexo.

Al final saca uno de los *stilettos* Louboutin rojos. Y lo acaricia. Una sonrisa aparece en su rostro: ¿tal vez su historia con Héctor haya cruzado ya la terrible frontera que separa el drama de la comedia? Si así fuese, esa historia estaría condenada al olvido: las risas nunca pasan a la posteridad. Nunca ganan un Óscar. El llanto sí, pero las risas no.

Hay una nota. Desdobla el papel: «Quiero verte. Necesito verte. Si no lo haces por mí, hazlo por Lara».

Echa la cabeza atrás, sobre el respaldo del sofá. Y llora. Lloro por dentro, sin ser consciente del tiempo que pasa. Unos minutos, una vida. Qué más da... Y siente en su piel una lengüecita que jamás sintió antes: *Lucas* le lame el tobillo. Por primera vez. Sin duda, ha elegido el mejor momento para romper el hielo.

—Gracias, cariño, gracias...

Le acaricia la cabeza mientras el animal sigue lamiendo. Y entonces suena el teléfono móvil.

—Dime, Ramón.

—Jefa, perdone que la moleste a estas horas...

—Al grano.

—Tengo algo. Algo importante.



Héctor está muy excitado. Ha revuelto toda su librería pero al final lo ha encontrado: *El joven boy scout*. No tenía ni diez años cuando lo leyó por primera vez.

—Dónde está, dónde está... —Pasa las páginas con furia—. Yo me lo sabía de memoria, pero tengo que estar seguro...

Y lo encuentra: código morse internacional. Coge lápiz y papel. Se sienta frente al ordenador. Y vuelve a encarar a Matías.

—Me vas a decir la verdad. Aunque te la tenga que sacar a hostias, puto violador de niñas, me vas a decir la verdad.

Pero Héctor, ¿eres tan gilipollas que no puedes ver que Matías es lo que somos todos? Un pobre desgraciado. Un maldito saco de algoritmos que vagó por el mundo buscándole sentido a esto que llamamos vida.

Vamos allá. Por mis huevos que te saco la verdad...

Pulsa el *play*. Y con el lápiz, sobre el papel, empieza a transformar en signos escritos la cadencia de los parpadeos.

Eso somos los seres humanos, Héctor, eso somos tan solo: unos malditos sacos de algoritmos. Incluidos los ejemplares más brillantes y los más cretinos. Engañados todos por el precableado evolutivo que nos hace creernos únicos y especiales: un algoritmo más. Dentro del saco, junto a los otros.

Por mis huevos, puto violador, que te saco la verdad...

Justo lo que te está pasando a ti ahora, imbécil: no confíes en la euforia. No es buena consejera. Es un algoritmo tramposo.

• • — •

— ¡Una F! ¡Es una F!

• • —

Y Matías sigue parpadeando.

•

Contando su historia.

• • •

Letra a letra.

• • —

Una historia desde el más allá.

• — — •

Porque a veces...

• —

... los muertos nos hablan.

— • •

Pero hay que saber escucharlos.

— • —

Y ese mérito, al menos...

•

... hay que reconocérselo a Héctor. ¹

—Buenos días, doctor. Disculpe el madrugón.

—No se preocupe, prácticamente no duermo.

Ramón se siente como un mono de feria que le acaba de chocar la mano a John Wayne. Y tras hacerlo, se guarda la extremidad en el bolsillo. Dolorida.

—¿Se sabe algo de Lara? Los dos agentes que vinieron a buscarme no han querido decirme nada.

—No nos precipitemos, no nos precipitemos... Tome asiento, por favor.

Y el subinspector, tan ceremonioso que roza la burla, le ofrece la única silla que queda libre en la sala de interrogatorios. Frente a la suya. Una mesa y dos uniformes separan ambos universos: gabardina mugrosa, traje Brook Brothers.

—¿Dónde está su jefa?

O sea: yo no hablo con subordinados. Pero Ramón no quiere ser quisquilloso, es malo para el negocio.

—Está de camino. La pobrecilla trabaja mucho, se nos ha dormido. —Y a pesar de la tensión del momento, su mente no puede evitar imaginarse a una mininspectora entre sus brazos, siendo acunada como un bebé—. Se incorporará en unos minutos, pero me ha dicho que empecemos nosotros.

—¿Empecemos qué?

Y Ramón deja de mirar los papeles que finge leer y alza la cabeza.

—El interrogatorio, por supuesto.

Bufido burlón. Así que esas tenemos...

—¿Necesitaré un abogado?

—Qué cosas tiene, doctor... —Perfectamente metido en su papel, se echa unas risitas y vuelve a sumergirse en el informe.

—Mi hija no ha aparecido. Yo no tengo ganas de reír.

El doctor es de esos hombres que desconoce lo que es la gracia. La sutilidad. Coge un chiste simpático y te lo lanza a la cabeza descalabrándote. Un piropo en su boca es una agresión.

—Su hija ya no va a aparecer, doctor.

Ahora vas y lo cascás.

—Pero..., pero cree usted que puede..., que puede decirme algo así... —¿Se está haciendo caquita John Wayne?—, y seguir mirando esos papeles como si nada.

Sí, mejor levanto la cara. Para verte mejor.

—Debe saber la verdad.

Para olerte mejor.

—Han pasado dos días y no han liberado a Lara. Ya no lo harán.

Para escucharte mejor.

—Esto ha dejado de ser un secuestro. Trabajamos ya con una hipótesis de asesinato.



El otro lado del falso espejo de la sala de interrogatorios tiene pinta de camarote de los hermanos Marx: en cuatro metros cuadrados se agolpan cinco humanidades. Cuatro masculinas, muy voluminosas. Y Claudia. Pero en el camarote no hay barullo. Reina el silencio. Todo el mundo está muy concentrado, cada uno a lo suyo.

El técnico de la Científica analiza la imagen del primer plano del doctor que se está grabando. El estudio de micromovimientos faciales es uno de los procedimientos más efectivos para dilucidar si alguien miente: son involuntarios, por lo que incluso el mejor actor es incapaz de manipularlos.

Junto al técnico está sentado don Peppone. El comisario pesa más de lo que debiera y va con traje de lana. En el minúsculo cubículo hace mucho calor, pero él es un hombre elegante que jamás se quita la chaqueta en público. Cézanne decía que era capaz de ver los olores: en este cuartucho le habrían estallado los globos oculares.

Luego está el triste Bruno. Que se mira por dentro, aunque finge observar al doctor. La suya es por tanto una mirada falsa a través de un falso espejo. Y al igual que la doble negación produce una afirmación, la doble falsedad produce una verdad: Jenny, zorra.

Y también está Héctor.

Y Claudia. Que tiene en la mano un papel doblado, con signos de código morse. Relee una y otra vez las diez letras. Ha comprobado a conciencia la

transcripción y la grabación. No hay error posible. Los muertos han hablado:

FUE SU PADRE



—¿Recuerda que le dijimos que encontramos esto en la habitación de Lara? — Ramón saca del bolsillo de su gabardina una bolsita de evidencias precintada y la deja sobre la mesa.

—Sí, lo recuerdo. Y también recuerdo que les dije que no sé cuál es el origen de esas píldoras de Viagra.

El subinspector no tiene ni idea de adónde va, pero piensa ir allí de cabeza. Órdenes son órdenes.

—¿Sabe, doctor?, a mí me gusta leer cosas de ciencia.

—Me alegro. El saber no ocupa lugar.

—Por supuesto, no estoy tan preparado como usted, soy un mero aficionado, pero hago mis pinitos. ¿Sabía que se invierte el doble en investigación para la virilidad que en alzhéimer?

—La verdad es que pasar un rato con usted no tiene desperdicio: todo es aprender y aprender...

—No se ría de mí, doctor, es un tema que me preocupa... ¡¿No le parece increíble que se invierta el doble de dinero en conseguir erecciones funcionales que en el alzhéimer?! ¿Qué mundo estamos construyendo? Dentro de cincuenta años tendremos viejos hasta las trancas de Viagra con penes como rocas y ancianas de grandes pechos siliconados, todos pensando solo en follar pero sin acordarse de nada.

Incluso el cerebro de Ramón, acostumbrado a imágenes impactantes, se sobresalta ante semejante apocalipsis.

—Y todo eso..., ¿qué tiene que ver conmigo?

—Algo tiene que ver. —Señala con la cabeza la bolsita de evidencias—. Aún no lo sabemos, pero algo tiene que ver.

—¿Es usted así normalmente? ¿O quizás hoy no se ha tomado la medicación? No sé si lo recuerda, pero acaba de decirme que creen que Lara está muerta, y en vez de ponerse a trabajar para localizar a los hijos de puta responsables de todo esto, me llena la cabeza con toda su mierda. ¡Qué tengo yo que ver con esas píldoras!

Agresividad. Mucha agresividad. Pero Ramón ni se inmuta: no siempre es fácil sacar el hojalde del molde.

—Por supuesto que estamos investigando, doctor. Sin ir más lejos, ayer charlamos con el director del colegio Jesús y María, donde estudió Lara cuando era pequeña. Un tipo muy instructivo... ¿Sabe lo que significa *Ubi est mea anaticula cumminosa*?

—Ni lo sé ni me importa.

—¿A que suena a reflexión muy profunda?

—Sí, suena a pensamiento profundo, ¡¿y qué?!

—¡Pues no! ¡No lo es! En realidad significa: «¿Dónde está mi patito de goma?».

La risita de Ramón es como el martillo de un calafateador: pequeñito, constante, sincopado.

—Ayer me di cuenta de que una idiotez escrita en latín puede transformarte en un pensador. Sobre todo, si la dices fumando en pipa. —Las gafas telescópicas del subinspector parecen querer destripar la granularidad del doctor—. Pero bueno, todo esto no viene al caso. Lo importante es que a través del director del Jesús y María dimos con la mejor amiguita que Lara tenía en esa época, Julia. ¿Se acuerda de ella? Sí, seguro que sí... Lara y Julia eran uña y carne. «Eran», en pasado, porque ahora Lara ya no tiene amigas. Y no me refiero a que es una difunta y los difuntos no tienen amigos ni tienen nada...

—Hijo de puta...

—Me refiero a que a los doce años Lara empezó a perder el contacto con todo el mundo. Y usted y su esposa no hicieron nada. —Ramón se pone serio—. Y si vuelve a faltarme al respeto, le detengo por agresión a la autoridad. Eso tan solo para empezar.



—¿Qué piensa?

—El subinspector lo está haciendo muy bien. Le pone a prueba tensionándolo, eso baja las probabilidades de autocontrol de gestos faciales.

—¿Cree que su indignación es sincera?

—De momento, sí. Tiene afán de protagonismo; sin duda es de esos tipos que se sienten cómodos en el drama, con lo que hay un componente de

exageración importante. Pero los tensores occipitales y labiales se contraen como locos. —Señala un plano macro en una de las pantallas que muestra la boca del doctor ampliada hasta lo imposible—. En una palabra: lo tenemos muy cabreado. Y es un cabreo sincero.

Claudia asiente. Y el comisario deja de limarse las uñas para observar a sus dos subordinados: está muy orgulloso de haber sido él, personalmente, quien autorizara el importante gasto que supuso enviar a este hombre a Israel para que aprendiese una técnica desarrollada por el Mosad en su lucha contra el terrorismo islamista. Dinero público bien gastado. Trabajo bien hecho. Liderazgo a cascoporro.

¿Por qué no se ha puesto un aparato de aire acondicionado en este cuartucho? Estoy sudando como un cerdo... Mañana mismo ordeno que se presupueste.

Y la inspectora Carreras. La tocapelotas de la inspectora Carreras... Al comisario, el físico de Claudia le recuerda al de su propia esposa. La verdad es que su Pura es una mujer maravillosa, pero para él, tras treinta años de matrimonio, eso es como tener diez dedos: algo estupendo, pero en lo que no piensas. Y por tanto, no valoras. Por eso de vez en cuando se va de putas. Las francesitas lo vuelven loco. Le gustan muy jóvenes, y guapas. Además, él siempre ha sido un hombre en extremo complaciente con el poder. Tal vez por todo ello, sus amigotes de jarana se burlan de él diciéndole que se tiraba antes a Macron con peluca que a la señora Macron. Menudos degenerados...



Julia les enseña una fotografía de grupo: la clase de 5.º C de excursión en Serra.

—Esa es Lara. Yo soy la de al lado, no se nos reconoce, ¿verdad? Ahí aún éramos feas. —Y se ríe—. Teníamos solo once años, unas crías..., y los *brackets* en esa época no eran precisamente discretos, qué pintas nos traíamos.

Y sube las dos piernas al sofá. Y las cruza estilo indio.

—Menudo susto le habéis dado a mi madre... Puedo tutearos, ¿verdad? —Claro que sí: ponte cómoda, tutéanos, hazte un *peeling*..., total, tan solo somos la Policía—. Se creía que veníais por algo de drogas; la pobre está muy preocupada: cree que en la uni nos pasamos el día fumando *crack*.

El viejales da un poquito de grima, mira como si me estuviese tomando

medidas para hacerme un vestido, pero el jovencito es otra cosa... Menuda espalda, menudos brazacos. Y esa caruchita tan tristonera tiene su punto.

—¿Me permites que grabe la conversación? Es más cómodo que tomar notas.

Claro que sí, guapetón. Yo te lo permito todo todito. Si tú quisieses, y yo me dejara, se te iba a alegrar esa cara. Y yo me dejo, te lo prometo...

—Sin problemas, graba lo que quieras.

—Gracias. —Bruno conecta la aplicación de su Samsung—. ¿Erais muy amigas Lara y tú?

—Mucho, las mejores. De hecho, me dio mucha pena perder el contacto con ella, y estos días, con todo lo que está saliendo por la tele... Hace años que ni nos vemos ni hablamos, pero ayer me pasé la tarde llorando.

—¿Por qué perdisteis el contacto?

Ramón ha dejado que un interrogatorio tan sencillo como este lo dirija Bruno: el chaval tiene que rodar.

—Pues la verdad es que fue todo muy extraño. Unos meses después de que se tomara esa fotografía..., cómo lo diría..., dejamos de ser feas.

Vuelve a reírse. Con el descaro de una chica joven y guapa que es capaz de cruzar las piernas sobre el sofá cuando es interrogada por la Policía.

—Ya sabéis, la naturaleza hizo su papel. Lara y yo nos hicimos mujeres con semanas de diferencia. —No puede evitar lanzarle una mirada coqueta a Bruno: sí, soy una hembra fértil, ¿no te apetece montarme?—. Eso nos unió mucho. Éramos unas crías, pero los chicos empezaban a mirarte con otros ojos, aunque a nosotras nos parecían unos mocosos... Pero al siguiente curso, el último de primaria, todo cambió.

—¿En qué sentido?

—Lara desapareció.

—¿Desapareció?

Ramón escucha con atención. Y observa lo que no debe: le obsesionan las manos de Bruno. No puede dejar de mirarlas. Y al verlas, siempre se extraña de no imaginarlas con guantes tricotados o manoplas en punto margarita. Las ve como son. Fuertes. Desnudas. Todo carne, nervios, venas, músculos. Y sin saberlo, siente dolor.

—No desapareció físicamente. Ella seguía viniendo a clase, por supuesto. Pero desapareció del mundo. Ya no hablaba con nadie, ni reía ni teníamos

confidencias. Ya no me invitaba a su casa; de hecho, jamás hablaba de su familia... Se aisló de todo y de todos.

—¿Tuvo algo que ver Matías, el profesor de Biología, en ese cambio de carácter de Lara?

—No, qué va. Ese pervertido era un lobo con piel de cordero, tenía aspecto de buen chico, nadie hubiese imaginado lo que era capaz de hacer..., pero nosotras en esa época todavía ni lo conocíamos, él daba clase en secundaria. Y cuando lo conocimos tres años después y pasó toda esa mierda de la violación, la que no conocía a Lara era yo: ya te lo dije, desapareció de mi vida.

Y para reafirmar su afirmación con firmeza (¡!), le da a Bruno en el hombro una palmadita muy efusiva y espontánea: contacto físico establecido. Veda abierta. Tienes campo libre.

—¿Cuál crees que fue la razón de ese brusco cambio de carácter de Lara? ¿Te contó algo? ¿Te dijo algo?

—No, qué va..., y mira que yo le insistí, y le pedí explicaciones porque no entendía nada. Si le preguntas a mi madre, ella te lo dirá, menudo berrinche cogí: de un día para otro mi mejor amiga no quiere saber nada de mí. A los doce años esas cosas son muy duras...

Y de repente se vuelve una mujer pensativa. Envejece ante los ojos de los dos policías. Años, en cuestión de segundos.

—Solo recuerdo una charla...

—¿Qué charla?

Hasta sus arrasadoras ganas de reproducirse han quedado en suspenso.

—Una charla que tuvimos un día que me acerqué a ella en el recreo. Para intentar sacarla de su soledad.

—¿Qué pasó?

—Pues... yo, como un último intento de salvar nuestra amistad, le pregunté por qué ya no quería saber nada de mí. Ni de mí ni de nadie. Y ella...

Se ensimisma. Y el indio desdobra sus piernas. Y solemniza el rostro. Porque el hombre blanco le asusta.

—¿Qué te respondió?

—Casi nada..., tan solo me dijo: «Julia, yo ya lo he probado».

—¿A qué se refería?

—Lo mismo le pregunté yo. Y su respuesta todavía hoy me hace llorar.

Los dos policías la observan con atención. Pero ahora ella solo tiene ojos

para su pasado.

—«¿Qué es lo que has probado?», le pregunté. Y Lara tan solo me dijo: «Eso. Y es horrible».

—¿A qué se refería con «eso»?

Sus preciosos ojos castaños, húmedos, de gacela joven, miran a Bruno. Pero aunque su respuesta va a hablar de sexo, Julia ahora ya no piensa en esas cosas.

—Ella no quiso decírmelo. No me respondió. Pero siempre he pensado que se refería a acostarse con alguien. Desde hacía un año hablábamos continuamente del tema, no porque tuviésemos intención de hacerlo con nadie todavía, teníamos la regla pero éramos muy niñas, y a esa edad solo te tiras a un tío si eres una zorra. Pero nos hacía mucha ilusión fantasear con nuestro primer chico... especial. Y nos lo imaginábamos como un príncipe azul, que nos trataría como reinas, y soñábamos con... Y de repente ella, sin haberlo hablado antes conmigo, sin confesarme nada, me dice que ya lo ha probado. Y que es horrible.

Dos lágrimas asoman. Y transforman su mirada en esa mirada que puedes ver en los cuadros de Jeremy Mann, esos que nunca muestran los ojos. Y cuando los muestran, nunca te miran.

—Esa fue la última conversación que tuve con ella, la última conversación de verdad. Ya se lo dije: Lara venía al colegio, estaba allí con todas nosotras, pero desapareció.



—¿A qué edad empezó a violar a su hija?

—¿Cómo... cómo ha dicho?

—Me ha oído perfectamente. ¿A qué edad empezó a violar a su hija?

Y a Ramón, con cada palabra que repite, le parece empujar una chincheta que muy poco a poco penetra en un corcho. Y siente placer.

—Es usted un miserable...

—Por eso esta Viagra estaba en el cuarto de Lara. —Señala la bolsita de evidencias—. Seguramente la escondió usted ahí años atrás para que su esposa no la encontrara, pero la olvidó y caducó. ¿O la señora Valls también sabía lo de sus visitas nocturnas al cuarto de la niña?

—¡Váyase al infierno! —Y el volcán estalla: se yergue, amenazante,

abocado sobre el rostro del subinspector—. ¡¿Tan perdidos están en sus investigaciones que solo se les ha ocurrido esta porquería para salvar el expediente?! ¡¿Esto qué es?! ¡¿Una estrategia para no quedar ante la opinión pública como la mierda de policías que son?!

—Siéntese y recupere la calma. Límitese a responder a la pregunta: ¿A qué edad exactamente empezó a violar a su hija?

—¡Si vuelve a repetir eso, le arranco la cabeza! ¡Con esa pinta de mendigo que lleva, no me extraña que insinúe cosas tan sucias! ¡¿Qué pasa?! ¡Como usted es un pervertido, ¿piensa que todos lo somos? Aquí en jefatura seguro que lo llaman el Salido de la Gabardina. —Parece un boxeador aturdido dando puñetazos en la dirección equivocada, golpeando el aire con rabia pero sin objetivo—. ¡A ver si se cree que no he notado cómo le mira las tetas a su jefa! Ponerse cachondo con una coja como esa..., hay que estar muy enfermo.

—Le he dicho que se siente y se calme.

Pero es Ramón el que ha perdido la calma, por eso repite la orden como en una secta repiten un mantra: para que no se les note que están perdidos.

—Se la casca mucho pensando en ella, ¿verdad?

De hecho, ahora es difícil saber cuál de los dos rostros está más descompuesto, el del interrogador o el del interrogado.

—Un par de pajuelas todos los días, seguro...

Es médico, sabe cuándo ha tocado nervio: parece que el boxeador ya ha encontrado su objetivo.

—¿Se la imagina desnuda? Sí, claro que sí. Pero a usted le gustan las cosas raras; seguro que se la imagina desnuda, pero le dejaría puesto algo mientras la culea por detrás, algún regalito mono que le ha comprado... Y creo que ya sé qué es ese algo: un botín ortopédico.

Y la jefa está escuchando esto. Y todo se está grabando. Y yo no voy a hacer nada.

—Sí, seguro que es con esa imagen con la que se pajea...

Si no saca su revólver y hace lo que se supone que un hombre tiene que hacer en situaciones como esta, su ya consolidada sensación de cobardía se engrandecerá hasta límites que ni su mente soñadora es capaz de imaginar.

—Escúcheme bien, pedazo de carroña: yo jamás le puse una mano encima a Lara.

Y al darse cuenta de que ya habla de su hija en pasado, como por ensalmo, se apacigua.



A Bruno no le enseñaron a odiar de pequeño. Sus padres olvidaron esa lección. Eran padres modernos, de los que dejaban a su hijo jugar con muñecas. Por eso, la agresión que al otro lado del falso espejo está sufriendo su compañero, su amigo, no despierta en él ira. Tan solo pena: ahora ya puede superponer al apuesto cuerpo del doctor una personalidad vengativa. Como esas siluetas de cartulina que representan personas desnudas a las que, cuando era niño, vestía con otras siluetas de cartulina que representaban vestidos.

—¿Está diciendo la verdad?

A Claudia le hubiese gustado más preguntarle al técnico otra cosa: ¿tiene grabada la imagen del subinspector para poder analizar en su rostro los micromovimientos?

—¿Se refiere... al doctor?

Todo el mundo está muy incómodo tras el falso espejo.

—¿A quién coño me voy a referir?!

Claudia no tuvo tanta suerte como Bruno con su educación: sus padres sí le enseñaron a odiar. Y ahora odia a Antonio Valls. Sus palabras le han causado un daño tan íntimo, y a la vez tan público, que no puede evitarlo. Sencillamente lo odia, a pesar de que es consciente de que a quien más daño hace ese sentimiento es a ella misma: el odio tiene un rasgo muy particular, se te mete dentro sin importarle nada quién eres.

—Disculpe, inspectora, yo no...

—¿Dice la verdad? Respóndame de una vez.

Pero qué le va a hacer, no puede evitarlo, lo odia. Porque el odio da mucha fuerza. Si te educaron mal, con él te crees que lo superas todo.

—Sí, dice la verdad. Es muy improbable que este hombre abusara sexualmente de su hija.

De manera incongruente, quizás inhumana, hay una cierta decepción en el ambiente: todos habían imaginado a Lara como una flor de estercolero. Una niña preciosa criada entre la inmundicia. Y ahora la ciencia ha prendido fuego a esa imagen tan lírica. ¿Es que nadie le puede explicar a este técnico que los poemas no se queman? ¿Que ante un buen poema, aunque sea inhumano, la verdad no importa?

—Claudia, estás muy perdida. Das palos de ciego. —Don Peppone deja a

un lado la bota de vino: toca liderar; otro poema—. De hecho, no tendría que haberte permitido este interrogatorio.

—Esto no es un interrogatorio. Antonio Valls puede irse a su casa cuando quiera, no está detenido.

—Más razón aún para no llevar tan hasta el límite las acusaciones, sobre todo teniendo en cuenta que no tenéis nada sólido contra él.

—El doctor es basura.

Cuidado, Claudia, recuerda que odias al doctor. ¿Estarás siendo víctima del efecto halo, tan bien estudiado en psicología policial? La belleza física, por ejemplo, nos hace atribuir a su poseedor otros dones sin conexión con dicha belleza, como la sinceridad. Por eso los comerciales guapos venden tanto. Por eso los testigos guapos son tan creíbles. Por eso debes tener cuidado, Claudia, porque el odio hacia alguien nos hace verlo feo.

—¿Es basura? ¿Por qué dices eso? No tenéis nada contra él. Tan solo los parpadeos de un moribundo, parpadeos en los que ni se menciona su nombre... Hay que ir con cuidado, ese tipo es alguien importante. Tiene amigos influyentes.

Y a Claudia se le hinchan las narices.

—¿Es por eso por lo que está usted hoy aquí? En su vida ha asistido a un interrogatorio y hoy nos complace con su presencia...

—No vayas por ahí. No cruces esa línea o...

—Comisario, déjeme hacer mi trabajo.

Y sale del cuartucho en dirección a la sala de interrogatorios.



—Buenos días, doctor. Disculpe el retraso.

El subinspector se levanta para cederle la silla a su superiora. Qué alivio... Antonio Valls hace justo lo contrario, vuelve a sentarse.

—Ramón, ¿te importa bajar al bar y traerme un café y una ensaimada? No me ha dado tiempo a desayunar.

Y le da un billete de diez euros, mientras observa cómo la observa: ¿hay vicio en sus ojos? No lo sabe, pero siente la necesidad de humillarlo. De hecho, al darle el billete habría añadido con gusto: quédate las vueltas.

—Por supuesto, jefa.

—Sí, vaya a hacer de chico de los recados, que es para lo único que sirve.

—No, doctor. Las cosas aquí no funcionan así: usted solo habla cuando yo le pregunto.

Y se sienta tras asentar su autoridad: a su subordinado, estando Claudia presente, solo lo humilla ella.

—No crea que no sé el juego que se traen: el tonto me pone nervioso con acusaciones infundadas, y ahora viene la lista a meterme miedo. Váyanse a la mierda, son ustedes patéticos.

Ella lo mira: sí, lo odia. Acabará con él. De un modo u otro, pero acabará con él.

—Jamás les perdonaré que me hayan acusado de violar a mi hija.

—¿Me está amenazando?

Él tan solo responde crispando los puños.

—Doctor, de momento está aquí como padre de Lara. No me obligue a cambiar su estatus.

Y al escuchar el nombre de su hija, de nuevo se apacigua.

—Tengo entendido que trabaja, además de en el Clínico, en cuatro hospitales privados y en dos mutuas. —Su informe no lo ha traído en papel, sino en el iPad—. ¿Es correcto?

—Sí, es correcto, violo la ley de incompatibilidades, cobro un sueldo de funcionario a tiempo completo pero me saco unos extras: lo confieso, soy culpable. Se ha ganado usted la medalla del año al mérito policial.

Desde hoy Claudia va a respetar aún menos la profesión médica.

—No se altere tanto...

Sí, claro que hay bellísimas personas en ese oficio, pero la inspectora sabe que una sola cucaracha arruina un tarro lleno de jugosas cerezas, aunque una cereza no altere en nada el asco que te produce un tarro lleno de cucarachas: no somos simétricos en nuestros amores y odios.

—Tan solo quiero constatar que el dinero parece ser algo que le interesa.

—Correcto, inspectora, me interesa. Ya ve usted, soy un excéntrico. ¿Y sabe por qué me interesa? Porque para ser feliz hace falta dinero. Mucho dinero. Y los médicos lo sabemos mejor que nadie. Si quiere, se lo explico. — Su interlocutora no tiene muy claro si en la condescendencia hay mucha burla o si en la burla hay mucha condescendencia—. Dentro de poco los genetistas nos permitirán elegir rasgos en nuestros hijos, pero eso será muy caro. Cuando los ricos puedan hacer que sus hijos sean más guapos, inteligentes, simpáticos y con la polla más grande, ¿qué cree que pasará con la gente humilde? Pues

que la brecha se abrirá más y más, y ya nadie podrá saltarla, y se crearán dos universos: la elite y los sirvientes de la elite, por los siglos de los siglos. Un mundo feliz. Y en ese mundo yo tengo muy claro en qué bando quiero estar.

Está lanzado. Necesita demostrar que su hija ha muerto, pero él sigue siendo el más listo de la clase.

—Y frente a esa realidad, los perroflautas exigirán que la sanidad pública cubra todos esos avances científicos. Pero no será posible porque no habrá recursos para todos. Y porque en los hospitales públicos reina la ineficiencia. Son como uno de esos hombres de apariencia perfecta con los que usted queda tras contactar con ellos en las webs para solitarios. —Sí, aquí vamos a hacernos daño, los dos; y nada de quejarse, este juego lo habéis propuesto vosotros, sin saber que a este juego el que mejor juega soy yo—. Menudo señorón, la boca se le hace agua a la inspectora Carreras: buena presencia, buenas referencias, críticas excelentes. Pero cuando tiene la primera cita con él, el señorón se pide un carajillo, y un sol y sombra, y un palillo para los dientes. Y su mundo se le desmorona: ¿a que sí, inspectora? Pues lo mismo pasa con los hospitales públicos, cuando los conoces por dentro te das cuenta de que funcionan como el culo. Hágame caso, sé de lo que hablo...

Es tan vanidoso, está tan pagado de sí mismo, que un día de estos sentará a la verdad en sus rodillas y le azotará el culete.

—Entiendo..., y por ganar ese dinero extra que le ayuda a ser más feliz es por lo que viola la ley de incompatibilidades.

—Eso es, azucarillo para la señora. Denúncieme en el Ministerio de Sanidad.

Hay que reconocerlo: es muy bueno viboreando.

—¿Y eso no le plantea ningún dilema moral? Cuando se trabaja para la Administración hay que tener una ética respecto al dinero público.

—Genial, ahora con lecciones en plan curita... Lo que acaba de decir es una de esas frases que solo sirven para estamparlas en una camiseta. ¿Para qué quiero yo una ética del dinero público? ¿Para acabar vistiendo como usted?

—¿Cree que por tener más dinero es mejor que yo?

—Yo no soy mejor que usted por tener más dinero. Yo soy mejor que usted, fin de la frase.

Te odio. Escúchame bien: te odio. Y acabaré contigo.

—Ya veo... —Consulta su iPad sin necesidad; tan solo para apartar la vista de semejante energúmeno—. Pero no le basta con esos extras que hace en la

sanidad privada. Además, monta un negocio de asesoramiento inmobiliario y se niega a darnos un listado de sus clientes. De hecho, hemos tenido que buscarlos por nuestra cuenta, y en efecto, es todo muy respetable: una docena de sociedades patrimoniales controladas por tres familias adineradas, familias que hemos comprobado que no han tenido nada que ver con el secuestro de Lara. ¿Por qué no quiso darnos sus referencias?

—Precisamente para que no hicieran lo que han hecho: molestarlos sin ninguna necesidad. —Esta vez, al escuchar el nombre de Lara, en lugar de apaciguarse, se levanta muy excitado—. ¡Por el amor de Dios! ¡Quieren dejar de perder el tiempo y empezar a buscar a mi hija de verdad!

—Doctor Valls, le aseguro que es eso lo que estamos haciendo aquí y ahora. La cuestión del dinero es importante.

—¡Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el secuestro de Lara?! ¡Sí, tiene razón, esos criminales sabían que yo tenía dinero, que podía reunir dos millones sin problemas, pero hay mucha gente con dinero! No entiendo nada... ¡¿Por qué me interrogan como si pensasen que soy culpable de algo?!

Y Claudia muestra el iPad al doctor, sintiéndose Jordi Évole entrevistando a un monstruo: en la pantalla aparece el primer fotograma del vídeo de Matías.

—¿Conoce a este hombre?

Y a Antonio Valls se le muda el rostro. No refleja miedo. Es algo más desasosegante: refleja la expectativa de sentir miedo.



—Subinspector, ¿está bien?

Ha salido corriendo tras él, pero casi no lo alcanza. Su superior está frente al ascensor, ya con la puerta abierta.

—Sí..., no te preocupes por mí, estoy bien.

Y Bruno se queda observando a Ramón, y por su mente de hombre limpio cruza una idea sucia. Un pensamiento que le parece algo despreciable y desconocido, pero a la vez íntimo, muy propio. Algo que lleva su calor, su olor más primitivo. Algo que acarreas contigo aunque no te enorgullezcas de ello. Como ese tarro de orina calentita que ocultas en el bolsillo camino del analista.

—Ahora tengo prisa, Bruno. La inspectora espera su desayuno.

—¿Me está diciendo que cree que he secuestrado y matado a mi hija porque el pirado de este vídeo, un tipo al que ni conozco, ha parpadeado antes de morir en plan mensaje satánico? Está usted más zumbada de lo que pensaba.

Jordi Évole detiene el vídeo y apaga el iPad. Va a responder con una pregunta (para algo es Jordi Évole, pero sin sonrisa), y justo en ese instante se abre la puerta: Ramón, con su desayuno y una silla.

—Vaya, el que faltaba. Al final, volvemos a los principios: patio de colegio, dos contra uno. Mierda para cada uno.

La mezcla ofensiva y filosófica del comentario confunde a Claudia. Tal vez por eso decide tolerarlo. El subinspector ni se lo plantea. Deja el café y la ensaimada sobre la mesa, pero antes de sentarse en la silla que ha traído, le sacude el asiento por si tiene polvo. Parece un intento de recuperar la dignidad, que su gabardina llena de ronchas vuelve esperpéntico.

—En primer lugar, yo no le he acusado en ningún momento de secuestrar y matar a su hija. Y en segundo lugar, usted sí que conoce a Matías Granell Gómez, el joven que aparece en el vídeo.

Las contradicciones del doctor parecen bramar, exigiendo poder salir de su rostro, que las contiene a duras penas.

—¿No dice nada? Veo que es usted tozudo... Trataré de refrescarle la memoria. —Da un bocado a la ensaimada y un sorbo a la taza; la crema del café y el azúcar glas le dejan un bigote muy poco femenino, que contrasta con su peinado—. Desde que nos enteramos del intento de violación de Lara, una duda no me dejaba dormir: ¿qué puede empujar a un padre al que le han secuestrado a su hija a ocultarle a la Policía una información tan relevante?

Si la inspectora se mirase en el falso espejo, advertiría el mostacho blanquecino que luce en el labio superior. Pero no lo hace. Y Ramón sufre con el detalle, porque su imaginación siempre sufre con los detalles.

—Ese sabotaje a la investigación por supuesto nos hizo sospechar de usted. Pero su coartada era impecable: estaba en Tokio durante el secuestro. Yo

personalmente comprobé su viaje, y lo mismo hice con la supuesta sesión de peluquería de su esposa.

Menuda pinta... Él la avisaría: jefa, límpiese. Pero después de lo sucedido minutos atrás, se siente incapaz de tal grado de intimidad. ¿Y si el doctor vuelve al ataque? Soy un cobarde...

—No obstante, cabía la posibilidad de que usted hubiese contratado sicarios que hicieran el trabajo, y después fingiese la entrega del dinero. Pero fallaban dos cosas. Primera: la escenificación era demasiado elaborada. Muy barroca. La manera de contactar con la Policía a través de un periodista, el aljibe, los vídeos, el dron, micrófonos en casa de la víctima... Los secuestradores por encargo no trabajan así.

Ramón está muy tenso, porque él sufre con los detalles, y si son detalles de su jefa, aún más... Como cuando llega por la mañana a jefatura y la ve con un pico de la camisa por fuera del cuello-caja del suéter. Ella no se fija en esas cosas, pero él sí. Y le arruinan el día, que ya solo gira en torno al detalle. Al maldito detalle.

—Segunda: el móvil. No se me ocurría ninguna razón para que usted hiciese desaparecer a su hija de un modo tan rocambolesco. —Y lo mira fijamente; con los ojos y con el recién estrenado bigote, que rompe por completo el momento dramático—. ¿Va recordando? ¿Sabe ya de qué le hablo?

No por su reacción, sino por su falta de reacción, Claudia sabe que sí lo sabe.

—¿Quiere contarme algo, señor Valls?

Pero ¿qué hace este hombre? ¿Por qué se ha levantado y ahora está detrás del doctor? ¿Qué son esos gestos? ¿Señales? ¿Será para mirarme mejor las tetas? La inspectora mataría por ser ahora mismo una experta en micromovimientos... ¡¿Me está haciendo morritos?!

—Por... por suerte... —intenta no mirar a Ramón el Mimo—, un colaborador dio con este vídeo y fue capaz de descifrar el mensaje que nos enviaba Matías.

Se gira hacia el falso espejo sabiendo que no podrá ver a Héctor el Falso. Pero se gira igualmente. Y descubre su bigote: mientras se pasa la manga por los morros, se tranquiliza respecto a la gestualidad de Ramón, que ya se ha vuelto a sentar.

—Sí, está bien. Conozco a ese tipo, es el cretino que violó a mi hija.

Hasta el falso espejo está a punto de volverse transparente por culpa de la sorpresa. En cuyo caso, Claudia podría verle la cara a Héctor el Falso.

—¿Por qué ha mentido antes, cuando le he mostrado el vídeo?

—No le he mentido. La cara de ese tipo no la conozco, es un guiñapo, el estado vegetativo le ha dejado hecho un muñeco. Pero sí que he reconocido su nombre cuando usted lo ha pronunciado.

—Ya veo... En cualquier caso, ese detalle no tiene demasiada importancia. Lo que me importa de verdad es otra cosa: ¿no le resulta extraño que los secuestradores de Lara contactasen con la familia a través de la Policía, y para ello usaran a un periodista que acababa de publicar un reportaje sobre el violador de su hija? ¿Y no le parece aún más extraño que ese violador, antes de morir, estuviese obsesionado en repetir esta extraña frase: «Fue su padre»?

Antonio Valls se limita a encogerse de hombros.

—Subinspector Linares, haga los honores.

Ramón no se lo esperaba, por lo que se asusta y se sorprende a partes iguales: los papeles se le caen y se pisa la gabardina al agacharse a recogerlos atolondrado. Si fuese cómico, sería uno de esos trompetistas tontilocos de la Banda del Empastre que se arma un lío con las partituras y mezcla Wagner con *Rascayú*. Pero por desgracia para Antonio Valls, no es cómico sino policía. Y aunque justo ahora no lo parezca, de los buenos.

—Disculpe, doctor... En un minuto le explico cuál es la situación. Déjeme ordenar todo esto... —Coloca a su gusto sobre la mesa las páginas del informe que ha recogido del suelo y, tras repasarlas brevemente, se lanza—: Descubrí el pastel al estudiar detenidamente el listado que me enviaron del hospital Clínico con las negligencias en las que habían tenido alguna relación los equipos médicos con los que trabaja usted habitualmente. Un nombre me llamó la atención, ¿se le ocurre cuál puede ser?

—¡Usted está loco! ¡No sé de qué me habla! —Toda la serenidad se desvanece—. ¡Yo soy un médico de prestigio, si siguen calumniándome se las van a tener que ver con mi abogado! ¡Yo soy alguien importante en esta ciudad, vayan con cuidado!

Su vehemencia asusta. Ahora el doctor recuerda a un loco que quiere convencerle de que lo han metido por error en el manicomio. Y con cada palabra que dice, cava más hondo el agujero en el que está metido.

—¡Son ustedes escoria!

Ahora ya todo está perdido. Ya no hay nada que proteger. Si alguna vez lo

hubo.



—Cristina Manuela, está aquí.

—¿Está aquí quién?

La voz al otro lado del teléfono suena a voz a la que acaban de despertar a la una de la mañana.

—Él, ese hijo de puta.

Y la voz somnolienta espabila. Y entiende.

—No..., no es posible...

—Acabo de ver el parte de urgencias y me he acercado corriendo al quirófano: es él. Le ha dado un ataque al corazón y está esperando para ser intervenido. La operación empezará en cinco minutos.

—Pero..., pero ¿cómo es posible?

—Es un milagro. Nunca se nos presentará una oportunidad como esta.

—Antonio, no hagas una locura. Antonio, por favor...



—Matías entró por urgencias la noche del 15 de octubre de 2014, aquejado de un ataque al corazón que requería cirugía cardíaca inmediata. Usted estaba de guardia esa noche, y se vengó del violador de su hija.

Antonio Valls la mira con cinismo.

—Puede que ese día yo estuviese de guardia, puede que participase en la cirugía de ese desgraciado, pero en ningún momento supe quién estaba en la mesa de operaciones. Hoy es la primera noticia que tengo al respecto. Además, su teoría *cojea*, inspectora... —*Touchée*—. ¿Cree que si yo hubiese querido vengarme de ese tipo, le habría dejado con vida? Le aseguro que no. Primero, porque no me interesaba un testigo. Segundo..., porque se lo merecía. —Y de nuevo, *touchée*—. Ese cabrón violó a mi hija y tan solo pasó un año en la cárcel. No lo hice, pero de haber sabido quién estaba en el quirófano, lo habría hecho. Pero bien hecho. Hubiese acabado con él. Dígame que usted no habría actuado igual.

Es curioso: una de las profesiones más prosaicas que existe, policía, de repente enfrenta sin previo aviso a pobres hombres normales y corrientes con

cuestiones filosóficas insondables de primer nivel. Responsabilidad, justicia, venganza... Cuestiones a las que los pensadores más inteligentes que han existido llevan enfrentándose desde hace tres mil años.

—Doctor, lo hizo...

Y lo más curioso de todo es que los pobres hombres normales y los pensadores geniales llegan a la misma conclusión: no tengo ni idea de qué es lo correcto.

—Confíéselo, lo hizo.

Pero eso no importa mucho ahora. Porque cuando Claudia ignora qué es lo correcto, hace lo que hacen las personas sensatas: seguir las reglas.

—Demuéstrelo.

—Lo haré, ¿y sabe por qué?

—Sorpréndame.

—Por una razón muy sencilla. —Te odio, y acabaré contigo—. Yo no tengo trajes de mil euros. Ni tengo un chaletazo en Campolivar. Ni camisas caras y bien planchadas. Yo ni siquiera tengo el apoyo de muchos compañeros de profesión. —Te odio, y acabaré contigo—. Yo lo único que tengo es la razón. Y con eso me basta.



—Valls es un tipo competente: he participado con él en docenas de operaciones y nunca tuve ningún problema. Lo que pasó esa noche aún no me lo explico, fue todo muy extraño.

—¿A qué se refiere?

Al jefe de Cirugía Cardíaca del hospital Clínico no le hace mucha gracia que lo hayan despertado a las tres de la madrugada, pero entiende la situación.

—En primer lugar, el paciente. Un chico joven, sano, fuerte, que según el historial no había tenido nunca ningún problema cardíaco previo. Y de repente está tomándose una cerveza con una chica en un bar, y le da un IAMEST.

—¿Un IAMEST?

—Infarto agudo de miocardio con elevación del segmento ST. Es un tipo de ataque al corazón. En su caso, requería intervención quirúrgica inmediata porque le hicimos un cateterismo y descubrimos una estenosis límite de la coronaria derecha. Tuvo suerte de que el bar estuviese tan cerca del Clínico... Y esa es la segunda cosa curiosa: para la operación no hubo tiempo de hacer

análisis previos, pero en los que se realizaron al día siguiente se comprobó que el ataque había sido producido por una sobredosis brutal de Viagra. ¡Ningún tío joven toma Viagra antes de una cita, y menos si tiene una diabetes tipo uno de larga evolución! Normal que le reventara el motor a ese pobre diablo...

Ramón y Claudia se miran, y piensan en lo mismo: una bolsita de evidencias que contiene tres píldoras azules caducadas.

—Otras dos cosas que no me cuadraron. La primera: la chica con la que se estaba tomando la cerveza desapareció. El parte de ingreso lo firmó el dueño del bar donde le dio el ataque, porque durante el traslado, ella se esfumó y nadie fue capaz de localizarla. Supongo que estaría casada y tenía miedo de que su marido se enterase de que le estaba poniendo los cuernos... o vete tú a saber. La segunda: yo dirigía la operación, era el cirujano cardiaco de guardia, pero cuando llegué al quirófano con mis dos ayudantes, Valls ya estaba allí esperándonos.

—¿Es eso raro?

—No, inspectora, eso no es raro. El anestesista es siempre el primero que llega, para preparar al paciente. Lo que es extraño es que estuviese solo. Siempre hay una enfermera con él, ayudándolo. Pero cuando le pregunté a Valls, me dijo que había enviado a la chica al almacén de material a por una mascarilla de oxigenación nueva. Por lo visto, la que había no estaba en buen estado. Pero yo le eché un vistazo y la vi bien.

—¿Le dijo algo a Valls?

Y el subinspector piensa: ¿cómo se vería afectada la confianza de un paciente que va a ser operado a vida o muerte, si supiese que su cirujano duerme con un pijama de Spiderman?

—Pues la verdad es que no. En un quirófano cada uno debe dedicarse a lo suyo, y la mascarilla de oxigenación es cosa del anestesista. Los equipos de Cirugía se llevan bien cuando se respeta la profesionalidad de los compañeros. —Y Ramón recuerda una frase: «Aquí *tol* mundo es bueno»; porque ya sabemos que Ramón dedica mucho tiempo interior a cosas poco importantes—. Si la operación hubiese ido bien, ni me acordaría de esos detalles, pero claro, como aquello fue un desastre...

—¿Qué sucedió?

—Cuando llegué con mi equipo, el paciente estaba estabilizado, ya bajo los efectos de la anestesia. Pero durante la operación sufrió un colapso del

sistema nervioso. El cableado eléctrico y el motor a la virulé, menudo berenjenal... Si le digo la verdad, yo hice un buen trabajo, Cardio salió adelante. —Ni Spiderman puede con el ego de un cirujano—. Fue Valls precisamente el que nos aclaró de inmediato el origen del estropicio: la glucosa en sangre se había disparado a más de quinientos.

—¿Valls los alertó?

—Sí, claro. Como anestesista es el responsable de los análisis seriados que se realizan a lo largo de la operación.

—Entiendo... ¿Y a qué fue debido ese subidón de azúcar?

—Pues a la mala suerte, la verdad.

—¿Mala... suerte?

—Sí, aunque parezca mentira, así fue. Supongo que sabe que los diabéticos deben llevar al cuello siempre una placa identificativa para casos como este, de urgencia médica. De hecho, la madre del chico, en el juicio, declaró que su hijo siempre llevaba esa chapa. Pero en el quirófano, cuando yo lo operé, doy fe de que la chapa identificativa no estaba. Ni nadie la había visto. Quizás duchándose y arreglándose para su cita, se la quitó y luego olvidó ponérsela. Ya se lo he dicho, mala suerte.

—¿Por qué es eso tan importante?

—Muy sencillo: tras canular la aorta y la aurícula izquierda, la bomba extracorpórea pasó a hacer de corazón y oxigenador del paciente. Su vida estaba en manos de ese cacharro. Pero el perfusionista...

—¿Perfusionista? —Claudia y Ramón pronuncian la palabra a la vez; qué sincronía tan orquestal...

—Es el miembro del equipo quirúrgico que se encarga de manejar la bomba. Y claro, si él hubiese sabido que el paciente era diabético, habría incorporado a la máquina la insulina que le equilibrase los niveles de azúcar. Pero como eso no pasó, la glucosa en sangre se disparó.

—¿Y no había manera de controlar ese proceso? —La inspectora ha tomado la batuta.

—Sí, por supuesto. En cuanto Valls detectó la hiperglucemia le inyectó al paciente veinte unidades de insulina rápida, pero el chico no reaccionó bien. Es raro, pero a veces pasa tras un subidón de azúcar tan marcado.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que su cuerpo asimiló la hormona de un modo extremo, como si en vez de haber recibido veinte unidades de insulina le hubiesen chutado cien.

Pasó de una hiperglucemia a una hipoglucemia. Y es entonces cuando el daño neurológico ya fue irreversible.

Claudia y Ramón de nuevo se miran. Y él, que es un buen violinista, entiende la orden de su directora de orquesta.

—¿Comprobó usted que la cantidad inyectada fue de veinte unidades?

—No..., no le entiendo... —Parece confundido—. El doctor Valls siguió el protocolo, anunció en voz alta que le inyectaba al paciente veinte unidades de insulina, todos lo vimos... Por supuesto que no comprobé que esa era la cantidad que cargaba en la jeringa... Ya se lo he dicho antes: los equipos de Cirugía se llevan bien cuando se respeta la profesionalidad de los compañeros.

—¿Hay alguna manera de saber cuál fue la dosis suministrada? Mediante análisis en la autopsia o algo así...

Cada vez parece más turbado.

—No, la insulina exógena no se distingue de la natural una vez que ha entrado en el sistema circulatorio, y el cuerpo la procesa rápido.

—¿No controla el hospital los medicamentos que se utilizan en las operaciones?

—Por supuesto, pero no de manera tan pormenorizada. La farmacia hospitalaria carga el carro de medicación a primera hora, rotulando con mucha claridad cada compartimento para que no haya error posible. Ese carro pasa por muchos quirófanos, y hasta la noche no se repone y se anotan los consumos. Pero no se tiene un registro de cuántas ampollas se han utilizado de cada producto en cada operación, y menos de una sustancia tan barata como la insulina. Sería una locura burocrática.

Y la directora de orquesta toma de nuevo la batuta.

—Con lo que el doctor Valls pudo suministrar al paciente la cantidad de insulina que le vino en gana, sin que nadie pudiese acusarlo de nada. Tan solo necesitaba una excusa para aplicar la inyección: que los niveles de azúcar se alterasen. Y gracias a que nadie en ese quirófano sabía que Matías Granell era diabético, el perfusionista no pudo suministrar a la bomba extracorpórea la insulina..., con lo que los niveles de azúcar se alteraron. Todo muy conveniente.

El rostro de Spiderman muestra algo muy parecido a la indignación.

—No tengo muy claro lo que está insinuando, inspectora, pero le aseguro que en mi equipo somos grandes profesionales.

¡Aquí *tol* mundo es bueno!

—No fue culpa de Valls, fue un cúmulo de casualidades nefastas. No podíamos saber que el paciente era diabético, ese hombre no llevaba su placa identificativa. Y su sobrerreacción a la dosis de insulina es un efecto raro, pero a veces pasa, el cuerpo humano no es un reloj. —Ni tú tienes pinta de relojero...—. La sentencia condenó al hospital, pero la verdad es que no tuvimos responsabilidad. Sí, podríamos haber realizado análisis de sangre previos a la operación, pero con la espera el problema cardiaco se hubiese agravado. No es una decisión sencilla... En estos casos, donde la responsabilidad es discutible, los jueces siempre suelen hacer lo mismo: apoyar al más débil. Y la verdad, no me parece mal... Para no dejar a la familia desamparada, y como saben que las que acaban pagando son las aseguradoras, atribuyen una negligencia al hospital pero fijan indemnizaciones bajas. Y todos contentos..., bueno, es un decir.



—Al principio pensamos que el mensaje de Matías hacía referencia a que usted era el responsable del secuestro de su propia hija. «Fue su padre.» Pero pronto descartamos esa opción: Matías no tenía manera de saber eso, y usted no tenía una razón lógica para hacerlo. No existía lo más importante en un crimen, el móvil. Cuando descubrimos lo de su participación en la negligencia médica, supimos que Matías se refería a otra cosa: fue su padre, o sea, fue el padre de Lara quien me dejó en este estado.

Ramón habla mientras ojea papeles y subraya con su Bic líneas del informe.

—El proceso judicial por violación protege muy estrictamente la identidad de la víctima y su familia. Evita el contacto físico directo. Es probable que Matías nunca supiera el aspecto que tenía usted. Por eso sospecho que no entendió jamás qué le pasó en ese quirófano: entró consciente y salió atrapado en su propio cuerpo. Encerrado en una cárcel de la que no podía escapar.

¿Su alma de poeta fúnebre quizás se regala una miaja?

—Por culpa de esa cárcel, de su régimen de incomunicación total, era incapaz de contarle a nadie su pesadilla: no tenía recursos para ningún tipo de terapia, por lo que solo mantuvo contacto con su madre, que difícilmente hubiese sido capaz de interpretar un código morse a través del parpadeo. Por

otra parte, durante el juicio por negligencia médica, nunca hubo ningún careo. De hecho, un careo con alguien en estado vegetativo es imposible. Las aseguradoras negociaron con el abogado de la familia y se llegó a un acuerdo. La única pista que podría haber tenido la madre de Matías era el apellido de uno de los miembros del equipo quirúrgico, que coincidía con el apellido de la chica a la que violó su hijo. Pero ¿a qué santo pensar una cosa tan rebuscada? Valls es un apellido muy corriente. Además, la pobre mujer bastante cruz llevaba encima como para jugar a detectives.

La actitud del doctor ha cambiado. Ya no niega ni afirma. Tan solo contempla el devenir de los hechos. Impávido.

—Aquí se me presenta una duda que me gustaría que usted me aclarara. Y le recomiendo que lo haga, porque le aseguro que el juez tendrá muy en cuenta su colaboración en esclarecer lo sucedido a la hora de imponerle la sentencia.

—¿De qué me habla?

—¡Ah! ¿No se lo había dicho?

Y Ramón saca un papel de debajo del montón.

—Esto es una orden de detención contra usted, emitida por el juzgado de guardia hace un par de horas.

—¿Detenido?

—En efecto. Dadas las nuevas evidencias que le hemos proporcionado, el juez ha considerado que el estado vegetativo irreversible de Matías no fue fruto de una negligencia médica. Hay indicios suficientes para creer que hubo intención criminal por su parte.

—¿Voy a ir..., voy a ir a la cárcel?

Y el subinspector, de nuevo, con cada palabra que pronuncia siente que empuja una chincheta que muy poco a poco penetra en un corcho. Un corcho humano: el rostro confundido del detenido.

—Por supuesto, prisión incomunicada sin fianza. El juez considera que hay elevado riesgo de fuga.

Sí, Ramón, tú que tienes poco sexo disfruta del momento, porque así es la venganza. Orgásmica. ¿Por qué crees si no que engancha tanto?



—Ahora ya no puedes moverte, ¿verdad?

—No..., no puedo..., casi... ni puedo hablar... Es por la anestesia, ¿verdad?

El médico se sonríe, tranquilizador.

—No, qué va. La anestesia aún no te la he puesto, antes quería dejarte en estado curarizado.

—¿Cura... curarizado?

—Sí, curarizado: percibes lo que pasa a tu alrededor, pero no puedes interactuar con el entorno. Para conseguir ese estado basta con administrar el relajante muscular antes que el hipnótico-amnésico, que es lo que acabo de hacer..., una auténtica aberración médica, pero no te preocupes por mí, la alteración del orden de estos fármacos es indetectable en la autopsia.

—¿Au... autopsia?

¿Incredulidad? ¿Confusión? ¿Pavor?

—Te he curarizado porque he de decirte una cosa. Una cosa importante, necesitaba toda tu atención.

Y el rostro del médico cubre cenitalmente al paciente, tapando los tres ojos de la lámpara cialítica del quirófano.

—¿Sabes quién soy?

—No..., no lo sé...

—Soy la última persona que vas a ver en este mundo.

—Pero... pero...

—Cuando cierres los ojos, no los volverás a abrir. Jamás.

Ya no puede hablar. Tan solo es capaz de llorar, asustado.

—He estado rezando cada noche para que algún día llegase este momento. He rezado para poder mirarte a los ojos durante tu último minuto, sabiendo que sabes que es tu último minuto.

Y el paciente rebufa, histérico. Y emite grititos desesperados.

—Cálmate, esto acabará pronto. Me lo has puesto difícil, ningún producto anestésico tiene interacciones graves con la diabetes, pero estate tranquilo, ya he ideado la forma de que todo salga bien... Respira hondo, y disfruta de lo poco que te queda.

Ahora todo es terrorífico para Matías. Todo es una pesadilla: el olor a hospital; su corazón roto; la tecnología espacial del quirófano; su indefensión y, sobre todo, ese médico loco que lo mira fijamente y pronuncia palabras tétricas que ya casi no es capaz de escuchar... Ahora todo es una pesadilla para Matías, pero ni imagina la que le espera.

—Primero te inyectaré el anestésico, que te dormirá..., pero ya no despertarás. Después... después no sé adónde irás. —Y le da un par de

cachetitos tiernos en la mejilla—. Adiós, espero que tengas un buen viaje.



—Lo que me gustaría que usted me aclarase es lo siguiente: ¿sabía en realidad Matías lo que le había pasado? ¿La razón por la que entró con un ataque al corazón en un hospital y salió hecho un vegetal? Quizás no supo jamás que entre el equipo que lo estaba atendiendo había un criminal que quería acabar con él. Aunque quizás ese criminal sí que le manifestó sus intenciones. En plan acto poético monstruoso. En plan última venganza.

El doctor es incapaz de pronunciar palabra. Ni siquiera es capaz de odiar al mendigo que le habla y lo mira desde el fondo de sus gafas telescópicas: los hombres como él no van a la cárcel.

—Como algo me decía que esa crueldad encaja mejor con su personalidad, señor Valls, empecé a darle vueltas al asunto, y acabé localizando la prueba que necesitaba para confirmar que, en efecto, Matías siempre supo quién le había destrozado la vida en ese quirófano, pero nunca pudo contárselo a nadie. Primero, por su incapacidad para comunicarse, y segundo, porque no tenía un nombre que ponerle a una cara. La cara que lo condenó a ser un muerto en vida.

Y Ramón, con el coraje que da la venganza, se viene muy arriba y le da un bocado a la ensaimada de la inspectora.

—Concha nos dijo que la noche en la que su hijo sufrió la crisis glucémica, ella se había acostado dejándole a Matías la tele encendida. Siempre el Canal 24 horas, por lo visto al chico le gustaba estar bien informado. —¿Se ha pasado con la ironía? ¿Ha sido cruel?—. Por otra parte, también sabíamos por ella que el equilibrio glucémico de alguien en estado vegetativo irreversible que sufre además diabetes es muy delicado. Cualquier alteración emocional intensa puede hacerlo saltar por los aires. Incluso un disgusto o una alegría muy fuerte. Pero su madre había pasado toda la tarde con Matías, y él parecía muy tranquilito..., aunque había una zona muerta: las dos horas que estuvo solo frente al televisor cuando Concha ya se había acostado. Y se me ocurrió una idea.

—Y seguro que me la cuenta...

Ha sido tan solo un resto pocho de su bravura pretérita. Un último estertor casi involuntario, casi un acto reflejo: los hombres como yo no van a la cárcel.

—Creo que sí, merece saberlo. —Ramón sonríe, y se acaba la ensaimada: ¿a que ahora no tienes ganas de acusarme de ser un perverso que le mira las tetas a la jefa?—. Revisé las dos horas de emisión del Canal 24 horas de esa noche. Y sorpresa: aparecemos usted y yo.

El doctor quiebra el rostro.

—Sí, no ponga esa cara, justo en la entrada de su chalé. Por supuesto, usted tiene más presencia, yo a su lado parezco un pedigüño que pasaba por allí... Pero es la primera vez que salgo en la tele, qué quiere que le diga, me hizo ilusión. —Y sonríe de nuevo; este juego ahora le gusta—. Fue la noche en la que la prensa se enteró de todo. Hay un primer plano suyo abriéndonos la puerta a mí y a mi compañero. Ese primer plano lo vio Matías, y entonces ya pudo ponerle nombre y apellidos al médico que tres años atrás le aterrorizó en ese quirófano: el doctor Antonio Valls, en su chaletazo. El mismo chaletazo que él ya conocía de la noche en la que abusó de su alumna. Y ató cabos, no era muy difícil: el padre de Lara y el médico que le destrozó la vida eran la misma persona.

El doctor desprecia a Ramón. Claudia ahora no puede evitar sentirse orgullosa de él. Al igual que Bruno. Y un poquito también don Peppone. Al fin y al cabo, es uno de mis hombres..., si se puede llamar «hombre» a este canijo cochambroso. Mejor, uno de sus cachorros: se ha amamantado, como el resto, de su liderazgo.

—Ahora venía lo más difícil, contarlo. Seguramente la impotencia de no ser capaz de hacerlo le produjo el *shock* glucémico, y ya en el hospital decidió acabar con todo. Pero al final de su vida aún tuvo fuerzas para hacer un último intento. Y tuvo éxito: logró que la verdad se supiese.

Héctor, al otro lado del falso espejo, es el único de los presentes que no tiene una opinión formada sobre Ramón. Su mente está demasiado centrada en la contradicción que experimenta: su artículo permitió que la prensa acudiera al chalé de Campolivar y Matías se enterase de quién había sido su verdugo. Su artículo, por tanto, ha ayudado a que se haga justicia, al contribuir a llevar a la cárcel a Antonio Valls. Pero su artículo también mató a Matías. De dolor. El dolor que produce saber.

—Doctor, esta es la acusación que vamos a plantear en el juicio, es mejor que lo sepa ahora, por si aún quiere decirnos algo y mejorar su situación procesal. Le informo de que este interrogatorio se está grabando, y de que si lo desea puede llamar a un abogado. —Claudia ha tomado el relevo; el doctor no

abre la boca—. Creemos que usted planificó a conciencia su venganza. Investigó a Matías y supo que era diabético. Contrató a una chica, seguramente muy atractiva, para que se lo camelara y le pusiese en la bebida suficiente Viagra como para matar a un caballo.

Ramón el Mimo le hace una señal, y ella reacciona de inmediato.

—Corrijo: sabiendo las características físicas del sujeto, y teniendo en cuenta sus conocimientos técnicos como anestésista, moderó la dosis con un objetivo.

—Eso no es cierto, eso no es verdad...

Se defiende sin fuelle: los hombres como yo no van a la cárcel.

—Déjeme que continúe, tranquilo, ya queda poco. Su objetivo era que Matías llegara al quirófano esa noche que usted estaba de guardia. Pero que llegara vivo. Porque quería mirarlo a los ojos mientras lo sacrificaba.

—No, eso es mentira, fue casual...

Primera concesión. Ramón, que disfruta tricotando, sabe que cuando salta un punto, después todos vienen del tirón. Porque deshacer duele, pero da gusto. Lo mismo que confesar.

—Por eso la chica que usted contrató, y que le aseguro que encontraremos, eligió un bar cerca del Clínico, para asegurarse de que lo llevarían a ese hospital y no a otro. Y al estar tan cerca, el traslado no sería en una ambulancia, sino que lo harían los propios clientes del bar: usted no quería que la unidad médica de la UVI móvil pusiese en el parte de asistencia que habían visto la chapa que llevaba al cuello Matías. La chapa que lo identificaba como diabético..., la chapa que usted le quitó del cuello cuando se quedó con él a solas en el quirófano tras despachar a la enfermera.

Y del bolsillo de la americana se saca una pequeña bolsa de evidencias que deja sobre la mesa, junto a la otra. Dentro tiene un colgante y una pequeña plaquita metálica.

—Me la acaban de traer. Esta noche se han registrado todas sus propiedades, excepto el chalé de Campolivar. Sabía que no sería usted tan estúpido de guardarla allí..., pero sabía que la guardaría. —Te odio; y acabaré contigo—. La han encontrado debajo de una baldosa en la casa del guarda de su finca de Hellín. Junto al resto de sus trofeos de caza. Muy propio de usted.

Y él la mira. Derrotado.

—Su venganza no iba a ser matarlo. Eso podría haberlo hecho la chica que contrató, sencillamente incrementando la dosis de Viagra o administrándole un

veneno. Usted quería ser el ejecutor. Y la sentencia no era de muerte, era peor: como el perfusionista no sabía que Matías era diabético —la inspectora alza la bolsa de evidencias que contiene la chapa metálica—, no cargó insulina en la bomba extracorpórea, y se produjo una hiperglucemia; el doctor Valls ya tenía la excusa perfecta para suministrarle insulina al paciente, sin que nadie en el quirófano dudase de su profesionalidad... Pero suministrarle la dosis justa para dejarlo en el estado en el que lo dejó. Vegetativo, irreversible. Quería un muerto viviente, una cárcel perpetua para el violador de su hija.

—Por eso no nos dijo nada de la violación cuando secuestraron a Lara. ¿Para qué ponernos sobre la pista y arriesgarse a que levantásemos la liebre de su crimen, cuando Matías no podía tener nada que ver en la desaparición de su hija? Usted ya se había encargado de dejarlo bien apañadito... —Claudia, satisfecha, se reclina sobre el respaldo de la silla—. Pero lo que son las cosas, fue contraproducente, su secretismo nos alertó.

El doctor está quebrado, pero habla sereno:

—No, eso no es cierto..., desde el principio supe que llegarían a Matías, y que escarbarían en... —le cuesta elegir la palabra; a él, que siempre tiene la palabra adecuada—, en lo que hice. Tuve que decidir si ponérselo fácil o difícil, pero las dos eran posiciones débiles... Escogí la que pensé menos mala.

El anestesista ahora parece drogado. Como si le hubiesen administrado el suero de la verdad.

—Y se equivoca en dos cosas más... yo no contraté a ninguna fulana que engatusara a esa rata y lo drogara con Viagra. Él entró en urgencias por casualidad... Fue un milagro. —¿Milagro?; su desamparo tenía cierta dignidad, que esa palabra ha hecho estallar en mil pedazos—. Lo de la dosis de insulina también es mentira. Yo no quería dejarlo hecho un vegetal, quería... quería matarlo. Pero ese chico era un mulo, tenía una fuerza interior increíble, muchas ganas de vivir...

Tiene la mirada perdida. Pero en ella hay un rastro de orgullo que a Ramón, tan hacendoso, no le pasa inadvertido: deshacer del tirón lo tricotado duele, pero da gusto; lo mismo que confesar.

—Ni siquiera le dije quién era yo... Quería que muriese confuso, sin saber de dónde venía el dolor que sufría. Que experimentara un pánico, un padecimiento al que no le encontrara razón alguna. Quería que sufriese lo mismo que sufrió mi hija cuando él la violó.

—Ojo por ojo.

—Sí, ojo por ojo. —Y mira fijamente a Claudia—. ¿Qué hubiese hecho usted en mi lugar? ¿Qué hubiese hecho usted si le han violado a su hija, y el criminal que lo hizo se ha pasado tan solo un año en la cárcel y está por ahí suelto, disfrutando de la vida?

Ella traga saliva.

—¿Qué hubiese hecho si a ese hijo de puta el azar lo pone en sus manos, delante de usted, en una mesa de operaciones, y tiene que inyectarle algo, algo que le salve la vida o algo que acabe con su vida? ¿Qué hubiese hecho?

Le acaba de hacer la misma pregunta que le hizo minutos atrás, al principio del interrogatorio. Pero con lágrimas en los ojos. Y eso lo cambia todo.

—Dígamelo de corazón, inspectora, ¿qué hubiese hecho usted?

Y las lágrimas de este hombre cruel, sus dudas, limpian muchas cosas. ¿Hemos cruzado al otro lado? Quizás, Claudia, quizás..., pero ¿al otro lado de qué? Al otro lado del odio.

—Yo hubiese confiado en la ley.

Él sonríe ante la mentira. Y es la primera vez que su sonrisa no es cínica: es comprensiva.

—A todos nos cuesta desprendernos de nuestro disfraz. Del papel que nos ha tocado en la obra. Y el suyo es de policía. —Respira muy hondo—. Yo no sé de leyes, inspectora, ni ganas...; lo último que quiero es contaminar con ellas el sentido innato de la justicia con el que nacemos.

—Si todos hiciésemos lo mismo, viviríamos en una jungla.

—Quizás. Pero yo vengo de muy abajo. Lo que tengo lo he logrado con mi trabajo, con mi esfuerzo..., de donde yo vengo no puedes permitirte ignorar que, en efecto, esto es una jungla.

Y Claudia lo advierte por primera vez. El detenido dice la verdad: tiene mucho dinero, pero su espíritu es de hombre pobre. De superviviente.

—Inspectora, siento decepcionarla: nunca fui tan malo como usted quería que fuese. Siento no haberla podido ayudar en eso..., soy solo un ser humano que exigía justicia y nadie se la daba. —La voz, en efecto, suena desesperada—. Usted forma parte de la maquinaria del Estado. Y me ha demostrado que es un buen engranaje..., no me duelen prendas en reconocerlo. Pero cuando el Estado no cumple sus funciones, nos obliga a los ciudadanos a tomarnos la justicia por nuestra mano. Yo hice lo que debía, yo denuncié, yo esperé un juicio, y ese energúmeno pasó un año en prisión por violar a mi hija... Iré a la cárcel, pero son nuestros políticos, que hacen leyes criminales que permiten

estas cosas, los que tendrían que estar tras las rejas por obligarnos a los ciudadanos a impartir la justicia que ellos deberían impartir. ¿O acaso no recuerda casos como el de Marta del Castillo? Padres que llevan años suplicando tan solo que les devuelvan el cadáver de su hija, y unos jueces que no puede hacer nada contra los asesinos que se burlan de esos padres, por culpa de la legislación parida por nuestros políticos, y la tortura sigue día tras día sin que nadie haga nada para remediarlo. No me hable de leyes, inspectora, no me hable de leyes...

Y Claudia, como no tiene claro qué es lo correcto, prefiere hablar de otra cosa. Prefiere seguir las reglas, que es lo que hace la gente sensata cuando no sabe qué es lo correcto.

—Antes le he acusado de violación, pero reconozco que disparaba a bulto. Es importante que sepamos qué le pasó a Lara cuando tenía doce años. Algo me dice que esa transformación de su carácter está conectada con su extraño secuestro.

Y entonces las lágrimas en el rostro de Antonio desaparecen. Y su comprensión. Y regresa el doctor Valls.

—No sé de qué me habla. A Lara no le sucedió nada, sencillamente tuvo la típica crisis de personalidad que tienen todos los chavales en la adolescencia.

Ese muro que se ha alzado de repente, Claudia sabe que no lo va a poder saltar. Ni tirar abajo. ¿Tal vez bordearlo?

—Doctor, hay alguien que tiene muchas ganas de joderle vivo: le quita a su hija, le quita dos millones, y le quita su reputación y su libertad, sacando a la luz lo de Matías. ¿No cree que vale la pena que se sincere? Quizás aún podamos ayudar a Lara.

De nuevo silencio. Un silencio egoísta, sospecha Claudia. «Te odio, y acabaré conti...» No. Ya no. Después de la pregunta que el doctor le hizo hace unos minutos, ya no puede refugiarse en el cómodo odio.

¿Qué hubiese hecho usted en mi lugar?

A la inspectora le sorprende su propia transformación interior, el cambio de percepción sobre el individuo que tiene enfrente tan solo gracias a una pregunta, una pregunta de la que ella no conoce la respuesta. Y recuerda al poeta: «¿Cómo distinguir al bailarín del baile?». Y ella misma se vuelve un poco poeta: «¿Cómo distinguir al criminal del crimen?».

—Porque tenga claro que lo de Matías ha salido a la luz gracias a los secuestradores. Ellos contactaron conmigo a través de Héctor Santos, el

periodista de investigación al que usted conoció. Periodista que a su vez conocía a Matías, y que fue el que descubrió este vídeo y el mensaje en clave. Sin él, no habríamos llegado tan lejos, y él entró en este juego porque los secuestradores quisieron. No hay nada casual en este caso... —Se desespera al ver la pasividad del doctor, que ahora la mira como quien ve llover—. Desde el principio tuve la extraña sensación de que yo no estaba a los mandos de esta nave. Los secuestradores contactaron conmigo, ¡con la Policía! Eso es inaudito, ningún secuestrador quiere nuestra intervención. Al principio creí que sería algún psicópata narcisista al que le gustaba retar, pero no, es algo más complejo y elaborado... Esa gente quiere guiarnos hacia algo, con un único objetivo que están logrando sobradamente: destrozarnos su vida, doctor. ¿Se lo va a seguir permitiendo?

En los ojos de ese hombre puede distinguir la obcecación: no hay nada que hacer. Por alguna razón que se le escapa, Antonio Valls no va a colaborar.

—Subinspector Linares, vámonos. Aquí estamos perdiendo el tiempo.

Ramón se levanta, lo recoge todo y se dirige a la puerta seguido por la inspectora.

—¿Qué hubiese hecho usted en mi lugar?

Ella se gira. Y topa con una mirada que sigue obcecada, pero también está llena de frustración. De impotencia.

—Ya se lo dije. Hubiese confiado en la ley, que...

—Usted me pide sinceridad. Pero no me da a cambio sinceridad.

Claudia sabe que ahora debe guardar silencio. Porque sabe que solo hay una manera de envejecer con dignidad: ir acumulando dudas. Sin mentir, sin creer jamás que tienes todas las repuestas.

—Yo me visto por los pies, tengo sangre en las venas. Ese tipo se merecía lo que le pasó... A veces hay que hacer lo que hay que hacer. A veces un hombre, para poder dormir por las noches, para poder mirarse al espejo, tiene que ser valiente.

Ella lo contempla. Con pena.

—No. No se confunda, doctor, le engañaron al explicarle el asunto. Lo que usted hizo es con lo que venimos todos. Cualquiera chimpancé se hubiese comportado igual. La valentía es otra cosa.

—¿Ah, sí? ¿Qué es la valentía?

Y Claudia de nuevo se acuerda de la pregunta del poeta. Del bailarín y el baile.

—La valentía es ser capaz de dominar tus instintos. No doblegarte ante ellos jamás.

El doctor la mira y no dice nada. Al salir por la puerta, la inspectora tiene la sensación de que dentro de la sala de interrogatorios queda tan solo una cáscara sin yema.

Cuatro de la tarde. Reunión del equipo de investigación en jefatura. El despacho de la inspectora se está pintando, por lo que los tres se aprietan en el cubículo de Ramón. ¿A quién le importa que la labor policial tenga una naturaleza esencialmente discreta? Lo que te transforma en un gran líder son los espacios diáfanos, los despachos abiertos, que consiguen una mayor unidad grupal y esfuerzo compartido: todos empujando en la misma dirección, en la que sea, pero en la misma; sin jerarquías. El comisario sabe lo que se hace en cuestiones de redecoración... Pero eso sí, a él que no le toquen sus cincuenta metros cuadrados con vistas a la Gran Vía. Bien tabicados, por supuesto.

—¿Alguna idea?

—Si me lo permite, inspectora, iría a interrogar al dueño del bar en el que Matías Granell sufrió el ataque al corazón. Han pasado tres años, pero quizás recuerde algo que nos ayude a localizar a la mujer con la que el fallecido se estaba tomando una cerveza esa noche.

—Te lo permito.

—¡Excelente idea! —Ramón fuerza el tono exclamativo, que resulta exagerado: a Bruno hay que animarlo, lo nota muy triste—. Debemos escarbar en la trama urdida por el doctor, para ver si averiguamos qué le pasó a Lara cuando era una niña.

—Sí, eso es verdad..., pero andamos muy perdidos.

—*Cui prodest.*

—¿Cómo has dicho?

¿Ramón es ahora el nuevo mejor amigo del director del colegio Jesús y María?

—Disculpe, jefa, pero estoy practicando una nueva técnica para desarrollar la autoconfianza: si me hago las preguntas en latín, me noto más inteligente.

Claudia rebufa. Qué paciencia... Por el amor de Dios, que el comisario no oiga hablar de este invento, sería lo que les faltaba: despachos abiertos,

túnicas abiertas, latín a gogó.

—*Cui prodest*. ¿A quién beneficia? —Ramón apoya un codo sobre la mesa y esboza una pose florentina—. Secuestran y probablemente matan a su hija, le pimplan dos millones y lo envían a la cárcel tras dejarlo sin reputación ni vida profesional. ¿Quién sale ganando con todo eso?

Quizás sea su técnica idiomática, o quizás, con mayor probabilidad, sea su reciente protagonismo en el interrogatorio al doctor Valls, pero el caso es que la autoestima del subinspector está mejor que nunca.

—Sí, tienes razón, esa es la gran pregunta..., a la que hay que añadir el interés del criminal en que nosotros, la Policía, y también la prensa, estemos dentro del caso. —Claudia observa a su subordinado; piensa en sus cosas, sobre todo en Héctor, pero parece que está pensando en él, en su subordinado: sé que, a pesar de todo, los cimientos de tu personalidad son morales, tú no me traicionarás, porque traicionarme te supondría derrumbarte; a ella le gusta trabajar con tipos así de simples, por eso está encantada con el equipo que ha formado: Ramón, en ese sentido, es igual que Bruno; en otros sentidos es un poco más complicado, un poco más oscuro...—. Para empezar, esta tarde te vas a Campolivar y me buscas a la señora Valls.

—¿A Cristina Manuela?

—Esa misma. La Manoli quizás pueda arrojarnos algo de luz sobre lo que le pasó a Lara a los doce años.

—Lo intentaré, jefa, pero creo que será un hueso duro de roer: tiene pinta de estar totalmente subyugada por su marido.

—Tú ve a buscarla y te la traes aquí. A ver si al meterla en la sala de interrogatorios la intimidamos y se ablanda un poco.

—Sí, buena idea. Esta mañana no se nos ha dado mal del todo...

Espera su galletita, pero no llega: llaman al móvil de Bruno. Que observa la pantalla. Para a continuación, antes de descolgar, descolgar de su propio rostro su propia y magnífica mandíbula.

—Dis... disculpen. Vuelvo en un minuto.

Ramón, muy cuco, también ha podido ver en la pantalla quién llamaba: «JennyMiAmore».

—Jefa, nuestro Geyperman creo que las está pasando putas con la novia, y discúlpeme el lenguaje.

Claudia sonrío mustia. No es ella la más adecuada para dar consejos sobre esas cosas...

—Tengamos paciencia. Es un buen chico.

Sí, habrá que tener paciencia. Una mujer a los veinte años ya se ha quitado el disfraz y es ella. A un hombre, sin embargo, es muy habitual seguir viéndolo vestido de carnaval a los cuarenta.

—¿Qué hostias... es esto?

Cuando ha girado la cabeza de nuevo hacia el subinspector, después de haberle dado un buen repaso al trasero de Bruno, se ha topado frente a ella, sobre la mesa, con una cajita.

—No me jodas, Ramón...

Está envuelta con un papel de regalo que en los años setenta ya estaba pasado de moda, y que tiene pinta de haber sido reutilizado un par de veces en cumpleaños infantiles. Probablemente, cumpleaños del propio Ramón.

—Pero ¿a santo de qué...?

—Jefa, por favor, ábralo. Es importante para mí.

Y ella puede ver cómo a su subordinado le tiembla la mano al empujar la cajita con el dedo para acercársela: no, Claudia, ahora no es el momento de decir ninguna palabrota, ni un comentario sarcástico, ni de dar un bufido despectivo. Ahora es el momento de aceptar un regalo, y punto.

—No era necesario, Ramón... —Coge el paquete y empieza a abrirlo—. No me voy a emocionar..., a ver si te crees que me verás llorar, hasta ahí podríamos llegar..., pero de verdad, no era necesario...

—Sí era necesario, jefa.

Ramón nunca ha tenido novia, pero incluso él sabe que cuando una mujer dice «No me voy a emocionar», eso significa que ya está emocionada.

—Espero que sea de su talla, lo calculé todo a ojo. Y si no, le hago unos apañitos y listo.

Bikini tricotado en lana Shetland, punto garbanzo. Braguita con cenefa étnica, rollo *El cóndor pasa*. Sujetador con dianas sobre los pechos, rollo el portaviones *Eisenhower* necesita blancos para sus prácticas de tiro.

—Me encanta...

No quiere, se resiste, pero al final lo hace: simula ponerse el sujetador y baja mucho la barbilla para ver cómo le sienta la prenda. Ante el deleite de Ramón: por fin las evidencias forenses demuestran que su jefa, aunque a veces no lo parezca, es una mujer.

—Me va perfecto.

—Sin duda, y le combina de maravilla con su nuevo peinado. Iba a

regalárselo más adelante, de cara al calorcito, para ir a la playa y esas cosas...

En la mirada de ella no se sabe muy bien qué hay reflejado: ¿debo enviarle un *selfie* para demostrarle que me lo he puesto? Ramón es un sol, pero un sol muy raro; si me meto en el agua del mar y con el frío se me ponen las largas, ¿el pezón asomará entre los puntos? La lana tricotada no acaba de parecerme a mí el mejor material para un bikini...

—Pero he decidido dárselo ahora y no esperar al verano porque después de lo que el energúmeno ese del doctor Valls insinuó esta mañana en el interrogatorio...

En la mirada de él no hay duda sobre lo que se ve reflejado: la exaltación del ego propio que siempre se experimenta al saberse portador de placer. No hay nada más egoísta que regalar, sobre todo cuando regalas una horterada.

—Quiero dejarle muy claro que en ningún momento he mirado sus pechos con intenciones libidinosas... Era para tomar medidas mentales de la talla, porque tricotar la sisa del sujetador no es sencillo..., y no es que, por supuesto, sus pechos no merezcan ser admirados..., bueno, ya me entiende..., yo... Debería probárselo para ver si tengo que hacer ajustes, ¡pero no ahora!, no, después, en su casa, tranquilamente... Sería incorrecto que se pasease delante de todos con el bikini puesto aquí en jefatura...

Menudo jaleo... Ahí está de nuevo: el trompetista tontiloco de la Banda del Empastre que se arma un lío con las partituras y mezcla Wagner con *Rascayú*.

—Mejor cierra la boca. Que aún la cagarás.

Y Claudia hace algo que no tenía previsto hacer en esta ni en las próximas seis vidas: se levanta de la silla confidente, da la vuelta a la mesa y le propina un beso en la mejilla a su subordinado.

—Gracias, Ramón.

Pues va a ser que sí, esta mujer se ha emocionado.

—Jefa..., yo..., yo..., no hay por qué darlas, es solo un detallito... Ya sabe, que a mí lo de las agujas me relaja..., las de tricotar, por supuesto, las hipodérmicas ni mirarlas.

Sí, tricotar le hace mucha compañía, un mecanismo de compensación como cualquier otro: siente que sus ansias de cuidar se calman.

—Deja de decir gansadas. Te he dado las gracias, muéstrate agradecido: no es algo que suela hacer.

Y ante el rostro feo que tiene delante, tranquilo, sin problemas, se ve reflejada y lo entiende todo: el mayor problema de Ramón es que no tiene

ningún problema.

—Gracias por sus gracias, jefa..., gracias.

En la existencia humana, los problemas son como los anclajes en una escalada: aunque sean incómodos y creas que te ralentizan, son los que te mantienen con vida. Y Ramón ha montado su vida escapando siempre de los problemas. ¿Mujer? ¿Hijos? ¿Amigos? ¿Propiedades? Si prescindes de todo eso, no debes nunca enfrentarte a defenderlo. Qué vida tan tranquila... Él, que sabe tanto de agujas, no parece entender que una vida sin problemas es como un ovillo de lana olvidado en un armario: si alguien hubiese tenido el coraje de tricotar con él, retorciéndolo y haciéndole sufrir, llenándolo de problemas, tal vez ahora, en vez de un ovillo olvidado, sería una bufanda enrollada al cuello de una persona. Que respira, y siente.

—Somos una pareja de policías extraños, ¿verdad, jefa?

—Si fuésemos una pareja típica, no seríamos.

Y Claudia se plantea si a ella no le pasará algo parecido a lo que le pasa a Ramón. *No problem way of life*. Mientras, mira y se remira el bikini. Y es que no recuerda la última vez que alguien le regaló algo. Porque Tomás no era muy dado a esas cosas, y como a ella le gustaba fingir que todo eso de los regalitos románticos son mariconadas y que el Día de los Enamorados es un invento de El Corte Inglés, y que si patatín patatán, pues eso: sin regalos. Y sin problemas.

¿Por qué te engañas a ti misma, Claudia? Anoche te regalaron unos preciosos *stiletto*s rojos que te humedecen cada vez que los miras...

—¿Qué es eso? ¿Una red para pescar?

Bruno acaba de llegar. La inspectora, azorada, vuelve a sentarse en la silla confidente, junto al joven, y tira el bikini sobre la mesa de Ramón. Como si quemase.

—Nada, cosas nuestras... Voy a ver cómo anda mi despacho. —¿Por qué la inspectora se comporta como una colegiala pillada en falta?—. Los pintores, si no los vigilas, siempre te acaban endilgando un gotelé.

Se levanta y se va.

—Oye, ¿anda todo bien?

—Sí, perfectamente subinspector, todo en orden... —¿Por qué los ojos de Bruno dan la impresión de haber llorado?—. Era una amiga que ha tenido problemas con el casero y...

Deja de mentir y sus ojos se empelotan aún más debido a la sorpresa.

—Chaval, creo que no tengo monos en la cara. —¿Por qué el novato me mira así?—. Pero... pero...

Al final, entiende que es detrás de él donde está el problema. Sí, Ramón, el problema. Pero no te asustes, con un poco de suerte hoy empiezas a vivir: por la parte superior del biombo que tiene a sus espaldas ha sido desplegado un gran póster. Ha sido desplegado desde el cubículo vecino.

—Subinspector, esto ya es intolerable.

Fotomontaje: actor porno uno, con rostro de deleite y pene erecto descomunal; actor porno dos, haciéndole una felación al actor porno uno. Detalle importante: el rostro del actor porno dos ha sido sustituido con Photoshop de modo muy rudimentario. Sustituido por el rostro del subinspector Linares.

—No hagas caso, Bruno, a mí no me importa. —Si no le importa, ¿por qué parece que está a punto de llorar?—. Ya se cansará, el tiempo pone a cada uno en su lugar.

Pero a Bruno sí le importa. Porque Ramón, su compañero Ramón, su amigo Ramón, es un hombre que huye de los problemas, pero es un hombre bueno. Y porque él acaba de romper con su novia, una ruptura telefónica, patética. Y lo ha hecho por lo mismo por lo que ahora va a actuar: Bruno desde hoy sabe cuándo debe hacer algo. Aunque se meta en un lío. Aunque se quede solo. Aunque su carrera se vaya a la mierda. Aunque le peguen un tiro.

—Sí, subinspector, tiene usted razón...

Y es que hay cosas que retornan. Cosas que sabes que debes hacerlas bien, porque volverán a plantarse ante ti para pedirte explicaciones.

—El tiempo pone a cada uno en su lugar, pero si mandas a tomar por culo a unos cuantos, vas adelantando faena.

—¡Bruno, siéntate! ¡Es una orden!

Él no está ahora para órdenes. No al menos para órdenes de alguien al que le aterrizan los problemas: tras la conversación que acaba de tener con JennyMiAmore, es como un león macho joven recién escapado de la manada. Que va en busca de un nuevo territorio de caza. De un harén sobre el que mandar. De su espacio en el mundo.

—¡Te he dicho que te sientes! ¡Es una orden!

—Quédese aquí, subinspector. Déjeme este asunto a mí.

Se levanta, decidido, y pasa al cubículo de al lado.

—Buenos días, subinspector Garcí.

Porque la vida, en su arranque, parece algo muy complejo.

—Vaya, el yogurín de jefatura. ¿Te prepara papi un biberón?

Pero quien ya ha pasado por ella sabe que hay tan solo un momento importante. Solo uno: es ese momento en el que decides qué tipo de persona quieres ser. Ahí está la clave de todo, lo que determinará tu mundo. Y curiosamente Bruno hoy, en los últimos diez minutos, ya ha vivido ese momento único en dos ocasiones.

—No, gracias, tomé mi Cola-Cao antes de salir de casa. Lo que quisiera es que me explicase una cosa: ¿a qué ha venido *eso*? —Y señala el borde del póster que, con chinchetas, se sostiene desde este lado del biombo—. Considero que es ofensivo para con la dignidad personal y policial de un compañero al que todos apreciamos.

Tano Garci, siempre él. Él y sus bromitas: el año pasado intentó convencer a sus palmeros para que votasen todos a Ramón en el concurso a la mujer policía inspiradora del año, organizado por el área de Igualdad y Relaciones con la Sociedad.

—¿Que yo te explique a ti qué?

Policía chusquero. De los que alardean de respetar a los homosexuales, faltaría más. Pero primero ha dejado claro con una sonrisa de complicidad que a él lo que le gustan son las mujeres, «No te vayas a pensar algo raro».

—Vaya con el puto niño de los cojones...

Tano se levanta de su silla, y su labio añora un Celtas sin boquilla colgando de él. Su idea de conservar las especies en peligro de extinción es disecarlas: un buen taxidermista las haría durar toda la vida. Contra el cambio climático, lo mejor es subir el aire acondicionado: ¿veis como no hacía tanto calor?

—Así que un novato de mierda como tú, recién salido del huevo, viene a pedirme explicaciones... y supongo que a darme una lección.

Es de esos tipos que nunca mira en su interior. Él se mira hacia afuera. Eso explica su sociabilidad populachera: todo el mundo lo quiere en jefatura. Siempre que todo el mundo no sea demócrata, no sea mujer y no sea maricón. Porque a los maricones hay que dejarlos vivir, pero no hay que dejarlos ser policías. Y Ramón es maricón, eso lo tiene claro: «¿Le habéis conocido algún chochito al de la gabardina? ¡Chaval, otro carajillo, y rapidito que entro de servicio! ¿Control de alcoholemia? Pues si la civila que lo hace es joven y guapa, que se deje de aparatitos: beso en la boca». Y sus palmeros no demócratas, no mujeres y no maricones, a reírle las gracias.

—Tengo curiosidad por saber qué va a hacer el Capitán Trueno para resarcir el honor de su novia, la comerrabos.

—¿Le parece bien, subinspector Garcí, que dejemos aquí nuestras armas reglamentarias y subamos a la terraza a arreglar esto como hombres?

Y la comerrabos de pie, sin saber qué hacer, observando a los dos muflones en berrea. Con una idea fija en su cabeza: si no le doy un puñetazo a ese energúmeno ahora, si dejo que en mi lugar se lo dé Bruno, nunca seré feliz. Nunca podré cambiar de vida. Ese dilema ya lo vivió en el instituto, y ahí sigue, cuarenta años después, todavía paralizándole la existencia.

—¿Así que el Capitán Trueno quiere batirse en duelo por su amada?

Veinticinco años, metro noventa. Dos horas diarias de gimnasio, cien kilos de puro músculo. Full-contact, jiu-jitsu, vale tudo. ¡Pero qué cojones! ¡Gibraltar español! Tano Garcí no es un cobarde: yo me cuadré ante el Generalísimo en el día de su santo funeral, y si digo que en el Cuerpo Nacional de Policía que él fundó no cabe ni un maricón, es que no cabe ni un maricón.

—Andando *parriba*, princesa. Vas a aprender hoy lo que son un par de hostias de las de antes, bien *pegás*.

Ya se sabe: hay hombres que tienen tan pocas ideas que incluso están dispuestos a morir por alguna de ellas.

Risas, rumores, codazos..., media jefatura se ha arremolinado en torno al cubículo. Solo falta que corran las apuestas. El comisario es un genio: espacios diáfanos, despachos abiertos, unidad grupal y esfuerzo compartido. Todos empujando en la misma dirección.

—Tano, espera un momento.

—¿Qué quieres, comerrabos? Estate tranquilo, que a tu novia la trataré con cuidado.

¿Ramón metiéndose en problemas?

—Lo que quiero en primer lugar es que dejes de llamarme así. Tenemos la misma graduación, para ti soy el subinspector Linares. Prescinde del tuteo.

Sí, en efecto: Ramón intentando empezar a vivir.

—Vaya, resulta que la subinspectora Linares en las venas tiene algo más que horchata... —Sonríe mientras encara a su inesperado rival—. Escúchame bien lo que pienso de ti, comerrabos: eres un maricón, y aquí no queremos gente como tú.

A Ramón le tiemblan las piernas: sabe que algo se le ha revuelto por

dentro. Algo que lo atrae y asusta a partes iguales. Como cuando te quieres acercar a lo grande, y sientes un aura de rechazo. Un aura que no es irradiada por lo grande. Es irradiada por ti mismo.

—¿Y tú sabes lo que yo pienso de ti?

—¿Qué piensas? Suéltalo, vamos, comerrabos..., atrévete.

Y él pronuncia tan solo cuatro letras.

—Nada.

Cuatro letras para arrancar una nueva vida.

Risas entre la parroquia: eso sí que es un buen puñetazo, de los que hacen más daño que los que se pegan en la cara.

—¿Qué hostias está pasando aquí?! —Claudia acaba de aparecer; en realidad no le importa la respuesta a su pregunta, tiene cosas más importantes en que pensar—. Ramón, Bruno, dejaos de tonterías, no hay tiempo que perder. El doctor Valls se ha suicidado.



Saliendo de jefatura. Puerta giratoria. La inspectora ya los espera fuera, nerviosa, con ganas de llegar a la cárcel de Picassent a ver qué ha sucedido. Pero al nuevo Ramón, sin saber por qué, una corazonada lo ha impulsado a meterse en la sección de la puerta giratoria en la que ya estaba metido Bruno.

—Pareja de gilipollas...

Ver a dos personas tan desiguales apretadas dentro de aquel quesito es hilarante, pero Claudia no tiene ganas de reír.

—¡Salid de ahí de una puta vez! ¡Pero ¿qué coño hacéis?!

Pues lo que hacen Pin y Pon es dar pasitos muy cortos para minimizar el incómodo roce de cuerpos. Y como Murphy siempre anda cerca tocando los cojones, la puerta se atora.

—Lo que faltaba...

Y ella oye una voz a su espalda.

—Hola, Claudia.

—Hola..., Héctor.

—Iba ahora a subir a tu despacho, no quería marcharme sin despedirme.

Como dos amantes que se encuentran casualmente en un ascensor acompañados por sus respectivos cónyuges, actúan con una corrección y

distanciamiento artificiosos. Y es que, en efecto, no están solos: a cada uno lo acompañan sus miedos. Una porquería de matrimonio, pero un matrimonio.

—Pues bueno, despedido quedas.

Eso es, Claudia: tú con los hombres no haces control de daños. Eres tan idiota que haces control de bienes.

—Quería... quería pedirte disculpas. Te prometo que no publicaré nada sobre lo que ha pasado hoy en la sala de interrogatorios..., ni sobre eso ni sobre la investigación de Lara. —Lo paraliza la frialdad de ella—. De hecho, te agradezco que me hayas dejado estar presente, podías haberte negado.

Detrás de ellos, Pin y Pon siguen forcejeando con la puerta giratoria. Con la puerta y con un instinto que se les acaba de despertar: nada une más que un enemigo común. Gracias, Tano.

—Era lo mínimo que podía hacer. Sin ti, no habríamos averiguado lo de Matías.

—Me preguntaba si podríamos quedar a tomar...

—No, Héctor. Aquí nuestros caminos se separan.

¿Por qué no te lo piensas mejor? ¿No te apetecería visitar con este hombre el futuro? ¿Dejar de ser una habitante del pasado? No, no se lo va a pensar mejor. Porque la herida cauteriza, pero cauteriza mal. Supura rencor, desconfianza, mal sabor. Siente que él le ha robado algo que ella estaba dispuesta a regalarle, y eso le impide reunir fuerzas para esforzarse en quererlo. Además, hace ya tiempo aprendió que los amores trabajados nunca funcionan.

—¿No... no quieres que volvamos a vernos?

—Jamás.

Cuidado, Claudia, con lo que dices. Un «jamás» está lleno de posibilidades, es tan grande...

—Jefa, disculpe el inconveniente, esa maldita puerta... ¿Nos vamos?

—Sí, vámonos... Adiós, Héctor.

Él rumia las calabazas mientras se aleja de jefatura paseando por el bulevar central de Fernando el Católico, dirección plaza España. Intenta buscar una alternativa a la sensación de fracaso: se centrará en su novela. Aunque hace ya tiempo que sabe que nunca será capaz de acabarla. ¿Por qué? Pues eso no lo sabe. Y no lo sabe porque Héctor no es lo suficientemente listo como para darse cuenta de que es más difícil escribir un libro para parecer

inteligente que escribir un libro siéndolo. En sus relaciones con las mujeres le pasa exactamente lo mismo.

Claudia, por su parte, se aleja a toda prisa en el sentido opuesto, dirigiéndose hacia la cárcel acompañada por sus ayudantes. Y teniendo claro que ella misma se encamina hacia otra prisión: porque estamos hechos así, porque solo queremos a quien nos hace sentir, aunque sea sentir enfado. La asepsia emocional te permite vivir mucho, pero vivir muy solo.



Los tres, de pie en el centro de la celda, observan el cadáver. Los acompaña un guardia de prisiones.

—El psicólogo del módulo de ingresos no lo catalogó como especialmente problemático, bajo riesgo de suicidio y autolesiones. Por eso no se le aplicó el protocolo de vigilancia especial cuando llegó. Sencillamente se le privó de cualquier instrumento punzante, y de cordones de zapatos o cinturones, como a todos los nuevos. Pero este tipo tenía las cosas muy claras, lo que ha hecho en las tres horas que ha estado solo esta mañana no es sencillo...

Los ojos hinchados del doctor Valls los miran. Y su pene los señala: erección de ahorcado.

—Se quitó la ropa y con los dientes la fue rajando y empalmando hasta conseguir una soga. Como pueden ver, necesitaba bastante longitud, porque además de un buen trozo para colgarse, debía atarse antes las pantorrillas al muslo para acortar las piernas y no tocar suelo. Los barrotes de la ventana se diseñan para prevenir estos casos: no están lo bastante altos como para que un cuerpo cuelgue..., a no ser que un cuerpo llegue solo hasta las rodillas.

¿Por qué demonios te has matado? ¿Qué te atormentaba? Claudia mira esos ojos, que a su vez la miran. Unos ojos que hace unas horas estaban vivos. ¿Que si siento tu muerte? No, no la siento. Lo que siento es curiosidad.

—No le encuentro explicación, jefa. —Ramón, sin embargo, sí se siente responsable: su actuación estelar de esta mañana quizás haya sido demasiado estelar—. Yo nunca hubiese dicho que un tipo como ese, tan orgulloso, fuese a...

—No se ha suicidado por lo que le ha pasado, por estar aquí dentro. Se ha suicidado porque sabía que le venía encima algo muy grande. No me preguntes

el qué, pero estoy segura de que era consciente de que se le iba a echar encima algo muy grande.

Ramón se gira hacia Claudia la Pitonisa.

—¿Más grande que perder a tu hija?

El que responde es el teléfono de la inspectora.

—Dime, Gaspar.

—Interpol nos ha mandado la geolocalización desde donde se enviaron los mensajes al móvil de contacto en el secuestro de la chica de Campolivar.

—¿Está cerca el lugar?

—Sí, inspectora, muy cerca, en El Vedat de Torrent: hotel Lido, abandonado hace veinte años. Está en una urbanización de chalés de lujo, Santa Apolonia. En cuanto me ha llegado la notificación, he enviado el helicóptero, y las imágenes térmicas muestran que no hay nada vivo dentro del edificio, excepto dos gatos. La chica no está, o si está, solo encontraremos su cadáver. Los geos van de camino.

—Sí, era previsible... Buen trabajo. Vamos para allá.

Cuelga y saca la fotografía de Lara del bolsillo interior del abrigo. Mira a la joven, y luego a su padre.

—Te has llevado el secreto a la tumba, cabrón...

—Inspectora, ¿decía algo?

—Nada, Bruno, nada... Ale, andando. Nos vamos al hotel Lido, aquí no hacemos nada.

En una hora, dos llamadas y dos desplazamientos urgentes. Saltando de lugar en lugar. Mientras camina hacia el exterior del recinto penitenciario, Claudia se siente como el hombrecillo amarillo del Street View, un pelele mirón al que alguien maneja a su antojo: aunque le cueste la vida, va a averiguar quién es ese maldito titiritero.



—Con las huellas y los análisis genéticos de muestras no será difícil saber si eran uno o varios secuestradores, no se preocuparon en borrar rastros. Pero yo apuesto por una persona, porque en esta sala, que es donde hacía vida, hemos encontrado un solo colchón tirado en el suelo, un único orinal, un cepillo de dientes olvidado... Si me equivoco y eran más de una persona, lo que sí tengo

claro es que se turnaban en la vigilancia. Pero lo dicho, inspectora, en un par de días los análisis nos lo dirán.

Claudia mira en rededor y ni se molesta en responder al jefe del equipo de la Científica. Como policía, ha tenido que inspeccionar muchos edificios abandonados, y sin duda sus preferidos son los hoteles: en ellos siente una desolación espléndida. Como esa que puedes entrever en las fotografías de la superficie lunar.

—El lugar sin duda es perfecto. —Bruno habla mientras en su libreta dibuja un croquis de la estancia—. Parcela amplia y abandonada pero con el perímetro bien protegido para evitar visitas inesperadas de okupas o mendigos. Cerca de la ciudad pero lo suficientemente aislado, por si la víctima grita.

Una vieja cortina flamea como suplicando tregua tras la batalla, gracias a que su ventana hace años que ya no tiene cristal. Se encuentran en lo que fue el antiguo bar del hotel, la barra semiderruida lo anuncia avergonzada: aquí hubo vida. Se sirvieron cervezas, las parejas flirtearon apoyando sus codos sobre mí. Se celebraron comuniones, bodas, cumpleaños. Los negocios se cerraron y los reproches se dijeron a la cara.

—¡Jefa, venga y mire esto!

Avanzando entre cascotes y suciedad, Claudia entra en lo que en otra época debieron de ser los lavabos.

—Parece que el secuestrador tenía montado un pequeño taller de herrería. El torno aún está bien engrasado, se ha estado usando hasta hace poco.

La inspectora de nuevo lo observa todo sin abrir la boca. Además del torno, pueden verse herramientas de todo tipo para el trabajo del metal: pinza de fuerza, esmeril, piqueta, marro, cepillo de alambre. Llamen la atención una pequeña fresadora portátil Bosch y la batería de automóvil a la que está conectada.

—Debió de utilizar este taller para rehabilitar el sistema hidráulico del aljibe. —El jefe del equipo de la Científica habla desde el vano sin puerta—. Aún no nos ha dado tiempo a inspeccionar el caño de llenado.

—Entiendo... Vamos fuera, quiero ver ese aljibe.

Atraviesan el jardín: aquí en verano, a buen seguro, se organizaban agradables guateques de gran hotel. Ahora todo está seco, ya nadie riega esos recuerdos. La piscina olímpica tan solo contiene agua estancada de lluvia

donde nadan los renacuajos, y las zarzas prosperan entre los rejunte de sus azulejos intentando desprenderlos.

—Cuando el motor acabó de drenarlo, pensábamos que nos encontraríamos con el cadáver en el fondo, pero el cuerpo de esa chica no ha aparecido por ninguna parte.

Claudia, arrodillada sobre la trampilla que se abre en el suelo, enfoca con la linterna el interior del aljibe.

—Bajaré yo sola. —Nadie se atreve a abrir la boca, saben que sería contraproducente para su salud: la inspectora no está para bromas—. ¿Tus chicos ya han pasado por aquí?

—Sí, ya han tomado las muestras. Puede tocar lo que quiera.

Ella empieza a descender por la escalerilla metálica.

—Cuando esté ahí abajo, cerrad la trampilla.

—Pero, jefa...

—Ya me habéis oído.

Dentro, la humedad es opresiva, incluso más que el hormigón. Incluso más que la oscuridad absoluta: Claudia se ha plantado en medio del aljibe y apaga la linterna.

Lara, cuéntame tu historia...

Intenta sentir lo que sintió la víctima. Inspira muy profundo, tan fuerte que las esporas de los líquenes y el musgo probablemente enraizarán en sus pulmones.

Lara, cuéntame tu historia...

Cuando vuelve a encender la linterna, lo primero que ve es un cadáver: a sus pies hay una culebra muerta. Justo en el centro del círculo de luz. Se acucilla para verla mejor. Con un bolígrafo la voltea. Alguien le rajó el vientre.

Se acerca a las argollas. Las inspecciona muy detenidamente. Y entonces Lara le cuenta su historia. Esos diez segundos son tan intensos, tan epifánicos, como los diez segundos en los que Dios decidió que el Antiguo Testamento pasaba a ser el Nuevo Testamento: ha visto la luz.

Sube por la escalerilla metálica luchando contra el sentimiento de usurpación que se le ha metido dentro. En esos instantes es como un arqueólogo que acaba de encontrar el fósil de un arqueólogo buscando fósiles.

—Jefa, ese zulo es muy insalubre, no debería...

Camina pensativa hacia la piscina olímpica. Ignorando a todo el mundo.

Pero el subinspector la conoce bien, ella ha visto la luz. La potente imaginación de Ramón intenta sincronizar los pasos de su superiora, que se alejan, con sus propios pensamientos, para ver si así él también es capaz de ver la luz. Pero no puede: Claudia está cojeando. Y sincronizar tu mente con el traqueteo de una coja lista no es fácil. Y es que esta coja lista es muy lista, y ahora cojea mucho.

La inspectora llega al borde de la piscina olímpica. Cuántas risas, cuántos chapoteos infantiles, cuántos besos... Todo eso pasó aquí, pero ella no puede verlo. Incluso los lugares más muertos del mundo pueden ser emisores de una energía brutal, pero eso tan solo lo advierten los receptores: las personas que vivieron cosas allí. El resto pasamos por delante de esas bombas energéticas y no notamos nada. Como mucho, si somos sensibles, alcanzamos a ser receptores desintonizados. Radios que captan ondas pero no pueden descifrarlas: eso es exactamente ahora Claudia. ¿Adónde va toda esa energía cuando nadie la recoge y sintoniza con ella? Esas risas, esos chapoteos infantiles, esos besos del pasado, ¿dónde se esconden ahora que sus protagonistas ya no pueden plantarse en el borde de la piscina vacía del hotel Lido?

—Jefa, yo la conozco a usted, y esa cara quiere decir algo. —Esa cara y tanta cojera, pero eso por supuesto me lo guardo para mí—. ¿Quiere... quiere contármelo?

Claudia lo ignora. Sin dejar de darle la espalda, plantada en el borde de la piscina, saca del bolsillo interior del abrigo la fotografía de Lara. Observa el rostro, impassible. Como si estuviese observando el rostro del retrato de su propia lápida.

No puede ser verdad...

Esta vez no tiene ganas de disimular: del mismo bolsillo donde estaba la fotografía saca una tableta de Prozac. Traga la píldora. Sin agua, a palo seco.

—Jefa, no haga eso, por favor, sabe que no le hace bien.

Qué sabrás tú lo que me hace bien... Y se medica de nuevo: rompe el retrato en mil pedazos y los arroja a la piscina.

—Vete ahora mismo a Ferrocarriles de la Generalitat. Que te pasen los vídeos de la estación de La Coma, los de la mañana del secuestro.

—A la orden. ¿Qué busco?

—Busca a Lara, viajando sola. Posiblemente disfrazada.

—¿A... a Lara? No entiendo nada. ¿Qué es lo que pasa?

Y la inspectora observa el rostro partido en mil pedazos que yace sobre los azulejos de la piscina, muy abajo, muy en el fondo: ahora ya sabe que el alma de ese rostro está igual de rota.

—Lo que pasa es que esa niñata nos ha tomado el pelo a todos.

Tercera parte

—Te veo diferente..., ¿te has hecho algo?

La escruta en plan entomólogo.

—¡El pelo! ¡Te has cambiado el pelo! Muy bien que has hecho, con ese color te has quitado diez años de encima... Te sienta bien, estás muy guapa.

Claudia no mueve ni un músculo del rostro: para que me importe lo que la gente opina de mí, me tiene que importar la gente que opina de mí.

—Pero bueno, al turrón, que esto es una reunión de trabajo... Teniendo esto en cuenta, permíteme que, con cargo al erario público, te invite a comer.

Su cortesía es tan estudiada, tan de manual, que acabas pensando que es la cortesía de un estafador muy descortés que intenta embaucarte.

—Gracias, comisario, pero no tengo hambre.

Restaurante San Tomasso. Cerca de la catedral.

—Como le iba diciendo, Lara Valls simuló su secuestro. Lo vi claro al analizar las argollas del aljibe: no tenían cierre. A simple vista, aplicadas en tobillos y muñecas, resultaban muy aparentes, y sin duda engañaban a la cámara de vídeo, pero eran puro *atrezzo*. Seguramente ella misma las forjó en el taller mecánico que encontramos. Los de la Científica lo están analizando.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Completamente. El caño que llenaba el aljibe estaba conectado a un bidón de cien litros, lo imprescindible para la grabación que nos envió. El resto del agua la conseguía bombeando con un motor desde la piscina abandonada, que tiene el fondo lleno gracias a la lluvia. En cada toma de vídeo incrementaba el volumen para generarnos tensión, pero el caño era falso. Ella lo ha organizado todo, y en solitario, sus huellas dactilares son las únicas que aparecen, por todas partes. Y la prueba definitiva la hemos conseguido al revisar las cintas de seguridad de la estación de La Coma: Lara toma el metro hacia Valencia a las once quince, viaja sola, con gafas de sol y gorra de béisbol para pasar desapercibida. Revolvió su cuarto, se autolesionó para dejar rastros de sangre y salió de casa tranquilamente.

—Qué buena pinta tiene todo...

—¿Cómo dice?

El comisario levanta la mirada de la carta. Ups.

—Esa chica parece que está un poco descarriada.

¿Descarriada? ¿Este hombre llama «descarriada» a una individuo que finge su secuestro, roba dos millones de euros y provoca el suicidio de su padre?

—Sí, es una manera de decirlo...

Está claro, hay gente que adjetiva mal por culpa de su escasa granularidad emocional. Gente que no es capaz de distinguir entre ser fiel y ser leal. Suelen ser los mismos a los que les da igual mezclar la salsa con tallarines que con espaguetis.

—La señora no tiene hambre. Yo tomaré ragú.

El camarero acaba de llegar y toma nota.

—¿Y la pasta para combinar? Tenemos espaguetis, tallarines, *linguine*, *fetuccini* y *pappardelle*.

—La que quiera el cocinero, me da igual.

Claudia suspira. Qué molesto puede llegar a ser acertar siempre.

—Entonces ¿esa muchachita monta todo este tinglado para sacarle a su padre una buena tajada?

—No es tan sencillo, comisario. Sin duda, hay una motivación económica, pero por alguna razón Lara quería además destrozar la reputación del doctor Valls. Sacar a la luz las miserias de su padre, lo que le hizo a Matías Granell... Esa es la única razón que se me ocurre para que se complicase la vida contactando con su propia familia a través de mí, y utilizando de intermediario a un periodista de investigación que conocía a Matías.

El que suspira ahora es el comisario: parece más ansioso por conocer a su ragú que por conocer la verdad.

—Bueno, lo importante es que ahora todo está ya aclarado. La chica es un poco rarita, y además de robarle a su padre, le quería joder la vida... Entre nosotros, y en confianza: una desagradecida de cojones. Si yo me encuentro en la mesa de operaciones al *joputa* que ha violado a mi hija, habría hecho exactamente lo mismo que hizo el doctor.

Le da un trago a la copa de vino, satisfecho.

—Caso cerrado. Buen trabajo, inspectora.

Ella se queda descolocada. Como si una modelo de pasarela acabase de confesarle que es además gran maestra internacional de ajedrez.

—¿Caso... cerrado?

—¡No me toques los cojones, Claudia! ¡Que ya sé por dónde vas a salirme!
—Los comensales que los rodean se giran, porque los comensales no saben que para este hombre la mejor defensa es un buen ataque—. Una hija zumbada quiere hacerse con el dinero de su padre. El padre no era un angelito, mató a un tipo. El tipo tampoco era un angelito, más bien era un violador. Padre suicidado, tipo suicidado, han pagado sus deudas con la sociedad. ¿Realmente crees que vale la pena que la sociedad siga dedicándole recursos a este asunto?

—¿Y usted cree realmente que dejar a una criminal como esa suelta es bueno para la sociedad?

Él se contiene, por lo que en lugar de aporrear la mesa, deja caer las palmas de sus manos sobre el mantel. Lentamente, permitiendo que su carnosidad mullida amortigüe la caída: liderazgo.

—«Criminal» tal vez sea mucho decir. Insisto: una hija zumbada, que está en paradero desconocido con el bolsillo bien lleno y elevadas posibilidades de no ser encontrada jamás, porque es muy muy lista. Por otra parte, fue violada, y los tribunales por lo visto no hicieron un trabajo envidiable... Creo que dejarla tranquila es, además de práctico, justo.

Es el tiempo de la tolerancia, la relativización, la concordia..., y si los hechos entran en conflicto con mi ideología, neguemos los hechos. Es el tiempo de los gilipollas.

—Así que dejarla tranquila... Muy conveniente para que la opinión pública no se cebe con una buena familia de la sociedad valenciana.

—¡No me busques, Claudia, que me encontrarás! —Por fortuna llega la comida, y el comisario se calma—. He hablado con el juez de instrucción, de manera informal por supuesto, y nadie va a insistir demasiado en que la investigación sea muy..., cómo lo diría..., no encuentro la palabra..., «pormenorizada».

Pues sí que has encontrado la palabra. Yo también: «cretino».

—Sé que no te hace gracia abandonar un caso que consideras a medio resolver. Y el problema está ahí: que no eres capaz de ver que sí está resuelto. —El cocinero ha decidido combinar la salsa ragú con tallarines, que el comisario seguro que sorberá ruidosamente; la inspectora intuye que ese es su estilo—. Esta operación ha costado mucho dinero a las arcas públicas. Y al final, ¿para qué? Yo te lo diré, Claudia: para nada.

Ella no acaba de creerse lo que oye. Quizás porque el comisario sobrereactúa tanto que si fuese actor cobraría el doble: ha desplegado dos servilletas y se las mete en el cuello de la camisa. A lo Vito Corleone.

—No, no pongas esa cara. No estoy acusándote de nada, en realidad me estoy acusando a mí mismo por haber permitido todo este exceso de medios.

—Pero...

—Soy tu superior, y como tal, asumo la responsabilidad de tu irresponsabilidad.

Al escuchar esa frase de manual, Claudia siente un dolor parecido al que sintió durante la única lavativa que le han aplicado en su vida: el comisario, además de un cretino, es una máquina de frases hechas y lugares comunes. Cualquiera día reúne a todo el personal de jefatura para anunciarles que ha inventado la rueda.

—Pero esto se ha acabado. —Y en efecto, sorbe ruidosamente—. Hay mucho trabajo y tenemos pocos medios. Eres una de mis mejores policías, dedica tus esfuerzos a otros casos.

Cuando la inspectora sale a la plaza de la Reina, tras dejar al comisario ante una fuente de profiteroles, un delicioso sol de invierno suaviza su cólera. A Claudia le gusta Valencia, pero sabe que los lugares impregnan el pensamiento, por lo que debe tener cuidado si no quiere que sus ideas se dulcifiquen: un buen policía no puede permitirse semejante frivolidad.

Pedazo de cabrón...

El comisario cree que el problema está resuelto, y por eso parece complacido. Pero cuando la tormenta acaba, ¿es felicidad o es solo un alivio? Claudia ni se plantea responder a esa pregunta, porque el circuito de su cerebro que le insinúa las cosas malas no deja de bramarle que la tormenta no ha hecho más que empezar.



Calle Poeta Querol. Vivir encima de la tienda Loewe seguramente perfuma toda tu vida. Esta idea, por supuesto, al subinspector no le viene a la cabeza: a él la lírica se la trae floja.

—Buenos días. —Enseña su placa—. ¿Trabajamos un poquito?

—Bueno días, subinspector. Le acompaño arriba.

Un agente uniformado muy joven se cuadra ante él. Los curiosos se

arremolinan en el portal, y por las ventanas se ven cabezas de señoras que se asoman con discreción: en la calle más cara de Valencia no es habitual ver semejante despliegue policial. Y una ambulancia... Algo ha pasado.

—El cadáver lo ha encontrado Josefa Buendía, la chica de servicio, cuando ha llegado a la casa hace dos horas. La víctima se llama María del Carmen Hinojosa de Cuéllar. Ochenta años, viuda de notario.

El agente habla con todo el aplomo de los veinte años. Tan sólido, tan hueco. ¿Por qué el subinspector no se quita las gafas de sol ni siquiera aquí dentro, en el ascensor?

—Tiene tres hijos, pero vivía sola. Gente de posibles, ya me entiende... Pero lo más curioso es que la criada afirma que en la casa no falta nada, a pesar de que, ahora lo verá, menudo palacio.

Llegan al rellano. En la puerta abierta de la vivienda otro agente ocupa el vano: aquí no pasa nadie. Junto a él, una mujer pequeñita vestida con disfraz de criada se denigra aún más llorando desconsoladamente.

—Buenos días.

El subinspector, mientras avanza sobre el mármol, intuye que lo que lleva clavado en la espalda es la mirilla de la otra puerta del rellano. La vecina no quiere perderse nada, faltaría más.

—Usted supongo que es Josefa.

Le daría la mano, pero ¿para qué? Total, es una sudaca.

—¿O prefiere que la llamen Pepa? Yo soy el subinspector de Homicidios Cayetano Garci.

Ella alza el rostro, pero su aspecto es tan andino que ni siquiera alzando el rostro es capaz de no parecer sumisa.

—Pepita, soy Pepita... La señora era muy buena conmigo..., con todo el mundo... No se merecía esto...

Y dale con los lloros. Ufff, qué pereza. Hasta dentro de una hora al menos interrogar a esta mujer va a ser muy cansino. Más vale ir adelantando faena.

—Pepita, no se mueva de aquí hasta que yo se lo ordene. —Se vuelve hacia el agente que hace guardia—. ¿Y los de la Científica?

—En media hora estarán aquí, subinspector. Por lo visto, hoy andan desbordados, la Navidad altera a los chiflados.

Él ni se molesta en contestar. Entra en la casa seguido por el otro agente y observa: el recibidor está tan lleno de fotografías que son los recuerdos quienes parecen sostener las paredes, y no a la inversa. Pero esa idea al

subinspector no le viene a la cabeza, porque ya sabemos que a él la lírica se la trae floja.

—El cadáver tiene un aspecto que asusta, algo muy sádico. Está en la habitación principal, al fondo del pasillo.

Ignora las palabras del agente y entra en el salón.

Este portal de Belén no se paga ni con mi extra de Navidad completa...

Observa las figuritas con las gafas de sol puestas. Ray-Ban modelo piloto-pera, pasadas de moda. Le confieren un aspecto paródico de policía. Pero no se las quita, como si temiese deslumbrarse ante su propia brillantez.

—¿Y dice que la criada no echa nada en falta?

—Eso me ha dicho, subinspector. O al menos eso he entendido, está muy nerviosa, y tiene un acento tan cerrado...

Cortinones, suelos alfombrados. Mucho terciopelo y sedas salvajes. Casa aristocrática pero que desprende la sensación de poco higiénica: dormir allí debe de traer pesadillas de ácaros colándose por todos los orificios de tu cuerpo.

—Chaval, escucha lo que voy a decirte.

Se acerca al agente: enseñar le gusta. Nota que le da caché.

—Esa tipa es inmigrante y no debe de tener ni el graduado escolar, todo lo cual le resta credibilidad. Además, al ver el cadáver, seguro que ha salido corriendo histérica hacia ese teléfono que ves ahí, nos ha llamado y se ha largado temiendo que el asesino anduviese cerca todavía. ¿Crees que ha tenido tiempo de comprobar si falta algo en la casa? —Le da una palmadita en el hombro al agente; Tano es tan buen tipo que si alguien al que ha metido en la cárcel demostrase que es inocente, él accedería a rebajarle un par de años la condena—. Chaval, no hay nada que mienta más que un testigo que cree decir la verdad.

Amén. Y su cuerpo de alambre avanza decidido por el pasillo y entra en la habitación principal.

—*Oh la la...*, ¿qué tenemos por aquí?

Al fin se quita las gafas, y silba sin poder dejar de observar el cadáver.

—Por lo visto, esta abuelita se topó con el lobo feroz...

Cada vez que llega a la escena de un crimen como este se plantea su futuro profesional: él quiere ascender, llegar a inspector. Y no debe entretenerse, en cinco años se jubila. Es paradójico que la muerte se haya convertido en lo que da sentido a su vida.

—¿La puerta de la casa fue forzada? —pregunta mientras observa con detenimiento a la víctima; el agente, lívido, se agarraría a la pared para no caer desplomado, pero teme dejar huellas antes de que lleguen los de la Científica.

—No..., nada indica violencia para acceder a la vivienda. O conocía al asesino... o le dejó pasar voluntariamente por alguna razón.

—Señora María del Carmen Hinojosa de Cuéllar... —el subinspector Garcí, a la vez que habla, observa muy de cerca el rostro amordazado de la anciana, que luce un rictus de dolor macabro—, a su edad debería saber que no se abre la puerta a desconocidos: otra lección aprendida en una larga vida de elecciones.

—¿Desconocido? Tal vez la víctima...

—Desconocido. La cartera de esta vieja está en el suelo del salón, junto al aparador. Debajo del mismo hay dos muestras comerciales de maquillaje. Y la abuelita tiene en la sien un golpe fuerte. El lobo feroz que lo hizo aprovechó que el portero no estaba, he visto abajo que entra a las nueve de la mañana y se va a las ocho de la tarde. Subió hasta aquí y entró con la excusa de venderle algo, me juego el pellejo. Y cuando esta buena mujer iba a pagar, la dejó KO con algún objeto contundente y la arrastró hasta este dormitorio.

Se yergue. Ahora se encendería un cigarrillo, le ayuda a pensar. Pero no debe, los de la Científica pondrían el grito en el cielo. Y además, encender un mechero delante de la estructura capilar de la víctima, una obra de ingeniería fundamentada en la laca y el cardado, es una actividad de alto riesgo.

—Menuda chocita...

Observa el entorno: esta es la habitación perfecta para hacer un exorcismo. Cama troncal, dosel antiguo, mesitas castellanas de madera maciza, dos reclinatorios tapizados en terciopelo frente a un crucifijo. Y en efecto, algo parecido a un exorcismo es lo que aparece ante sus ojos: cuerpo sobre el colchón, en aspa; manos y tobillos amarrados con cinta americana a cada columna del dosel; camisión subido hasta la cintura, y lo que era el sexo de la víctima ahora es un amasijo de carne y sangre indescifrable.

El forense va a tener que picar piedra...

Si al subinspector no se la trajese floja la lírica, tal vez sería capaz de contextualizar este espanto en un collar de perlas infinito que se pierde en la noche de los tiempos: si escarbas en el lodazal de la historia, toda aberración ha sido cometida; la podredumbre humana lo ha probado todo. Pero no, a él

este espanto no le genera esas ideas tan sublimes, él sobre esta cama solo ve una oportunidad para llegar a inspector. Porque Tano Garci, a pesar de ser policía y tenerla muy cerquita, es de esos idiotas que nunca piensan en la muerte.

¿Pa qué?

Como no ha leído lo suficiente, no sabe que cuando no se piensa en la muerte, se le quita valor a la vida.

—Vaya vaya..., este huevo Kinder trae sorpresa.

Él no es capaz de ver su propia perspectiva. Sus dimensiones interiores. No sabe que, como todos, posee un alto, un ancho, un fondo. Y no lo sabe porque él no sabe verse por dentro. Pero a cambio sabe muy bien ver por fuera.

—Parece que el lobo feroz nos ha dejado un regalito de recuerdo..., qué detalle por su parte.

Tiene el rostro muy cerca del sexo de la víctima, que, a pesar de su edad y de su estado, sigue oliendo como a él le gusta que huela el sexo de una mujer: a pescado.

¿Hay algo más triste que el pelo cano de un coño de vieja?

Menuda preguntita..., va a resultar que hasta Tano es capaz de ponerse lírico en determinadas circunstancias. Y se responde.

Sí, hay algo más triste: el pelo cano de un coño de vieja revuelto con carne desgarrada y sangre, todo en crudo. En plan tartar.

—Chaval, ¿tienes un bolígrafo?

Lo ha dicho sin apartar la mirada del tartar.

—Sub... subinspector..., creo que me voy a...

El agente le acerca el bolígrafo y vuelve al vano de la puerta. Se ha llevado una mano a la boca, como si fuese a vomitar.

—¿Qué te pasa? —Tano alza el rostro un segundo y sonrío al agente, arqueando aún más sus cejas a lo Brézhnev—. Chaval, tú has visto poco coño...

Y el muchacho sale corriendo en busca de un sitio donde poder aliviarse sin contaminar la escena de un crimen.

—Ale, vete con mamá..., nenazas.

La compasión no se aprende. Es como el oído o el olfato: se tiene o no se tiene. Y el subinspector no la tiene. Pero a cambio tiene una buena vista: con mucho cuidado introduce el bolígrafo en el amasijo sanguinolento y aparta con

la caperuza lo que queda de los repliegues vaginales, que la edad y el sadismo del asesino han convertido en un amasijo de colgajos. Y ve con mayor claridad lo que antes solo ha atisbado.

¿Así que eres uno de esos raritos a los que les gusta jugar?

Ante él vuelve a suceder: la maldad se pavonea de su creatividad con desparpajo, frente a la boba bondad, siempre tan aburrida. Pero bueno, no vale la pena insistir sobre la cuestión: a Tano Garci la lírica se la trae...

Esto promete.

Se levanta con cara de satisfacción y mira por el ventanal, que se asoma sobre los tejados de la calle de la Paz. Y pasa lo que siempre pasa cuando alguien que se cree inteligente contempla un paisaje deslumbrante: enfoca los ojos hacia dentro. Hacia su propio yo. Que, por supuesto, también le parece un paisaje deslumbrante.

Por mis cojones que este año que empieza me hacen inspector.

—Cristina Manuela nos espera en la sala de interrogatorios.

—¿Y se puede saber por qué demonios la has llevado allí?

—Pero, jefa, usted me dijo que para presionarla...

—Ya sé lo que te dije. —Tono demasiado brusco; tras la conversación con el comisario, Claudia está un poco más irascible de lo habitual—. Pero ahora debemos ser discretos, esa jodida torrija andante no quiere que... Da igual, déjalo estar.

Cuando te aburres de dar explicaciones a tu mejor amigo, algo anda mal. El siguiente paso, catastrófico, es dejar de darte explicaciones a ti mismo.

—¿Has hecho los deberes?

—Los he hecho, jefa.

Aunque también es cierto que tener de mejor amigo a alguien como Ramón es para pensárselo...

—Pues ale, despacito y con buena letra.

Cristina Manuela los espera como lo que es: una viuda muy reciente, dolorida, pero elegante. Sofisticada.

—Le doy mi más sentido pésame.

Putita coja, metiste a mi marido en la cárcel, y lo mataste.

Solo asiente. Alguien sofisticado no reprocha más que para sus adentros.

—Creo que el subinspector ya le ha informado de que en estos momentos trabajamos con la hipótesis de que Lara está viva. Espero que eso le ayude a sobrellevar la pérdida de su esposo.

—Gracias por preocuparse por mí. —Una mujer sofisticada debe cultivar el cinismo; todo el mundo lo sabe, si es un poco sofisticado—. ¿Para qué me han hecho venir aquí?

Y la inspectora, al escuchar esa voz, escucha también otra cosa. Eco. A Claudia le cuesta procesar esa sensación, pero al final lo entiende: Cristina Manuela ya nunca será la Cristina Manuela que ella conoció hace una semana.

Esta mujer ahora no es más que el esqueleto de una casa que, a pesar de su agradable apariencia externa, por dentro está totalmente desocupada.

—Para que nos ayude a localizar a Lara, por supuesto.

Casa vacía que produce eco.

—¿Localizar? Es una manera muy refinada de decir meter en la cárcel.

—Eso lo decidirá un juez.

—Sí, seguro que lo decidirá un juez. Pero yo no voy a ayudar a ese juez en nada. —Y Cristina Manuela, que está vacía, hueca, desocupada, y que por eso cuando habla produce eco, decide que va a romper uno de los diez mandamientos sagrados que, según *Vogue*, toda mujer sofisticada debe respetar: no reprocharás en voz alta—. Primero consiguen acabar con mi marido, y ahora quieren que yo les ayude a acabar con mi hija... Ustedes me han dejado sola, váyanse al demonio.

A Claudia no le queda claro si esto es una declaración de principios o de finales. Por si acaso, cogerá el toro por los cuernos.

—Escúcheme bien, Manuela, porque se me está agotando la paciencia: con su esposo no acabamos nosotros, acabó él mismo cuando decidió *neutralizar* a Matías Granell. Y usted encubrió ese crimen, estoy segura, pero por desgracia no puedo demostrarlo, por lo que no va a pagar por ello, lo cual le confieso que me duele profundamente. Y por culpa de ese dolor, tengo muchas ganas de acusarla de obstrucción a la Justicia si bloquea de cualquier modo los esfuerzos que estamos realizando para localizar a la presunta criminal Lara Valls. ¿He sido suficientemente clara?

Y la viuda se limita a asentir. Esta vez menos sofisticada.

—Cristina Manuela... —es el turno de Ramón, que ojea sus papeles—, tenemos sobrados testimonios que confirman algo extraño: en el año 2010, a los doce años, Lara sufrió un brusco cambio de carácter. ¿Sabe usted lo que le pasó en esa época?

—No le pasó nada. —Sus ojos están pintados de manera primorosa, pero carecen de vida; como esas ventanas falsas, trampantojos muy bien pintados en fachadas muertas—. Bueno, nada que no sea normal en una adolescente que se está haciendo mujer. —Ojos sin vida de una vida sin ojos.

—Esa explicación no basta, el cambio fue demasiado radical. Se transformó en una niña muy retraída, de modo exagerado, enfermizo. Y ese cambio ya no tuvo vuelta atrás... Podría decirse que Lara, a los doce años, pasó a ser un juguete roto, y el psiquiatra forense nos ha dicho que esas

transformaciones bruscas de personalidad a una edad tan temprana suelen tener su origen en un hecho traumático.

—Todo eso son tonterías, a Lara no le sucedió nada traumático a los doce años... A los dieciséis sí, cuando ese perverso la violó, pero hasta ese momento su vida había sido completamente normal.

—Haga memoria, Cristina Manuela, se lo ruego, es importante. En uno de los interrogatorios que le hicimos al doctor, su difunto esposo nos dijo que usted se volcó mucho en su hija al verla tan cambiada, pasaba mucho tiempo con ella para intentar ayudarla. Incluso empezaron a ir dos veces por semana a clases de equitación juntas porque, por lo visto, un amigo les dijo que el contacto con animales tan inteligentes como los caballos ayuda a los jóvenes con problemas de comunicación. Usted se comportó como una buena madre... —a Ramón se le da bien hacer de poli bueno; su aire de cobarde desvalido ayuda—, y seguro que, durante todo ese tiempo que compartió con su hija, ella le dijo algo. Algo que necesitamos saber.

—Lo siento, no puedo ayudarlos... Lara no me contó nada.

Le toca a Claudia: a ella se le da bien hacer de poli malo. Su aire de mujer sin ilusiones ayuda.

—Teniendo en cuenta que el doctor la maltrataba a usted, se nos ha ocurrido que tal vez también le pegase a Lara. Ahí podría estar su trauma.

—¿Cómo... cómo dice? Antonio jamás me puso la mano...

—Abreviemos, que se nos pasa el arroz. —La inspectora se está volviendo muy valenciana; cualquier día acude a jefatura vestida de fallera—. Usted fue atendida en las urgencias del Clínico en la madrugada del 4 de noviembre de 2013. Este es el parte de lesiones de esa noche.

Le pasa una fotocopia.

—No insinúe bobadas, me caí por la escalera... Mire, aquí lo pone bien clarito.

—No insinúo nada. Afirmando. Ahí pone lo que usted dijo que pasó, y seguramente en urgencias, siendo usted esposa de quien era esposa, no cursaron la notificación preceptiva a la Policía, como indica el protocolo de violencia de género. Muy cuco el doctor Valls, su mujer sufre una emergencia, pero él prefiere cruzar toda Valencia para acudir al servicio de urgencias de su propio hospital, teniendo otros cuatro centros más cercanos a su domicilio. —Se levanta de su silla para acercarse a la interrogada y se sienta de lado sobre la mesa, junto a ella: proximidad física, intimidatoria; visión cenital,

autoridad—. Le aseguro que después de trabajar dos años en la comisaría de Vallecas atendiendo a mujeres no tan guapas y bien vestidas como usted, pero igual de desgraciadas, sé cuándo detrás de un parte médico hay un puto maltratador currándoselo.

—Antonio nunca me pegó. —El trampantojo no funciona, pero su propietaria se obstina.

—Dos costillas rotas, contusiones en cráneo y muslos, un ojo a la virulé... —Lee con una sonrisa en los labios—. Menuda caidita por la escalera.

Y se acerca al bello rostro sin vida que tiene enfrente.

—Solo hemos encontrado este parte de lesiones, usted seguramente sufría las palizas en silencio, como las almorranas. Una mujer de su nivel social no reconoce en público ese tipo de cosas..., y me refiero a las agresiones, no a las almorranas. Bueno, me refiero a las dos cosas, a usted es difícil imaginársela cagando. —¿Difícil? Jefa, si usted me lo pide y yo me pongo, no hay nada que no podamos conseguir...—. A usted ya sé que la zurraba, pero la verdad, me trae sin cuidado. Lo que quiero saber es si el energúmeno de su esposo también maltrataba a Lara.

Ella se limita a mirar al infinito. En silencio.

—¡Confíeselo! ¡Encubrió las palizas que su marido le pegaba a la niña para proteger su estatus social! —Le echa el aliento en la cara; Claudia se ha volcado tanto sobre la interrogada que su sofisticación podría adivinar qué ha desayunado la inspectora, si su sofisticación no estuviese ocupada en otras cosas—. ¡Hable de una vez y hágale un favor a su conciencia!

Y Cristina Manuela hace caso: hablará. Para romper un segundo mandamiento sagrado del decálogo *Vogue* de la mujer sofisticada.

—Váyase a la mierda.

Y la inspectora hace caso: se levanta impulsada por la frustración. Al salir da un portazo que suena a queja rabiosa.



—Esto es lo que la víctima llevaba dentro. Todo suyo, subinspector.

Y la cirujana forense le entrega a Tano una bolsa de evidencias que contiene un cacharro metálico.

—He estado averiguando de qué se trata. Es una reproducción hecha artesanalmente de lo que se conocía en la Edad Media como «pera de la

angustia» o «pera veneciana». Se trata de un instrumento de tortura que se utilizaba sobre todo con las mujeres acusadas de brujería, de herejía o de tener relaciones sexuales consideradas aberrantes: acostarse con hombres casados, con otras mujeres, con judíos o musulmanes... Ya me entiende, cosas del Medioevo.

—Esa gente sí sabía lo que se hacía.

Su broma y la media sonrisa no han recibido la acogida cómplice que él esperaba.

—No entiendo qué quiere decir, subinspector.

¿En este país se ha perdido el sentido del humor?

—Nada nada. Prosiga, doctora.

—La pera está labrada en hierro forjado, y su diseño busca producir el mayor daño posible en la cavidad vaginal, anal o bucal. Se introduce en el cuerpo de la víctima por la parte ancha —señala el lado bulboso del instrumento—, que como puede ver está constituida por cuatro pétalos metálicos que se unen a un eje central. El extremo de este eje tiene una manija, que es la que queda fuera del cuerpo de la víctima, para que el torturador pueda girarla y de ese modo la pera se abra. Cuando los pétalos empiezan a expandirse, los desgarros en los tejidos internos son brutales.

De haber nacido francés (gracias a Dios y al Caudillo, esa barbaridad no sucedió), el subinspector votaría a su admirada Marie Le Pen, si no fuese porque es mujer. Menudo fastidio... Exactamente lo mismo le pasa en estos precisos instantes: cree tener enfrente a una buena profesional, pero esta profesional debería ser un hombre. Y se siente incómodo, agredido por una contradicción que, de persistir en el tiempo, arruinaría la vida de alguien tan íntegro como él.

—A la víctima la dejaron inconsciente con un golpe en la cabeza propinado con un objeto contundente indeterminado. La arrastraron a su habitación y, tras maniatarla y amordazarla, le introdujeron la pera. Pero el tipo que lo hizo debe de tener un grado de sadismo extremo: no abrió los pétalos de una vez, sino que fue expandiéndolos poco a poco. Yo calculo que media vuelta de manija cada cuarto de hora. Los daños en los tejidos del útero son... —intenta contenerse para no mostrar ningún tipo de emoción: no piensa darle el gustazo—, son horribles. En treinta años que llevo en esto nunca antes había visto algo así.

Mírala: lo disimula pero se muere por llorar. Si te hubieses quedado en

casa criando a tus hijos...

—Entonces ¿la vieja estaba viva cuando le metieron este trasto por el coño?

A la forense le chirría el coloquialismo tan poco delicado de Tano. Pero prefiere tragar: ¿para qué meterse en líos?

—En todo momento. De hecho, en los análisis de sangre hemos detectado que le suministraron morfina inyectada para dejarla dulce.

—¿Dulce?

—Sedada. De ese modo pudieron hacer con ella lo que les dio la gana. Pero luego le metieron Naloxona.

—Suenan a laxante.

—No, bueno, es otra cosa..., se trata del antídoto de la morfina. Querían despertarla completamente, para que tuviera plena conciencia..., querían verla sufrir, y lo consiguieron: se mantuvo con vida durante al menos tres horas, hasta que las hemorragias internas acabaron con ella.

El subinspector sopesa la bolsa de evidencias, pensativo.

—Dígame, ¿es fácil hacer un cacharro como este?

—Pues esa no es mi especialidad, pero lo he consultado con un compañero ingeniero que trabaja en la Científica. —Qué lástima que esta mujer no sea un hombre...—. Si eres mañoso en herrería, no tienes ningún problema a la hora de fabricar algo así; en internet puedes encontrar planos de diseño de cualquier cosa, el mundo está lleno de enfermos. Este ejemplar en concreto hemos comprobado que es una réplica casi exacta de la pera veneciana que se exhibe en el museo Festung de Salzburgo. Se conservan otras seis repartidas por todo el mundo, pero da igual cuál cojas de referencia, todas son similares..., horrorosamente similares.



—Inspectora, nunca he visto nada igual. Esta mujer tiene un autocontrol extremo: sus músculos maxilofaciales no se han alterado lo más mínimo cuando usted la ha violentado acusándola de ser una mujer maltratada que además permitía que pegasen a su hija. Ni un micromovimiento..., es increíble, qué serenidad...

—Pero ¿miente o no miente?

—No tengo ni idea.

Claudia intenta que no se le note la decepción. Al otro lado del espejo, Ramón prosigue con el interrogatorio.

—Permítame que le alabe el gusto, Cristina Manuela.

Con el interrogatorio, o con lo que sea que está pasando al otro lado del espejo.

—No le entiendo...

—Las rosas rojas también son mis flores preferidas.

Ella no sabe de qué le habla el ser tan ramplón que tiene enfrente, pero un automatismo la hace reaccionar: sofisticación.

—Las rosas rojas son una vulgaridad. No las soporto.

No disfrutar con lo que disfruta cualquier mujer está tan solo al alcance de las elegidas: sofisticación.

—Pues entonces, ahora soy yo el que no entiende... Si niega que el doctor le pegaba..., yo creía que lo de las flores era para intentar camelársela a usted de nuevo..., pero espere un momento... —Papeles arriba, papeles abajo: Ramón el Mimo, de nuevo en la pista central—. Sí, todo cuadra..., claro...

Y el subinspector, teatral, acaba alzando los ojos.

—Siento darle malas noticias, pero es necesario: su difunto esposo la engañaba.

A Cristina Manuela se le ha quedado cara de placenta. Pero se rehace pronto.

—Es usted..., es usted odioso.

—Sí, bueno, no es la primera vez que me lo comentan..., pero creo que eso ahora no viene al caso. Mire estos recibos de Feliu, la floristería que hay en Porta de la Mar, seguro que la conoce... —Le tiende unas fotocopias, pero la interrogada no hace ademán alguno de querer cogerlas—. Puede ver que, poco después del parte de lesiones que usted sufrió, el doctor empezó a comprar todas las semanas ramos de rosas rojas, que siempre recogía personalmente. Estuvo casi dos años haciéndolo, y pensamos que era para intentar que su esposa le perdonase sus pequeños arrebatos de furia..., pero al afirmar usted con tanta rotundidad que el doctor no era un maltratador, solo queda otra opción: el doctor tenía una amante.

Ella calla. Y recuerda a su marido. No era muy hablador, pero lleva tan solo dos noches sin él y su silencio le hace falta más que nunca. Y es que Cristina Manuela ha descubierto que el silencio de quien no habla, comparado

con el silencio de la soledad, es como llorar por alguien o llorar sin razón alguna: lo más llevadero es siempre tener un referente humano.

—Y la opción de la amante cuadra con otro hecho que hemos comprobado: en el mismo periodo de tiempo que el doctor empezó a comprar ramos de rosas rojas, también empezó a frecuentar un mínimo de cinco veces al mes el hotel Inglés, ese tan bonito que está junto al palacio del Marqués de Dos Aguas. Nunca se quedaba por las noches, siempre tarifa de habitación en horario diurno. En recepción no han sabido decirnos si llegaba solo o acompañado, ha pasado mucho tiempo, y además, los amantes que se esconden esas cosas saben disimularlas..., pero creo que debe afrontar la realidad, amiga mía..., y mirarlo por la parte positiva: es más fácil superar la pérdida de tu pareja cuando sabes que te engañaba.

Menuda patada en la espinilla... A Cristina Manuela no le habría dolido tanto si supiese que Ramón habla por hablar: lo más parecido a una pareja que ha tenido este hombre es su tortuga *Dientecitos*.

—No diga eso, no hable mal de él... —Y ocurre lo que parecía imposible: una lágrima—. Mi marido era un buen hombre...

La vida es complicada. Un maldito tiovivo... Cuando el subinspector conoció a Cristina Manuela, empezó dándole lástima. Luego, por culpa de su aire de superioridad, sintió rechazo. Y ahora vuelve a darle lástima. ¿Tal vez la falta de sencillez de esta mujer enfosca otras cualidades?

—No hable mal de él, no tiene derecho a juzgarlo...

—Es usted la que tal vez debería juzgarlo, no yo.

Más lágrimas.

—No hable así de él. Antonio... Antonio era un buen hombre...

—Ser infiel está mal, por lo que también está mal que un buen hombre sea infiel.

Chapeau, Ramón. Hay que reconocerlo: *chapeau*. *Dientecitos* estaría orgullosa de ti.

—Cristina Manuela, ¿con quién le engañaba su marido?

Las lágrimas arrecian. Y el trampantojo de sus ojos se vuelve patético con la humedad.

—No sé de qué me habla... Quiero irme a casa.



Pub irlandés. A menos de cien metros del servicio de urgencias del hospital Clínico.

—Claro que me acuerdo de esa noche, menudo lío se armó... —Propietario, que no es irlandés pero lo parece: simpático, confiado, buen bebedor—. La parejita feliz se estaba tomando sus cervezas, y de repente él se pone en pie agarrándose el corazón, convulsiona un par de veces y se desploma, como en las películas. Ella empieza a gritar histérica para que ayudemos a su novio, y Manolo, mi camarero, y yo lo cogimos en volandas entre los dos y en menos de un minuto el chico estaba en el hospital. Pero cuando nos quisimos dar cuenta, esa cabrona había desaparecido. Aún me parece estar viéndolos, ahí sentados, en ese rincón oscuro...

Y señala un reservado. Bruno aprovecha para otear el local: tiene la sensación de que los pubs irlandeses de esta ciudad compiten para ver cuál es más irlandés. Y compiten tanto que Bruno sospecha que acaban siendo el referente de *irlandesidad* de los verdaderos pubs irlandeses, que a buen seguro están regentados por tipos llamados Paolo y Luigi, emigrados a Dublín desde Nápoles. Y es que Dios está en todas partes, pero antes ya estuvo por allí un italiano armando jaleo.

—¿Bebieron mucho?

Bruno, ¿por qué imaginas esas cosas tan raras? ¿No estarás pasando demasiado tiempo con el subinspector Linares?

—No, qué va..., un par de pintas cada uno.

—¿Él se ausentó en algún momento? ¿Dejó su bebida en la mesa para ir al baño o a hablar por teléfono...?

—Pues la verdad es que no me acuerdo, ha pasado mucho tiempo... Disculpe la curiosidad, pero ¿a qué viene tanta pregunta ahora, después de dos años?

—Eso no puedo decírselo, investigación policial. —La decepción en los ojos del hombre ante esas palabras es proporcional al orgullo que ha sentido Bruno al pronunciarlas—. Me va a tener que acompañar a jefatura, necesitamos un retrato robot de esa mujer.

—Si es necesario... Deme media hora, llamaré a mi mujer para que venga a cubrirme.

Y el policía absoluto tiene una intuición absoluta.

—¿Podría ser ella?

El falso irlandés dueño de un falso irlandés mira y remira la fotografía.

—Ha pasado tiempo..., y la chica que estuvo aquí era rubia y llevaba gafas...

—Intente no fijarse en esas cosas, son muy fáciles de alterar. Observe las facciones del rostro.

Y él observa. Y concluye, sin falsedad:

—Sí, podría ser ella.

El hormigón vertido rebosa los encofrados cubriendo poco a poco, pero con seguridad, la malla de acero. Como si fuese la colada de un volcán. Todo ello le produce una clara sensación de saciedad.

—¡Corta!

Con la orden, el motor que bombea desde la cuba cementera deja de rugir. Qué alivio para los oídos... Tras las vallas de seguridad que rodean las obras del parking, dos jubilados le hacen compañía, extrañados de que una chica joven y guapa se entretenga con el espectáculo. Uno de ellos la ignora, pero al otro, algo que no se resigna a morir le rebulle por dentro. Tiene pinta de viejo rijoso de los que si aún existieran las salas X, se iría a la última fila a recordar tiempos mejores.

—¡Manolo! ¡Date prisa, que fragua!

La mira de reojo, como si calculara cuánto dinero tendría que ofrecerle por una buena limpieza de sable, pero su abrigo raído delata que a duras penas acabará el mes con su pensión de miseria. Seguramente su próxima parada en la ruta mañanera es la puerta del Mercadona de Malilla, donde comprará a los rumanos fiambre recién cortado.

—¡Guapetona! ¡Te voy a meter de todo menos miedo!

El camionero de la hormigonera ya la ha visto. Perdiz al salto, saquen escopetas. De inmediato, todos son silbidos y procacidades, unas más subidas de tono que otras. Pero ella no les presta atención. Ella tan solo observa fijamente a su objetivo, que en esos instantes está a lo suyo, ocupado con la tela asfáltica impermeabilizadora.

—¡¿Todo eso es tuyo, rubia?! ¡Si me caigo, ya sé dónde agarrarme!

Lleva semanas estudiando sus rutinas, por lo que sabe a la perfección las diferentes obras a las que el capataz lo envía a lo largo de la semana. Vive en Quart, casado y con dos niños pequeños. Su mujer, peluquera, lo deja uno de cada dos viernes salir con los amigos, y esos encuentros suelen acabar con unos cubatas de confraternidad en el puticlub de El Romaní. Ese dato le ha

parecido muy interesante, muy conveniente. Porque quien dice cubatas dice cualquier otra cosa, que para eso somos hombres de pelo en pecho que se parten el lomo durante la semana para que en casa no falte de nada. Y con cuarenta años aún quedan muchos sueños por cumplir y mucha energía que quemar. Sueños lituanos, sueños nigerianos, brasileños, tailandeses...

Mírame, cabrón, mírame.

Y él la mira. Y al observar esos ojos, ella sabe que tendrá éxito. Porque en ellos ha visto felicidad. Felicidad en estado potencial, que es la única felicidad que existe, la verdadera. Es la felicidad de lo no realizado, de lo que deseas que pase, y sabes que puede pasar. Pero aún no ha pasado.

—¡Va, todos a trabajar, dejaos de tonterías!

Sí, en esos ojos ella ha visto todo eso, y por eso le augura grandes éxitos a su plan. Porque sabe que la felicidad se vive hacia delante, en el futuro. La felicidad es siempre cuestión de expectativas.



—Jefa, la buscan. —Ramón asoma su cara de hambre—. Concepción Gómez.

El caso es que le suena el nombre... Se estruja las neuronas, y la conexión se produce.

—Hazla pasar.

Concha entra cargada con su bolso Louis Vuitton y con el azoramiento que sufre la gente sencilla cuando se mete en las tripas del Estado.

—Buenas tardes.

Al verla no ha sentido nada. Pero al escuchar el saludo, a Claudia se le agudiza una duda. Porque a veces la voz entra mucho más adentro que la imagen. Tan adentro que toca nervio.

—Muy buenas. ¿Cómo usted por aquí?

—No quiero molestarla, inspectora, sé que es una mujer muy ocupada..., qué peinado tan bonito lleva.

Y con la voz, de nuevo su duda salta: ¿le hemos hecho un favor a esta mujer aclarándole quién es el responsable de que su hijo acabara en estado vegetativo? ¿O habría sido menos doloroso para ella vivir tranquila en su ignorancia?

—Gracias gracias..., y no es ninguna molestia. Esto es un servicio público, estamos para atender a los ciudadanos.

Si hubiese seguido creyendo que todo fue una negligencia médica sin intencionalidad, ¿habría sobrellevado mejor el suicidio? ¿O prefiere saber la verdad?

—Es... es usted muy amable, inspectora.

Nada de lo descubierto cambia lo que sucedió. Excepto que, gracias a lo descubierto, el responsable se ahorcó. ¿Le compensa a Concha la venganza? ¿Saber la verdad vale la pena si la verdad te mete en el cuerpo indignación, rabia, odio?

—Por cierto, ¿cómo está el señor Santos? —pregunta sin malicia.

—Supongo que bien, no lo he visto últimamente. —La que ahora no está tan bien, por culpa tan solo de escuchar su apellido, soy yo—. Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

—He venido a traerle algo, creo... creo que es mejor... —Mirada gacha, voz muy triste; se siente incómoda, las instituciones oficiales la apabullan.

—Concha, ¿preferiría que hablásemos tomándonos un café? En la esquina hay un bar muy agradable.

La sonrisa ha sido mano de santo: nota que la actitud de la pobre mujer cambia. Se vuelve más expansiva.

—No, por el amor de Dios, no hace falta..., no quiero hacerle perder más tiempo. Tan solo quería darle esto.

Abre el bolso que atenaza sobre el regazo y saca un pequeño cuadernillo negro.

—Lo encontré ayer, recogiendo las cosas de Matías para que se las lleven los de la mudanza. Es que me voy de Valencia..., no soporto más esta ciudad, he sufrido tanto aquí... —Ahora Claudia ya conoce la respuesta a sus dudas, y se siente culpable: a esta mujer, la verdad y la venganza no le han compensado; cuando la conoció era una madre resignada, ahora a todas luces siente un desconsuelo que lo abarca todo dentro de ella—. En el pueblo creo que estaré mejor..., es más solitario, pero más familiar.

Y su voz vuelve a meterse muy dentro de Claudia. No sus palabras, sino su voz.

—Esto es para usted. He venido para entregárselo..., quería hacerlo en persona. Le agradezco tanto todo lo que ha hecho por mí..., por Matías.

Gracias a esa voz, la inspectora toma conciencia de que tiene enfrente a un ser que, sin saberlo, se ha enganchado al dolor. Ha caído en su trampa.

—¿Qué es este cuaderno?

Porque no hay nada más adictivo que el sufrimiento.

—Un diario..., el diario de mi hijo.

Quitarse de esa droga es muy difícil. Claudia lo sabe bien.

—¿Escribía un diario?

—Yo no tenía ni idea..., lo he descubierto recogiendo sus libros. Y no entiendo por qué no lo sacó a la luz, si el juez llega a leer esto, habría tenido muy claro que Matías nunca violó a esa..., a esa chica. —Parece que va a llorar, pero se rehace—. No he podido acabar de leerlo, anoche... anoche intenté seguir y... y me rompí. Me partí en dos. Pero lo que he leído me basta para..., creo que usted debe saber qué pasó en realidad. Él era..., él era inocente..., el juez tendría que haber leído esto.

Le tiende el cuadernillo. Claudia lo toma como si fuese un relevo al que le pasan una antorcha que se ha apagado.

—El abogado de Matías debió de recomendarle que no lo aportase. No tiene ningún valor probatorio un documento escrito por ti mismo que te exculpa. De hecho, una prueba de inocencia tan burda puede ser contraproducente.

—Pues debe de ser lo que usted dice..., yo de leyes no sé, era mi hijo el que trataba con el abogado. Pero le aseguro que lo que dice este diario es verdad... Y me voy ya, no quiero molestarla más..., usted está muy atareada y yo no tengo ocupación.

De nuevo la voz, que confirma lo que Claudia ya sabe: la mujer que tiene enfrente es un ser adicto al sufrimiento.

—Adiós, inspectora, espero que le vaya muy bien. Y gracias, de corazón.

Como toda adicta a esa droga, a partir de ahora cualquier cosa buena que le pase en la vida ella la interpretará como un empujón que la aleja de la felicidad. Y mientras piensa en esas cosas, Claudia se olvida de Concha y piensa en su propia vida...



Hasta ahora intentaba saber lo que había en el interior de una habitación mirando por la cerradura. Ella ha abierto la puerta de par en par, y me ha dejado pasar.



Como todo gran creador, yo construyo después de haber destruido.

—Un agua Vichy, por favor. —Abro el libro y simulo leer—. ¿Le importaría encender la estufa?

—Por supuesto, ahora mismo.

Ahí está, despidiéndose de los dos aprendices. Lanza la colilla al contenedor de ripio que hay en el portal, frente a la zapatería Escalade, y a casa. Duchita, cena y Tele 5, que ha sido un día duro: por la mañana poniendo tela asfáltica en el parking de Ruzafa, y por la tarde supervisando a los novatos en la reforma del pisazo de la calle Cirilo Amorós. Es lo que tiene ser uno de los hombres de confianza del jefe de obras de la empresa, que te utiliza de comodín porque sabe que eres un tipo serio. Formal: lo que dices lo cumples. Seguro que a cambio en Navidad te cae un sobre lleno de billetes muy negros, ¿a que sí?

—Su agua Vichy.

—Gracias.

Cruza la calle y viene hacia aquí, sucio, machote. Así es él siempre. Alzo los ojos del libro, como quien no quiere la cosa, y el tiburón pica el anzuelo: ya me ha visto. Y me ha reconocido. Duda. Y duda. Pero el mástil está tieso, hay que jurar bandera.

—Yo a ti te conozco.

Mostrarse demasiado simpática sería un error, a los tipos como este les gusta que les metan caña.

—Perdone, estoy leyendo. Si no le importa...

Él mira la tapa del libro.

—*¿Crónica del pájaro que da cuerda al mundo?* Vaya título raro, seguro que es un aburrimiento. —Y su sonrisa es tan industrial que con ella se podrían decorar las paredes de una matricera—. ¿No preferirías charlar conmigo?

Te van los retos, ¿eh? Pues tranquilo, que hoy es tu día.

—Si no deja de molestarme, voy a...

—No, en serio, yo a ti te conozco. Ayer estabas en Ruzafa, en la obra del parking que hay junto al mercado. Estoy acostumbrado a los jubiletas, pero tener a una chica tan guapa de espectadora me extrañó.

¿Y no te extraña que las probabilidades de que, por casualidad, te encuentres con la misma chica hoy son bajísimas? ¿Justo en la terraza del Ramdani, enfrente del piso de Cirilo Amorós que estás reformando? ¿Y no te

extraña que, aunque haga frío, leer un libro llevando guantes es muy incómodo? No, todo eso no te extraña, porque vas tan caliente que se podría freír beicon en tu entrepierna.

—Es verdad, estuve ayer allí, pero... ¿te acuerdas de mí?

—Una rubia como tú es difícil de olvidar. —Le encanta ver la incomodidad de ella: las pijas no estáis acostumbradas a hombres de verdad..., pero tranquila, que yo te enseño—. A mí no se me escapa *na*. Te pillé haciendo de mirona.

—Sí, bueno..., estudio Ingeniería de Caminos, me interesa todo lo relacionado con la construcción.

—Pues yo soy el tío que andabas buscando. —Él y su ego se sientan en la misma silla; tras ellos, un mendigo se lima las uñas, escrupuloso, sacudiéndose el polvillo como si fuese la emperatriz de Rusia, para dejar claro en este barrio de ricos que la experiencia de ser pobre es algo que el dinero no puede comprar—. Con veinticinco años en el tajo, sé hacer de todo. Igual te chapo una cocina como los ángeles que te hago unas regatas que son una finura, o me meto a hormigonar hasta la cintura de pasta. Pregunta pregunta.

Yo sé quién soy, por lo que, cuando me apetece, soy otra. Ahora, por ejemplo, voy a metamorfosearme en una niñita inocente que se muestra impresionada por un tipo que físicamente es un toro. De una guapura brutal. Que sabe trabajar con las manos.

—¿Veinticinco años de experiencia? Debiste de empezar siendo un niño...

—Quince. Y te advierto que la obra es como el bosque.

Este idiota, sin embargo, al no saber quién es, es siempre la misma persona. Y me aburre.

—Si te dejas comer, los lobos viejos te despedazan. Pero a mí no me tose ni Dios. Al mes de empezar le pegué una hostia a...

Sí, no hay duda: es un purasangre, pero un purasangre que corre sin clase. Lo tendré que sacrificar para al menos aprovecharlo como carne.



Está más nerviosa que si fuese a detener a una banda albano-kosovar. Si entra alguien en su despacho y la pilla, se muere... Y encima, la broma le ha costado cincuenta euros del ala.

Madre mía, qué pinta...

Ya se está viendo en su primera cita con semejante tipo: «Tira de mi meñique, guapetona, y verás qué risa. Tira tira, sin miedo». Potopom. Pedo al canto.

¿Qué demonios estoy haciendo? Esto del Meetic no es para mí...

¿Qué demonios estás haciendo? Pues es bastante sencillo: te atormenta una pregunta, y como no te atreves a contestarla, escapas buscando alternativas.

Con el aspecto que tiene en la foto, este seguro que se presenta el primer día acompañado de sus padres...

¿Qué pregunta te atormenta? Va, no te hagas la tonta, hace una semana que no duermes dándole vueltas a la cabeza: ¿Héctor me enriquecería la vida o solo me va a consolar? ¿Lo añoro porque me gusta o porque es mejor que estar sola?

Soy Paco. Emprendedor, freelance, social media, español a muerte, pero amunt Valencia! Busco amig@ pa reir y disfrutar a tope. Soy bajito, muy peludo, pero fuertote: conmigo te sentiras segura. Jenuino, leal a mis ideales, fiel a tus sentimientos, eso es lo q mas valoro. Me gusta la originalidad! La sana locura!

Sí, ha valido la pena gastarse cincuenta euros: después de leer esta descripción y ver la fotografía del individuo, ya está en disposición de refutar la teoría antropológica según la cual los *Australopithecus* se extinguieron hace dos millones de años. ¿Saben los paleontólogos la cantidad de datos que tienen al alcance de un clic?

Vaya, pues Paco tiene a mujeres interesadas..., seguro que buscan el encanto de lo ancestral.

Chicas molonas, cuando el ultimo dia gire la vista atras, quiero poder decir: menuda flipada de viage.

Pues cuando sepas que, a partir de ese último día, aún te faltarán dos millones de años para llegar a destino...

—¿Qué hostias estás haciendo?!

El comisario ha entrado en el despacho hecho una furia, sin llamar a la puerta: ¿cómo se ha enterado de lo del Meetic?

—¡Te di una orden muy clara, y te la has pasado por el arco de triunfo!

Ufff, menos mal... Nerviosa, no acierta a minimizar la página.

—¿De... de qué coño me está hablando? —Escabullirte y luchar a la vez no es sencillo.

—¡Te dije que te olvidaras del puto caso Valls! ¡Y la viuda me ha llamado llorando a moco tendido porque la interrogaste aquí en jefatura de una manera «muy agresiva y prepotente»! —Afianza los dos puños sobre la mesa y se abalanza sobre su subordinada, amenazante: ahora la pantalla del ordenador ha entrado en su campo visual—. ¿Qué coño haces metida en una página de contactos?

—No es una página de contactos, es una web para conocer... Estoy investigando a un tipo, un caso que acaba de entrar. —Al final consigue la minimización: ahora que se ha escabullido, ya puede centrarse en luchar—. ¿Y a santo de qué la señora Valls le llama a usted por teléfono para pedirle favores? Parece que su excelencia no trata a todo el mundo por igual...

—¿Insinúas algo?

—Insinúo que si Cristina Manuela fuese reponedora del DIA, usted ahora no estaría aquí dando la barrila. —Y ella también se levanta—. Insinúo que sus ambiciones políticas le hacen ser un mal policía. —Y lo encara—. Insinúo que quedar bien con sus amigotes de las altas esferas le preocupa más que conseguir que se haga justicia..., y eso, le aseguro que no lo voy a permitir.

Él busca alguna respuesta por entre su abundante bagaje de cursos sobre cómo gestionar el conflicto. Pero no la encuentra, por lo que tira por el camino de en medio:

—No te enfrentes a mí si no quieres que te joda la vida.
Y se va dando un portazo.



—*Estás loca, pero te quiero.*

Y me mira con esa forma tan bonita que tienen las mujeres de mirar al hombre que les ha confesado una debilidad.

—¿Viene preñada la vieja?

El oficial Manolo Montes, jefe de equipo de la Científica, sigue volcado sobre el sexo de la víctima. Con desgana vuelve la cabeza hacia el subinspector Garci: lo conoce desde hace veinte años. Siente que lo odia desde hace por lo menos cuarenta.

—Si se refiere a si la torturaron introduciéndole en la vagina el mismo instrumento mecánico que a la anciana de Poeta Querol, la respuesta es sí. La vieja viene preñada.

—La hemos jodido. Un puto asesino en serie...

Lo dice con una sonrisa, pero sabe que son malas noticias: a partir de ahora esto será un partido de baloncesto en el que van a cronometrarle la posesión del balón.

—En efecto, subinspector, tiene toda la pinta. —Y serán posesiones cortas, han pasado solo dos días desde su crimen anterior—. Misma ejecución ritualista, puerta de la vivienda blindada con máxima seguridad pero no forzada, nadie vio al criminal entrar o salir... Y no creo que utilizase el truco de la venta a domicilio, la agonía de esta pobre mujer empezó sobre las diez de la noche y se alargó hasta la madrugada. A esas horas nadie le abre a un comercial la puerta de casa —habla sin dejar de trabajar—. El que ha hecho esto es un tipo muy enfermo, pero muy metódico. Listo, sin duda, muy listo.

—Pues nada, Montes, cuando lo cojamos te haces una camiseta con su foto. —No soporta a su compañero de la Científica, demasiado leído y además obeso: los gordos son vagos, y en España ya no cabe un vago más después de la marabunta de inmigrantes que los sociatas dejaron entrar—. He visto una carpa de circo que te vendría al pelo para serigrafarte en ella el retrato robot.

El perfil criminal al que se enfrenta le ha puesto de mal humor, porque significa presión, mucha presión. Muy pronto, el comisario empezará a meterle prisas, los asesinos en serie dan mala prensa. Y entre crimen y crimen, él, a partir de ahora, habitará una paz ficticia, territorial, parecida a la que vives en

la mediana de una autopista: ahí no te puedes quedar a vivir. Antes o después hay que salir a jugárselo todo.

—¿Aquí habéis acabado? —Y él saldrá; porque con este caso piensa llegar a inspector—. ¿Puedo sentarme?

Montes vuelve a girar la cabeza: su superior señala el tocador, que está en un rincón de la habitación. Sobre su butacón ve el peluche de un caniche, muy realista y totalmente incongruente con la decoración.

—Aparte de en el chumino, ¿le hicieron algo más? —Tras arrojar el peluche al suelo, se sienta y enciende un Ducados.

—Aparentemente, no. —¿Qué hace este imbécil fumando en la escena del crimen?—. Lleva el camisón puesto, creo que la sorprendieron en la cama, aquí donde la hemos encontrado, y por el ligero tufillo que desprende su rostro, debieron de atontarla con cloroformo. En el laboratorio lo comprobaremos. Pero cuando la torturaron estaba despierta, no hay más que ver esos ojos de espanto. —Se queda pensativo contemplándole el semblante al cadáver—. Sin duda, se trata de alguien incapacitado para la compasión.

—*¿Alguien incapacitado para la compasión?* —Intraducción trabajando: es un hijo de puta de tomo y lomo—. Déjate de mamarrachadas, yo te diré lo que pasa...

Claro que me lo dirás. Y ahora tus compañeros, cuyas ideas te parecen una puta mierda, estaremos encantados de oír las tuyas.

—El que ha hecho esto es un cabronazo que intenta marearnos. Todo el montaje que hace es demasiado macabro, como si estuviese rodando una película. Seguro que mata a las viejas por algo y quiere hacernos creer que es un psicópata.

—En Poeta Querol no se ha echado nada en falta. Y la víctima era una viuda sin ningún tipo de conflicto con nadie...

—Yo sé lo que me digo, no te metas en mi terreno y dedícate a tus bichitos.

Como todos los que dicen cosas en caliente, está convencido de que en frío diría lo mismo. Y también está convencido de que puede dejar de fumar cuando quiera. Y de que si dependiera de él, en cuatro días acababa con el problema del terrorismo yihadista.

—Como usted diga, subinspector, yo a lo mío... Confíemos en que se canse pronto de matar.

—¿Confíemos?

—Sí, confíemos. —Sigue dándole a la parafina; pero a él lo que le gusta es

la sociología, por eso sabe que la dimensión social del hecho religioso ya fue predicha hace mucho tiempo por Durkheim, y pretender que el mentecato que tiene al lado consiga atrapar al criminal que ha hecho esto le suena a hecho religioso: concretamente a milagro—. Nunca hay que perder la esperanza...

El subinspector no tiene una hoja de servicios muy brillante. Pero tonto no es: pillla la ironía.

—¿Qué quieres decir? —No hay nada que le joda más que un intelectual sin media galleta—. ¿Insinúas algo?

—Nada nada... —No, campeón, Durkheim no es un delantero del Bayern de Munich; cuando Manolo Montes aparta su inmenso cuerpo, el pastel de la vieja queda a la vista—. Voy a dejarle dentro la pera veneciana.

Ante el espectáculo, a Tano el humo se le atraganta.

—Mejor que se la extraiga el forense, no vaya a ser que hubiese habido violación previa y nos carguemos indicios. ¿Y esa tos? ¿Qué pasa, subinspector? ¿Se está ablandando con la edad?

Tano coge del tocador un cenicero de alpaca y apaga con saña el cigarrillo. Pero como lo hace sin dejar de mirar al oficial de la Científica, este siente que se lo apaga en la cara.

—¿Ablandando?

Y la vieja, con esos ojos como platos, parece sentir que se lo apagan en su pastel de carne.

—¿Ablandando como tu panza sebosa? ¿Desde cuándo no te ves la polla?

Montes recula, no tiene madera de héroe. Y se aguanta. Al fin y al cabo, jerarquía es jerarquía: esa idea lo ayuda a no sentirse basura ante la inesperada violencia verbal del subinspector.

—Quiero los resultados deprisita, ¿cuánto tardarás?

—Tres días. Pero no se haga ilusiones, hay muy pocas huellas y de calidad pésima, excepto las de la víctima. Le anticipo que el asesino llevaba guantes y tuvo mucho cuidado. Como en lo de Poeta Querol.

Mira a su superior con superioridad: ¿quién viste a este cretino? Trajes buenos pero de hace treinta años. Alfiler en la corbata. Gafas de sol elegantes si eres José Sazatornil y te vas a pescar con Franco en el *Azor*.

—Nada de tres días. Los quiero mañana. —Es casposo y rancio, pero intenta parecer actual; aunque con semejante indumentaria y tanto prejuicio, su modernidad acaba siendo mohosa—. ¿Ha quedado clarinete?

Lo dicho, modernidad viejuna.

—Subinspector, se hará lo que se pueda. El día tiene veinticuatro horas, y todo el mundo lo quiere todo para ayer.

Tano se pone en pie: este puto vago, además de gordo, es un rojeras. Cinco años estuvo de delegado sindical tocándose los cojones a dos manos.

—¿A qué hora acabas hoy, figura?

—A las siete me voy para casa, que ya está bien.

—¿Sabes a qué hora acabo yo?

El oficial calla. Sospecha que es una pregunta trampa.

—A ninguna. Porque los malos no tienen horario.

Me lo venía venir... Si es que la Policía no es tonta. Y la Científica menos.

—Así que tú hoy trabajas hasta que haga falta para que yo mañana a primera hora tenga un informe sobre mi mesa con todo lo que hayas encontrado en esta habitación. ¿Entendido?

—Si se me van a pagar las horas extras, no hay problema.

Sudacas, moros, chinos, pakistaníes... y sindicalistas. Este país se va a la mierda si alguien no hace algo.

—Vaya, muy comunistas pero a la hora de la verdad solo pensáis en el dinero.

—Mis ideas políticas no creo que...

—Dime una cosa, bola de sebo. Crees que soy un puto facha, ¿verdad? Un racista de mierda, ¿a que sí?

El oficial está empezando a sudar.

—Eso no es asunto mío...

—Contéstame a una duda que tengo. Si en tu rellano el piso enfrente del tuyo se quedase vacío, ¿a quién preferirías que se lo alquilaran? ¿A una familia de gitanos o a una de suecos?

—No creo que...

—Contesta. —Al empollón de la clase hay que hacerlo llorar hasta que te dé todo el dinero que lleva encima—. No volveré a pedírtelo con educación. Y mírame a la cara cuando te hablo.

La situación está yéndosele de las manos. No debería haberle provocado, Garci es famoso en jefatura por estas cosas. Que si ablandándose, que si Durkheim, que si..., en qué mala hora.

—Creo que sería mejor que volviésemos al trabajo...

—¡Contesta o te aso a hostias!

Además de la pérdida de dignidad, Manolo Montes empieza a experimentar

una pérdida de autoridad: los otros tres miembros del equipo de la Científica se han acercado a la habitación a ver qué está pasándole a su jefe.

—Bueno, eso depende de...

—Depende narices. Nada de truquitos, este experimento lo vamos a hacer en condiciones de laboratorio: no sabes nada sobre tus nuevos vecinos. Ni de los gitanos ni de los suecos. Te caerá una familia que será elegida al azar entre los miembros de esos dos colectivos.

—Yo... yo creo que hay que dar a todo el mundo una oportunidad..., no puedes juzgar por su aspecto u origen étnico a nadie, eso son prejuicios..., los gitanos merecen tanto respeto como cualquier otra...

—Claro que sí..., tienes razón. —Está hasta los cojones del discurso del perfecto progre; especialmente del progre que vive como Dios gracias al dinero público—. Seguro que en Halloween invitas a cenar a tu casa a ese señor solitario que merodea por los columpios del parque con gabardina. Y cuando tus peques se quieren ir a la cama, y él se ofrece a arrojarlos y contarles un cuento de buenas noches, aceptas y te quedas en la cocina fregando tranquilamente: solo un facha de mierda como yo, cargado de prejuicios, sospecharía que ese tipo al que nadie conoce trae malas intenciones. Con lo simpático que ha sido, ofreciendo a los niños las gominolas que llevaba en los bolsillos del pantalón de chándal: «Cogedlas vosotros mismos, meted la mano hasta el fondo, están ahí, os lo prometo...». En este bolsillo truco..., en este otro trato.

—Oiga, yo no tengo por qué aguantar todo esto... Si sigue hablándome en ese tono, voy a presentar una queja formal...

—Me limpio el ojete con tus quejas. Tú aguantarás lo que yo te diga, gordo de mierda... Seguro que en el restaurante de esos putos inmigrantes indios en el que te cebas ya te consideran una vaca sagrada, ¿verdad? —Lo triplica en masa, pero en cuestión de redaños el hombre que tiene enfrente es invisible—. Y sí, tienes razón, soy un racista. Pero un *racista estadístico*: la probabilidad de que una familia gitana escogida al azar sea problemática es doce veces superior a que lo sea una familia sueca. Matemáticas, científico de mis amores, matemáticas. —Tiene la papada de su subordinado a escasos cinco centímetros de su cara—. Por eso es bueno tener prejuicios, por eso la naturaleza nos ha dotado con ellos: porque cuando no tienes información, te ayudan a sobrevivir, a defender a tu familia, a defender lo tuyo. ¿Te queda

claro? Pues ahora deja de mirarme con tu panza y con tu puta superioridad moral, y a trabajar. Deprisita, que es gerundio.

O participio, no lo tiene claro. Pero qué más da.

—Ablandándome...

Y se gira hacia el balcón mientras masculla:

—Ablandándome dice..., será capullo el tío.

Es asimétrico en el humor: le encantan las bromas, pero las que él gasta. Guasas no aguanta ni una. Hasta ahí podríamos llegar...

—Oye, ¿este ventanal lo habéis abierto vosotros?

—No, ahí aún no hemos mirado. —Vuelve a centrarse en la difunta, buscando entre sus repliegues algo de la dignidad perdida—. Tenga cuidado con lo que toca.

El subinspector se saca un clínex limpio del bolsillo y empuja el ventanal para acabar de abrirlo. Sale al balcón y observa. Calle Cirilo Amorós, número 36. Tercera planta. Mira a un lado y a otro, confundido. Como cuando te bajas del autobús en la parada equivocada y tienes que reconstruir la realidad.

—Esto es muy raro...

Desde dentro de la habitación, Manolo Montes, volcado sobre el cuerpo de la anciana, observa de reojo la espalda de su superior. Con qué gusto se acercaría y le daría un empujón...

Céntrate en lo que estás haciendo. Ese miserable no merece que le dediques ni un minuto.

Pero no puede evitarlo: tiene que seguir elaborando su odio hacia Tano Garci, porque sabe que si sigue, ese odio será tan preciso, tan metódico, tan técnico, que acabará resultándole agradable.

¿Por qué no le he plantado cara? Para qué, no vale la pena..., sería ponerme a su altura.

Le pasa con todo lo riguroso, le produce placer. Y es que en su naturaleza científica hay un énfasis por la completud y el rigor que le impide empezar un libro y no acabarlo, visitar una ciudad sin ver todos sus monumentos más emblemáticos o irse de casa sin que la cama esté hecha.

¿Racista estadístico? Será imbécil...

Ahí se ha atorado. No sabe cómo contrargumentar ese extraño concepto. Y le da rabia, porque para que su odio se transforme en placer necesita la completud de su fantaseo. Destronar del todo al subinspector.

—Facha mediocre... —Es científico, y muy culto, pero cuando no se puede contrargumentar, hay que tirar de lo que tiramos todos para el desahogo—. Solo folla pagando, fijo.

Vuelve a mirar de reojo hacia el balcón. Y no lo ve.

Seguro que está toqueteándolo todo y jodiendo pruebas.

Se acerca al ventanal y asoma la cabeza: no hay nadie.

Pero... pero ¿qué está pasando aquí?

Al balcón solo se puede salir y entrar por ese ventanal, y él no se ha movido de la habitación.

¿Dónde se ha metido este hombre?!

Sale. Mira hacia abajo, con la esperanza de que el cuerpo de Tano Garci esté espachurrado contra la acera, o en el contenedor de ripio que hay pegado a la fachada. Pero no, no ha habido suerte. Con lo que le hubiese gustado dibujar con tiza esa silueta...



No quiere que nos vean. Nos escondemos de todo el mundo. La felicidad de Lara radica en su infelicidad. Y lo más triste es que ella lo tiene claro.



Esperan sentados a una mesa. El restaurante del club denota la posición social de sus clientes, y sobre todo, su buen gusto: a partir de cierto nivel de riqueza, por lo visto la estética imperante exige cierto ascetismo maoísta en los uniformes del personal subalterno y en la vajilla.

Vaya platos raros..., ¿cómo sirves una fabada en algo que parece una teja?

Ramón está descontextualizado. Bruno, sin embargo, encaja a la perfección. Y es que aquí un feo desentona: este club es la prueba palpable de que el diseño ha permitido la ornamentación de la economía. Ahora el dinero se rodea de un manto estético que potencia la dimensión emocional. Ya todo es arte. Incluido tu teléfono móvil o el envoltorio de los tampones.

—La imaginación del ser humano es increíble: hemos inventado un mecanismo que permite transformar cualquier cosa en cualquier cosa. ¿Qué es el dinero si no?

—Si usted lo dice...

—¡Claro que lo digo! ¿Quieres transformar sexo en educación? Ahí tienes a esa prostituta que lo que recauda se lo gasta en clases nocturnas. ¿Quieres transformar un pastel de chocolate en unos pechos espectaculares? Ahí tienes a esa repostera que contrata al mejor cirujano plástico de la ciudad. ¿Quieres transformar intimidación en proteínas? Ahí tienes a ese culturista que trabaja de mazas de discoteca y lo que le pagan se lo gasta en anabolizantes.

Bruno observa a su superior. No sabe qué pensar.

—Además, si te das cuenta, el poder del dinero radica en que todos nos hemos puesto de acuerdo en que tenga ese poder. ¡Si en realidad son papelitos pintados! —Y se pone a soñar...—. ¿Te imaginas que hiciésemos algo parecido con la gravedad? Piénsalo por un instante: todos nos ponemos de acuerdo en que la gravedad no existe, y gracias a ello empezamos a flotar en el aire.

Ahora Bruno ya sabe qué pensar: es imposible no querer a este hombre.

—Hola, me han dicho que me estaban buscando.

Se ponen en pie.

—Soy el subinspector Ramón Linares, de la Policía Nacional. —Choque de manos—. ¿Es usted Carlos Socuéllamos?

—El mismo. —En un sitio tan estético como ese, la presencia de la Policía extraña tanto como la presencia de la fealdad: extrañeza al cuadrado en el rostro del recién llegado.

—Tengo entendido que es usted instructor de equitación, y que hace unos años impartió clases de doma clásica a Lara Valls y a su madre, aquí en este club, ¿estoy en lo cierto?

—Bueno..., podría decirse que sí.



Calle Cirilo Amorós, número 38. Tercera planta. Piso de doscientos metros cuadrados, reforma integral. Un hombre con aspecto de obrero está tirado sobre el suelo de la cocina, sin demasiadas ganas de trabajar a pesar de que lleva puesto el mono de faena. Bueno, lo de llevar puesto es un decir: solo tiene enfundadas las perneras. Torso y genitales al aire.

—Montes, a ti te gustaba pintar, ¿verdad? —Tono dicharachero, porque hay que reconocerle una virtud a Tano Garci: no es rencoroso; a los diez minutos

de humillar a alguien, ni se acuerda..., pelillos a la mar—. Pues de aquí yo creo que sacabas un bodegón de esos raros, ¿arte posmoderno lo llamáis?

Detalle llamativo que podría ser el punto de fuga de la pintura: el obrero lleva clavada en el cráneo una picola de albañil.

—Sí, la composición estética es interesante... —Con semejante jaqueca, no es extraño que a este hombre no le apetezca trabajar—. Mejor será que me ponga de inmediato, aquí tengo mucho que hacer.

Manolo Montes habla desde el marco de la puerta. No acaba de creerse lo que ve: hay que reconocer que el subinspector es uno de los seres más despreciables que ha conocido jamás. Pero los tiene bien puestos.

—Empieza por el mango de esa picola, quizás tengamos aquí más suerte que en el cuarto de la vieja. Es muy raro que una tía te haga una mamada sin quitarse antes los guantes, ¿no crees?

Y mira al de la Científica, provocador.

—Si yo te contara, Manolito, si yo te contara...

Se sonríe ante un recuerdo de juventud: haciendo la mili en Ceuta, conoció a una fulana que jugaba a eso. De un hostión le quitó la tontería.

—¿Por qué sospecha que la víctima estaba siendo sometida a una felación cuando fue abatida?

¿Sometida a una felación? ¿Abatida? Los policías tan técnicos le molestan, siempre detallistas en las descripciones para así no hablar de lo que en realidad importa. Pero bueno, este gordo ni es policía ni es *na...*

—Montes, ya te lo dije antes: tú dedícate a los bichitos y déjame a mí lo de pensar. —Se acerca a la cara la billetera que acaba de quitarle al cadáver y lee su DNI; al menos, se ha puesto los guantes...—. Carlos Beltrán Pons, que así se llama el finado, lleva aquí en la cartera un calendario del Club Copas y un billete de lotería comprado en El Romani. O sea, le gustan las putas. Así que la historia ha sido como te la voy a relatar. Ponte cómodo, que papá te cuenta un cuento...

Su público no tiene claro qué le molesta más: el Tano Garci borde o el Tano Garci condescendiente.

—Nuestro supuesto asesino en serie elige a su víctima, la señora Ángela Rojas Zurita, a la cual acabamos de visitar en su piso de la finca de al lado, que curiosamente linda pared con pared con este. ¿Razón por la que tenía claro que ese era su próximo objetivo? Todavía no lo sabemos, pero todo se andará... El caso es que, tras evaluar las posibilidades de acceder a la casa de

la difunta por su portal y considerarlas dudosas, decide aprovechar una oportunidad: camelarse al obrero que está haciendo esta reforma, seguramente al salir del curro. ¿Y dónde vamos a follar? ¿Pagar un hotel teniendo las llaves de este pisazo? Lo entretiene con una media mamadita, le baja los pantalones y las defensas, le perfora el cráneo y ale, a volar hasta el balcón vecino. Es tan solo un salto de metro y medio en el vacío. Puede hacerse, doy fe de ello.

El Caudillo estaría orgulloso de mí...

—Luego, de algún modo, llamó la atención de la anciana para que abriera el ventanal. Y el modo, me jugaría los huevos a que fue ese caniche de peluche que vimos en la habitación de la vieja: de noche y al otro lado del cristal, parece real. Lo coloca fuera, en el balcón, golpea el vidrio o simula un ladrido, y cuando la vieja abre el ventanal para ver qué es aquello, sin miedo, dado que vive en un tercero..., zas.

El oficial de la Científica piensa con intensidad: necesita desbaratar de algún modo este desfile triunfal. Veinticinco años de paz.

—Era de noche, pero el asesino se expuso mucho. Algún vecino asomado a la ventana podría haberlo visto saltar.

—Sí, en efecto. Y eso no hace más que reafirmar lo dicho antes: las víctimas no son elegidas al azar. Han sido seleccionadas por alguna razón concreta, no son intercambiables.

—Ambas son viejas, ricas, viudas...

—Sí, no es gran cosa..., pero hemos avanzado mucho: ahora al menos ya sabemos que el asesino en serie es, en realidad, una asesina en serie.

Y Tano Garci se quita sus gafas de sol: maestro, ha *estao usté* cumbre. Imperial.

—¿Cómo sabe que es mujer? Puede ser que frecuente prostíbulos, pero a lo mejor también le van los hombres. —Es consciente de que el argumento está cogido por los pelos, pero algo hay que decir—. Hasta que no analicemos los restos biológicos de la supuesta felación yo no anticiparía conclusiones.

El subinspector vuelve a abrir la cartera de la víctima y saca un carné.

—¿Un socio del Real Madrid maricón? Cuidadín, Montes, cuidadín, no me sigas tocando los cojones, que a mí el que me busca me encuentra...



Acaba de irse. Limpio el cenicero, no me gusta que la casa huela a tabaco. Quiero

tirar la colilla de su cigarrillo. Ese que mis labios y sus labios han compartido. No puedo hacerlo: la veo como un beso en diferido.



Le ha costado venir. Ha dudado hasta el último segundo. Ha sufrido con cada paso que daba. Y ahora que ve lo que la espera en la mesa se siente como esas aves migratorias que cuando consiguen llegar a su destino tras miles de kilómetros, exhaustas, se topan con rascacielos contra cuyos cristales chocan. Y perecen.

—Hola, soy Claudia.

¿Qué se ha hecho este hombre en la cabeza?

—Hola, soy Lucas.

Cojea un poco, pero menudo par de perolas.

—Me siento un poco raro, no estoy acostumbrado a estas cosas... —Risitas, que hacen temblar la ensaimada capilar con la que disimula que es calvo.

—Yo también, esta es mi primera vez.

Menos mal que no acepté su propuesta de ir a ver el partido del Pamesa; si nos enfoca la Kiss Cam la destrozo a tiros.

Sé que piensas que soy un hombre feo. Pero te aseguro que el hombre guapo que hay dentro de mí no va a parar de luchar hasta que lo descubras.

—Uy, perdona, qué idiota... —Más risitas—. Yo es que soy más de besos que de dar la mano.

—No importa, tranquilo. No pasa nada.

¿Finjo una llamada urgente? Con la cara de bobo que tiene, seguro que no pillará la indirecta aunque sostenga un plátano mientras hablo en lugar del teléfono móvil.

La veo seria. Pero no debo desanimarme: en su interior, a buen seguro que está sonriendo; a buen seguro que por dentro está aplaudiendo. Quizás con el páncreas.

—Sean bienvenidos los señores. —Un camarero con aspecto de jefe de pista del Circo Mundial se materializa desde la nada—. ¿Es la primera vez que nos visitan?

Más risitas. Ella, impertérrita. Con esta basura de público uno no se puede lucir..., pero habrá que apechugar: *show must go on*.

—Entiendo que sí. Por lo que debo advertirles que hoy no van a comer. —

Les entrega sendas cartas—. Van a asistir a una experiencia multisensorial.

Horror: su tórtolo la ha invitado a uno de esos restaurantes para imbéciles que creen que la cocina es una forma de poesía. Sin saber que la poesía no tiene forma.

—¿Algún aperitivo?

Ya lo creo..., yo y mi madurez superaremos esto como lo superamos todo: aturdiéndonos.

—Claudia, ¿te apetece este vermut francés...?

—Mejor me trae un *gin- tonic* de Larios. Muy *cargao*.

—Puedo ofrecerle una ginebra especial que importamos en exclusiva desde la Patagonia, y que nuestro barman prepara con semillas de cardamomo y limaduras de pomelo hembra...

—Déjate déjate, que os liais a meterle mierdas al *gin- tonic* y al final os salen unas lentejas riquísimas. Larios y Schweppes, a partes iguales. No es tan complicado.

Y después del primer *gin- tonic* viene otro, que a las dos del mediodía y con el estómago vacío le sienta de maravilla. Y él construye sueños ante el despiporre alcohólico.

Te voy a dar harina..., rebozadica te dejo esta tarde.

—Sí sí, el menú degustación me va bien. —No tiene ni idea de qué va a meterse en la boca—. Tiene una pinta buenísima.

—Lo que diga mi chica.

Claudia ha intentado prestar atención a la explicación del jefe de pista, pero el lenguaje era más críptico que los informes de la Científica. El medio pedo que lleva tampoco ayuda.

—¿De Madrid? Yo soy de aquí, de costa, no podría vivir lejos del mar... ¿Te caemos bien los valencianos?

Sí, claro..., pero de uno en uno.

Su propia voz en *off* tiene algo de divinidad que le habla desde los cielos.

—Arroces como los de Valencia no vas a probar en ningún sitio del mundo.

—Soy de Madrid, no de Neptuno. Allí sabemos lo que es el arroz.

—Ese engrudo aquí lo utilizaríamos para rejuntar azulejos. Si quieres que el arroz te salga bueno, tienes que...

Yo como alambre de espinos y meo napalm. Puedes pegarme. Puedes tirarme al suelo, escupirme, patearme y orinarme encima. Pero, por favor, no me aburras.

—En Madrid no podéis hacer un buen arroz, ¿sabes por qué? Por culpa del agua, ¡del agua tan buena que tenéis! ¡Literalmente, habéis muerto de éxito! Vuestra agua tiene tan poca cal que ablanda el arroz. Sin embargo, el agua de la costa mediterránea, como es un agua muy dura, una auténtica porquería para los riñones, permite que el grano...

Y ella, a la que cualquier exaltación de lo folclórico le produce náuseas, empezando por un organillo y una chulapona, sigue a lo suyo.

—Pues qué quieres que te diga, yo soy más de Paellador. —La ensaimada colapsa—. Jefe, otro *gin-tonic*.

—Enseguida, señora. Les presento nuestras ortigas de mar gratinadas en construcción *croquembouche*. Nevadas con virutas de trufa alba y reducción de Pedro Ximénez.

Junto al plato, deja unos cascos Sony. Claudia mira con desconfianza los auriculares.

—¿Hay que... comérselos?

Lo ha preguntado en serio. Larios y Prozac, ¿quién da más?

—No..., bueno..., recomendamos escuchar el sonido del Cantábrico mientras se degustan sus frutos. Intensifica la *sensitividad*...

Solo cuando sus oídos escuchan la risa, Claudia advierte que ha sido emitida por ella misma.

—Sí, lo que tú digas, campeón... —Se encasqueta los auriculares sin retirarse el pelo de las orejas: menuda estampa—. Esta puta ensalada, por la que vas a cobrarnos treinta euracos solo por llamarla «festival vegetal», ¿viene ya aliñada?

No tiene muy claro si el que le ha respondido es el *maître* o la ortiga de mar que tiene en el plato.

—Los robots nos dominarán. —El tórtolo Lucas habla con pasión—. Estamos creando los cuervos que nos sacarán los ojos.

—No sé, si tú lo dices... —¿Por qué el artistazo que hay en la cocina se ha empeñado en dignificar a la humilde ortiga de mar, tan abundante y barata? ¿No se ha dado cuenta de que esa materia prima es abundante y barata por una sencilla razón: da asco?

—Claro que sí, Claudia, hazme caso. Estamos creando inteligencias que nos superarán y destruirán. —A ella lo que en realidad le preocupa son los cocineros que se creen artistas; le recuerdan a los pescadores que se creen el

capitán Cousteau—. Cuidado con las máquinas, el proceso ha empezado y nadie puede pararlo. Nos vigilan ya, y pronto nos controlarán.

Tiene la impresión de que la ensaimada capilar que tiene enfrente, informático en el Carrefour, le habría contado aquello al primero con el que se cruzase ese día en su camino. ¿Me has confundido con Iker Jiménez? ¿O con su mujer? Puto Meetic...

—Creo que te equivocas. Un sistema menos inteligente no tiene necesariamente por qué ser dominado por otro sistema más inteligente.

Él parece sorprendido, como si sospechase que semejante parrafada se la ha soplado a Claudia la ortiga de mar. Lo peor es que ella cree lo mismo.

—Eso... eso son bobadas, lo que dices no tiene sentido. —A Lucas le asaltan las inseguridades: ¿habrá quedado conmigo tan solo porque me llamo como su perro?

—Yo creo que sí tiene sentido. Mira a esa mujer. —Observan a una joven que, al fondo del local, no presta atención a su comida porque está pendiente de una criatura que no deja de berrear—. Los bebés, tan solo con llorar, hacen lo que quieren de sus padres. A pesar de su simplicidad intelectual, controlan a sus progenitores con otras armas. Ya te lo he dicho antes: un sistema menos inteligente no tiene necesariamente por qué ser dominado por otro sistema más inteligente.

Mira que es lista esta ortigueta de mar...

Como me gaste trescientos pavos en esta comida y no folle me pego un tiro: tengo que decir algo brillante, tengo que decir algo brillante.

—Insinúas... insinúas... —¿Por qué este hombre hace tanta fuerza? Creo que quiere impresionarme, qué manera de pensar..., pero si sigue apretando así seguro que se le acabará escapando un pedito pintor, de esos que vienen siempre con pegatina, como los Phoskitos—. ¿Insinúas que tendremos que utilizar la ternura y la indefensión para que las máquinas acaben apiadándose de nosotros?

—Quién sabe. Lo único que digo es que hay alternativas a la inteligencia como fuente de poder.

Y acaricia su arma reglamentaria. Mientras escucha las olas del Cantábrico. Qué gran idea lo de los cascos...

—Es un punto de vista interesante... —Un hombre tiene que saber cuándo ha sido derrotado; mejor cambio el tercio—. En tu perfil de Meetic decías que eras profesora de autoescuela, ¿te gusta tu profesión?

—Sí, bueno... —¿Por qué no me ayudas ahora, ortiguita? ¿No dices nada?
—. Y a ti te gusta la cebolla, por lo que veo.

—Me encanta. —Rebusca por entre los treinta euros de festival vegetal—. Además, es buena para la circulación...

Y de repente advierte el error. Pánico en su rostro.

¿Cómo puedo ser tan idiota?! Me acaba de lanzar una insinuación y una advertencia a la vez, de modo sutil pero directo: ¿crees que con ese aliento me vas a besar?

—Estoy disfrutando mucho... —Está muy nervioso—. Tenemos que repetir..., deberíamos volver a vernos...

Antes me saco los ojos con la cucharilla de postre.

—¿Quieres un Smint? Mentol ultrafresco, siempre los llevo encima. —Le tiembla tanto el pulso que, atolondrado, se mete en la boca media caja; por suerte, ella no ha notado nada, parece muy interesada en su ortiga de mar—. Esa gente del Meetic sabe lo que se hace, creo que hacemos buena pareja...

Pues a lo mejor sí, figura, pero a mí lo que más me apetece ahora es sacar el mechero y prenderle fuego a la laca que mantiene estable tu ensaimada capilar.

—Vivo aquí al lado. —Le ha costado pronunciar esas cuatro palabras: veinte grageas ultrarrefrescantes ocupan toda su boca transformando la cavidad en una Antártida hiperconcentrada—. ¿Te apetece que vayamos a mi casa y nos tomemos una copa? Un digestivo, para así bajar la comilona...

Tose. Rostro embotado, ojos inyectados en sangre. El dolor es insoportable. Pero sonrío. Y traga la masa informe de grageas con esfuerzo disimulado, sabiendo que lo espera un mes de estreñimiento.

—¿Ir a tu casa dices?

—Sí, claro. —Tiene cara de decir que sí, hoy follo, hoy follo...; hasta los calenturientos pensamientos de su yo interior son difíciles de pronunciar con semejante frío en la boca—. ¿Qué me dices?

—Pues la verdad..., en estos momentos no tengo claro si prefiero una relación contigo o con esta ortiga de mar.

En realidad, su amiga del Cantábrico, desde el plato, le ha soplado otra cosa: «Va a follar contigo tu puta madre». Pero ella y las olas del mar han preferido suavizar el mensaje.

—¿Inspectora Claudia Carreras?

—¿Y vosotros quiénes sois? ¿Los *strippers*? —Dos tipos altos y fornidos

se han plantado junto a la mesa—. ¿Apuesto algo a que debajo de las gabardinas no lleváis nada?

¿Por qué todo el restaurante me mira? Seguro que ya han descubierto que soy una indocumentada que es capaz de decir frases brillantes tan solo porque se las soplan sus amigas las ortigas de mar gratinadas.

—Gerardo Marcos, Asuntos Internos. —Y le planta una identificación en la cara; con el mismo aire prepotente con el que ella ha realizado ese mismo gesto cientos de veces—. Quítese los cascos y acompáñenos, por favor, debemos realizarle unos análisis de sangre y orina. Control rutinario.

—Pero..., pero ¿eres policía? —Los cuatro pelos de la ensaimada se le han puesto de punta—. Bueno, yo..., yo pago y me voy, no quiero molestar...

Mientras su tórtolo se escabulle, Claudia, cabizbaja, conversa. Con su amiga la ortiga de mar.

¿Qué voy a hacer ahora? Sin mi trabajo no soy nada... ¿Qué voy a hacer ahora, cuando todo el mundo sepa que me automedico y me emborracho, y arremeto contra los detenidos, y saco el arma a la primera de cambio, y...?

—Esto es una comida privada, no tenéis derecho a...

—Inspectora, son las tres de la tarde, oficialmente está de servicio. No lo haga más difícil.

¿Y tú te quejas? Mírame a mí... ¿Preferirías que te gratinasen viva?

—Me habéis estado siguiendo, hijos de puta... ¿Control rutinario? El comisario os ha llamado, buitres de mierda.

Y a pesar del Prozac y el Larios, lo entiende todo. Da forma a las amenazas de su superior. El viejo truco: no desacreditar lo que una persona dice o hace, desacreditar a la persona. Destrozar su credibilidad, conseguir que cuando mi palabra se enfrente a la tuya, la tuya todo el mundo piense que es basura. Porque quien la emite es basura. Una drogadicta borrachuza que va armada y es un peligro para la sociedad.

Se quita el sujetador y mientras sigue tocándose el sexo, empieza a jadear. Sin dejar de mirarme. Me asusto: con dieciséis años, ¿dónde ha aprendido todo esto?

—Sigue, no pares, profe. Quiero ver cómo te corres.

Lara parece un caballito de mar que no acaba de creerse lo perfecto que es. Y eso aún lo hace más perfecto.



Sube al BMW y enciende el motor. Su hija le ha dicho muchas veces que a su edad no debería conducir. Que la llame a ella o vaya en taxi. «Para algo te sobra el dinero, mamá, gástatelo.» Pero ella le responde que mientras pueda, conducirá: no piensa hacerle ni una concesión. «¿A quién no le harás ninguna concesión?» Y a eso ella no responde, porque si lo hiciese, su hija volvería a acusarla de tener un genio de mil demonios. Además, la conversación tomaría derroteros truculentos en los que a una determinada edad es mejor no adentrarse.

Hija mía, algún día entenderás que la muerte no llega de repente. Es todo más sutil. La vejez, poco a poco, te va acobardando, y sin darte cuenta vas haciendo concesiones: cada vez luchas por menos cosas, porque te sientes cansada, porque te sientes incapaz, porque te da miedo todo, porque crees que ya no vale la pena... Y al final, al luchar cada vez por menos cosas, acabas no luchando por nada. Ni por ti misma. Y te mueres. Todo es algo natural, progresivo, casi ni lo notas... Por eso pienso conducir, porque no voy a ceder ni un palmo de terreno. No voy a hacer ninguna concesión.

Maniobra con cuidado, en el último mes ya se ha dado dos golpes con una columna del garaje. Siempre la misma columna, y mira que se fija... Pero el mayor problema está en la rampa: cada vez que la sube se arrepiente de no haberse comprado el coche con cambio automático.

A ver cómo sale hoy...

La puerta del garaje ya se ha abierto. Allá vamos. Da el pitido de rigor y

acelera, pero cuando está a punto de llegar a la calle nota que se le va a calar, y eso ella no va a permitirlo: ni una concesión a la muerte. Acelera más y el BMW se encabrita.

—¡Dios mío!

El golpe ha sido seco, por el lado derecho del morro. Apaga el motor y pone el freno de mano, muy nerviosa.

—Perdona, cariño, no te he visto venir, has aparecido tan de repente... ¿Estás bien?

La chica está en el suelo, hecha un ovillo. Inconsciente.

—Dios mío, Dios mío... —Son las siete, no hay nadie en la calle Jaume Roig. ¿Quién le mandaba a ella apuntarse al primer turno de *aquafit* en la piscina? Ni una concesión a la muerte—. No te he visto aparecer, te prometo que no te he visto...

Se arrodilla junto a la joven, sin prestarle atención a la artritis de sus rótulas.

—Despierta, pequeña, despierta. —La cachetea con suavidad—. No ha sido nada, no ha sido nada...

Al fin la muchacha abre los ojos. Y ve sobre ella a una anciana en chándal.

—¿Estás bien?!

Señora, ¿no sabe que lo que más envejece es vestirse de joven?

—Ha sido culpa de la maldita rampa, pero ahora mismo te llevo al hospital...

—No, no hace falta, estoy bien... —Intenta levantarse.

—Ni se te ocurra moverte, mejor llamo a una ambulancia. —Empieza a rebuscar en sus bolsillos, no recuerda dónde ha metido el móvil.

—Estoy bien, no se preocupe... —Se incorpora acodándose sobre la acera.

—¡Claro que me preocupo! Mi hija me tiene dicho que no conduzca, pero soy una cabezota. Si llega a pasarte algo, no me lo habría perdonado en lo que me queda de vida...

Se siente muy culpable, sobre todo porque la muchacha a todas luces es una chica de buena crianza. Seguramente del barrio, no hay más que ver cómo va vestida, el corte de pelo, su cutis, lo guapa que es... Y ni un tatuaje. Ella no puede ni verlos. En sus tiempos solo los llevaban presidiarios y marineros, pero ahora se han puesto de moda y, ale, frasecitas sublimes por todo el cuerpo... Decididamente los jóvenes de este país se han vuelto locos: prefieren tatuarse los ideales en la piel en lugar de en el cerebro.

—No te preocupes por nada, tengo seguro a todo riesgo. —Pero esta chica no es de esa clase, se nota que ha sido educada como Dios manda—. Ahora llamo a una ambulancia y...

—Estoy bien, señora, de verdad, estoy bien. Tan solo, tan solo... —La voz se le empasta.

—Dime, pequeña, ¿qué necesitas?

—¿Podría... podría darme un poco de agua? Tengo la boca muy seca...

—Claro que sí. Ahora subimos a casa y te doy toda el agua que quieras.



Claudia sabe que esta ciudad está llena de locales jóvenes que quieren parecer viejos, con clientes viejos que quieren parecer jóvenes. La sociedad del espectáculo, qué le vamos a hacer. Aquarium no es así: local viejo con clientes... de toda la vida. Tal vez por eso hay quien lo llama Antiquarium.

—Buenas tardes, ¿me pone..., me pone una Fanta?

Quién te ha visto y quién te ve...

—¿La señora la querrá de naranja o de limón?

¿Ha habido chufla? Se lo tendría merecido por pedir un refresco en una coctelería donde los camareros sirven con chaquetilla blanca y corbata negra, y desde 1957 están muy orgullosos de lo que hacen.

—Olvidelo. *Dry martini*. Muy seco.

Te ha gustado cómo improviso, ¿verdad? Es sencillo si llevas toda la vida preparándote. Tan solo tienes que renunciar a tu hígado.

—Marchando.

Claudia observa el ritual. Movimientos rápidos pero fiables, contruidos a base de costumbre. Convertir en instinto tu profesión: hielo muy limpio hecho en la casa y reforzado en congelador; ginebra fría, remueves con suavidad y viertes un espíritu de limón. Coronas con aceituna. ¿Para qué más?

—Aquí tiene, señora.

—Gracias.

Le da el primer sorbo mientras gira su taburete. La decoración recuerda a la cubierta de un yate de maderas nobles que se está hundiendo mientras la orquesta no deja de tocar: ellos se estiran los puños de la camisa para que se vean sus gemelos de oro, y experimentar así la sensación de ser todo un señor;

ellas, maquilladas como puertas y cargadas de joyas, parecen orgullosas de su lema: si no puedes convencerlo, confúndelo.

—Muy buena la copa.

—Se agradece el elogio, señora. —Y a lo suyo, aquí solo se le da conversación al cliente si él la pide.

—Perdone, me gustaría hacerle una pregunta.

Claudia tiene que levantar la voz: este es un local burgués en barrio burgués, a medio camino entre demodé y carcamal, pero el ruido es ensordecedor. Como pasa en todos los lugares públicos de este país, donde de niño aprendes a hablar pero no a escuchar.

—Usted dirá.

—¿Conoce a esta persona?

Y deja una fotografía sobre la barra.

—¿Quién lo pregunta?

Ella echa mano al bolsillo interior de la americana: movimientos rápidos pero fiables, construidos a base de costumbre; convertir en instinto tu profesión.

Mierda.

Cree estar desnuda, porque solo encuentra su billetero.

«Suspensión de empleo y sueldo, con entrega de placa y arma reglamentaria, mientras la comisión disciplinaria de Asuntos Internos decide la sanción definitiva.»

—Lo preguntan estos cien amigos.

Y sintiéndose una parodia de una Claudia muy ridícula, deja un billete sobre la barra. Como si Aquarium fuese el Rick's Café, y ella Humphrey Bogart.



Te has enredado entre mis greñas. Te huelo, te veo en cada barra de bar. Y me arqueo, asustado.



Mi odio es como el agua, no tiene huesos. Por eso se cuela por cualquier rendija, hasta mojarlo todo.

—¿Qué quiere ahora, pesada? A su edad ya debería saber que el que te ha puesto una mordaza en la boca no tiene muchas ganas de conversar. —La anciana, atada en aspa de pies y manos al armazón de la cama, se retuerce con la energía de una quinceañera; el chándal que lleva vuelve su esfuerzo paródico, como si la niña de *El exorcista* hubiese decidido hacer aerobic—. Vaya, tiene buen gusto para la poesía...

Se acerca a la mesita y coge el libro. Boris Pasternak. *El segundo nacimiento*. Lo ha leído. De hecho, lee todo lo que cae en sus manos, el no tener amigos deja mucho tiempo libre. Podría incluso decirse que lee demasiado, ya que esa afición, junto con su intenso ruido interior, le permite olvidar que los humanos somos seres sociales. Nos necesitamos porque nos damos realidad. Por eso escalamos en cordada: unos a otros, mutuamente, nos salvamos de morir en nosotros mismos.

—Casimira, ¿quiere estarse quieta de una vez?

Se sienta en el borde de la cama mientras tras ella la anciana sigue haciendo aerobic. Y ojea el ejemplar. Caramba, una edición bilingüe..., va a resultar que la vieja tiene un corazón sensible. Página derecha, el original en alfabeto cirílico. Página izquierda, la traducción al español. Y murmura uno de los poemas...

Le gusta la cultura eslava. Uno de sus encuentros fue con un moscovita, y sin duda no resultó el más desagradable. El ruso siempre le ha parecido una lengua ontológicamente épica, y a la vez melancólica. Como son sus hablantes. Como es ella. Desear feliz Navidad en ese idioma sin que te caigan las lágrimas es imposible. Tan imposible como dar los buenos días sin parecer que estás retando a duelo a alguien. *Dobroye utro*. Además, la aproximación que la cultura rusa hace a la crueldad es más asiática que europea.

Esa gente juega en las grandes ligas...

Y luego están sus nombres. Boris Pasternak. Un hombre llamado así solo puede ser un hombre con personalidad. Si quiere convertirse en poeta o en explorador polar, ya tiene medio viaje hecho. Por fortuna, Boris decidió ser poeta.

—No arme tanto escándalo.

Y es que hubo un tiempo, cuando aún era una niña, en el que devoraba lírica romántica. En esa época recuerda que le decía a su mejor amiga del colegio que ella solo se casaría con lo que llamaba «hombre *già letto*»: estilazo italiano y respuesta imperturbable cuando ella le recomendase

cualquier libro. *Già letto*. Ya leído. Pero eso fue hace mucho, antes del desastre.

—¿Quiere dejar de moverse?! ¡Esto va a ser muy complicado si sigue con esta actitud!

Deja caer el libro. Y le propina un puñetazo en la cara a la gimnasta. Que se calma, en seco, a lo bruto. Casi más a lo bruto que la agresión que ha propiciado su calma.

—Eso está mejor. —Se sostienen la mirada—. ¿Qué pasa? Además de cagada de miedo, ¿está indignada? ¿Acaso cree que no puedo pegarle o hablarle como me dé la gana tan solo porque es usted una señora mayor?

Y se acerca mucho al rostro de la mujer, obcecado en el pánico.

—No, no se confunda, vieja de mierda: el único derecho que le da el ser mayor es el derecho a morirse antes.

Va a matarla, pero le habla de usted. Porque va a matarla sin respeto, pero con educación.

—Tiene pinta de ser una de esas señoras hiperactivas que se apuntan a todo. Viajes, gimnasio, exposiciones, conferencias... Hay que exprimir la vida, ¿a que sí?

La anciana asiente, temerosa.

—Vive cada día como si fuese el último día, ¿verdad?

De nuevo un leve cabeceo afirmativo. Lleno de dudas.

—Pues mire por dónde, de tanto intentarlo ayer acertó.

Ahí dejó eso. Y lo deja literalmente, porque se ha puesto en pie y se acerca a la puerta cojeando un poco: el golpe en la rodilla que se ha dado al abalanzarse sobre el coche le duele. Pero lo soporta bien; al haberse autoinmolado hace mucho tiempo, es inmune a las agresiones externas.

—¡Muy mono el pisito! —grita desde la cocina—. ¡Estos azulejos son preciosos!

Sí, es una vieja moderna. Seguramente al enviudar salió del típico pisazo-mausoleo y se compró este apartamentito bien situado y funcional. La casa es obvio que ha sido amueblada de una vez. En un par de meses como mucho, incluidos los detalles y el menaje. Pero a pesar de que el decorador ha tenido la precaución de surtirse en proveedores selectos y muy variados, la precipitación en hacerlo habitable ha transformado este hogar en un no-hogar: todo, excepto su propietaria, resulta demasiado nuevo. Es un lugar

despersonalizado, donde los objetos es obvio que no tienen una historia. Y por asociación, eso te hace pensar que las personas que los usan tampoco.

—¡Muy cuco el salón! ¡Perfecto el Katz que hay encima del sofá!

Sin duda, la vieja no quiso traerse recuerdos del pasado. Aunque la verdad, considerando su pasado, es comprensible.

—¿Me ha echado de menos? —Mirada desorbitada: su invitada ha entrado en la habitación con unas tijeras en la mano—. Malas noticias, hay que ponerse a trabajar.

Se reinicia la sesión de aerobic: la anciana resopla, corcovea y hace el pino puente como si estuviese en el patio del colegio.

—Será todo más sencillo si no te resistes... —Adora esa frase, del manual del perfecto psicópata—. Esto te ayudará.

Saca del bolsillo de su abrigo una cincha de carraca, de las que se usan para estibar la carga en los furgones. La pasa por debajo de la cama y se sube al colchón para encordarla a la altura de la cadera de la reina del deporte, que no deja de agitarse. Pero pronto su sesión gimnástica va a acabar: con el tensor va ciñendo la correa hasta dejarla tan apretada que los maderos de la cama crujen. Ahora la anciana sigue rebufando, con el rostro embotado, pero al tener atrapada la cadera, se queda rígida.

—Ya verás que no duele tanto, se te va a hacer corto...

Con las tijeras corta el pantalón y lo arroja al suelo. Bragas de vieja, caderonas. Pero de vieja rica y moderna: La Perla.

—Vaya con la viuda alegre... —Tras cortarlas, también las arroja al suelo, junto a una compresa para las pérdidas de orina—. ¿Aún se depila el coño? Y además se lo tiñe rubio-platino..., pillina pillina... ¿A quién te estás follando?

Contempla el rostro. Como si de verdad esperase una respuesta. Que por supuesto no llega: la calma que precede a la tormenta.

—No tendría que hacerle esas cosas tan vulgares a su cuerpo..., usted es una señora con clase, a su edad debería saber que no se añade un regalo barato a una compra cara. La devalúas. ¿Acaso le gustaría que al comprarse un vestido de Chanel le obsequiasen con un boli Bic?

Lágrimas de terror. *Angor animi*, que diría el director del colegio Jesús y María.

—Veo que es usted religiosa, vaya crucifijo bonito... —Durante unos segundos admira la joya que cuelga del cuello de su anfitriona—. Pues a rezar se ha dicho.

Del otro bolsillo del abrigo saca el instrumento.

—A mí los curas me dan asco..., pero hay que reconocerles su valía. —Se muerde la lengua: la operación que está llevando a cabo requiere concentración—. A un mono no le puedes convencer de que te dé su banana intentándole hacer ver que tendrá miles tras su muerte... Querida, esto lo tienes muy seco... Teniendo en cuenta la muy superior inteligencia del *Homo sapiens*, ¿no es alucinante lo que ha conseguido la Iglesia?

Mientras habla, ha abierto con una mano los labios vaginales. Los guantes de látex dificultan la tarea, pero son necesarios: sería una lástima que la Policía estableciese la conexión entre sus víctimas demasiado pronto, impidiéndole finalizar el trabajo.

—Eso es, buena chica, ya casi está...

Con la otra mano introduce poco a poco el bulbo de la pera. Hasta el fondo.

—Listo. —Observa satisfecha el extremo del instrumento que queda fuera del cuerpo, luciendo la manija—. Su hijo no viene a comer hasta las tres de la tarde; tenemos tiempo de sobra.

Ahora la anciana tan solo puede llorar. Ya no se esfuerza en ofrecer resistencia. ¿Conducir hasta el final de mis días? ¿*Aquafit*, gimnasio, sexo en la tercera edad? ¿No cederé un palmo de terreno? ¿Ni una concesión a la muerte? Qué ingenua he sido..., al final te das cuenta de que todo era un juego, todo era una gran mentira: la muerte siempre acaba llevándose todo. Te lo arrebatara. De un zarpazo. Porque la banca siempre gana.

—Ahora notará un ligero cosquilleo, no se asuste.

Con delicadeza y precisión de ginecólogo, toma con dos dedos la manilla, mientras con la otra mano sujeta el eje de enroscado de la pera, que se introduce en el cuerpo.

—Allá vamos...

Y gira la manilla. Vuelta y media.

—¡¡Aggg!!

El bramido es brutal. Y la mordaza, al contenerlo, lo vuelve aún más asfixiante.

—No se queje tanto..., mírelo por el lado bueno: ha rejuvenecido. Vuelve a tener la regla.

Un hilillo de sangre sale de la vagina y mancha la sábana.

—Creo que media vuelta cada cuarto de hora será una dosis adecuada. —Y le sonrío, pero su víctima no puede verlo: retuerce el cuello de lado a lado

buscando consuelo a su dolor—. Tengo curiosidad por saber cuánto aguantarás... tu compañera de equipo a las dos horas se rindió, pero tú, con lo deportista que eres seguro que le ganas: vivir a tope, como si cada día fuese el último día.

Recoge del suelo a Boris Pasternak, se sienta en el borde de la cama y empieza a leer. Sintiéndose esteparia.

Personalidad basal de naturaleza psicopático-paranoide. Su predisposición genética a la falta de miedo, al haberse desarrollado muy probablemente en una atmósfera de crianza donde la violencia se normalizó, ha devenido en un trastorno antisocial de origen traumático...

El subinspector lee y relee el informe psiquiátrico forense, pero le cuesta concentrarse.

—¡Déjate de mierdas! ¡¿Le robaste o no le robaste las llaves del Porsche al *guirifo* antes de mamársela?!

Dos cubículos a su derecha el oficial Bertó somete a una detenida a lo que podría llamarse «un interrogatorio duro».

—¡Óigame, yo no soy ninguna fulana! Y menos, ladrona...

Tano Garci levanta de nuevo la cabeza, con tanto griterío es difícil centrarse en el informe: la rubia parece despampanante. Al menos, de espaldas. Y menuda espalda... El culazo, canelita en rama.

Sus acciones violentas no generan carga emocional, dada la incapacidad empática. Más bien se trata de actos ritualistas con los que se intenta conjurar de un modo fetichizado algún tipo de agresión sufrida en carne propia...

—¡¿Qué coño has hecho con el Porsche?!

La rubia lloriquea. Y al subinspector Garci se le hinchan las narices... y lo que no son las narices: qué voz de barítono tan sexi tiene esa zorra.

—¡Ese coche vale cien mil euros! ¡Se te va a caer tu pelazo de princesa si no me...!

—¿Queréis cerrar la puta boca de una vez? ¡Estoy intentando trabajar!

Bertó achanta. Y la rubia, al girarse indignada, le descubre a Garci las facciones de su rostro. Puro Popeye.

—¡¿Qué coño miras, travelo de los cojones?! —¿Me ha puesto cachondo un desviado? ¿Me he excitado con un travestido? El pensamiento es tan

incompatible con su autoimagen que ni siquiera se para a valorarlo; porque Tano Garci no solo es capaz de renegar de sus ideas, él va más allá: él es capaz de renegar de su renegación—. ¡Ale, tú a lo tuyo! ¡Y si le vuelves a levantar la voz a mi compañero, voy ahí y con un soplamocos te quito la tontería rapidito!

Así es imposible trabajar tranquilo, mierda de despachos abiertos... ¿A quién se le ocurriría tirar las paredes? Y le viene a la mente uno de los discursitos del comisario, ese gran mamarracho:

«¡Abajo los muros! Derribemos los tabiques para que fluya la información, y así podamos trabajar en colmena: debemos ser abejas, no lobos solitarios. Unidad grupal y esfuerzo compartido. Todos empujando en la misma dirección».

Lo que menos soporta es un hombre hipócrita, un hombre que no vaya con la verdad por delante. Y el comisario es exactamente eso: más facha que él, pero simulando haber inventado la democracia para así medrar políticamente.

Puto cabrón...

Llama pidiéndole resultados cada cuatro horas, el caso de las viejas lo tiene muy preocupado. Le asusta que la prensa llegue a enterarse de que en la ciudad anda suelto un zumbado que tortura ancianas antes de liquidarlas, sería el adiós a su carrera: si al votante se le queda impregnada en la memoria la asociación entre tu imagen y la desgracia, estás muerto en política.

Muy probablemente en la interacción no episódica es una persona de apariencia prosocial, que no trasluce su intenso rencor vital, cimentado en una desconfianza muy intrusiva: todo el mundo, si yo se lo permitiese, me haría daño; el dolor con dolor se paga; ojo por ojo...

Se está agobiando, toda esa jerga le parece una idiotez que no conduce a nada. Y él necesita resultados, porque el comisario será un gilipollas, pero es el que debe proponerlo para su ascenso a inspector, y solo lo hará si este caso se resuelve rápido y brillantemente.

Vale, ya sé que esa tipa es una puta loca del coño, pero necesito algo más...

No avanza, es incapaz de descubrir la conexión entre las dos ancianas. Sabe que esa es la clave de todo, pero no hay manera... Ha removido cielo y tierra, pero hasta el momento no encuentra esa ligazón entre las víctimas: ni ellas ni sus difuntos maridos se conocían, sus hijos y nietos no van a los

mismos colegios, las viejas nunca pertenecieron a una asociación, gimnasio, club de lectura o lo que fuese que pudiese unirlos... En un par de días, los de Delitos Financieros le pasarán el informe de vinculación económica, pero no tiene demasiadas esperanzas. Además, un par de días puede significar otro cadáver: a la primera víctima la mató el lunes, a la segunda el miércoles, y hoy es viernes...

—Buenos días.

El que faltaba..., éramos pocos y parió la abuela: ya está aquí la maricona de jefatura.

Ramón se sienta en su cubículo. Su compañero sigue sin devolverle el saludo, pero él nota que desde que le plantó cara lo respeta más. De hecho, las bromas pesadas se han acabado, y ya nadie cuchichea cuando lo ven comiendo solo en su mesa cara al ordenador.

A ver por dónde empiezo a buscar...

Todo ello ha elevado su autoestima, y desde esa nueva atalaya es capaz de ver que el espectáculo de Tano Garci jugando a ser un poli duro recuerda mucho a la parodia de un chino: nadie se cree que alguien que habla con la ele, siempre a través de metáforas, con bigotillo de mandarín, túnica larga y una verruga de la que nace un matojo de pelos eternos, es realmente un chino. Por muy rasgados que tenga los ojos.

Vamos allá...

En cualquier caso, Ramón no quiere pensar demasiado en todo eso, tiene mucho trabajo: la inspectora le ha encargado varias cosas. Y ahora que ella no está, debe dar la talla: no puede fallarle a su jefa.



Se observa en el espejo. Junto a su reflejo, puede ver a la vieja despatarrada sobre la cama, con aspecto de muñeco descoyuntado. Alterna la mirada entre su propio rostro y el rostro del cadáver.

La belleza y la fealdad forman parte de un círculo que se cierra...

Esa idea le parece tan elegante que le encantaría que fuese cierta. Se lo merece. Lástima para la idea que no siempre consigas aquello que te mereces.

—¿Y tú de dónde has salido? —Se acuclilla y acaricia al gato, que se deja querer—. Minino guapo..., te has escondido, estabas asustado con tanto jaleo, ¿verdad?

La única respuesta del animal es un ronroneo infiel.

—Tranquilo, ya ha vuelto la calma...

Lo acaricia por última vez y se endereza de nuevo. Ahora que todo ha acabado, paradójicamente, mira con precaución. Como si los objetos del cuarto fuesen a quebrarse al contemplarlos ella. O sus ojos fuesen a estallar al absorber la silueta de los objetos. En el fondo tiene sentido: esta es su obra. Hay que ir con cuidado, no sea que se rompa.

—¿Te apetece escuchar un poco de música?

El gato no responde, pero ella conecta el equipo. Modo CD. *Play*. Con el adagio, acude a su mente la idea platónica de que todas las artes reproducen otras cosas, excepto la música, que es algo en sí misma. Así es Albinoni. Así es Platón. Y en la mesita, el libro de Pasternak. Va a resultar que, en efecto, la vieja tenía un corazón sensible...

Se desploma en el butacón. El gato sube a la cama.

—No hagas eso, cochino.

Pero lo hace. Y ella se saca del bolsillo la Canon compacta. Para immortalizar su obra, que por primera vez, gracias al gato, adquiere vida. Modo manual. Y por el objetivo de la cámara observa al minino oler y recorrer el cuerpo de su dueña. Sin lloros ni lamentaciones. Tan solo con interés. Y entiende que el hombre se volvió humano cuando empezó a esforzarse por entender a los gatos. Con un perro, hasta un imbécil empatiza.

Ya casi está el trabajo acabado...

Observa la fotografía. Ha enfocado mal, ha salido borrosa. Pero da igual, así se parece más a sus sueños.

Ya casi...

Levanta la cabeza y mira lo que ha hecho. Y mira al gato, que también levanta la cabeza y la mira, con sus ojos y con sus bigotes ensangrentados. Y Lara llora: por mucho que intenta salir de la casa donde se crio, la casa nunca sale de ella.



—¿Subinspector Garci?

—Al habla.

—Hemos encontrado otra víctima. Mismo patrón, sin duda se trata del asesino de viejas.

Suspiro de frustración.

—Dígame la dirección, voy enseguida.

—Jaume Roig, número 12.

—¿Cómo se llama la víctima?

Mientras anota, repite el nombre en voz alta. Y su compañero el subinspector Linares asoma la cabeza por encima del parabán que separa los cubículos.

—¿Qué acabas de decir?

—¡¿Tú qué coño quieres?! —Cuelga el teléfono—. No me vengas tocando las narices o te...

—¡¿Qué nombre acaba de salir por tu sucia boca?!

Ramón no acaba de creerse que él haya sido capaz de chillar esas palabras. Va a resultar que eso de plantarle cara a los abusones es como comer cacahuets: una vez empiezas, ya no puedes parar.

—Casimira.

—Casimira, ¿qué más?

El grito ha sido mano de santo: los dos subinspectores ahora se miran, y ambos sienten que el otro es un digno oponente de su frustración vital.

—Casimira López de Aranda. La han asesinado.

Y Ramón repite el nombre mascullándolo.

—Casimira López de Aranda...

Quizás el comisario no fuese tan desencaminado: espacios abiertos. Tiremos los tabiques para que fluya la información. Unidad grupal y esfuerzo compartido. Todos empujando en la misma dirección.



Vuelve a despertarse entre sueños, o a soñar despierta, no lo tengo claro. Lloro mientras me pide sexo sucio, muy sucio. En realidad no lo pide, lo exige en un estado a medio camino entre el sueño y la vigilia. Cuando lo hacemos, se excita tanto que me asusta, y al acabar, vuelve a dormirse plácidamente... mientras yo paso el resto de la noche en vela, preguntándome: ¿quién creía que era yo?

Esta mujer es como la silueta de Manhattan, que no tiene ningún edificio bonito pero el conjunto es irresistible.

—Buenos días, Cristina Manuela. Gracias por venir.

—¿Tenía otra opción?

A Tano le cuesta no enorgullirse: así le gustan a él las hembras.

—Supongo que no. —Guapa y desafiante, ¿qué más se le puede pedir a un coñito?—. Por cierto, la inspectora Carreras le envía saludos, le ha sido imposible venir.

—No hace falta que se los devuelva, me parece una persona muy desagradable... Normal que se haya hecho policía.

Su comentario es muy largo, pero gracias al tono, es aún más largo de lo que parece a simple vista: una mujer coja no es una mujer completa. Aunque se cambie el peinado.



Ramón estrena cazadora. Nada excepcional, piel vuelta, ciento veinte euros en Massimo Dutti. Pero al no verlo con su eterna gabardina, en jefatura hay quien cree que el fin del mundo predicho por los mayas está cerca.

—Jefa, ¿está segura de que es por ahí por donde debemos tirar?

—No estoy segura de nada. —¿Ni de que no tienes futuro como primera bailarina del Bolshói?; mira que te gusta ser melodramática...—. Pero tirad por ahí, mi instinto me dice que no nos equivocamos.

—A mandar, lo que usted diga. Espero que a Garci no se le vaya la pinza..., no me fío ni un pelo de él. —Del que sí se fía es de Bruno, al que tiene sentado al otro lado en el minúsculo cuchitril que hay tras el espejo de la sala de interrogatorios.

—Lo necesitamos. Nosotros no podemos levantar la liebre; el comisario se nos echaría encima. Si se entera de que estoy en el edificio de jefatura, me

cruje. Y a ti, ni te cuento, con las ganas que te tiene.

—¿A mí? Será posible... —Ha sonado a: «Soy el gachó con las pintas más cantosas de Lavapiés»—. Que no se me ponga tontorrón esa torrija andante, que me la meriendo...



—Dígame, Cristina Manuela, ¿lleva bien lo del fallecimiento de su esposo?

—No creo que me haya hecho venir hasta aquí para indagar sobre mi estado de ánimo.

—No, claro que no... Está usted aquí para que le hagamos unas preguntas sobre su hija Lara. Pero sabiendo que es una viuda reciente, pues he considerado oportuno preocuparme por... Es tan solo una cuestión de delicadeza, de humanidad. Aunque no lo crea, soy policía, pero ante todo soy un caballero.

¿Cómo será cachetearle el culote a una mujer como esta? Desde que sabe lo que sabe de ella, Tano no puede quitarse esa imagen de la cabeza.

—Agradezco su preocupación pero, por favor, vayamos al grano.

—Sí, por supuesto, vayamos al grano. —Y empieza a trastear entre las notas que Ramón le ha preparado—. Dígame, ¿sabe lo que es una *kür*?

—No..., no le entiendo.

—Conteste a la pregunta. —Tono seco: interprétalo como «Aquí el que manda soy yo»—. ¿Sabe lo que es una *kür*?

Las antenitas de esta mujer insectívora notan de inmediato el cambio en la dirección del viento.

—Pues... no tengo ni idea de qué es eso.

—¿Y una *reprisse*?

—La verdad es que no. —La mantis religiosa ahora no sabe el terreno que pisa—. Pero no entiendo a qué viene...

—¿Y un cuadrilongo? ¿Sabe lo que es un cuadrilongo?

Ella no dice nada. Pero su silencio lo dice todo.

—La verdad es que menuda sorpresa..., con lo lista que parece y no es usted lo que se dice una alumna muy avispada.

—¡Oiga! No le tolero...

—No se sulfure, Juana de Arco. —Satisfecho, se mira la entepierna: ¿todo esto es mío o de mi primo?—. Va a tener que explicarme por qué después de

asistir junto a su hija durante casi tres años, dos veces por semana, a clases de doma clásica, desconoce términos tan básicos de esa disciplina de equitación.



Lara, no estás bien. Pero no te preocupes, porque las yemas de mis dedos son el final de tu mirada. Donde tú ya no alcanzas a distinguir nada, mi sentido táctil te ofrecerá la luz.



Seis ojos contemplan desde el otro lado del espejo cómo evoluciona el interrogatorio. Un par de ojos más observan una gran pantalla de ordenador, estudiando micromovimientos.

—Bueno, ha pasado mucho tiempo, y nunca presté demasiada atención a esas clases...

—¿Nunca prestó demasiada atención? Es una manera curiosa de decirlo...

—Rebusca entre sus papeles—. Mi compañero el subinspector Linares estuvo hablando con su instructor del club de hípica, un tal Carlos Socuéllamos. ¿Le suena el nombre?

—Sí, claro, Carlos... —Empieza a notar un ligero calor interno.

—Pues Carlos nos comentó que usted y su hija han sido las mejores clientas que ha tenido jamás: nunca asistieron a clase, pero pagaban religiosamente.

—Bueno, tal vez faltamos alguna vez..., ya sabe: Lara no pasaba por una buena época, y lo de los caballos no acababa de gustarle.

Con un gesto muy elegante se pasa un mechón por detrás de la oreja izquierda, de modo totalmente innecesario. Tan solo para remarcar su naturaleza femenina.

¿Es eso todo lo que se te ocurre? ¿Intentar ponerme cachondo? Princesa, yo donde tengo la olla no meto la polla.

—Aprovechábamos para ir de tiendas, a la peluquería..., cosas de mujeres. Y Carlos creo que ha exagerado, por supuesto que asistimos a varias sesiones...

Tano, cuando escucha lo que tiene que decirle un testigo o un investigado, tiene la costumbre de asentir. Como si le diese la razón. De ese modo, cuando

le contradice de modo brutal, todo es más sencillo.

—Déjese de mierdas. Usted fue a hablar con el instructor el primer día y le indicó que no asistirían a las clases. Pero que siguieran cargándole los recibos por el banco sin problemas. El tipo ni se lo creía... Porque el tipo no entendía lo que yo entiendo a la perfección: usted necesitaba una coartada frente a su marido para dos veces por semana desaparecer con su hija. ¿Me equivoco, Cristina Manuela?

—¡Desde luego que se equivoca! ¡¿Una coartada?! No me haga reír.

Y al otro lado del espejo, seis ojos buscan al analista de micromovimientos.

—El subinspector Garci ha hecho un buen trabajo. Al sorprender a la interrogada, esta ha bajado sus defensas..., y menudas defensas: no he visto en mi vida semejante nivel de autocontrol. Las mediciones de tensión facial ofrecen unos parámetros que se mueven en rangos que son totalmente anormales.

—¿Miente o no miente? —Claudia no tiene el chocho *pa* farolillos técnicos: así somos en Lavapiés.

—Miente como una bellaca.

Y los seis ojos, sumergidos en la oscuridad del cuchitril, se olvidan del analista y giran de nuevo hacia la sala de interrogatorios.

—¿Por qué no me dice la verdad, Cristina Manuela? ¿Para qué necesitaban usted y Lara esconderse de su marido dos veces por semana?

—¡Le estoy diciendo la verdad! —Contrólate; echa balones fuera mientras se te ocurre algo—. Esto seguro que es cosa del tipo ese..., su amigo Linares. Como es un raro, cree que todos somos raros como él. Seguro que les ha metido a todos ustedes ideas extrañas en la cabeza sobre mí. Ese hombre da mucho asco... Si lo viera acercarse a mis hijos en un parque, llamaba a la Policía.

Y Ramón, que con su cazadora nueva cree ser Cary Grant; Ramón, que le ha plantado cara a Tano Garci; Ramón, que ha empezado a bajar al bar a comer con los compañeros; ese nuevo Ramón siente cómo toda la autoestima que lleva semanas acumulando se desvanece en un segundo.

—No hagas caso...

Claudia mantiene la mirada al frente para no humillar aún más a su amigo. Pero no ha podido evitar escuchar el susurro. Notar el tuteo. Sentir el cariño en cada una de las tres palabras.

No hagas caso...

Y el rabillo de su ojo de policía se lanza a averiguar: Bruno, con su mano musculosa de hombre bueno, cubre la mano de Ramón que se esconde bajo la mesa. En la penumbra.



Entra en la sala de interrogatorios atolondrado. Como si hubiese entrado en un quirófano y fuese el que trae el corazón que hay que trasplantar.

—Vaya, hablando del papa de Roma, por ahí asoma. Ahora mismo Cristina Manuela te echaba piropos, camarada. —Garci le sonrío a la interrogada—. Con las ganas que tenía usted de saludar al subinspector Linares, y mira tú por dónde...

—Señora Valls, le doy mi más sentido pésame.

—No le hables del difunto. —Ella iba a contestar, pero Tano se despechuga—. Las condolencias le traen recuerdos demasiado dolorosos a nuestra amiga.

—Por supuesto, por supuesto, soy un insensible... —Se sienta junto a su compañero revolviendo la libreta de notas—. Siento haberme retrasado, el tráfico, ya sabe... ¿Qué me he perdido?

Pregunta como un niño que ha llegado tarde al cine de verano y se muere por reengancharse a la película: esa es la gracia de Ramón, no parece peligroso.

—Pues no mucho; aquí la señora está enrocada en que nos hemos inventado lo de sus ausencias a las clases de equitación, como si tú y yo fuésemos gilipollas. —Y esa es la gracia de Tano: llamadme muerte.

—¿Es eso cierto, Cristina Manuela?

Ella exhala un suspiro de paciencia: ¿esto va a durar mucho...?

—Seguro que mi compañero la ha malinterpretado, yo la considero a usted una madre coraje: su hija de doce años cae en una depresión, y usted abandona su apretada agenda para dedicarle tiempo. —Ramón se vuelve hacia Tano—. Si quedasen más mujeres con ese espíritu de sacrificio, la juventud no estaría tan echada a perder.

Con sus mandíbulas apretadas, el rostro aún se vuelve más anguloso. Más perfecto: la rabia le sienta bien a esta mujer.

—Bueno, si han acabado con su obrita de teatro, yo tengo muchas cosas que hacer. —Y recoge su bolso del suelo, como si creyese que poniéndose en pie

se pondrá a salvo.

—Quieta, tigresa, que el domador es el que lleva el látigo. —¿Tano se ha leído el código de lenguaje no sexista del Ministerio del Interior?

—Disculpe la tosquedad de mi compañero. Lo que quiere decir el subinspector es que antes de que usted se marche tal vez sería conveniente aclarar la cuestión de sus clases de equitación. Percibimos ciertas incoherencias, ¿sabe de qué le hablo?

—No tengo ni idea.

—Pues nosotros sí que tenemos alguna idea. ¿Le apetece escucharla? Nos encantaría saber su opinión al respecto.

A ver qué dices ahora, cachonda... Tano es consciente de que su compañero, seguramente sin él saberlo, es un puto maricón. Y eso lo anula como persona. Pero no puede evitar admirar la habilidad con la que maneja el interrogatorio para llevarlo a donde le interesa llevarlo. Y es que estos *truchas* se las saben todas: si te descuidas, te la encasquetan hasta el mango.

—Supongo que no tengo más remedio.

—Me alegra su entusiasmo a la hora de colaborar. —El tono quisquilloso cada vez la pone más en evidencia, y Ramón cree que es bueno dejárselo claro con un poco de sarcasmo: ¿notas mi aliento en tu nuca?—. Le explico nuestra hipótesis.

—Vamos allá, me tiene expectante. Por cierto, enhorabuena por su cazadora nueva. Las gabardinas no se estilan esta temporada.

¿No querías sarcasmo, Ramón? Pues toma dos tazas.

—Sí, bueno, gracias... —Concéntrate, recolócate el bazo y no pierdas la calma—. La vi rebajada y pensé, ¿por qué no?



Claudia, tras el cristal, no necesita consultar al analista de micromovimientos. No le quita los ojos de encima a la interrogada. Como si fuese una paranoica que ha reconocido a la causante de su brote psicótico.

No te saldrás con la tuya...

Ya ha confirmado que los gestos de Manuela son de una brusquedad apaciguada. Como si su mente consciente estuviese permanentemente recordándole a sus impulsos que deben moderarse: la inspectora sabe mucho de autocontrol. Pero este autocontrol a veces se pasa de frenada, provocando

en la sospechosa que una reacción natural no surja, y sea impostada a continuación por su sucedáneo interpretado. ¿Hay acaso algo más falso que una risa que no brota inmediatamente después de haber sido contado el chiste? Esas décimas de segundo son cruciales, ya que vuelven una reacción gestual en algo contraintuitivo. En algo inhumano.



Antes de subir a jefatura desayunará. En casa no ha podido, la nevera de su piso recién alquilado está todavía vacía.

¿Jenny se habrá levantado ya? *Últ. vez hoy a las 3:04.* ¿¿Qué hacía despierta a las tres de la madrugada?!

Imagínatelo...

Y se lo imagina: WhatsApp de su examigo Fernando. *Últ. vez hoy a las 3:06.* Y un puñal le raja el *six-pack*.

¡Tengo que dejar de pensar en ella! ¡Y dejar de *stalkearla*! No me quiere..., en realidad, no me ha querido nunca.

¿Y tú, Bruno? ¿Realmente la has querido, o era todo una ficción? ¿Se puede amar a alguien con el que no compartes nada?

Cuando entra en Eras Pan se topa con Ramón, sentado a la barra frente a un café con leche. Solo como un ahorcado.

—¡Buenos días!

Le ha cambiado la cara: mira a su subordinado con unos ojos llenos de alegría. Como si hubiese encontrado la pepita en el lecho del río.

Me encanta tu vida...

—Buenos días, subinspector.

Y a mí me encanta lo que tú crees que es mi vida...

—Tómame lo que quieras, invito yo.

—No es neces...

—¡Insisto!

—Pero si...

—Es una orden, no te quiero oír rechistar.

—Gracias..., es usted muy amable. —Mira el surtido de bollería, y luego al dueño—. Póngame un café y un trozo de ese pastel de chocolate.

—¡Marchando!

En un minuto aparece en la barra el pedido. Y Ramón, antes de hablar,

recuerda otro pastel de chocolate. Y otro café. Con un corazón dibujado con crema.

—Eres goloso, ¿eh?

—Mucho, sobre todo por las mañanas. —Se mete un trozo en la boca—. El chocolate multiplica el rendimiento laboral; no sé si sabe que el cerebro es el órgano que más azúcar consume.

—Pues no, no lo sabía. —Tu cuerpo sabe a Nutella...—. ¿Te preocupa la alimentación?

—Por supuesto, me gusta estar en forma.

—A mí también. —Y Ramón flexiona sus raquíuticos bíceps sintiendo que tiene la credibilidad de un profesor de gimnasia gordo y con papada—. Pasamos muchas horas juntos y no sé nada de ti. Cuéntame, ¿eres de Valencia? Porque por tu forma de hablar yo diría que no.

—Qué observador es usted, subinspector. —Parece avergonzado—. No, soy de Gandía. ¿Ha estado alguna vez?

Trozo de pastel y sorbo de café: a la mierda Jenny, es solo pasado.

—Por supuesto, es una ciudad preciosa.

Es una ciudad preciosa que no he pisado jamás.

—¿Conoce Gandía?!

—No solo la conozco, sino que voy muy a menudo. Y cada vez que aparezco por allí, me meto entre pecho y espalda tres platos de *fideuà*.

Y luego me voy directo al hospital, porque soy alérgico al pescado.

—¡Es mi plato favorito! —Hincha su pecho de galeote, orgulloso—. No sé si sabe que la inventó un marinero del Grao, que un día faenando quería prepararle a la tripulación una paella de marisco, y al darse cuenta de que había olvidado coger el arroz, tuvo que echarle fideos.

—Lo sabía, conozco la historia de tu ciudad al dedillo.

Aunque a duras penas soy capaz de localizarla en un mapa.

—¿A qué restaurante va cuando está por allí? En mi opinión, la mejor *fideuà* la hacen en...

—Todos, los conozco todos.

Tiene que salir de semejante jardín. Y se refugia en el mandato rabínico.

Si no es ahora, ¿cuándo?

Sin saber que se trata de un mandato rabínico.

—Bruno, cambiando de tema..., estaba pensando en comprarme algo de ropa de abrigo...

Suda, se retuerce las manos.

—Esta gabardina ya tiene sus añitos, aunque no lo parezca porque es de una calidad excelente..., ya sabes, yo soy de los que cuando compran algo lo compran bueno, porque lo barato sale caro...

Y se retuerce aún más las manos, porque siente que incurre de nuevo en un riesgo kármico: antes o después el destino me devolverá la agresión.

—Y como veo que tú tienes buen gusto para eso de los estilismos, había pensado que... tal vez podrías...

Su arrojo recuerda a la desesperación. Como les ocurre a los malos toreros.

—No sé si tienes la agenda muy ocupada... pero... tal vez...

—Estaré encantado de acompañarle, subinspector. —Y con mucha naturalidad se limpia los labios con el dorso de la mano, y sonrío: cuando no hay expectativas, todo es tan sencillo...—. Esta tarde nos vamos usted y yo de compras.

Y a Ramón el corazón le da un vuelco. Aunque en honor a la verdad, debemos decir que el subinspector posee un corazón con enorme facilidad para los vuelcos.



—Durante la investigación había un dato en apariencia poco llamativo, sobre el que la inspectora Carreras me llamó la atención, y que desde entonces no me deja dormir: la primera caja de seguridad usted la abre en el año 89, cuando ni tan siquiera está casada. Y digo «usted» con toda la intención, porque el doctor no figuraba en la ficha contractual. Luego abre otra caja en el año 95, y otra en el 99, coincidiendo con el nacimiento de Lara. Y por último, otra en 2005. Todas ellas a su nombre exclusivamente.

—¿Es acaso eso un delito?

—No, por supuesto, no es un delito. Pero es sospechoso: en 1989 usted era aún costurera en El Cabañal. En esa época todo el mundo la conocía como Manoli la del Dedal. Y gracias a que, le confieso, hemos hecho averiguaciones por su barrio de la infancia, sabemos que algunos señores también la llamaban Manoli la Guapa. Puede sentirse halagada.

—Los hombres, ya se sabe...

Y acaba tú la frase. Que yo soy una chica fina.

—Sí, ya se sabe.

Tranquila, el compañero Linares es un flojeras, pero yo soy obediente y acabaré la frase: todos piensan tan solo en una cosa, follarme. Los hombres, ya se sabe...

—Pero una aprendiz de modista, ¿para qué quiere una caja de seguridad? El doctor aún estaba acabando la carrera y trabajaba de camarero por las noches: todo un hombre hecho a sí mismo. ¿Tantos ahorros había que esconder?

Ella se limita a cruzar las piernas, y reposa sobre la rodilla superior sus manos de garza. En una pose digna de esos maniquís descabezados que encuentras en los escaparates de Carolina Herrera: soy capaz de esperar toda la eternidad; estoy hecho de poliuretano, el tiempo para mí no importa.

—La secuencia cronológica creo que vale la pena detallarla. Como le decía, en el año 2005 usted abre la última caja de seguridad; en 2010, con doce años, Lara cae en una depresión, y a finales de 2012, justo después de la paliza que el doctor le dio...

—¡Eso es mentira! ¡¿Cómo se atreve?! ¡Ya le dije a su jefa...!

—Aquí nosotros preguntamos y usted contesta. —Con qué gusto ponía toda tu pija a cuatro patas mirando *pa* Cuenca...—. Así es el juego, ¿lo pillas?

Y mientras lo ha dicho, Tano le ha sonreído.

—¿Lo pillas?!

Y sonrisa. Cuando tu estrategia para que te respeten es dar miedo, esa concesión amable en medio de la brutalidad suele maximizar resultados. Al menos, a corto plazo. Pero a él con el corto plazo le basta. Nunca ha necesitado más.

—Mi compañero lo ha expresado de un modo un tanto brusco, pero en efecto, así es el juego. —Ramón vuelve a ojear sus papeles, travieso—. Estamos trabajando sobre una hipótesis, entiendo que no comparta todos los elementos que la integran, y por supuesto anoto su desagrado respecto a este. —¿Estará escribiendo realmente algo en su libreta?—. Como le decía, tras la *supuesta* paliza, usted hace algo que me desconcierta: a principios del año 2013 todas las cajas de seguridad que estaban a su nombre las pone también a nombre de... su marido. El difunto doctor Valls. ¿No es sorprendente?

Sin reacción.

—Su marido la agrede brutalmente, y usted reacciona compartiendo con él sus secretos mejor guardados.

—Parte de una hipótesis falsa: mi marido nunca me puso la mano encima.

—Incluso aceptando esa afirmación, que tanto usted como yo sabemos que es falsa: ¿puede decirme qué era eso tan valioso que usted tenía, y que requirió de cuatro cajas de seguridad para ser escondido? ¿Y por qué tardó tantos años en compartirlo con su esposo?

Ella empieza a percibir una atmósfera asfixiante que la agobia, porque no se la esperaba. Y porque además es inevitable. Como esos días raros de primavera en los que sales de casa pensando que hará frío, pero el termómetro alcanza los treinta grados. Y tú vas de lana, y no puedes quitarte nada porque la camiseta que te has puesto debajo es horrible.

—Eso es asunto mío.

Conforme pronuncia cada palabra, toma conciencia del error cometido.

—Puede suponer que, en el punto en el que estamos, nada es ya solo asunto suyo.

Ahora ya sabe que no se los quitará de encima jamás.



—¿Manoli? Menudos aires se gastaba. Nos miraba a todas por encima del hombro, como si fuese la reina de Saba. —Se quita las gafas para la presbicia, levanta el dedo que enfunda el dedal y sienta cátedra—. Empezamos juntas de aprendices, y pasamos tres años echando más horas que un reloj en el taller de doña Luisa, así es que nadie me tiene que contar cómo es, la conozco bien: ambiciosa y mala sombra. Capaz de cualquier cosa cuando quiere algo. Y además, muy guapa, hay que reconocerlo. Si junta usted las tres cosas, imagínese el panorama.

Y Ramón se lo imagina. Con lo que a él le gustan esas cosas... De hecho, le gustan tanto que, al ver el dedo erguido con el dedal en la punta, cree estar frente a Darth Vader con su espada láser empinada.

—Y un poco fresca también era la Manoli...

¿Hay algo de resentimiento en sus palabras? Esa zorra, que doña Luisa siempre dijo que con la aguja tenía menos gracia que un boxeador cosiendo con los guantes puestos, se largó a Campolivar a vivir como una reina gracias a un buen braguetazo. Y yo, que coso y bordo que es un primor, metida en esta cueva diez horas al día haciendo composturas para Zara. La vida es muy injusta...

—¿Qué quiere decir?

—Pues ya sabe lo que quiero decir... Corrían chismes, y cuando el río suena, agua lleva. —Simula no querer hablar, pero disfruta tanto con cada palabra...—. Y su novio el doctor, sin saber de la misa la mitad, con lo bien *plantao* y responsable que era. Usted me recuerda mucho a él cuando lo conocí de joven.

Con su espada láser señala a Bruno.

—¿Qué chismes?

—Pues eso, chismes... —Y vuelve a darle a la aguja, mientras murmura—: Porque ella es lista, muy pillá, sabe hacer el papelón y disimula bien, pero al final todo se sabe. Eso sí, siempre pasa lo mismo: el cornudo es el último en enterarse.



—¿Sabe una cosa, Cristina Manuela? Estoy convencido de que casi todos los conflictos surgen cuando las expectativas de alguien crecen más deprisa que su capacidad para satisfacerlas.

Tano no ha entendido nada. Ella lo ha entendido todo.

—Usted era ambiciosa. Quería salir del entorno de miseria y cutrez en el que vivía, rodeada de gente..., de gente como yo. —Acaricia la manga de su cazadora nueva: la venganza se sirve en plato frío—. Pero no había estudiado, y su familia no tenía recursos. Resumiendo: usted no tenía los medios para satisfacer sus elevadas expectativas. Excepto... su belleza. Y su falta de escrúpulos.



Lara odia a su padre. De su madre, sencillamente no habla. Y eso, no sé por qué, me da más miedo.



—Tal vez sería todo más sencillo si me aclararan qué están insinuando. —Es el animal atrapado más bello que Ramón ha visto jamás; a Tano le cuesta crear una metáfora igual de elaborada, pero piensa lo mismo.

—Insinúo que en las cajas de seguridad usted escondió lo evidente: dinero. Y debían de ser cantidades importantes, porque sospecho que en cuanto la cantidad que contenían excedía el seguro del banco que cubría la caja, abría otra. La gente que viene de muy abajo es precavida..., y además, a usted le costaba mucho ganar ese dinero. Literalmente, lo ganaba con el sudor de su frente..., bueno, con su sudor, no seamos tiquismiquis con las partes del cuerpo.

Y se sacude de los hombros la caspilla, orgulloso de su cazadora nueva: lo dicho, la venganza se sirve en plato frío.

—Me he explicado bastante bien, ¿no cree, subinspector Garci?

—Para mi gusto, has sido un poco redicho... —Ramón ha de reconocer que le está gustando esta complicidad teatral con el tarado de su compañero—. Yo también me crie en El Cabañal, así es que se lo voy a traducir a la señora, que entre la gente del barrio nos entendemos mejor si hablamos nuestro idioma: sabemos que se hizo usted puta de lujo para salir de la miseria.

Se levanta muy airada y coge su bolso.

—¿Va a alguna parte, princesa?

—Desde luego, no pienso quedarme aquí si van ustedes a seguir insultándome.

—Siente su culazo en esa silla si no quiere que la siente yo dándole en la cara con otra cosa... que sé que le gusta.

Ramón se santigua por dentro: ¿su compañero acaba de batir el récord Guinness de «la frase más machista»?

—Por favor, Cristina Manuela, siéntese. Y disculpe el lenguaje del subinspector.

—¡No me siento! ¡¿Estoy detenida?! No, ¿verdad? Pues aquí no pierdo ni un minuto más.

Su vida está fortificada como un castillo, y ella es ese señor feudal que va a protegerlo porque en ello le va todo.

—Entiendo que quiera guardar las apariencias, pero sabe que tengo razón: usted empezó a prostituirse cuando aún era novia del doctor, y el pobre desgraciado no se enteró ni de la misa la mitad.

—Claro, son ustedes muy listos. Y cuando se enteró, me dio una paliza de muerte, pero me perdonó porque yo me ofrecí a compartir mi dinero ganado con la prostitución poniendo las cajas de seguridad a nombre de los dos. Todo cuadra, la historia que se han montado en su cabeza encaja a la perfección, qué

grandes policías..., el Gordo y el Flaco, Epi y Blas, Marco y su mono, y ahora llegan a los escenarios de todo el mundo ¡el Mugroso y el Rijoso! —Los mira con desprecio—. Son ustedes patéticos...

—¿Qué significa «rijoso»? ¿He de soltarle un hostión a alguien? Porque supongo que ese soy yo; lo de mugroso sí que lo he entendido.

—Nada, déjalo estar, la señora está nerviosa. —Ramón suspira: colaborar con Tano no es sencillo...—. Cristina Manuela, ojalá la historia fuese tan sencilla. Pero los dos sabemos que fue un poco más... tortuosa. Siéntese por favor, le aseguro que le conviene calmarse y escucharnos.

—¿Y se puede saber por qué?!

—Primero, porque sabe que lo que decimos es cierto. Segundo, porque todo este mal trago debe de pensar que tiene por objeto localizar a Lara, su hija. Y tercero... —Como quien no quiere la cosa, busca por entre sus papeles. Sin darse importancia—. Justo Sánchez, Francisco Villar y Jacinto Roig estuvieron sacando de sus cuentas bancarias, en efectivo, cinco mil euros todos los meses. Durante los años 2011, 2012 y 2013. ¿Le suenan los nombres?

Y ella se sienta.



—Tuvimos que pedirle amablemente que no volviese por aquí. —Al camarero los cien euros le han soltado la lengua—. Aquarium es un lugar elegante; aquí viene gente con clase, y una fulana, por muy fulana de lujo que sea, no es bienvenida.

Ella bebe su copa: le encantan las barras; siempre que puede, se sienta en un taburete. Ahí arriba se ve todo, y además le facilitan la transición disimulando la cojera cuando ha de reincorporarse al mundo real.

—Un día se montó un pollo que ni le cuento: una de nuestras clientas habituales se levanta de su mesa, viene a la barra y ahí, justo donde está usted, le da un bofetón a esta tipa de la fotografía. «Si te quieres follar a alguien, te follas al marido de otra.» Eso le dijo; lo oí con mis propios oídos, yo estaba aquí mismo. Y ese día el jefe dijo basta y habló con la tipeja esta... —Señala el retrato—. Que hay que reconocer que estaba de muy buen ver, las cosas como son.

Y Claudia, de un trago, se acaba su *dry martini*.



Han establecido la conexión. Hay que evaluar daños: es más inteligente quedarse y averiguar qué han averiguado.

—Supongamos que... si yo...

—Sí, la escuchamos.

Debe ceder algo de terreno, pero de modo calculado: si no les da un poco de carnaza, ya no soltarán presa.

—Supongamos que es verdad..., sí, tuve algún tipo de relación extramarital con fines económicos, ¿eso qué tiene de malo? No es un delito, que yo sepa.

—¡Joder con la *madame*! —Tano se adelanta, le sale del alma—. A mí, si mi mujer se dedica a follarse viejos ricos, pues qué quiere que le diga..., llámeme machista retrógrado, pero me molesta.

—Esa no es la cuestión, subinspector Garci. Cristina Manuela tiene razón: en España la prostitución no es un delito, tan solo lo es el proxenetismo. —A pesar de su aire histrión, habla con sinceridad: Ramón quiere ser mejor policía cada día, por eso lucha para no instalarse en sus prejuicios; Tano, sin embargo, les ha puesto un pisito, con hilo musical y aire acondicionado, para que se sientan como en casa—. Lo importante aquí es saber cómo afectó a Lara su actividad... «extramarital», utilizando su terminología.

—Lara jamás supo nada de todo eso.

—¿Está completamente segura sobre ese particular?

La interrogada da muestras de incomodidad. De una incomodidad no intensa, pero sí basal, generalizada. Como cuando el sujetador te aprieta, y por su culpa en todo el día no puedes dedicar tu atención a otra cosa de modo pleno, al cien por cien.

—¿El brusco cambio de carácter de Lara a los doce años no tuvo nada que ver con su... actividad?

—Subinspector, esa delicadeza forzada es todavía más ofensiva. Puede llamar a las cosas por su nombre.

—Tiene razón la *madame*, Linares. No nos la cojamos con papel de fumar. Yo en el fondo la admiro, señora: ustedes las putas hacen una labor social importante. Tendrían que compartir número con el Teléfono de la Esperanza, sirven para lo mismo.

Ramón debe reconocerlo, su compañero empieza a parecerle entrañable: es

tan sucio que hasta de sus vicios ha intentado crear una filosofía de vida.



—Esa mujer es una víbora, no sé cómo mi hijo fue capaz de casarse con ella. Y mira que se lo dije, mil veces...

—Matilde, ya has dejado clara la idea. No te repitas.

Eduardo Valls tiene la misma *potestas* que tenía su hijo Antonio. Bueno, más bien a la inversa.

—Me repito lo que me da la gana, nunca le plantaste cara. Ni siquiera cuando nos prohibió ver a nuestra nieta.

Vaya, pues va a ser que no tiene tanta *potestas*. ¿Cómo andará de *auctoritas*?, se pregunta Claudia.

—¿No quería que vieran a Lara?

—De niña nos lo permitía a regañadientes; pero cuando se hizo zagalita, un día esa víbora nos montó un espectáculo y rompimos todo contacto con ellos. No vemos a Lara desde que cumplió doce años..., y nuestro hijo murió sin que pudiésemos siquiera visitarlo en la cárcel, para ver..., para ver al menos su cadáver. —Rompe a llorar mientras su marido se limita a apoyar ambas manos sobre la cabeza de marfil de su bastón, cabizbajo—. Ella nunca quiso a Lara, nunca..., solo pensaba en sus caprichos, en su ropa cara, en zapatos y bolsos... Cambiarse el nombre para llamarse Cristina Manuela, habrase visto, hay que estar enferma... Se quedó embarazada por accidente, y lo único que le preocupaba era perder la figura de modelo que tenía. Eso no es una madre, es un témpano de hielo... Nunca le dio cariño a la pequeña, nunca, la trataba como si fuese un mueble... Cada vez que veo por la tele noticias del caso Asunta, esa pobre chinita de Galicia a la que mataron también con doce años, pienso en mi nieta...

Las lágrimas arrecian. Claudia no dice nada; sabe que con alguien así, lo mejor es no intervenir: lleva los patines puestos.

—Sin decírselo a mi hijo, Manoli intentó abortar, pero nos enteramos a tiempo. Antonio llegó por los pelos y la amenazó: estaba de varios meses, habría ido a la cárcel, creo que eso fue lo único que la detuvo. Puedo decirle hasta la clínica en la que intentó hacerlo..., «clínica» por decir algo, era un antro donde se practicaban abortos ilegales.



—¿Lara era hija del doctor o de alguno de sus clientes?

—No voy a rebajarme a contestar a esa pregunta.

—Como quiera. La contestarán los análisis genéticos que hemos encargado, en cuatro días tendremos resultados. —Y Ramón de nuevo le sonrío candoroso, mientras se aúpa el puente de sus gafas de Mortadelo—. En las series de televisión cogen las muestras por la mañana y esa misma tarde ya tienen resultados, pero el mundo real es diferente. El mundo real es bastante más complicado..., ¿verdad, Cristina Manuela?



Lara tiene pesadillas. Repite siempre lo mismo, sollozando entre sueños: «Mamá, no, por favor, no te vayas..., no quiero quedarme con él..., me hace daño, siempre me hace mucho daño».



—Manuela Cristina, usted...

—Cristina Manuela.

—Manuela Cristina, Cristina Manuela, menudo lío, ¡¿quién le puso esa mierda de nombre?!

Uno puede plantearse muchas dudas sobre la integridad moral de Tano Garci, pero lo que está claro es que nunca está del lado de los malos. En eso es un policía incorruptible.

—Es usted una mujer muy guapa.

—Gra... gracias. —Tras el chorrizo, no se esperaba el comentario.

—Y muy elegante.

—Sí, bueno... —No hay nada que descoloque más que un piropo inesperado y sincero de alguien al que odias—. Pero no sé ahora a qué viene...

—Llevo toda la mañana preguntándome cómo una mujer como usted es capaz de hacer lo que hizo.

—¿De qué..., de qué me está hablando?

Y Tano se recuesta sobre el respaldo de la silla, y resopla metiendo los pulgares en la tirilla del pantalón. Satisfecho pero empachado, como si acabase de zamparse él solito todo el cocido.

—¿Cuándo decidió que iba a vender a su hija?



Bruno está lívido.

—Inspectora, creo que... —Se corrige de inmediato: no es sencillo acostumbrarse a esta extraña colaboración—. Inspectora, subinspector, creo que deberían...

—Chaval, parece que has visto un fantasma. Qué mal color... —Tano Garci, sin quitarse ni las Ray-Ban ni el mondadientes, mira al muchacho con camaradería: lo pasado, pasado está; pero Bruno no se da cuenta: es lo que tiene llevar gafas de sol dentro de un despacho—. Deberías tomar vitaminas. Yo todas las mañanas, antes del carajillo, un plátano y dos manzanas, y mírame, un roble estoy hecho.

—¿Qué es lo que traes?

—He estado visionando los DVD que se encontraron en el apartamento de Casimira López, la víctima de la calle Jaume Roig. Todo son películas familiares, recuerdos de excursiones, viajes, graduaciones de los nietos... —La voz se le va apagando—. Menos este. Que es el único que estaba guardado en la caja de seguridad de la vivienda..., de modo muy comprensible.

Deja sobre la mesa del despacho un DVD. Un objeto inerte que, sin embargo, le produce pavor: creía que después de ver a un tetrapléjico suicidarse mirándolo a los ojos, ya nada le impresionaría. Qué tiernecito estás todavía, Bruno, qué tiernecito...



—¿Qué es lo que acaba de decir?

—Me ha oído a la perfección: ¿cuándo decidió que iba a vender a su hija?

Tano habla, pero Ramón, sin saber por qué, se lo imagina escribiendo. Con ortografía borrachuza.

—¿Vender... a mi hija?

—Sí, venderla. Venderla como si fuese ganado. —Subinspector Linares, su turno: toca untar crema.

—Cristina Manuela, tenemos ya muy claro por qué Lara a los doce años se rompió emocionalmente: usted empezó a prostituirla entre sus clientes más

selectos. —¿Sigo pareciéndote el mugroso de la gabardina?—. Esos que pagarían lo que fuese por estar con una niña preciosa: una mujer tan ambiciosa como usted no podía desperdiciar una oportunidad como esa, las tarifas por una muñequita de doce años seguramente cuadruplicaban las de una mujer guapa pero ya cuarentona.

—Son ustedes muy desagradables...

La interrogada no ha estallado hecha una furia. Tan solo interpreta una expresión melindrosa: ¿de qué cosas tan asquerosas hablan ustedes?

—¿Desagradables? ¿Somos *desagradables*? —Subinspector Linares, mi turno: toca meter hostias como panes—. ¡Zorra de mierda! ¡¿Cuánto le facturó al viejo que desvirgó a su niña?! —Se abalanza sobre la interrogada, que permanece hierática—. ¡A las mujeres como tú yo os quemaría en la plaza pública! ¡Pedazo de perra sin escrúpulos!

De haberte conocido en tu época de puta, hubiese pagado gustoso quinientos euritos por pasar una noche contigo...

—Subinspector Linares, haga el favor de poner correa y bozal a su mastín.

Por quinientos euros, en esa época no te llegaba ni para tomar un café conmigo...

—Será mejor que nos calmemos. —Ramón toma del brazo a su compañero—. Tranquilo, Tano, tranquilo...



—Inspectora, no entiendo nada. Esta mujer no está detenida, podría irse en cualquier momento. ¡Pero aguanta toda la basura que le están echando encima los compañeros!

Tras el falso espejo, Bruno, nervioso, no puede seguir sentado. Alterna el pie sobre el que se apoya, en una especie de baile de san Vito. Pero cuando se da cuenta de que hacer eso frente a su superiora es como contar el dinero en la casa del pobre, se petrifica.

—No se va porque oculta algo, y sabe que una ruptura de conversaciones abrupta la dejaría en evidencia. —Claudia habla con Bruno, pero sigue clavando sus ojos en los ojos de la interrogada—. Esa cabrona sigue ahí sentada porque quiere saber lo que sabemos. Pero nosotros debemos ser más listos..., debemos contárselo de tal modo que acabe confesando.



—Seguro que aquí encontramos lo que necesita.

Por la puerta de Jorge Juan entran en el Massimo Dutti de la calle Colón.

—Menuda tienda..., ¿no será un poco cara la ropa?

—Qué va, subinspector. Tienen una excelente relación calidad-precio, yo vengo mucho por aquí.

Ramón, mientras suben a la primera planta por la escalera mecánica, siente que está de compras con un amigo. Y como eso no lo ha sentido nunca, se preocupa: es todo tan normal que se evidencia la anormalidad. La excesiva calma puede llegar a ser turbadora.

—Le viene al pelo. Y le queda muy bien, es su estilo.

—No sé, no me veo... Yo creo que una gabardina como la mía, pero nueva, sería más...

—Nada de eso. Con esta cazadora de piel vuelta va usted más elegante.

Bruno es generoso: con un saco de arpillera y unas cangrejeras en los pies iría más elegante que con su gabardina.

—¿Tú crees...? —Se mira y se remira en el espejo del probador, y lee el precio en la etiqueta, prudente—. Bueno, no se hable más. Me la quedo.

—¡Estupendo! —Y con sus manos bien torneadas le ajusta los hombros de la cazadora a su superior, que ahora no se siente superior, sino todo lo contrario: se siente la mujer de *El beso*—. Mire, el sistema le recomienda que la combine con una camisa blanca.

En la pantalla que hay dentro del probador aparece un modelo, que se parece a Ramón más o menos como Nueva York se parece a Torrelodones. Lleva puesta la cazadora de piel vuelta, y debajo una camisa blanca que le sienta de maravilla.

—¡Espéreme aquí, voy a traérsela! —Habla con ilusión, siempre le ha gustado regalar—. Combinan genial, si se pone esa camisa con la cazadora va a estar usted guapísimo.

Guapísimo...

Y con tan solo una palabra, la normalidad se quiebra. Y la calma se rompe. Y la turbación crece.

Guapísimo...

Ramón no es capaz de reaccionar. Sigue observándose en el espejo, y su cazadora de piel vuelta le parece que es una túnica dorada. Porque ese espejo

es en realidad un cuadro.

Guapísimo...

—Aquí la traigo. Es su talla, seguro. Le espero fuera, cuando la lleve puesta me avisa.

—Sí, vale... —Ramón parece en éxtasis; como la mujer de *El beso*—. Yo te aviso...

Pasan cinco minutos, y cuando Bruno ya empieza a preocuparse por la tardanza, oye desde el otro lado de la cortina un tenue «Adelante».

—Seguro que se queda también la camisa...

Ramón está desnudo. Se ha quitado hasta las gafas de culo de vaso para que su indefensión sea total.

—Pasa y corre la cortina.

Su cuerpo no es anatómico. Es anatómico forense.

—Subinspector...

—Pasa y corre la cortina.

Y Bruno, sin saber la razón, le hace caso. Tal vez porque a él siempre le ha gustado regalar. Y porque su superior no es ahora superior. Es tan solo un hombre dentro de un cuadro que lo mira añorante, pidiendo un regalo. Un hombre que parece preguntarse: ¿por qué todo lo que tú deseas tanto, yo no lo tengo?

—Subinspector...

—No hables.

Y no habla. Pero la imagen que tiene ante él pone en marcha cosas. Cosas que en su interior habían permanecido inmóviles, encasquilladas, pero que con la imagen empiezan a rodar.

¿Qué me está pasando...?

Bruno, no intentes entenderlo.

¿Qué me está pasando...?

Porque solo llegas a saber aquello de lo que nadie tiene que convencerte. Aquello que nadie te tiene que explicar. Ni siquiera tú mismo.

—¿Por qué todo lo que tú deseas tanto, yo no lo tengo?

Y la explicación llega, por sí sola: compasión. Bruno, ante la imagen, siente compasión. Y ante el coraje del ser que tiene enfrente, siente admiración. Y al mezclarse dentro de su ser ambas sensaciones, compasión y admiración, siente algo que no sabe muy bien lo que es. Y esa ignorancia le asusta.

—Tengo... tengo que irme.

Le asusta porque no ha leído a Borges. Y porque esa sensación se mezcla con otras sensaciones que en los últimos días le torturan: miedo, cobardía, dolor... De repente tiene una vida balcanizada. Llena de facciones enfrentadas con las que es muy difícil cohabitar.

—No, no te vayas.

—Tengo que irme.

Si esto es *El beso*, ¿quiero estar dentro del cuadro? ¿Ser ese hombre que viste una túnica de piedras preciosas?

Se asusta más y más. Necesita escapar, escapar de ese cubículo que de repente le parece una prisión. Porque ya se sabe, un ascensor es el laboratorio más espectacular que existe para estudiar la naturaleza humana. Y un probador no es un ascensor, pero se le parece mucho.

—Nos vemos mañana en jefatura.

Y se va. Porque ha advertido la extensión de la catástrofe. Su tamaño inmenso.



—Cristina Manuela, la cosa fue como le cuento: usted vio el potencial de su hija Lara y decidió ampliar el negocio. A lo grande.

Ella se desentiende de la cuestión abanicándose con la mano: hace mucho calor aquí, ¿no?

—Prostituía a su hija entre hombres de elevados recursos económicos a los que ya conocía gracias a su actividad sexual previa. Todo a escondidas del doctor. Y seguramente aterrorizó con amenazas a la pequeña para que no revelase a nadie el secreto que compartían, o tal vez la compró a base de regalos, eso nos lo tendrá que decir usted... Pero el caso es que para que su marido no sospechase nada, necesitaba dos tardes a la semana libres: las clases de equitación.

Ramón habla con serenidad, pero su poderosa imaginación no puede dejar de pensar en la escena: habitación de hotel, madre e hija llegan con antelación; Cristina Manuela prepara la cámara, el negocio es el negocio. Llega el cliente, paga a tocateja lo que hay que pagar, y la madre se va. Dejando sola a su pequeña...

Lara tiene pesadillas. Repite siempre lo mismo, sollozando entre sueños: «Mamá, no, por favor, no te vayas..., no quiero quedarme con él..., me hace daño, siempre me hace mucho daño».

Todo eso la imaginación de Ramón es capaz de verlo. Excepto una cosa: el rostro de Lara. Que en su mente aparece borroso. Quizás para proteger al subinspector de tanto dolor.



Y Claudia no deja de mirar ese semblante perfecto: sin duda, al otro lado del espejo hay una mujer envidiosa. De esas que creen que la felicidad suya y la de sus amigas está conectada por vasos comunicantes. Si tú eres feliz, yo soy más infeliz; si tú eres infeliz, yo soy más feliz. La vida es un juego de suma cero.



—Pero pasó lo que tenía que pasar: el doctor se enteró de todo. ¿Fue su hija la que se lo contó?

—No.

Es una negación seca. De las que deben interpretarse como «No vayas por ese camino».

—En eso se equivocan. Fue en un viaje a Fátima: allí mi marido tuvo una aparición, y la Virgen le reveló la verdad.

Se va volviendo atrevida conforme se va viendo atrapada. Y pierde elegancia, porque sale del fondo de su ser Manoli la del Dedal, que llevaba mucho tiempo ahí dentro. Amordazada por Cristina Manuela.

—Tiene usted mucho sentido del humor... La verdad es que no le falta razón, este asunto es para troncharse de risa. Si no fuese por detalles un poco sórdidos... —De nuevo Ramón revuelve entre sus papeles y saca un documento con membrete judicial—. En el examen médico que le hicieron a Lara cuando fue violada a los dieciséis años, se detectó una lesión anterior. Un desgarró anal ya curado pero zurcido de manera muy tosca por alguien poco profesional. ¿Sabe usted algo al respecto?

Silencio.

—Me juego la placa a que el dueño de la clínica ilegal donde usted intentó

abortar muchos años atrás le hizo el favor a cambio de una apreciable cantidad de dinero, ¿me equivoco?

Silencio.

—Hemos intentado localizar al matasanos, pero lleva dos años huido en Brasil por algo parecido: un bebé violado por su padre, pedófilo. La cosa se complicó, el pequeño acabó muriendo en su clínica y el doctor tuvo que poner pies en polvorosa.

Cristina Manuela no dice nada, y a Tano le sube la sangre a la cabeza.

—¿Cuánto cobró por dejar que un degenerado le reventara el culo a su hija?!

El subinspector se retrepa en su silla como un tigre enjaulado. Pero ella se limita a juntar las manos en señal de plegaria. ¿Irá a rezar?

—Si supiesen la cantidad de cosas que tengo que hacer, entenderían el gran sacrificio que hago perdiendo mi tiempo con ustedes aquí.

Pues no hay rezo, pero ha sido algo parecido. Al menos, igual de esotérico.

—¿Pero ¿qué tiene usted debajo de esas tetas de escándalo?! ¿Un corazón o un pedazo de hielo?!

Y ante un cretino como el subinspector Garci, un ser primitivo que le hace plantearse los misterios de la evolución, el subinspector Linares no puede dejar de conmoverse.

—Váyase a la mierda.

Todo sucede muy deprisa: Tano se abalanza sobre Manoli, que ya se ha hecho dueña de ese cuerpo de diosa.

—¿Que me vaya a la mierda?! ¡Era tan solo una niña, pedazo de puta!

Y Ramón tiene que interponerse: quién le iba a decir a él que terciaría en favor de su compañero para evitar que le abran un expediente.

—Cálmate, eso no es práctico. Y ten cuidado con la cazadora, es nueva y ha de durarme treinta años.

Y Tano parece entender la mirada.

—Jodida zorra..., te iba yo a dar *pal* pelo...

Ella ni se inmuta. Como si ya tuviese descontado el efecto de sus palabras.



—Van a ponerle el vídeo. —Bruno traga saliva.

—Sí, es lo que toca.

En el televisor de la sala de interrogatorios la pantalla muestra una habitación de hotel. La cámara seguramente fue disimulada tras unas flores, porque en primer plano, esquinado y difuso por culpa de la cercanía al objetivo, se ve lo que parece ser un pétalo de rosa. En segundo plano, sentada en el borde de la cama en actitud sumisa, puede distinguirse con claridad a una niña de unos doce años. Pero lleva un vestidito que la infantiliza, por lo que aparenta no tener más de diez. Las coletas incrementan el efecto rejuvenecedor: hay que maximizar tarifa.

—Esto... esto es muy desagradable, inspectora...

Claudia no dice nada, se limita a contemplar la pantalla. Ha visto el vídeo varias veces, pero cree que es su obligación volver a flagelarse con él. Su vecino el psicoanalista guapetón tal vez podría explicarle esa necesidad permanente que tiene de infligirse dolor. Pero para dolor el que le espera a la niña del televisor: por la puerta del cuarto de baño ha aparecido un hombre que tan solo lleva el albornoz del hotel. Unos setenta años, calvo, panzón. Se planta frente a la pequeña. El nudo del albornoz se deshace con facilidad, y él posa sus dos manos sobre las orejas de la niña. Como si quisiese protegerla, evitando que oiga algo desagradable. Pero el hombre no dice nada. Aunque tampoco importa mucho, el vídeo no tiene audio. Y su intención tampoco es exactamente protegerla. Más bien lo contrario, porque con sus brazos hace fuerza para que la pequeña haga con la boca lo que él espera que haga. Llama la atención el gran sello de oro en su mano derecha, que centellea arriba y abajo con el vaivén.

—Inspectora, esta mujer debería pasarse la vida encerrada.

—Seguramente, pero considerando la mierda de país en el que vivimos, yo firmaba ya si conseguimos que no salga a la calle en los próximos cinco años.

Y el vídeo sigue y sigue, y en la sala de interrogatorios Cristina Manuela lo contempla impávida. Tano se pasa el mondadientes de un lado a otro de la boca, y Ramón, cuando siente cómo le asciende el líquido por el conducto lagrimal, se levanta atolondrado para abalanzarse hacia la puerta. Antes de que nadie sepa que el Estado ha depositado su confianza en un hombre que no soporta ver cómo violan a una niña.

—Disculpe, inspectora, pero tengo que ir al lavabo. —Y Bruno también se va.



—Como quien ve llover, ¿verdad?

La interrogada ni parpadea.

—Acaba de ver cómo violan a su hija de un modo brutal, y ni una lágrima ha echado... Sí que tenía razón mi compañero, es usted una auténtica madre coraje.

El sarcasmo no surte efecto: silencio.

—Pero bueno, no me extraña. Este vídeo lo grabó usted, debe de haberlo visto varias veces. Y estas cosas impresionan al principio, luego uno se acostumbra a *to*. —Se quita el palillo de la boca y, haciendo ballesta con el índice contra el pulgar, lo lanza por el aire asegurándose de que impacte en el rostro de ella: ¿puede esto considerarse agresión policial?—. ¿Les sacó mucho jugo a los viejos asustándolos con hacer públicas estas sesiones románticas?

—Yo no sé nada de este vídeo. Es horrible lo que...

—¿No sabe nada? ¡¿No sabe nada y violan a su hija delante de su cara pero a usted no le cae ni una lágrima?!

—Esto seguro que lo montó mi marido. —Se siente obligada a ampliar su respuesta, con la remota esperanza de no parecer mentirosa—. No era un hombre bueno...

Pero alargar algo de modo artificioso es la mejor manera de parecer mentirosa.

—Antes tenían razón, me pegaba..., y a Lara también... Antonio era un monstruo.

Confiesa los pecados ajenos. Con ese sucedáneo afronta los propios.

—A otro con cuentos chinos. Las cosas no sucedieron así, su plan fue bastante más jodido: obligó a Lara a follar con esos viejos, lo grabó todo en vídeo y luego chantajeaba a esa escoria que había caído en su trampa. La mejor prueba de todo es dónde hemos encontrado este vídeo. Estoy seguro de que se hace una idea...

—No sé de qué me habla.

Libra una lucha feroz contra el tiempo: teme envejecer. Y ahora también contra el espacio: teme que Tano se le acerque.

—Usted chantajeaba a los viejos mientras seguía prostituyendo a su hija. Pero su marido se enteró de todo, quizás porque la niña al final reunió el valor suficiente para buscar ayuda en su padre, o quizás porque el asunto del

desgarro anal se puso feo y usted no fue capaz de seguir ocultándole al *doctorcito* el tinglado que había montado. El caso es que se enteró, y su primera reacción fue darle una paliza de muerte a la bella Cristina Manuela. —Acerca su rostro peligrosamente al de ella, y lo acerca tanto y con tanta pasión, que uno no sabría decir si va a despedazarla o a besarla—. Si le queda algo de humanidad, reconozca que todo lo que digo es cierto.

Y ella, ante esas fauces tan próximas, alza el mentón.

—Demuéstrelo.

El subinspector pierde la cabeza: para un policía, esa respuesta es siempre una aceptación de culpabilidad.



Claudia sabe que, aunque le cueste su puesto de trabajo, tiene que intervenir: en la sala de interrogatorios no puede quedarse Tano Garci a solas con la sospechosa, podría matarla. O peor aún, invitarla a cena y orujito.

—¡Confiesa o te arranco a hostias esa puta cabeza de víbora!

Es muy capaz de hacerlo. Y si eso llega a pasar, todo el caso se irá al traste. La inspectora sale atolondrada del cuchitril. En el largo pasillo no hay nadie. La primera puerta a la derecha da acceso a la sala de interrogatorios, se abalanza hacia ella. Pero a la izquierda se abre un discreto rellano que da salida a la escalera de incendios. Y allí, sin quererlo, una imagen la paraliza a pesar de la prisa que lleva: Bruno y Ramón se cogen el rostro el uno al otro. Con cariño. Acariciándose. A Claudia no le da tiempo a averiguar si es el final de un beso o su principio.



Cuando estamos muy juntos, Lara me da miedo. Suele pasarme después del sexo. Luego, conforme el día transcurre, no puedo evitar pensar en ella, añorarla. Creo que es de esas chicas que es mejor observar desde la distancia. Conforme te alejas, adquiere perspectiva, belleza. Como un pueblecillo a la orilla de un lago.



—Este vídeo lo localizamos en la casa de Casimira López de Aranda. El que aparece en la imagen es su esposo, Jacinto Roig, un exitoso empresario que

falleció hace cuatro años. Su viuda, Casimira, también ha muerto. Hace unos días, de un modo un tanto... particular.

—Y eso ¿qué tiene que ver conmigo?

—¿En serio piensa seguir fingiendo que no sabe nada de todo esto?

—Supongo que espera que conteste a la pregunta que acaba de hacerme. Pero ¿para qué? Ustedes ya tienen todas las respuestas, son policías muy listos.

La inspectora se traga el sapo. Tano Garci, que para no volver a perder los estribos se ha ido al fondo de la sala y apoya su espalda contra la puerta, aprieta los puños como si fuesen piñas.

—Le contaré cómo pensamos que sucedieron las cosas.

—Sorpréndame.

—Allá voy. —La mira a los ojos, no necesita consultar los papeles—. El doctor descubre el pastel, le pega una paliza, pero tras esa primera reacción furibunda recapacita: lo hecho hecho está, ¿por qué no rentabilizarlo al máximo? Así era su marido, un hombre emprendedor, hecho a sí mismo...

—Ahórrese el cinismo, lo inventé yo. Por cierto, bonito peinado.

En treinta años que lleva en el cuerpo, a Claudia nunca nadie le había producido un rechazo tan instintivo.

—Lo primero es poner el negocio a nombre de los dos, en una familia el dinero se comparte. Por eso las cajas de seguridad, poco después de la paliza que le dio su marido, pasan a ser de titularidad conjunta. Pero lo segundo es crecer, hacer grande el imperio familiar, salir de pobres, no conformarse con las migajas de los chantajes..., hay que ir a por el pez gordo.

—Esto lo están grabando, ¿verdad? Es todo una broma y ahora saldrán sus ayudantes riendo y haciendo fiestas, seguro.

—Puede guasearse de nosotros, pero sabe que está atrapada. Porque sabe que hemos establecido la conexión.

—¿De qué conexión me habla?

Del fondo de la sala de interrogatorios llega una voz destemplada.

—¡La conexión entre los asesinatos de las viejas y su putiferio, pedazo de zorra!

Cristina Manuela por primera vez se altera. Y le contesta, no a Tano, sino a Claudia.

—No voy a permitir que se me siga hablando en ese tono.

Levanta el índice en señal de autoridad. Y la inspectora tiene que recordar

que es policía, porque ha estado tentada de obedecer.

—Usted aquí ni permite ni deja de permitir. ¿Estamos?



—A ver, maricona, ¿ese nombre por qué te suena?

—Quizás sería todo mucho más sencillo si nos emplazamos el uno al otro por el apellido, precedido de nuestra categoría profesional. —Ramón le da la vuelta al parabán, entra en el cubículo de Tano y se sienta frente a él—. Y a mí me gusta más el usted; con el tuteo parece que todos comemos de la misma olla.

—Sí, maricona, lo que usted diga. Pero ¿de qué conoces a Casimira López de Aranda, torturada y asesinada hace unas escasas doce horas?

—La inspectora Carreras y yo estamos llevando a cabo una investigación por secuestro. Ese nombre apareció cuando rastreábamos el patrimonio y la situación financiera del padre de la secuestrada.

—¿Es un empresario?

—No, es doctor. Bueno, era doctor; se ha suicidado. Pero eso ahora no viene al caso, lo importante es que el tipo montó un negocio de asesoramiento inmobiliario, y yo personalmente comprobé que sus únicos clientes eran una docena de sociedades patrimoniales. Me tomé la molestia de buscar quién estaba detrás de esas sociedades, y no fue sencillo, había mucho hombre de paja y abogado interpuesto en paraísos fiscales. Supuse que para esquivar a Hacienda..., pero resulta que tal vez la razón era otra.

—Linares Linares, no me toques los cojones con tanto suspense. ¡¿Quién coño controlaba esas sociedades?!

—Tres familias, el doctor tan solo tenía tres clientes. Y uno de ellos era Casimira López de Aranda.



Agloe: ciudad del condado de Delaware inventada por dos cartógrafos americanos en 1930 para comprobar si les copiaban los mapas. No existía, pero el invento duró ochenta años.

Mi relación con Lara tengo la sensación de que es algo parecido..., solo existe sobre el mapa. Es algo inventado por ella para que figure en mi mente. De modo

manipulador. Pero a pesar de intuir el engaño, me sumerjo en él encantado: creía que sus ojos no podían ser más oscuros, pero hoy lo lograron.



—Las tres víctimas del asesino en serie resulta que no se conocían entre ellas, no tenían ningún vínculo en común, lo hemos comprobado. Excepto uno: las tres eran clientas de su difunto marido. Sus únicas clientas.

—Pues si usted lo dice así será, yo no tengo ni idea de los tejemanejes que se traía entre manos Antonio.

—Lo dudo mucho, el suyo era un negocio familiar.

—¡Eso es, un negocio familiar! ¡Amancio Ortega, Steve Jobs, Juan Roig... y Manoli la del Dedal, fundadora de Putones Asesinos, S. A.!

—Subinspector Garci, cierre la boca. —Claudia taladra con la mirada a su subordinado y recuerda una palabra que inventó ella hace unos días: *ascomorbo*—. Cristina Manuela, se lo voy a resumir, conoce la historia mejor que yo, no vale la pena que perdamos el tiempo.

Silencio. Prefiere la estrategia de la pasividad. No se le ocurre otra: es un gato atrapado que se ha subido a un árbol solitario. ¿Se cansarán los perros rabiosos de rondar el tronco? Solo si resiste ahí arriba...

—Al doctor se le ocurrió una idea ambiciosa, porque el doctor siempre pensaba a lo grande. Justo Sánchez, Francisco Villar y Jacinto Roig pagaban religiosamente, pero ¿por qué limitarse a los chantajes? No, era más inteligente ir a por los patrimonios de esos señorones..., pero para eso necesitaba conseguir antes a sus esposas. Y para un hombre atractivo como él, interesante, con don de gentes, además médico y *echao palante*... Eso no iba a ser muy difícil. No sabemos con cuántas lo intentó, los vídeos que usted grabó de las atrocidades que obligó a hacer a su hija a buen seguro que son muchos, pero sí hemos confirmado que las tres ancianas asesinadas, María del Carmen Hinojosa, Ángela Rojas y Casimira López, mantuvieron relaciones románticas extramatrimoniales con su marido, el doctor Antonio Valls.

—Deberían avergonzarse de lanzar calumnias contra alguien que ya no puede defenderse. Mi marido jamás me engañó.

Interpreta el orgullo de un modo tan solemne que acabas creyéndote que es dignidad.

—No solo la engañó, sino que además planificó el engaño con usted. La

idea era la siguiente: el doctor coqueteaba con la esposa del ricacho chantajeado. «Dios mío, a mi edad conocer a este pedazo de hombre veinte años más joven...» La incauta que caía en sus manos era sometida a la siguiente fase: «Mira lo que he descubierto: tu marido no solo te engaña, sino que encima le van las menores». Le ponen las niñas. Dependiendo de la reacción de la afectada al ver el vídeo, se ponía en marcha la fase definitiva de la estrategia: proponerle a la esposa liquidar al marido, a cambio de parte del cuantioso patrimonio que el difunto iba a dejar. Y al menos tres de ellas aceptaron, y firmaron con ello la sentencia de muerte de sus esposos... y la suya propia, sin saberlo.

—Pero qué demonios está diciendo...

—Exactamente lo que ha escuchado: las tres ancianas asesinadas no eran angelitos; acordaron con el apuesto doctor Valls cargarse a sus maridos, cansadas de infidelidades. Querían librarse de ellos y disfrutar en plan viuda alegre del patrimonio familiar, tras pagarle a su socio-amante la parte convenida.

—Es usted despreciable...: no le basta con llamar a mi marido infiel, ahora además le llama *asesino*.

—No, se equivoca: los llamo *asesinos* a los dos. A usted y a él. Ya se lo dije, este es un negocio familiar.

La interrogada no dice nada. Desde arriba del árbol, con ojos felinos, observa a los perros ladrar.

—Y todo el truculento plan se basa en una gran ventaja del doctor: trabajaba en casi todas las clínicas privadas de prestigio que hay en Valencia, y quería matar, en connivencia con sus esposas, a tres hombres ricos pero ya casi ancianos. Combinación perfecta para asesinar sin dejar rastro, siempre que no se tengan escrúpulos...

Silencio.

—De hecho, al comprobar los antecedentes médicos de los tres fallecidos, y las causas de sus muertes, nos encontramos con un *modus operandi* que nos resultó familiar: la esposa espera a que el doctor esté de guardia en el hospital adecuado; le provoca una crisis cardiaca a su marido con Viagra, y cuando el tipo es ingresado por urgencias, el doctor ya se encarga del resto. Luego, a través de la sociedad de asesoramiento inmobiliario, se traspasan de modo muy discreto las propiedades heredadas: todo el mundo tiene incentivos para cerrar la boca y cumplir su parte del trato, el que se mueve no sale en la foto.

Hemos comprobado que la mayoría de las operaciones de esa sociedad de asesoramiento no tienen ningún sentido financiero, son una ruina para sus clientes y tan solo van encaminadas a desviar fondos y a enriquecer a su poseedor...: el matrimonio Valls.

Después de la perorata, está agotada. Narrar la inmundicia cansa mucho.

—Pero en esta trama había un cabo suelto.

—Me imagino el nombre que va a pronunciar.

—Imagina bien. Lara era parte del negocio familiar; de hecho, era su núcleo: todo giraba en torno a ella. En torno a lo que la habían obligado a hacer cuando todavía era una niña. Pero el juguete roto creció y se transformó en una mujer rota. Una mujer que odiaba profundamente a sus progenitores...

Por primera vez, en el rostro de la interrogada surge una sombra de sentimiento contrariado. ¿Es tristeza?

—¿Los amenazó con contarle todo si no le daban dinero? ¿O sencillamente las atrocidades que ha cometido su hija le salen de tan adentro que nada la hubiese frenado?

La tristeza parece acentuarse. Y al volverse más sombrío, ese rostro consigue lo que parecía imposible: ser más bello.

—Me decanto por esta segunda opción. Creo que ustedes nunca imaginaron que Lara evolucionaría de una manera tan desquiciada. Nunca pensaron que habían transformado a su hija en una demente sin ninguna consideración hacia el dolor ajeno. Y la prueba de todo ello es Matías.



Hoy Lara me ha dicho algo precioso: «Me vuelves loca. A veces me asusto de la pasión que despiertas en mí». Y yo me pregunto: ¿por qué no me hablas con pasión de tu pasión?

Admira a Antoine D'Agata. Tan comprometido con su proyecto que es capaz de chutarse metanfetamina en un burdel de Phnom Penh durante cinco noches seguidas mientras se folla a una puta camboyana devenida en zombi.

«Mi único infierno soy yo. Mi única salida es el otro.»

No lleva una cámara al cuello, lleva un lanzallamas para abrasar conciencias. Sus fotografías han creado un espacio dentro de ella. Han desplazado un tabique que Lara ni tan siquiera sabía que tenía, abriendo hueco, agrandando su mundo.

«Lilith fue víctima de esa violencia económica, ya que su madre la vendió en un burdel cuando tenía trece años. Por si fuera poco, el comprador no pagó a la madre, así que también tenemos el ingrediente de la humillación. Y Lilith vive desde entonces con esa vergüenza dentro. Hoy pertenece a la noche. Es alguien que se perdió. Se la considera la reina de las putas de Phnom Penh. También es la principal traficante de la ciudad. Es muy respetada y también muy temida. Mató a dos de sus novios. Es extremadamente violenta. El año pasado fui a visitarla otra vez a Phnom Penh, pero antes tuve que contratar a un guardaespaldas armado. Es que el cristal es una droga que te destroza la mente y el alma, te desnaturaliza por completo. Para mí, Lilith ya no es humana, está en otra dimensión. Tiene treinta y siete años, pero parece una anciana.»

Lee el reportaje de Borja Hermoso en *El País*. Y después, una tras otra, Lara va viendo las fotografías. Su propia obra, no la de Antoine, que conoce de memoria.

¿Qué hay en el dolor que nos acaba atrayendo tanto?

Y como siempre que consigues lo que quieres tras una larga lucha, o tras una larga espera, pasada la euforia la asalta una difusa sensación de soledad.



—Asusta pensar que Lara decidió utilizar a Matías con tanta antelación, y de

un modo tan cruel. Pero eso es lo malo de los niños: no aprenden lo que tú quieres que aprendan, aprenden lo que ven.

—Supongo que lo sabe por experiencia.

Manoli la del Dedal se nota que se crio en un barrio duro. Sabe pegar donde duele.

—Si solo supiésemos lo que vivimos, seríamos seres muy limitados. Pero para eso se inventaron los libros. —A Claudia, ese tipo de frases redondas, con las que cerrarle la boca a un impertinente, le salen niqueladas; es lógico, las practica consigo misma noche tras noche para acallar a su frustración y así poder dormir—. Cuando su marido se entera de todo, le prohíbe a usted seguir prostituyendo a Lara, pero el juguete ya se ha roto. Y pronto el juguete exigirá venganza. Una venganza muy meditada, planificada a muy largo plazo, como corresponde a un perfil psicótico-paranoide que aparece con cierta frecuencia entre mujeres muy inteligentes que han sido sometidas a traumas en extremo perturbadores.

Desde el fondo de la sala de interrogatorios tan solo se oye un silbido de admiración: así es como Tano piropea un trabajo bien hecho. «Manoli, te has lucido criando. En el barrio estamos orgullosos de ti.»

—Me atrevo a hipotetizar que Lara confiaba en que su padre, al saber qué había sucedido, sacaría todo a la luz para que los culpables de su dolor fuesen castigados. En una palabra: confiaba en que su padre hiciese justicia. Pero en lugar de eso, el doctor decide taparlo todo y aprovechar ese dolor causado a su hija para sacar tajada. Decide rentabilizar el sufrimiento de Lara. Y ahí cometió su error fatal, el error que acabó costándole la vida. Su marido no sabía con quién se jugaba los cuartos..., recuerde el dicho: «Hijo de gata, ratones mata».

¿Se ha sentido aludida? No lo demuestra.

—Si su marido hubiese sido más listo, habría elegido la segunda opción: hacer justicia. Es un camino un poco más aburrido, y a veces muy tortuoso, pero le aseguro que es lo único que ayuda a limpiar. Lo de «una mancha quita otra mancha» es solo para guarros. Por eso me hice policía.

—Me llegan al corazón sus confesiones. ¿Ahora vamos a hacernos mejores amigas?

—No, sospecho que no... —Claudia se arrepiente de haber hecho una valoración personal; de hecho, en esos instantes se arrepiente de ser persona, porque contradiciendo sus últimas palabras, le encantaría ser un animal capaz

de sacar el arma reglamentaria para hacer justicia descerrajándole dos tiros en su bella cabeza a la mujer que tiene enfrente—. Tras esa decepción, la vida de Lara ya solo tiene un propósito: acabar con todos los que han intervenido en esta historia, con todos los que tienen algo que ver con esa parte de su vida que quiere olvidar a toda costa..., y acabar con ellos de un modo doloroso. El informe del psiquiatra forense es muy claro al respecto. Espere a que lo busque...

—Ahórrese el esfuerzo.

—No no, creo que es importante que tenga toda la información. —Escarba por entre los papeles de Ramón—. Aquí está. Escuche, que no tiene desperdicio: «Las torturas infligidas a las tres víctimas son con casi total seguridad ritualizaciones de un acto de limpieza; a la ejecutora, cuando era una niña, le hicieron ver el sexo como algo sucio y doloroso, y a través de la tortura sádica a sus víctimas pretende hacer tabla rasa, borrar su pasado, porque aspira a empezar una nueva vida».

—Mi hija no cometió esos crímenes. Mientras ustedes pierden el tiempo buscándola, el verdadero asesino anda suelto.

—Buen intento, casi me convence.

—Actúen por una vez en su vida como policías de verdad y salgan a buscar al verdadero culpable de todo esto.

—Si yo fuese usted, no iría repartiendo consejos tan alegremente: si localizamos a la culpable, que es Lara, lo más probable es que testifique contra usted. Y eso sería su fin.

Conforme va pronunciando cada palabra, Claudia toma conciencia de que su orgullo la ha traicionado: por darse un gustazo verbal, ha mostrado sus cartas. Ahora el minino sabe que si aguanta en la copa del árbol lo suficiente, se salvará. Tal vez por eso sonrío juguetón.

—Continúe, inspectora, continúe. La escucho con atención.

No tienen nada contra ella. Todo es circunstancial: la sociedad de asesoramiento está a nombre de su marido; las cajas de seguridad tan solo contienen dinero en efectivo; no pueden demostrar que el vídeo lo rodó ella, y el hombre que aparece en él está muerto, así como Antonio y las ancianas, que podrían haber testificado con una negociación adecuada sobre las rebajas de condena. ¿De qué va a acusar ante el juez a la criminal que tiene enfrente? ¿De haber pagado clases de equitación a las que no asistía?



Lara hoy me ha pedido que vaya a su casa, dice que no están sus padres. Pero ha vuelto a insistir en lo mismo: quiere sentirse violada. Le da morbo. Dice que se excita mucho cuando imagina que alguien rompe una ventana, la sorprende a mitad noche mientras duermo, y la fuerza... No debo preocuparme, quitará la alarma, pero no sé qué hacer. Corrijo, sí debo preocuparme: ¿cuál es el camino correcto cuando tu mente la domina una desquiciada? ¿Cómo escapo de esa trampa?



—Matías nunca violó a nadie. Fue sexo consentido, pero su hija lo planificó todo para que su marido y usted creyesen lo contrario. El objetivo en este caso no era destrozarle la vida a usted, sino al doctor, porque Lara conocía a su padre a la perfección, y sabía lo que se le anclaría a la mente tras un incidente tan traumático: «Papá, me han violado..., tenías que protegerme y has permitido que me violen..., te han arrebatado tu pertenencia más querida, y tú no has sabido defenderla como un hombre».

—No sé de qué me habla...

Claudia ignora el comentario, aunque es el primero sincero que hace la interrogada: esta es la única parte de la historia que, en efecto, es una novedad para ella.

—Considerando la estructura de valores tan primitiva de su marido, esa idea iba a torturarle de por vida, y Lara lo sabía. Ya todo estaba listo para el toque maestro: ponerle al doctor sobre la mesa de operaciones al violador de su hija, haciéndole creer que ese milagro es fruto del destino. Ella sabe perfectamente cómo se las gasta su padre en un quirófano cuando quiere liquidar a alguien. «Si el dinero le motiva para matar, ¿cómo no le va a motivar salvar su honor?» Y acierta de pleno...



Me he citado con Lara esta noche. Sé que es una locura: después de un año de cárcel no debería acercarme a ella..., pero necesito preguntarle una cosa. Mirándola a los ojos. «¿Por qué lo hiciste?»

Quiero que sea en un sitio público, no me fío de ella, está desquiciada y podría acusarme de cualquier barbaridad. Me ha propuesto un bar irlandés junto al

Clínico, y he aceptado. Tengo miedo, y rabia, y odio, pero no puedo negar que hay otro sentimiento más poderoso en mi interior: deseo.



—Lara fingió el autosequestro con el que conseguir el dinero para empezar una nueva vida, seguramente muy lejos de aquí. No dudó en forzar la participación de la Policía a través del envío del iPhone a un periodista.

Héctor... ¿Qué ha sido de Héctor?

—Así se aseguraba que lo de Matías saldría a la luz. Pero saldría como ella quería: poco a poco. Gota a gota. Fruto no de una delación por su parte, sino fruto de nuestras investigaciones. Y como conocía tan bien a su padre, sabía que él no aguantaría la presión, porque Antonio Valls temía una cosa sobre cualquier otra: ser desprestigiado públicamente como profesional y como padre. Su ego era tan desproporcionado que la perspectiva de pasar a ser un icono de la maldad en plan el hombre del saco o el sacamantecas, y además el hazmerreír de su profesión, le aterrorizaba. Y le aterrorizaba aún más porque sabía que toda esa mierda se le venía encima por no haber tomado las decisiones adecuadas, por no haber hecho lo correcto, por haber cedido a la tentación del dinero y el ascenso social. —Respira profundamente—. Y Lara acertó, su padre acabó muriendo del modo más horrible que uno puede morir: asfixiado por su propia culpabilidad.

Vuelve a arrepentirse, porque de nuevo ha cedido a la tentación de las valoraciones sentimentales.

—A Lara ya tan solo le quedaba poner en práctica la segunda fase de su plan: matar a las tres viejas que prefirieron negociar con su dolor en lugar de hacer justicia. —Ella misma se siente un poco peliculera diciendo estas cosas, pero ¿qué se le va a hacer si en el fondo es una sentimental?—. Las mató de prisa, lo tenía todo muy bien planificado de antemano, porque sabía que antes o después estableceríamos la conexión entre su caso y el de las ancianas. Y sabía que antes o después encontraríamos la conexión entre ellas.

Ya todo está dicho.

—Hoy es 22 de diciembre. ¿Ha acabado ya de contarme su cuento de Navidad?

Y Claudia tiene claro que han fracasado: no confesará.

—Sí, señora Scrooge, ya he acabado.

El gatito se dispone a bajar del árbol para irse tranquilamente con su sardina entre los dientes.

—Con su permiso. —Se levanta, recoge el bolso y se dirige a la puerta hasta toparse con Tano, que sigue apoyando la espalda contra ella.

—¿Adónde cree que va?

—Me voy a mi casa, por supuesto. ¿Algún problema?

—Pues sí, el problema está en esta mano tonta que ve usted aquí: vuelva a sentarse en esa puta silla o le pego una hostia que tiembla el misterio.

Se miran el uno al otro. Sabiendo que son dos vertientes de una misma montaña: a una por suerte le dio el sol, la otra habitó la umbría perpetua.

—Inspectora, ordene a su mastín que se aparte. A no ser que vayan a detenerme. —Lo pronuncia sin darse la vuelta, mirando a Tano a los ojos—. ¿Alguna cosa de todo lo que han dicho pueden probarla?

Y el grito viene de muy atrás. Desde el fondo de la historia, donde habitan las injusticias que ya nadie recuerda.

—¡Déjala ir!

—No pude soportarlo, ese vídeo me superó... Le he fallado a la inspectora. — Ramón, mientras habla, observa a Tano conducir.

—A la inspectora y a mí, jodido.

Buscaba complicidad. Obviamente sin éxito. ¿Tal vez comprensión?

—La verdad es que tienes razón, Linares, eres una puta nenaza..., pero eso le puede pasar a cualquiera.

Definitivamente algo se le ha revuelto por dentro al subinspector Garcí: Ramón no acaba de creérselo.

—Gracias por tu comprensión.

Su compañero calla. ¿Este hombre no sabe que conducir de noche con gafas de sol, además de una horterada, compromete la seguridad vial? Están agotados, y la frustración potencia la sensación.

—Hay una cosa que no entiendo... Lara se quiere vengar de todos, pero de la única de la que no se ha vengado es de la mayor culpable: su madre.

—Eso mismo estaba pensando yo ahora. Esa zorra es la única que se ha ido de rositas...

A Tano le interrumpe el sonido de un móvil. Es el de Ramón. Que se limita a responder con monosílabos.

—¿Quién te llama a estas horas, nenaza?

Bueno, al menos hemos mejorado respecto a «maricona».

—Manolo Montes, el de la Científica. Lo tienes acojonado: las doce de la noche y aún está en el laboratorio.

—A esos rojos, si no los pones firmes, se te suben a las barbas. Y además de rojo, gordo, no te digo *na...* ¿Qué quería?

—Darnos unos resultados. En primer lugar, los genéticos: podemos confirmar que la asesina en serie es Lara.

La llaman por su nombre de pila, de un modo muy poco profesional. ¿Le tienen cariño? Les pasa lo que a todos los policías, que llevan en su

inconsciente una extraña contabilidad: ¿las atrocidades del debe pueden ser compensadas por las atrocidades del haber?

—Tomó muchas precauciones. No se han encontrado huellas de calidad ni restos epiteliales, pero debió de estornudar y no limpió bien el estropicio: había fluido orgánico de la mucosa nasal sobre la colcha de la segunda víctima. Se le ha podido extraer ADN, y con él además se ha confirmado que Lara sí que era hija de Antonio Valls.

—Bien por el doctor. Su esposa es una puta, pero solo se queda preñada de su esposo.

Hace tres horas que perdieron de vista a esa mujer, y todavía sienten acidez en el estómago al recordarla.

—Sí, un hombre con suerte... Aunque, la verdad, es un dato que no aporta nada. —No aporta nada pero te gusta, Ramón; quizás porque compacta la historia y le confiere patetismo—. Pero lo más interesante que han averiguado no es eso. Analizaron las esquirlas del taller de herrería del Lido, el hotel abandonado en el que Lara fingió su propio secuestro. Son los restos de un molde de troquelado que fue hecho pedazos, seguramente para que no lo localizásemos. Pero lo han recompuesto, pieza a pieza, en plan puzle, con mucha paciencia.

—Vaya, pues igual Montes no es tan rojo. Pero gordo, sí que es un rato gordo...

—Han podido confirmar que con ese molde se hicieron cuatro peras. Falta una.

Se miran y no se dicen nada. Llevan trabajando juntos poco tiempo, pero ya son capaces de leerse el pensamiento, incluso con gafas de sol: ¿es este el comienzo de una hermosa amistad?

—Agárrate, nenaza, que viene curva.

Conecta la sirena, aprieta a fondo el acelerador y se quita las gafas de un zarpazo.



Sí, es una alumna, pero ella me lo propone y yo no soy capaz de negarme: quedamos después de clase, en nuestro rincón del parque favorito. A través de la conversación no se observa ningún síntoma de progreso. No crece la intimidad, las divergencias, la complicidad. El amor o el odio. Es como pasear por una planicie monótona e

infinita, cuya inmensidad ahoga cualquier sensación de avance. Y sin embargo, no puedo dejar de pensar en ella.



Cuando aparcan frente al chalé, las patrullas de la Guardia Civil que están de camino aún no han llegado. Saltan la valla. Todas las luces de la casa están encendidas. Es extraño: es más de medianoche, y han estado llamando al teléfono fijo pero nadie contestó. El móvil está apagado.

—Por la cocina, el ventanal que da al jardín está abierto.

Cruzan la explanada de césped y desenfundan el arma. Con gestos, Tano le ordena a Ramón que suba arriba. Él se encargará de inspeccionar la planta baja y el garaje. Tienen la misma graduación, y no pueden hablar en voz alta, pero el mensaje es bastante elocuente y todo el mundo lo entiende: cuando se trata de cojones, déjame a mí que organice el cotarro.

El inspector Garci, siempre con el arma al frente, inspecciona una tras otra todas las habitaciones de la planta. Baja al garaje y registra cada rincón. Nada.

—¡Hemos llegado tarde! —Sube la escalera mientras enfunda su arma—. Pero bueno, al menos esta zorra se ha llevado su merecido.

Lo dice porque ya avanza por el pasillo de la planta de arriba y tiene el pastel frente a sus ojos: al fondo del corredor está la habitación de matrimonio, con la lamparilla encendida sobre la mesita.

—¡Menuda escabechina le han hecho a la señora! ¡Linares! ¡¿Dónde estás?!

Encima de la cama puede verse a Cristina Manuela. Aunque por su aspecto desaliñado más bien debe de ser Manoli la del Dedal. Está muerta, bien muerta. El *atrezzo* habitual en este tipo de representaciones: amordazada, atada de pies y manos en aspa, desnuda, revuelto de carne en el sexo...

—¡Ella que creía que se había salvado porque no teníamos pruebas, y resulta que ha sido justo al contrario! ¡¿Linares?!

Cuando Tano entra, se topa con la escena completa; esta obra de teatro no era tan simplona: a la izquierda del escenario, Ramón, apuntando con su arma reglamentaria a Lara; esta, a la derecha, en el otro extremo de la habitación, apunta a Ramón con un revólver.

—¡Dispara!

Las antenitas de Tano han captado de inmediato la electricidad que hay en

el ambiente. Ramón, más mamífero, no nota nada. Y es que, desde la maldad, se ve mucho mejor la maldad.

—¡Dispara, hostia! ¡Dispara primero o te matará!

Pero su compañero está petrificado, porque su visión del mundo real es deficitaria: a él lo que le va es el mundo imaginario. Y desde ese universo ensoñado puede ver el fogonazo en el cañón del revólver que le apunta. Y cree contemplar el proyectil acercándose a su cabeza.

Todo le ha cabido en una caja de cartón. Son las ventajas de que tu vida personal flojee: tus objetos personales son escasos. Cierra las solapas y las sella. La cinta americana hace su prosaico papel, pero ella siempre se la imagina amordazando una boca, atrapando muñecas, amarrando tobillos... Será eso que llaman «deformación profesional».

—Jefa, ¿se puede?

—¿Para qué preguntas si ya estás dentro?

—Qué cosas tiene...

Claudia echa un último vistazo al despacho. Y acaba posando la mirada en su amigo.

—Nunca me gustó que me llamaras jefa, suena a novela negra barata. Pero ahora además no tiene ningún sentido.

Ramón se emociona. ¿Un abrazo estaría fuera de lugar?

—Usted siempre será mi jefa... —Sí, estaría fuera de lugar: la ve muy rígida—. Esos de Asuntos Internos no tienen ni idea. Y esté tranquila, un año pasa volando.

Ella no puede evitar recordar el mes de agosto de la hoja de un calendario, hecho avión y surcando un pasillo que llevaba a la habitación de Matías.

—Sí, tienes razón, el tiempo pasa volando... Me vendrá bien el descanso.

Y sin previo aviso, es Claudia la que abraza a Ramón. Que se derrite ante el calor de esos pechos maternales.

—Jefa, ¿puedo... puedo pasar por su casa de vez en cuando y contarle las novedades? Todo muy profesional, desde luego, las cosas de jefatura, para que cuando vuelva por aquí sepa a qué atenerse..., nada de ñoñerías, que somos policías.

Llora, y se ríe a la vez al advertir que sin haberlo planeado le ha salido un pareado.

—Si apareces por allí, te achucho al devorador de hombres. También conocido como *Lucas*.

Ella lo imita, y llora, y se ríe a la vez. Pero por dentro.

—Tú también deberías descansar. —Se separa de Ramón: no nos pasemos de sentimentalismos—. Tómame una semanita libre, te la has ganado.

—¿Días libres? ¿Para qué?

—No sé, haz un viaje, queda con algún amigo y vete a tomar cervezas...

—Jefa, yo nunca salgo de viaje, es mi manera de prevenir la depresión posvacacional. Y respecto a los amigos..., ya sabe usted que no tengo ninguno.

Claudia se esfuerza por disimular lo bien que lo entiende. Pero le sale fatal.

—No te preocupes, eso que te ahorras... Ya lo dijo Shakespeare: «La amistad es sobre todo ficción».

A Ramón, más que gustarle la frase, le hace gracia que dos personas a las que admira tanto le hablen a la vez desde siglos diferentes. Menuda imaginación tiene Ramón...

—Nos vemos, amigo, cuídate. —Coge la caja de cartón y se dirige a la puerta—. Y despídeme de Bruno. Es un gran chico.

Con la sonrisa que ha esbozado, está ya todo dicho: alegría, envidia, esperanza... Qué más da. Ramón ha entendido el mensaje.

—Por cierto, encima de mi mesa hay una cosa para ti. Me ha llegado por correo esta mañana. —Ya la ha perdido de vista, solo escucha su voz—. Procedo como creas conveniente. Sé que harás lo correcto.



Cuando Claudia pasea por los callejones del barrio viejo, tiene la sensación de que en realidad avanza por el largo corredor de un trasatlántico que navega en medio de la tormenta: el pasillo ahora va cuesta arriba, ahora va cuesta abajo, según el barco coja la ola. La ola de sus pensamientos.

En estos momentos recorre la calle de la Nave y le resulta fácil caminar porque el pasillo va cuesta abajo: está pensando en Ramón. La imagen del subinspector, cuando ella le ha preguntado por Bruno antes de despedirse, se le ha quedado impresa en la retina.

Hay vidas que se resumen en una sonrisa...

Se le veía tan radiante que le ha dado la impresión de que si Ramón avanzase entre bosques quemados, a su paso estos se transformarían en naranjales en flor. Y esa imagen tan *happy* de alguien tan *gloomy* la hace reír,

porque a veces reír es llorar. Y es que ya se sabe, el amor es ese pintor hortera de brocha gorda que todo lo vuelve rosa.

Y a mí..., ¿cuándo me va a tocar a mí ser feliz?

Esa sencilla pregunta, que se ha hecho justo cuando torcía la esquina, transforma el callejón del Vestuario en un pasillo de trasatlántico muy empinado. Porque conversar sobre sentimientos es para ella como nadar en una piscina de puré: un medio no fluido, pringoso, que la asfixia y agota impidiéndole avanzar. Incluso cuando la conversación es consigo misma. Por eso necesita escapar, pensar en otra cosa ajena a ella. Y piensa en Lara.

Has quedado libre, no vas a pagar...

Y sucede lo que parecía imposible, el pasillo del trasatlántico se vuelve todavía más empinado. Porque advierte que Lara no es tan ajena a ella. Comparten algo: disfrutan de una libertad ficticia, porque ambas viven encerradas en su pasado. Cada instante, cada segundo de sus vidas, están pagando.



El envoltorio del paquete postal no tiene remite. La caja del DVD tampoco luce identificación alguna. Ramón lo introduce en el aparato y empieza a visionarlo.

—Dios... Dios mío...

Habitación de hotel. Sobre la cama, una niña. Por la puerta del cuarto de baño ha aparecido un sesentón que tan solo viste una toalla de baño anudada a la cintura.

—Es Lara..., y él... no puede ser...

Sí puede ser. Y todo cobra sentido.

—Esa maldita torrija andante...

Al ver al comisario en acción, Ramón de nuevo llora. Pero esta vez está solo en la sala de interrogatorios. Es un alivio, así nadie, excepto él mismo, se planteará si el Estado ha hecho bien depositando su confianza en un hombre que no soporta ver cómo violan a una niña.



Banco Santander en la calle de las Barcas. Tres cajas abiertas, cola única, seis

clientes por delante de ella. Deberá tener un poco de paciencia.

Joder..., va, darse aire.

A Claudia no le gustan las colas. En ellas su cerebro, sin nada mejor que hacer, se dispara. Y a ella, embridarlo, sin la ayuda del Prozac o el alcohol, le cuesta esfuerzos titánicos. Ahora por ejemplo está sudando la gota gorda para intentar escapar de la condena del «y si...».

Y si no le hubiese insistido tanto a Tomás para que abandonase a su mujer...

Y si le hubiese dado una oportunidad a Héctor...

Y si dejase de protegerme de mis propios deseos...

Y si dejase de sabotearme a mí misma...

Y si no tuviese tanto miedo a sentir, a vivir...

Y si...

El maldito pensamiento contrafactual, que siempre mira hacia arriba, nunca hacia abajo, y nos sumerge en el arrepentimiento y la culpa.

—Señora, su turno.

Ella no puede dejar de mirar al suelo.

—Señora, por aquí, haga el favor.

Ahí está, humildemente junto a sus pies.

—¡Señora!

No en un tratado erudito de filosofía o psicología, no. El mensaje supremo está escrito en el suelo, pisoteado por todos: «Espere aquí su turno».

—Pase usted, yo tengo que irme.

Una metáfora perfecta y siniestra de lo que es su vida: ¿cuándo me va a tocar a mí ser feliz?

—¡Taxi! ¡Taxi!

Ha tomado una decisión, y se dice a sí misma que debe ser valiente para llevarla a cabo. Pero pronto advierte su error: esto no tiene nada que ver con la valentía. Aquí la rendición no es una opción, es el único camino.



—¡Si no estoy yo al pie del cañón, esto parece una casa de putas! ¡¿Cómo habéis dejado que ese bicho se os escape?!

Tano se equivoca: literalmente sí que ha estado al pie del cañón.

—Estamos revolviendo cielo y tierra, pero no confío demasiado..., esa chica es muy lista, y ha planificado esto con mucha antelación.

—Y tiene en el bolsillo dos millones de euros, no te jode..., así yo también sé esconderme.

—Bueno, al menos hemos resuelto el caso. La inspectora está satisfecha. Por cierto, me ha dicho que la disculpes por no haber venido todavía a verte, pero ha estado muy liada recogiendo sus cosas y cerrando asuntos. Mañana por la tarde me ha dicho que se pasa sin falta.

Y se invierten los papeles: la imaginación de Ramón no imagina nada, pero la de Tano viste a la inspectora de enfermera pornográfica. Estetoscopio, medias y ligero incluidos.

—Esos de Asuntos Internos son una pandilla de cabrones, joderle la vida de esa manera... —Empieza a mirar compulsivamente a su alrededor, y revuelve las sábanas—. ¡¿Dónde me han escondido esta vez esas putas enfermeras mis Ray-Ban?!

Y Ramón vuelve a hacerse una pregunta que se ha hecho mil veces: ¿Tano y él pertenecen a la misma especie?

—Te traigo buenas noticias.

—¿Ah, sí? —Sigue revolviéndolo todo alrededor de su cama—. ¿Tengo que retorcerte esos huevines de palomo cojo que tienes para soltarte la lengua?

Porque me has salvado la vida, que si no...

—Van a ascenderte. A inspector.

—¿En... en serio?

Todo se paraliza. Su atención es plena.

—Y eso no es todo. El Ministerio te ha concedido la orden al mérito policial, cruz con distintivo rojo. Además del honor que supone, no sé si sabes que lleva aparejada una pensión aneja de por vida.

Tano Garci nunca ha llorado en público. Y Ramón se alegra de presenciar semejante estreno.

—¿Y... y a ti? —Intenta fingir que su cara no está llena de lágrimas—. ¿Esos cabrones no te han dado nada?

—A mí ya me llegará el turno. No tengo prisa. —Y le pone una mano en el hombro—. Te interpusiste en la trayectoria de la bala, ¿por qué?

Las enfermeras también le confiscan los mondadientes, pero debe de tener una reserva oculta, porque siempre que Ramón ha venido a visitarlo lleva uno en la boca. Que ahora se pasa de lado a lado, como si dudase qué contestar.

—Eres un maricón..., pero eres nuestro maricón. —¿Se está emocionando?

—. Y a uno de los míos no le toca un pelo ni Dios.
Sí, se está emocionando.



Claudia sube la escalera, poco a poco. En esta finca no hay ascensor. Ya está en el rellano. Se acerca a la puerta sin disimular su cojera, sino todo lo contrario: dejándola fluir. Sintiendo en cada vértebra del espinazo la asimetría de su cuerpo.

Allá vamos...

—¡Ya voy! ¡Un segundo!

Cuando Héctor abre la puerta, ve frente a él a una mujer maquillada y vestida tan solo con una gabardina muy elegante recién comprada. Calzada con unos preciosos *stiletto*s rojos. Lleva en una mano una botella de vino y en la otra una estatuilla: «Premio Indro Montanelli 2003. *Specialità giornalismo investigativo*: Héctor Santos Valcárcel».

—¿Puedo pasar?

Se besan. Es un beso largo, eterno. Y mientras experimentan la sensación de tu lengua en mi boca, mi lengua en tu boca, los asalta una clara sensación de retorno. Absurda, dolorosa, sin sentido. Como dos serpientes gemelas que se comen simultáneamente la una a la otra por sus respectivas colas, y, avanzando avanzando en ese perverso círculo, acaban enfrentándose a sus rostros o a sus nuca, nadie lo sabe: ¿Quiénes somos? ¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Cómo acabará este proceso autodestructivo? ¿Qué fue antes y qué fue después? Y la gran pregunta: somos dos serpientes, si seguimos avanzando en nuestra intimidad, apretando el nudo, ¿acabaremos transformándonos en siamesas muertas?

No tienen respuestas, el tiempo lo dirá. Ahora solo piensan en seguir besándose.



Hay viajes de los que nunca se vuelve del todo. Después de Lara, creo que ya nada en mí será igual.

Agradecimientos

Al escribir este libro he contraído multitud de deudas. Enumero a continuación a mis acreedores (si he olvidado a alguno, le pido mis más sinceras disculpas):

Ada Dasí, Alejandro Alcalde, Alejandro Jodorowsky, Álex Grijelmo, Andrea Aguilar, Arnold J. Toynbee, Berto Romero, Daniel Kahneman, El cuento de la criada, El Mundo Today, El sargento de hierro, Elsa Fernández-Santos, Enric Montefusco, Ernst Bloch, Gilles Lipovetsky, Ian McEwan, Iona Heath, James Salter, Joaquín Femenía, Jonathan Franzen, Jordi Navarro, Juego de tronos, Karl Ove Knausgård, Lita Cabellut, Manuel Vicent, Mari Carmen Álvarez, Maria Dolors Femenía, Mariano Sigman, Mario Miret, Medardo Fraile, Pierre Lemaitre, Ralph W. Emerson, Raúl Antón, Salvador Herrero, Sebastian Junger, Susana Sivera, The good wife, Theodore Zeldin, Tim Harford, Vicent Molins, Xavier Guix y Yuval Noah Harari.

A todos ellos les manifiesto mi agradecimiento.

Notas

1. *Nota del autor.* Pido disculpas al lector por dejarlo en semejante estado de tensión. En cualquier caso, no es necesario que vaya a buscar un código morse internacional: en el siguiente capítulo podrá leer la transcripción del mensaje de Matías.

La silueta del olvido

Joaquín Camps

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Fotografía de la cubierta: © Christine Mathieu / Millennium Images

© Joaquín Camps Torres, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Fragmentos de los capítulos 10, 12 y 14:

Crónica del pájaro que da cuerda al mundo, Haruki Murakami, 1994; traducción del japonés de Lourdes Porta Fuentes y Junichi Matsuura, de la edición de Tusquets Editores, 2001

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-08-21103-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta